

NECESIDAD DE UNA RENOVACIÓN MORAL

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

© by EDICEP C.B. 1994
46005 VALENCIA (España)

*A María Jesús y Miguel Fernández del Pino,
grandes profesionales y excelentes amigos,
que en el hogar y en la clínica
saben construir día a día
el Humanismo de la solidaridad*

ÍNDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE

Por qué es necesaria una renovación moral y cómo ha de ser realizada

I. SITUACIÓN ACTUAL

Causas que frenan la renovación moral

Estamos en una sociedad desconcertada y manipuladora

Algunas condiciones negativas de la sociedad actual: el intrusismo, el reduccionismo, el analfabetismo de segundo grado

II. PELIGROS QUE ENCIERRA ESTA SITUACIÓN PARA LA VIDA DEMOCRÁTICA

III. LA VÍA ÓPTIMA PARA LA RENOVACIÓN ÉTICA

Leyes de la vida humana

Cualidades del líder o dirigente

a) Cualidades intelectuales

b) Cualidades de carácter

c) Habilidades

CONCLUSIÓN: NECESIDAD DE FORMAR EDUCADORES, LÍDERES DE OPINIÓN

SEGUNDA PARTE

El deterioro moral

I. EL AFÁN MANIPULADOR Y EL ENVILECIMIENTO DEL PUEBLO

No basta vivir en democracia para ser libre

Qué es manipular y quién manipula

Para qué se manipula

Cómo se manipula

Uso estratégico del lenguaje

II. DIVERSOS RECURSOS MANIPULADORES

TERCERA PARTE

Consecuencias del deterioro moral

I. LA MANIPULACIÓN Y EL MAL ESTILO

Un caso de manipulación televisiva

Una forma sutil de manipulación: el boicot del silencio

La confusión manipuladora de socialismo y cristianismo

El demagogo rehúye todo debate clarificador

II. LA ACEPTACIÓN DEL ABORTO DELATA UN PRIMITIVISMO INTELLECTUAL y MORAL

La entrega al vértigo, la ambición de poder y la despenalización del aborto

El aborto y la regresión cultural

Estrategia movilizadora para la defensa del aborto

El tema del aborto y la seriedad intelectual

Las «razones» (!) del aborto

El respeto incondicional a la vida: un pilar básico de la sociedad

Carácter manipulador de ciertos planteamientos proabortistas

No hay cultura sin respeto a la vida

Respetar la realidad es una exigencia básica de la vida democrática

La democracia se asienta en la colaboración y el juego limpio

III. EL CULTIVO DE LO ZAFIO

El recurso a lo provocativo y la falta de talento

El cultivo de lo burdo es un recurso manipulador que envilece a la sociedad.

La zafiedad amengua el poder creativo.

Una forma extrema de zafiedad es la pornografía

Pudor, erotismo y pornografía.

La exhibición erótica es insensata

El exhibicionismo erótico supone un regreso cultural

Lo nefasto es empobrecer al hombre.

La banalidad en la propaganda sexual

IV. LA FALTA DE HONDURA EN EL PLANTEAMIENTO DE LAS CUESTIONES

La frivolidad resulta devastadora

La banalidad empobrece la vida y la priva de belleza

El intrusismo ético y religioso es demoledor

La libertad de expresión no es absoluta

La concesión de «libertades» y el despojo de «la libertad

La incoherencia de atacar y difundir la droga a la vez

CUARTA PARTE

La vía hacia la renovación moral

I. LO QUE PROCEDE NO ES DISCUTIR SINO ATENERSE A LA REALIDAD

II. LA GRANDEZA DEL AMOR CONYUGAL VISTO COMO ENCUENTRO

La garantía de que el amor perdure

Las condiciones de la creatividad y del encuentro

La generosidad y la adquisición de las virtudes

Cómo incrementar la generosidad

- La decisión de casarse
- El matrimonio, escuela de amor auténtico
- Las tres grandes tareas del noviazgo
- El futuro de la familia y el ideal de la unidad
- III. **DESCUBRIR LA GRANDEZA DEL AMOR AUTÉNTICO**
- El método de exposición
- Lo decisivo es descubrir la riqueza del amor personal
- Claves de interpretación de la vida humana
- La formación en la creatividad y en los valores
- Objetivos a conseguir en la formación para el amor
- IV. **LA GRAN TAREA DE EUROPA: FUNDAR LA CULTURA DE LA UNIDAD**
- V. **LA CLAVE DE LA RENOVACIÓN**

PRÓLOGO

En este libro abordo un tema del mayor interés y de extrema urgencia: la necesidad de orientar la vida hacia un ideal más ajustado a nuestro ser de hombres. Este cambio de ideal lo reorientará todo en nuestra existencia, le dará sentido, lo colmará de entusiasmo y de satisfacción interior.

El gran psiquiatra vienés Viktor Frankl suele destacar que la causa principal de los desarreglos psíquicos es la falta de sentido en cuanto uno hace y cuanto uno es. Advertir que la propia vida es insensata, absurda, produce desolación, honda depresión. Dotar a la vida de sentido significa elevar el ánimo, abrirse a horizontes de plenitud y entusiasmo.

El hombre actual quiere vivir a tope, saciar sus ansias de goce y bienestar, realizarse plenamente y con rapidez. Es una desdicha que no acierte en muchos casos a descubrir qué actitudes lo llevan a pleno desarrollo y cuáles lo despeñan hacia la destrucción.

La sociedad no le ayuda a discernirlo con claridad. Más bien lo induce a confusión de forma manipuladora. Le hace creer que es del todo libre cuando se entrega a las experiencias de fascinación o vértigo, que lo someten implacablemente a la peor de las servidumbres: la del espíritu.

Esta falacia le produce desconcierto y desamparo. Es urgente ofrecer a este hombre desvalido de hoy pautas de interpretación que le permitan distinguir por propia cuenta al maestro y al embaucador, al que lo guía para ayudarlo y al que lo guía para dominarlo.

Esta obra quiere facilitar algunas de tales pautas o claves. En la Primera Parte ofrece una visión de conjunto de la situación actual y la necesidad de superar su déficit ético. A lo largo de la Segunda Parte revisa algunas de las causas y las consecuencias del deterioro moral que se observa hoy día. La Tercera Parte se consagra a la tarea de descubrir una salida a esta crisis. Muestra que lo decisivo es cambiar el ideal, orientar la vida no hacia el ideal egoísta de «dominar y poseer para disfrutar», sino hacia el ideal generoso de «saber y poseer para ayudar a los demás» y colaborar así a la instauración de una sociedad más solidaria y más justa.

Los análisis que siguen se hallan en la línea de la «Escuela de pensamiento y creatividad», proyecto formativo que tiende a cultivar el arte de pensar con rigor y vivir una vida creativa en todos los órdenes.

No pretendo en esta obra ser exhaustivo en el estudio de temas y problemas. Quiero, al hilo de algunos análisis, señalar el camino que hemos de seguir –a mi entender– si deseamos plantear rectamente las cuestiones básicas de la existencia. Al lector que

deseo ahondar y ampliar el estudio de ciertas cuestiones me permitiré remitirle en cada momento a otros escritos que las tratan con mayor amplitud.

Madrid, 21 de abril de 1994

PRIMERA PARTE

**POR QUÉ ES NECESARIA
UNA RENOVACIÓN MORAL
Y CÓMO HA DE SER REALIZADA**
(Visión global)

I. SITUACIÓN ACTUAL

En la actualidad son numerosos los escritores, profesores y periodistas que reclaman un «rearme moral», una «renovación ética», un esfuerzo por levantar el nivel ético de la sociedad. Universidades prestigiosas, como la de Harvard en Estados Unidos, están promoviendo desde hace unos años, mediante la impartición de cursos, la elevación del voltaje ético entre sus estudiantes a fin de que éstos colaboren más tarde, en su vida profesional, a evitar el colapso ético de la sociedad. Diversas escuelas de economía y empresa incluyen actualmente en sus planes de estudio cursos de ética. De cuando en cuando se alzan voces autorizadas pidiendo que se realice un debate serio que clarifique las ideas y oriente las conductas. Pero ni estos debates ni aquel rearme moral se producen. Las voces de alerta quedan acalladas por las algaradas que se forman en torno a los sucesivos escándalos que se pisan los talones unos a otros.

Un catedrático de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, Alejandro Muñoz Alonso, delató enérgicamente esta indolencia mental: «No se ha producido –escribe– el gran debate capaz de adaptar las nuevas ideas a la situación de nuestro país, sensibilizando primero a los líderes de opinión y después a la generalidad de la opinión pública». «Aunque muchos, en esta era de la televisión, no lo crean, sigue siendo verdad que las ideas gobiernan o desgobiernan el mundo»¹.

Otro excelente profesional del periodismo, Ramón Pi, advierte que «la regeneración de la sociedad no habrá de venir como consecuencia de unas elecciones, sino merced a una paciente labor ideológica, social, cultural y cívica». «Parece necesario –agrega– devolver al suelo su riqueza en minerales antes de plantar árboles en él»².

Esta labor edafológica apenas se ha iniciado en serio en ningún lugar. Cuando se ha hecho, no ha obtenido el fruto deseado. Por lo que toca a los primeros esfuerzos realizados en la Universidad de Harvard, lo reconoce el entonces Rector de la misma, el Dr. Derek Bok, en un artículo publicado en el Harvard Magazine³.

¹ Cf. ABC, Madrid, 23-7-1986. Cf. ABC, Madrid, 23-7-1986.

² Cf. Época, 73 (1986), 23.

³ Cf. Número correspondiente al día 5 de junio de 1988.

Causas que frenan la renovación moral

No se aborda con la decisión debida el problema de elevar la calidad moral de los pueblos debido, fundamentalmente, a dos razones:

- 1ª) Se ignora la importancia decisiva que tiene el hecho de que las gentes cultiven su vida creativa en todos los órdenes y no se despeñen por el barranco del vértigo, es decir: de las experiencias de fascinación, que producen euforia al principio y al final destruyen. No pocos dirigentes estiman que en cuestiones económicas deben proceder con suma cautela, porque no cabe infringir impunemente las leyes de la Economía, pero, en cuanto a la moral, pueden permitirse toda clase de concesiones a fin de mantenerse fieles a ciertas directrices ideológicas de su partido político.
- 2ª) En algunos casos, se descuida la promoción de la calidad ética no por ignorancia sino por voluntad de poder. El estudio a fondo de las tácticas manipuladoras nos ha descubierto que la vía más eficaz para dominar a las gentes –siniestra pero eficaz– es fascinarlas con las ganancias inmediatas que les procuran las experiencias de vértigo, a las que se confunde estratégicamente con las experiencias de éxtasis o creatividad⁴.

Estamos en una sociedad desconcertada y manipuladora

Estos dos motivos -la manipulación, afanosa de poder, y la ignorancia en cuestiones éticas- se dan claramente en la sociedad actual, que se nos presenta a la vez como desconcertada y manipuladora. Está desconcertada porque carece de un ideal bien preciso y bien ajustado al ser humano. El ideal que impulsó a los hombres de la Edad Moderna –«saber para poder, para tener y poseer, para disfrutar, para imponerse como individuos y como pueblos...»– hizo quiebra en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces, pensadores muy cualificados reclamaron un cambio en el estilo de pensar, de sentir, de querer. Este cambio no se realizó. De forma expresa o tácita, hoy sigue optándose por el viejo ideal. De ahí que, si estudiamos a fondo la famosa década del 20 al 30 –en la dramática postguerra– y nuestra situación actual, vemos que ambas padecen una crisis semejante, caracterizada básicamente por el desconcierto que causa el «vacío

⁴ Un amplio estudio de ambos tipos de experiencia puede verse en mi obra *Vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006.

existencial», la falta de ideales ajustados al ser más profundo del hombre. ¿Saben ustedes lo que significa que una sociedad se quede sin ideal? Un ideal no es una mera idea; es una idea motriz, una idea que encarna un gran valor e impulsa la vida de quien lo asume como meta en su vida. Sin viento, un barco velero pierde energía y se estanca. Sin ideal, el ser humano se hunde éticamente, es decir, pierde la capacidad creativa y desciende bajo mínimos en el orden cultural, según veremos más adelante.

La falta de capacidad creativa deja al hombre indefenso e inseguro. Si persiste en la entrega al caduco ideal del dominio, cae en la ilusión de pensar que, aumentando su poderío sobre cosas y personas, cobrará la seguridad de que carece. Esta falsa ilusión lo lanza al ejercicio de las técnicas manipuladoras.

Por su actitud manipuladora y su desconcierto intelectual y espiritual, la sociedad actual cultiva preferentemente cuanto incrementa el poder y descuida, por principio, lo que incrementa el desarrollo personal. Esta actividad unilateral decide varios de los fenómenos más inquietantes de la sociedad contemporánea.

Algunas condiciones negativas de la sociedad actual

1. *El intrusismo.* El afán de dominio sobre personas y grupos que procede de la falta de seguridad en sí mismo impulsa a muchas personas a pronunciarse en público sobre cuestiones que están muy lejos de conocer a fondo. Estos «intrusos» llevan el desconcierto de la sociedad actual al extremo. Y lo grave es que la sociedad así desconcertada y desvalida no percibe la gravedad que encierra tal intrusismo. Se da a veces el caso, por ejemplo, de que una persona sostiene un programa televisivo semanal durante todo un año acerca de una cuestión ética muy importante, muestra repetidamente una ignorancia absoluta acerca de los rudimentos de la ética y no despierta aversión en la sociedad, antes es promovida a cotas de exaltante popularidad.

El intrusismo desarbola la mente de las gentes, las sume en un mar de confusiones. Cuando se ofrecen multitud de ideas inconexas, poco o nada fundamentadas, a personas carentes de una formación sólida y un alto poder de discernimiento, no se las enriquece; se las desorienta y se provoca en ellas una actitud de indiferencia. Por eso el pluralismo ideológico, que en abstracto supone una riqueza, se convierte de hecho a menudo en una especie de turbulencia que lo devasta todo.

Nos hallamos en una sociedad devastada en buena medida porque, de una parte, no sabe a dónde ir, al no haber suplido debidamente el ideal perdido, y, de otra, no es discreta, no deja a

cada persona y grupo que se orienten en la vida como mejor sepan, sino que quiere dirigir y dominar espiritualmente al pueblo.

2. *El reduccionismo*. El afán dominador lleva al hombre actual a no respetar al ser humano en lo que es y en lo que está llamado a ser. Esta falta de respeto inspira el afán de reducir el rango de la persona humana, despojarla de su enigma, dar por supuesto que no es más que un conjunto de elementos perfectamente dominables. Este afán reduccionista es delatado por la aplicación abusiva del verbo tener a realidades que no son objetos y del verbo hacer a acontecimientos que no son meramente artesanales.

En cierto país europeo, el ministro responsable de la introducción de una ley proabortista intentó justificar esta medida con diez razones, que pueden condensarse en la siguiente frase: «La mujer tiene un cuerpo y hay que concederle libertad para disponer de su cuerpo y de cuanto en él acontezca». La afirmación de que la mujer tiene un cuerpo está pulverizada por la investigación filosófica más cualificada desde hace casi un siglo. Ni la mujer ni el varón tienen cuerpo; son corpóreos. Y no se me diga que es lo mismo, porque hay un abismo entre ambas expresiones. Esto ya lo sabía el caballo de Tolstoi, y hoy parecen ignorarlo quienes modelan la opinión pública y dirigen la sociedad. Tolstoi, el genial escritor ruso, nos cuenta en su Historia de un caballo que un caballo ruso escribió de mayor unas memorias de corte filosófico, y en ellas se muestra sorprendido de que los hombres utilicen los mismos nombres para expresar realidades muy distintas: «Por ejemplo, dicen: tengo dinero, tengo casas, tengo tierras, y a continuación agregan: tengo esposa, tengo hijos, tengo amigos. Si el verbo tener -concluye el caballo- va bien para lo primero, ¿cómo se puede aplicar a lo segundo?» Y tenía toda la razón. Si hablo con propiedad, no puedo decir que tengo esposa, sino que soy esposo de esta mujer; no que tengo amigos, sino que soy amigo de ciertas personas. El caballo se extrañaba de este mal uso del lenguaje. Pero no es de extrañar, porque el lenguaje delata nuestras actitudes. La utilización constante del verbo tener responde al afán de poseer, a la opción fundamental a favor del dominio.

Sin duda, el ministro intuyó que la frase «la mujer tiene un cuerpo» es muy endeble, no se sostiene en el estado actual de la investigación filosófica y antropológica, y, para dar fuerza a su argumento, introdujo inmediatamente el término «libertad», que en nuestros días ejerce función de *término talismán*, un término tan prestigiado que suele ser aceptado sin crítica: «Hay que conceder libertad a la mujer para disponer de su cuerpo». Él sabía que, con la mera utilización de tal palabra superprestigiada en el momento actual, millones de personas iban a replegarse tímidamente y a

decirse: «No te opongas a esta proposición porque está la libertad en juego y van a tacharte de antidemócrata, de fascista, de ultra». Y, de hecho, así sucedió. He aquí de qué manera tan hábil el ministro vinculó el reduccionismo y la manipulación.

El verbo «hacer» se utiliza, asimismo, inadecuadamente en frases como «hacer el amor», «hicimos Hamlet». «Hamlet» no se hace, se representa. Hacer es una actividad meramente artesanal. Representar es una actividad creativa. De modo semejante, el amor se lo crea, se lo hace surgir, no se lo hace. Se hacen sillas, bolígrafos, mesas, pero el amor debe ser instaurado, porque pertenece a un nivel de realidad más elevado que el de los objetos. La estética actual subraya con energía que un poema no se hace, se crea; no es producto de un proceso fabril, es el fruto de un encuentro. Por eso, el poeta no puede determinar a su arbitrio cuándo y cómo engendra un poema. En buena medida, éste le viene dado como un don. Lo mismo sucede con las obras de arte. De modo semejante, la ética destaca que el amor auténtico posee un rango de acontecimiento dialógico, y, como tal, es fruto de un encuentro.

Tanto la manipulación como el reduccionismo y el intrusismo empobrecen la vida del hombre. El hombre empobrecido de esa manera pierde poder creativo y, al perderlo, se torna incapaz de comprender las posibilidades más valiosas de su ser, pues los valores sólo se conocen de verdad cuando se los asume activamente, es decir, creativamente. Esta falta de comprensión del propio ser da lugar a una tercera condición de la sociedad actual que encierra suma gravedad.

3. *El analfabetismo de segundo grado*. En un texto memorable de su obra *El defensor*⁵, el gran poeta y ensayista Pedro Salinas advirtió que existen dos modos de analfabetismo: el de primer grado y el de segundo grado. Aquél consiste en no saber descifrar unos signos y descubrir, por ejemplo, bajo las letras l,i,b,e,r,t,a,d el concepto de libertad. Pero uno puede tener esta capacidad, ser por tanto alfabeto, y no ser capaz de adivinar el sentido profundo de tal concepto, su relación con las normas, el cauce, la obligación, el deber.... Yo conozco la palabra «egoísmo», sé leerla si la veo escrita, la entiendo si la oigo. Lo mismo me pasa con la palabra «tristeza». Pero he aquí que leo el *Diario íntimo* de Unamuno y veo que vincula la tristeza al egoísmo. Después de confesar que padece «una forma aguda de egotismo», agrega: «Ya no volveré a gozar de alegría, lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva»⁶. Si no acierto a explicar cómo se pasa del egoísmo a la tristeza, ignoro el lenguaje de la vida creativa. *Soy analfabeto de segundo grado*.

⁵ Alianza Editorial, Madrid 1954, pp. 276-278.

⁶ Cf. o. c., Alianza Editorial, Madrid 1972, p. 123

Desconozco el sentido profundo de los vocablos, aunque sepa su significado más a mano. Ese desconocimiento me impide penetrar en la articulación interna de la vida humana y conocer las leyes que rigen su desarrollo. y ello me priva de una gran posibilidad: la de *saber prever*. El dirigente que no sabe prever no puede arrogarse el derecho de guiar al pueblo. Se expone a lanzarlo por vías erradas.

Este analfabetismo de segundo grado que impide prever y guiar debidamente al pueblo se da hoy, con frecuencia, en las clases dirigentes. Queda de manifiesto en los hechos siguientes:

a) Muy a menudo se advierte que no se piensa con rigor. Se utilizan los conceptos de forma borrosa, imprecisa, cuando no abiertamente confusa; se plantean las cuestiones de forma unilateral, empobrecida, en casos banal; se razona sin trabazón lógica y se sacan conclusiones precipitadas. Baste, como ejemplo, pensar en la forma en que suele utilizarse el término «libertad» cuando se hace un razonamiento y se defiende una tesis. Se habla sencillamente de «libertad», sin matización alguna, como si hubiera un solo tipo de libertad. En un conocido espacio televisivo, en el que todo un equipo científico se propuso adoctrinar al pueblo durante todo un año, se proclamó una y otra vez enfáticamente que basta elegir libremente una forma de sexualidad para que ésta, sea la que fuere, resulte aceptable. «Es una opción más», se decía, en la seguridad de que con poner a salvo la libertad está salvaguardada la dignidad y felicidad del ser humano. Pero ¿de qué tipo de libertad se trata? Esto no se indica. Tal falta de matización descalifica radicalmente todo el planteamiento.

Esta falta de rigor en el pensar y en el expresarse se patentiza en casi todos los pocos debates que se realizan en los medios de comunicación, en las declaraciones y entrevistas, en ciertos discursos y programas... Cuando uno se ha esforzado en afinar el modo de pensar y expresarse, no puede sino sentir desazón al ver con qué tosquedad se abordan ciertos problemas sutiles que requieren un tratamiento muy aquilatado. Si veo que un relojero intenta arreglar un reloj con un hacha de leñador, no me extraño más que cuando oigo razonar a ciertos modeladores de la opinión pública.

En una tertulia radiofónica se preguntó a diversos periodistas afamados cómo se explica la escalada actual de violencia en el deporte, en la calle, en las familias. Ninguno acertó a dar una pista para encontrar la raíz de este grave mal. Se mantuvieron en un nivel de superficialidad en el cual no puede hallarse, por principio, razón válida alguna. La luz viene siempre de lo hondo, del estudio de las leyes que rigen la vida humana. Hoy se rehúye ahondar, porque

tomar las cosas en serio parece algo académico, poco populista, nada propicio para tener acceso a gran número de personas. Y, actualmente, el número es lo que cuenta, según hemos visto y lamentado.

b) Se hacen proclamas en favor de la cultura, se promete al pueblo que se le facilitará el acceso a las grandes realizaciones culturales, y se le ofrecen de hecho productos que se hallan bajo mínimos en cuanto a poder creativo y valores humanos. Baste citar la ausencia en televisión de las grandes obras literarias y la presencia constante de banalidades erotizantes o pornográficas. Téngase en cuenta que, a la luz de la actual Estética de la creatividad, la pornografía es un producto anticultural, porque destruye el sentido de las relaciones íntimas. *Crear cultura es alumbrar sentido.* El sentido de las relaciones privadas se alumbra en el encuentro de las personas que entran en juego. Una relación íntima tiene siempre un significado para quienes se relacionan y, a veces, también sentido. *Para quienes la reducen a mero pasto de la curiosidad erótica, tal relación no tiene ni significado ni sentido.*

c) Se proclama la voluntad de combatir la drogadicción -que es un vértigo-, y al mismo tiempo se fomenta el espíritu hedonista que es el origen común de toda experiencia de vértigo. El que conoce siquiera mínimamente las leyes del desarrollo de la vida personal sabe que ningún vértigo se da a solas; todos se provocan e incentivan entre sí.

En el programa de acción sociopolítica que ha diseñado cierto partido para este decenio se destaca el propósito de atacar la droga, pero nada se dice de las otras formas de vértigo. Es una incoherencia provocada por el analfabetismo de segundo grado.

d) Se anatematiza el golpismo y se practica, a la vez, la manipulación. Parece ignorarse que, con un pueblo envilecido por las tácticas manipuladoras, no puede montarse una democracia de forma duradera, ya que el envilecimiento produce gregarismo, y las gentes, al verse faltas de dignidad, acaban clamando por alguien que les dicte lo que deben hacer para mejorar su condición. *El que dicta las pautas de conducta es un dictador.*

e) Se glorían ciertos gobernantes de haber devuelto al pueblo las libertades, pero no matizan de qué tipo de libertades se trata. (La primera ley del manipulador es no matizar los conceptos.) En realidad, suele tratarse de libertad para entregarse a las diversas formas de vértigo, y éstas corren en su misma base la auténtica libertad humana, que es la «libertad para la creatividad».

f) Se exaltan ciertas formas de vértigo o fascinación como si se tratara de éxtasis o creatividad. Se confunde la exaltación del vértigo

con la exultación del éxtasis, la euforia del vértigo con el entusiasmo del éxtasis. *Esta confusión conduce a la subversión de los valores.*

g) Debido a estos errores, se hace un trastrueque de ideales: se cambia el ideal de la creatividad por el ideal del disfrute, el ideal de la unidad y solidaridad por el ideal de la confrontación y lucha partidista. Al cambiar el ideal, se alteran los ejes de coordenadas mentales y espirituales, y se da un vuelco a toda la vida del hombre. Los valores son vistos como antivalores, y viceversa. Por ejemplo, para el que adopta en la vida como ideal la creación de modos elevados de unidad, la virtud de la fidelidad presenta un altísimo valor. Ser fiel significa una virtud, una *virtus*, un poder, el poder de alcanzar la meta que es fundar formas sólidas de unión. El que considera como su ideal acumular ganancias inmediatas considera como una virtud el saber cambiar lo que sea necesario para procurarse el mayor número posible de goces egoístas. Al oponerse a tal género de cambio arbitrario, la fidelidad es vista como mera rigidez, falta de imaginación y salero, fijación en tabúes irracionales.

II. PELIGROS QUE ENCIERRA ESTA SITUACIÓN PARA LA VIDA DEMOCRÁTICA

La vida en democracia significa vida en colaboración. Al pueblo no le viene dictado lo que ha de hacer. Debe ser él, mediante sus grupos e instituciones, el que clarifique las ideas y descubra pautas de acción que le conduzcan al desarrollo cabal de sus posibilidades. En la democracia, todos los ciudadanos, individualmente y en grupo, deben entrar en juego para alumbrar las mejores soluciones a los grandes problemas de la vida. La vida en democracia ha de constituir, por tanto, un gran campo de juego, y éste es de por sí -como nos enseña la actual Estética de la creatividad- un campo de iluminación⁷.

Tal colaboración sólo es posible si se cumplen tres condiciones básicas:

1ª) Se mantiene el respeto mutuo, se fomenta la personalidad de cada ciudadano, se cultivan las asociaciones y grupos.

2ª) Se acepta la verdad como canon de justeza en el pensar y como criterio de acción. Si se piensa que la verdad es inaccesible, que constituye una meta utópica el alcanzarla y debemos limitarnos a obtener un consenso que permita regular de alguna forma la vida común, se concede primacía al poder de los votos sobre la fuerza de la razón y de las razones que cada ciudadano pueda aducir. Al

⁷ Sobre este tema, puede verse mi obra *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid ³1998, pp. 33-183.

sustituir la búsqueda de la verdad por el reclutamiento de votos favorables, deja uno de considerarse como un servidor de la verdad para convertirse en un ser afanoso de imponer su propio criterio -o el de su grupo- a los demás.

Para lograr esta imposición, suele adoptarse la siguiente táctica. Se difunde entre el pueblo, mediante los recursos manipuladores, la manera de pensar que se desea difundir y se promueve la actitud ante la vida que se quiere hacer valer. Seguidamente, se hacen encuestas, y se manifiesta que el pueblo piensa, siente y quiere de tal y tal forma, lo cual obliga a legislar de modo correlativo. Por esta vía sinuosa se consigue otorgar un aspecto democrático a un procedimiento más bien dictatorial.

Hace ya veinticinco siglos, el sofista Hippias defendió que la verdad viene dada por la opinión de la mayoría. Sócrates intentó en vano alzarlo a la idea de que lo decisivo es penetrar en el núcleo de cada realidad y acontecimiento, acertar a ver cuál es la esencia de la belleza, de la justicia, de la bondad, independientemente de lo que en un momento determinado se piense sobre ello. Ha pasado muchísimo tiempo, y la humanidad parece no haber aprendido la lección socrática. Tocqueville lo lamentó en su gran libro sobre la democracia americana⁸.

Hoy día se presta atención a las condiciones formales de la vida democrática: configuración de ciertas instituciones, garantía de determinadas libertades, etc. Pero apenas se repara en la importancia que encierra el cultivo de la auténtica creatividad entre las gentes, la formación de un clima que favorezca el desarrollo cabal de la personalidad humana, el hallazgo de grandes tareas comunes en las que se sienta llamado el pueblo a participar.

Esa participación no es posible sin espíritu de sacrificio, que fue erradicado en buena medida de las sociedades actuales por ciertas doctrinas muy aventadas en los dos últimos siglos. Como una cantinela se nos viene diciendo insistentemente al oído que toda forma de sacrificio implica una represión. Se olvida algo fundamental: que el verdadero sacrificio supone la jerarquización de dos valores de distinto rango. Veo dos valores y concedo la primacía al que estimo más elevado, aunque sea menos atractivo. Hago un sacrificio, pero no me reprimo, porque me elevo a un nivel superior de realización personal. Si renuncio a un valor para quedarme en vacío, sufro una amputación, quedo reprimido. Pero eso no acontece cuando me privo de algo valioso para conseguir un valor más alto.

⁸ La democracia en América, FCE, México, 1957.

En la actualidad se tiende a resolver los problemas rebajando el nivel de exigencia y favoreciendo la tendencia a lo más fácil. Parece que se fomenta la felicidad de las gentes, pero es una vana ilusión, porque con ello se las orienta hacia la actitud hedonista y el cultivo de las experiencias de vértigo, que conducen a la angustia, la desesperación y la destrucción. Frente a ello, hemos de subrayar enérgicamente la tercera condición de la vida democrática auténtica.

3ª) Se asumen activamente los grandes valores, vistos como centros impulsores de la acción humana. Si no hay realidades que de alguna forma señalan el camino a seguir en la vida, no hay modo de que los ciudadanos puedan colaborar en la configuración de la sociedad. Adoptarán una actitud relativista, según la cual todas las perspectivas son válidas y todas las opiniones tienen el mismo valor. El único criterio para preferir una de ellas acaba siendo el propio interés. He ahí cómo se empieza diciendo que todas las opiniones son dignas de respeto, y al final no se respeta de verdad sino la que le favorece a uno. Esta polarización egoísta en el círculo estrecho del propio yo o del propio grupo priva a la vida social de todo fundamento sólido.

La vida en democracia, para mantener su autenticidad de forma duradera, necesita que amplias capas de la población posean, entre otras, las cualidades siguientes:

- Una formación intelectual y moral bastante sólida.
- Cierta poder creativo.
- Alguna sensibilidad para los valores.
- Una opción básica a favor del cultivo de las virtudes que hacen posible la actividad creadora, muy en concreto la creadora de diversas formas de encuentro.

Entre tales «virtudes» figuran:

- El respeto mutuo.
- La voluntad de colaboración.
- La apertura al diálogo auténtico.
- La confianza.
- La veracidad.
- La magnanimidad.
- La sencillez...

III. LA VÍA ÓPTIMA PARA LA RENOVACIÓN ÉTICA

El gran científico y humanista Albert Einstein hizo una severa admonición que deberíamos meditar a fondo: «La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo, excepto únicamente nuestra forma de pensar. Por eso caminamos hacia una catástrofe sin igual».

La forma de pensar, como la de sentir y querer, viene determinada por el ideal hacia el que uno orienta su vida. Es hora de ponerse a reflexionar y precisar cuál es el ideal que se ajusta a nuestro ser de hombres. Si asumimos el núcleo del mensaje que nos han transmitido el pensamiento dialógico o personalista, el movimiento fenomenológico, la corriente existencial, la psicología personalista, la investigación ética de los últimos treinta años, así como los resultados de la investigación biológica y antropológica más relevante del momento actual, advertimos que todo confluye hacia una idea unánime: el ideal del hombre debe ser fundar los modos de unidad más elevados con las realidades circundantes.

Esta fundación ha de darse en todos los órdenes de la vida: el deportivo, el estético, el ético, el profesional, el religioso...

Para fundar esos modos relevantes de unidad se requiere tener en forma la capacidad creativa. Ésta no es privilegio de los grandes artistas, inventores, legisladores... Toda persona, por humilde que sea su posición e incluso su dotación en cuanto a habilidades, puede desarrollar en la vida una actividad creativa de primer orden. Picasso, Miguel Ángel, Rafael, el arte bizantino... nos asombran con sus «maternidades». Pero ¿es inferior en creatividad la madre que acoge a un niño y crea la estampa inigualable de una «maternidad»? Son formas distintas de creatividad, ciertamente. Pero la de la madre presenta una singular grandeza. Su valor es tan grande que, según la ciencia actual, la «urdimbre afectiva» (Rof Carballo) que se teje entre la madre y el bebé es decisiva para el desarrollo normal de este ser humano.

La creatividad se lleva a cabo a través del lenguaje. Si el lenguaje se depaupera o degrada, la capacidad creadora del hombre se amengua hasta desaparecer. Ello nos insta a recuperar el lenguaje y dotarlo de la plenitud de sentido que fue perdiendo a causa del mal uso manipulador.

Dices «libertad», y ¿qué entiende el oyente bajo ese vocablo? Pronuncias la palabra «amor», y ¿qué idea suscita en la mente de quien te oye? El lenguaje ha sido sometido a una torsión sistemática y debe ser restituido a su condición originaria.

Una vez que concedamos al lenguaje su auténtico valor, no confundiremos entusiasmo con fanatismo, y nos decidiremos a proclamar con energía que es urgente volver a entusiasmarse con los grandes valores y restablecer la escala de valores tal como fue diseñada por los mejores pensadores de todos los tiempos.

Ese entusiasmo sólo podremos adquirirlo si nos hacemos a la idea de que lo más urgente hoy día es enriquecer la vida humana, depauperada por siglos de afán reduccionista. Desde hace al menos dos siglos tiene buena prensa el adoptar una actitud más bien

negativa en cuanto a la valoración del ser humano. Se reduce el valor del arte, la religión, la emotividad, la belleza, las virtudes... Se tiene reparo en aparecer emocionado por una realidad valiosa, en mostrar agrado ante lo bello, en gozar espontáneamente con lo noble, en estar pronto para asumir activamente los valores más altos...

Ese empobrecimiento mina de raíz la vida del hombre y la forma democrática de existencia. Un gobernante que busque en exclusiva el incremento de su poder, y tome como meta vencer al pueblo sin necesidad de convencerlo, tenderá a amenguar su poder de discernimiento, su sensibilidad para los grandes valores y su capacidad creativa, a fin de tornarlo fácilmente manipulable y tenerlo bajo control. Este pueblo envilecido no puede sostener de forma duradera un sistema de vida democrático que merezca tal nombre.

El gobernante cuya mira única es el bien del pueblo debe dirigir todos sus esfuerzos a elevar la calidad de vida en todos los órdenes, comenzando por el intelectual y el moral.

Tal elevación sólo es posible cuando, en vez de subvertir los valores -concediendo la primacía a los más bajos, a los que halagan los apetitos pero frenan el desarrollo de la personalidad-, se asumen activamente los valores más altos y exigentes. Esta asunción esforzada supera la apatía y suscita el entusiasmo en orden al ejercicio de la capacidad creadora. Al tomar la incentivación de la creatividad como una meta o ideal, se tiende a evitar toda forma de manipulación y a incrementar el respeto a la capacidad de las gentes para orientarse en la existencia y modelar su conducta.

El dirigente que cultiva el poder creativo propio y el de los demás hace juego y crea un campo de juego, que es a la vez -como queda dicho- un campo de iluminación. Sabemos por experiencia -y la *Estética de la creatividad* lo confirma-que, para conocer las realidades y acontecimientos más profundos, debemos entrar en juego con ellos; no basta contemplarlos desde fuera y dominarlos. El dominio permite manejar, pero no conocer⁹. Al hacer juego respetuosamente con las demás personas, se adquiere luz para descubrir una serie de «leyes» de la vida humana, que son otras tantas claves de interpretación de la actividad social. Entre ellas se cuentan las siguientes:

Leyes de la vida humana

⁹ En esta vinculación de juego y alumbramiento de sentido se basa el método de interpretación literaria que expongo en diversas obras: *Análisis literario y formación humanística*, Escuela Española, Madrid, 1986; *La formación por el arte y la literatura*, Rialp, Madrid, 1993; *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao ³2010.

1ª) La entrega al ideal del dominio y posesión lleva a reducir las realidades no-objetivas -entre las cuales descuellan las personas y las instituciones-a condición de meros objetos, medios para los propios fines. Esta reducción ilegítima y violenta constituye el primer paso para la corrupción de las actitudes y las conductas.

2ª) Por el contrario, el que orienta la vida hacia el ideal de la unidad y solidaridad colabora a instaurar una vida de comunidad muy creativa y recta. Los modos más altos de unidad sólo pueden ser fundados entre realidades que presentan un alto rango ya que tienen poder de iniciativa, son capaces de ofrecer posibilidades y recibir las que les son ofrecidas, pueden abrirse a otras y entrelazarse con ellas... Si estas realidades son reducidas de condición, pueden ser dominadas pero dejan de ser posibles compañeros de juego y de encuentro. En términos de G. Marcel y E. Fromm, podríamos decir que con ello se aumenta el «tener» y se amengua el «ser».

3ª) El dirigente que eleva el nivel cultural del pueblo hace más difícil el empeño de dominarlo y facilita la noble tarea de instaurar una auténtica vida democrática, que es vida de colaboración y participación en grandes tareas.

4ª) En la democracia debe haber líderes, personas cualificadas que dirijan al pueblo. Si ha de participar y colaborar, el pueblo necesita ser instruido y orientado por quienes tienen preparación suficiente para sobrepasar los grandes temas y verlos con hondura.

Esta labor de orientación ha de hacerse con voluntad de ayuda, no de dominio. Sólo así se suscita una actitud colaboradora por parte de las gentes.

5ª) Al ver conjuntamente la necesidad de que el pueblo asuma activamente su destino y disponga de líderes que lo guíen, se descubre que la función del dirigente político -el gobernante y el legislador-no se reduce a dar fe notarialmente de lo que ocurre en la calle y sancionarlo jurídicamente. El buen gobernante está destinado a recoger del pasado el elenco de posibilidades que le son ofrecidas y elaborar, en el presente, un proyecto de futuro que lleve al pueblo por vías de pleno desarrollo.

Esta labor creadora de historia ha de llevarla a cabo el dirigente a la luz de criterios de acción muy sopesados, nada arbitrarios, bien fundados en el estudio de la mejor investigación contemporánea. El dirigente que guía al pueblo a impulsos de ideologías esclerosadas se convierte en tirano: dicta lo que hay que hacer para realizar un proyecto que no responde a las exigencias del ser personal de los súbditos. El que orienta al pueblo hacia la realización cabal de las posibilidades que alberga su ser no tiene reparo en dar razones, habla a la inteligencia y a la libertad de las gentes, agudiza su poder

crítico, fomenta su capacidad de iniciativa, hace labor de maestro, no manipula nunca ni siquiera para hacer el bien.

Esta condición de guía o maestro implica diversas cualidades que en parte deben ser adquiridas esforzadamente.

Cualidades del líder o dirigente

a) Cualidades intelectuales

1ª) Todo dirigente debe poseer el arte de pensar con rigor¹⁰. Antes de abordar las grandes cuestiones de la vida humana, se ejercita pacientemente en dicho arte, porque es consciente de que pensar de forma aquilatada no se da en el hombre de modo espontáneo, como el ver; requiere un ejercicio constante, sistemático y bien dirigido por manos expertas. En el hecho de dominar o bien de ignorar el arte de pensar con rigor se juega el ser o no ser de la vida social en sus estratos más profundos.

2ª) El líder auténtico debe conocer a fondo y en pormenor las leyes que rigen el desarrollo cabal de la persona humana en toda su complejidad y riqueza.

3ª) Para conocer tales leyes, el líder ha de poseer la capacidad de penetrar en la esencia de los distintos fenómenos y acontecimientos de la vida humana y captar la relación que media entre ciertos conceptos. Entre éstos se hallan los siguientes:

- Libertad y norma, libertad y cauce.
- Libertad de maniobra y libertad para la creatividad.
- Actividad creativa y asunción de valores.
- Encuentro personal y maduración de la personalidad.
- Lenguaje y silencio.
- Encuentro y amparo.
- Soledad e inseguridad.
- Egoísmo y vértigo o fascinación.
- Generosidad y éxtasis o creatividad.

4ª) El líder que posee las tres cualidades antedichas sabe prever; es capaz de predecir las consecuencias que acarrea, por ejemplo, entregarse a experiencias de vértigo o bien de éxtasis. Esta cualidad lo lleva a ser rápido en la toma de decisiones pero no precipitado.

5ª) El que sabe prever es consciente de que la libertad de expresión ha de ser adquirida a muy alto precio, al precio de una

¹⁰ Qué se entiende por «pensar con rigor» y cuál es su vinculación con la vida creativa lo expongo ampliamente en mi obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 42003.

preparación adecuada. Por el hecho de tener una posición dirigente en uno u otro aspecto y disponer de medios para difundir las propias opiniones no debe uno considerarse autorizado para expresar en público toda suerte de ideas. Si carece de la preparación necesaria y se concede la libertad de hablar, cae en el grave fallo del intrusismo.

b) Cualidades de carácter

1ª) El líder ha de ser una persona dotada de libertad interior. Tiene libertad interior

- el que se abre a las realidades valiosas, jerarquiza sus valores,
- opta por los que son superiores, y los asume activamente;
- el que no toma lo agradable como la meta de su vida, antes lo considera como detector de lo verdaderamente valioso;
- el que orienta su vida no hacia las ganancias inmediatas sino hacia la realización del valor que ha adoptado como ideal;
- el que se muestra siempre solidario con la suerte de los demás.

2ª) El que aspira a guiar a los demás ha de tener un amor insobornable a la verdad y perseguirla con empeño hasta el fin, sin contentarse con medias verdades.

3ª) Esta búsqueda de la verdad ha de realizarla no sólo aisladamente sino en comunidad, ya que la luz brota en el juego creador, como queda dicho.

4ª) Ha de tener afán de transmitir a otros la verdad descubierta, pues la verdad es un don que nos viene dado, y los dones constituyen un bien que pide de por sí ser difundido. El líder ofrece generosamente aquello que lo satura. «The cistern contains, the fountain overflows». «La cisterna contiene, la fuente desborda» (W. Blake).

5ª) El buen líder es un hombre de iniciativa.

- No se limita a verlas venir, a reaccionar a los problemas cuando le hacen frente. Sabe dar un paso adelante para prever la llegada de los problemas y afrontarlos a su debido tiempo. -Tiene voluntad de configurar la realidad sobre bases sólidas y no dejarse modelar por las circunstancias.

6ª) Para llevar la iniciativa, el líder cultiva y ejercita la imaginación creadora, vista como facultad no de lo irreal-fantástico, sino de lo real-estructural, lo que estructura y articula la vida real.

7ª) En la realización de los proyectos que imagina y lleva a cabo, el líder ha de ser entusiasta, tenaz y constante. El entusiasmo no se opone a la flexibilidad sino a la apatía. La tenacidad no supone terquedad sino fidelidad a una tarea que se presenta como valiosa. La constancia es la forma de llegar muy lejos un ser finito que se sabe

limitado. Insistir es profundizar. Ningún genio llegó a logros importantes sin una base de tenacidad en el trabajo.

8ª) Este trabajo tenaz y entusiasta debe realizarlo el líder de modo paciente, ajustándose a los ritmos de cada realidad. Este ajuste permite vincular la exigencia con la comprensión, la distancia que exige el mando con la cercanía que pide la colaboración, la independencia que reclama todo liderazgo con la atención a la verdad descubierta en común.

9ª) El verdadero líder cumple las exigencias de la vida creativa, no se entrega egoístamente a las experiencias de vértigo. Debido a ello, ambiciona el poder en cuanto le permite estructurar la vida social y resolver radicalmente multitud de problemas, pero no se deja fascinar por la ambición de poder y dominio.

c) Habilidades

El líder debe contar con ciertas habilidades, indispensables para realizar su labor de guía y configurar la vida social en uno u otro aspecto. Entre ellas destacan las siguientes:

- El poder de persuasión.
- La capacidad organizativa.
- La facilidad para entusiasmar a las gentes con los grandes valores.
- El don de lograr síntesis claras y certeras de cuestiones complejas, lo cual implica saber ir a lo esencial.

CONCLUSIÓN: NECESIDAD DE FORMAR EDUCADORES, LÍDERES DE OPINIÓ

Si tenemos en cuenta que la vida democrática auténtica no se configura y sostiene por el mero hecho de crear determinadas instituciones y establecer ciertos criterios de regulación de la cosa pública, sino que requiere un cultivo sistemático de la creatividad en todos los órdenes, resultará obvio que no puede dejarse al azar la formación de líderes. Actualmente, los líderes sociales surgen de forma espontánea, se lanzan a la arena de las luchas políticas y sociales, ganan cierta experiencia al hilo de las refriegas y en casos adquieren un alto grado de cualificación. Merced a estos logros, la sociedad va cubriendo los puestos de responsabilidad y resolviendo sus problemas de forma perentoria.

Este modo asistemático de formar a los dirigentes presenta una grave insuficiencia. Miles de errores e indecisiones podrían evitarse

con una preparación adecuada, bien asentada en un sólido conocimiento de la mejor investigación contemporánea. Los saberes teóricos deben estar al servicio de la acción política y social. Resulta suicida dar de lado a cuanto se ha investigado acerca del hombre y montar la vida social sobre el cañamazo elemental de ideologías carentes de solidez. Cuando uno estudia de cerca el desequilibrio que existe entre tales ideologías y los resultados de la investigación científica y filosófica, siente pavor, porque tal desajuste supone un enfrentamiento con la realidad que la investigación estudia y revela. Los ataques a la realidad -muy en concreto a la humana-se pagan muy caros, ya que la realidad se venga siempre. La venganza de la realidad consiste en que el hombre que se le enfrenta no puede realizar cabalmente su ser personal.

La sociedad que no prepara a sus futuros dirigentes de forma que ajusten su modo de actuar a las exigencias de las realidades a las que afecta su acción no asegura su porvenir; queda sometida al hecho azaroso de contar o no con personas capaces.

Por esta razón, iniciativas como la Escuela de Dirigentes, fundada y ampliamente difundida en Italia, son dignas de ser asumidas. Sin realizaciones de este género, la preocupación actual por elevar el nivel ético puede quedarse en un mero deseo infecundo, pues tal elevación supone todo un proceso renovador extremadamente complejo que requiere un estudio y una ejercitación bien realizados y bien dirigidos.

El eminente médico y humanista Gregario Marañón señaló hace años la dirección en que ha de realizarse el giro que viene reclamándose en Occidente desde la quiebra del ideal de la Edad Moderna. Meditemos atentamente sus palabras: «Cuando se habla de que la ciencia ha fracasado como ideal humano y que este fracaso es una de las causas de la confusión que preside la encrucijada de la historia que nos ha tocado la suerte de vivir (...), se comete un error de bulto; no es la ciencia como idea, sino el ideal de la técnica lo que ha fracasado. Cuando el hombre ha tenido a su disposición en el breve espacio de muy pocos años técnicas prodigiosas para todo, con las que no pudo nunca ni siquiera soñar, se ha enterado, y sólo entonces, de que esas técnicas no sirven para resolverle nada fundamental; ni aún para darle una sensación de superioridad sobre el hombre de las edades anteriores, el que soñaba con esas técnicas como en algo casi irrealizable y suponía que en ellas estaba la clave de su liberación de las miserias humanas. Pero esto no es decepción de la ciencia o no debe serlo; sino motivo para dar, casi siempre, a Dios lo que es de Dios, es decir, para renovar la categoría del pensamiento eterno e inacabable, y para dejar en su lugar al César, a la técnica, a lo que se toca y nos fascina con su poder material pero

que está vacío de sentido trascendente. Ciego será quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retorno de los valores eternos y, por ser eternos, antiguos y modernos: a la supremacía del deber sobre el derecho; a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; en suma, por una u otra vía, a la vuelta hacia Dios»¹¹.

¿Puede asumirse un mensaje renovador como éste -semejante a tantos otros que nos ha transmitido el pensamiento contemporáneo-y realizarlo en la sociedad sin contar con una sólida preparación humanística? Ciertas escuelas técnicas, de altísima calidad, han descubierto recientemente que su meta de formar líderes sociales queda muy a medio lograr por haber relegado el estudio de las Humanidades.

Estamos a tiempo de tomar medidas eficaces. El pensamiento actual nos ofrece recursos sobrados para elaborar un método educativo adecuado a las necesidades actuales. Existe ya la conciencia de que es necesario realizar un esfuerzo de renovación. Falta sólo la decisión de poner manos a la obra.

¹¹ Cf. *Obras Completas*, vol. 1, Espasa-Calpe, Madrid, ³1975, p. 128.

SEGUNDA PARTE

EL DETERIORO MORAL

I. EL AFÁN MANIPULADOR Y EL ENVILECIMIENTO DEL PUEBLO

No basta vivir en democracia para ser libre

El hombre actual tiende a pensar que, al vivir en un sistema democrático, es libre automáticamente y en plenitud. La dura experiencia de cada día nos advierte que se trata a menudo de una vana ilusión. Los sistemas democráticos hacen posibles ciertas formas de libertad que permiten la realización de determinadas acciones. Pero ¿promueven con ello la auténtica libertad del ser humano, que es la libertad para ser creativo, para hacer en cada momento lo que es necesario en orden al pleno y cabal desarrollo de la propia personalidad? Ésta es la cuestión decisiva, que los demagogos silencian cuidadosamente una y otra vez cuando enardecen a los ciudadanos con sus proclamas de amor a la libertad del pueblo.

Se comenta a menudo que estamos manipulados, que los medios de comunicación no siempre sirven a la investigación y difusión de la verdad sino a ciertos intereses más o menos turbios, ajenos al bien de las gentes que con buena fe les prestan adhesión y confianza. Pero apenas se hace ver con precisión en qué consiste manipular, quién manipula y para qué, qué medios moviliza, qué pretende con ello... Si no se conoce todo esto de cerca, en forma tal que se esté en disposición de descubrir al vuelo cuándo se nos está intentando manipular y de qué forma, se corre grave riesgo de caer en el peor de los vasallajes: el del espíritu.

En efecto, el manipulador no se dirige nunca a la inteligencia de las gentes para suscitar su capacidad de clarificar los problemas, de tomar opciones reflexivas, de orientarse bien en la vida. Opera con precipitación, como un prestidigitador que altera las cosas sin que el espectador se aperciba de ello. Ataca por la espalda, no de frente, sin dejar tiempo a que la persona afectada piense por propia cuenta y se haga cargo personalmente de la situación. «Soberano es cosa de hombres», se te dice, y ante ti se hacen pasar diversos conceptos de forma ambigua para afectar simplemente a tus centros de decisión, no a tu capacidad de reflexionar. Nada tiene que ver el ingerir cierto líquido y el llegar a ser todo un hombre. Puede suceder que la entrega a la bebida te lance por un plano inclinado de exaltaciones alienantes que te dejen muy dañado en tu condición personal. No importa esto al manipulador, que sólo desea convertirte en cliente y se vale de tu tendencia a procurarte ganancias inmediatas.

Qué es manipular y quién manipula

Manipular es manejar a una persona o a un grupo de personas como si fuera un mero objeto. Manejar equivale aquí a dominar, arrastrar, vencer sin convencer. El que quiere convencer a alguien habla a su inteligencia, respeta su libertad, tiene en cuenta sus sentimientos, atiende a sus ideales. Al convencerlo, no lo domina, no lo reduce a un ser inferior, participa con él de una misma verdad, que los enriquece a ambos. El que no intenta sino vencer a ultranza amengua en los demás la capacidad de pensar, sentir y querer por propia cuenta, y determina su modo de comportarse en todos los órdenes: el familiar, el profesional, el ético, el religioso, el estético, el amoroso, el político...

El manipulador se erige en guía de otras personas no para ayudarlas a desarrollar plenamente su ser personal sino para someterlas a servidumbre y reducir las a medio para sus fines.

Hay dos tipos de manipuladores: los mercaderes y los ideólogos. El comerciante que nos orienta en nuestras compras no es un manipulador sino un guía. Nos da poder de discernimiento y, en la misma medida, incrementa nuestra libertad y nuestra dignidad personal. El que no nos facilita datos concretos sobre la mercancía que ofrece sino que nos seduce poniéndola en relación con imágenes o recuerdos que nos resultan sobremanera atractivos de forma espontánea actúa como un embaucador; no nos deja libertad de elección; la fuerza. No olvidemos que seducir es muy distinto de enamorar. El que enamora muestra algo valioso para que otra persona se deje imantar por su valor y lo asuma voluntariamente. El que seduce encandila y enceguece con un brillo falso, provocado estratégicamente para dominar los centros de decisión.

Se presentan imágenes de una bella joven duchándose, y una voz en off nos sugiere al oído el nombre del jabón que está limpiando y perfumando su piel. Sobre tal producto se proyecta automáticamente el encanto que produce sobre millones de personas la atractiva figura de la muchacha. Cuando vayas a la droguería para surtir tu cuarto de baño, observarás que tu vista tiende a fijarse preferentemente en esa marca de jabón. Estará como rodeada de un halo especial, y ejercerá sobre tus sentidos y tu voluntad un especial conjuro. No lo dudes; estás siendo víctima de una manipulación. Tu elección está predeterminada, no es libre. Compras esa clase de jabón seducido, no enamorado. Crees ser totalmente libre, actuar en virtud de tus apetencias, pero no lo eres. Estás siguiendo los cauces marcados por los intereses de un manipulador que no tiene el menor interés por tu desarrollo personal y tu felicidad, sino por su triunfo particular como comerciante. Te reduce a mero cliente, y todo su

afán radica en que adquieras la mercancía, sea un producto de perfumería, un coche, un libro, una entrada para un espectáculo, un voto en unas elecciones...

Esta misma reducción violenta de las personas a meros clientes se da también en el mundo de las ideas. Si yo tengo una forma de pensar e intento arrastrarte con astucias para que te adhieras a ella y la tomes como propia, me comporto como un manipulador, un demagogo, no como un maestro, un guía. He aquí la manipulación ideológica. Por ideología, en sentido restrictivo, se entiende un conjunto de ideas sostenido no tanto por convicción intelectual rigurosa, basada en un estudio concienzudo del asunto, sino en motivos sentimentales y en intereses de diverso orden.

El que quiere difundir sus ideas y se esfuerza por mostrar su validez de forma abierta y sincera no es un manipulador, es un maestro. Puede equivocarse, pero su equivocación no constituye un engaño; es sencillamente un error.

Encierra el mayor interés distinguir con precisión lo que es manipulación y lo que es magisterio. Ciertas personas rehuyen orientar a sus hijos o discípulos hacia los valores por temor a manipularlos. Se equivocan. Adentrar a un niño o a un joven en el campo de irradiación de un valor no constituye una acción seductora que obnuble la mente y embriague la voluntad. El maestro se limita a poner al educando en vecindad con el valor. Luego es el valor mismo quien lo atrae con su poder de vibración, con su capacidad de ofrecer posibilidades para actuar fecundamente y desarrollar plenamente la personalidad y sentirse dichoso. Este maestro o guía contribuye a que el niño o el joven se enamoren de tales valores, no a que sean seducidos por ellos.

Tanto el manipulador-mercader como el manipulador-ideólogo quieren vendernos algo: cosas o ideas. Para incrementar sus ventas, el manipulador-mercader suele recurrir a las astucias del manipulador-ideólogo: crea, por ejemplo, un clima social de consumismo, de presuntuosidad, de afán de embriagarse con la posesión de bienes y el disfrute de toda clase de sensaciones halagadoras.

Para qué se manipula

El mercader que manipula se mueve por el afán de incrementar sus ganancias, triunfar en su profesión y elevar su status social. La manipulación ideológica responde a un deseo insaciable de dominar al pueblo de forma rápida, contundente, masiva y fácil. No se contenta con ejercer influjo sobre una y otra persona, individualmente

consideradas. Quiere someter a su dictado a pueblos enteros de forma rápida e inapelable, con la facilidad que otorgan los recursos estratégicos de la manipulación.

Para dominar a un pueblo, sólo se necesita privarlo de su carácter comunitario y convertirlo en masa. Masa es un concepto cualitativo, no cuantitativo. Independientemente del número de miembros que integra, un conjunto de seres humanos constituye una masa cuando carece de estructura y se reduce a un montón amorfo de individuos. La estructura es fuente de solidez, dinamismo y flexibilidad. Un pueblo estructurado es, por ello, inexpugnable. Puede ser eliminado, pero no dominado. Un pueblo masificado es presa fácil de los depredadores de todo orden: culturales, económicos, políticos...

En perfecta -aunque siniestra-lógica, la tarea de los estrategas de la manipulación consiste desde hace unos lustros en acelerar la masificación de las gentes bajo pretexto de «liberalización» de las costumbres, superación de «tabúes», progreso hacia formas de vida liberadas de toda norma. Para desestructurar y desvertebrar a un pueblo, no hay vía más contundente que difundir la idea de que el horrible desarrolla su personalidad desvinculándose de los valores cuyo cultivo exige voluntad creadora y esfuerzo, y dejándose arrastrar por aquello que fascina y no pide sino la entrega al halago instintivo. Todas las formas de seducción empiezan exaltando y sumen inmediatamente en la depresión por anular la capacidad creadora. Al asomarse al vacío de su propio ser, el hombre siente vértigo. El cultivo de las distintas formas de vértigo -droga, mero erotismo, juegos de azar...-disminuye en el hombre su capacidad de consagración a tareas valiosas y su poder de aunarse en formas sólidas de comunidad. Toda forma de vértigo empieza prometiendo una conmovedora plenitud, pero en definitiva es alienante; saca al hombre de sí en cuanto lo reduce a mero objeto, objeto de fascinación y manipulación.

Por envilecer al hombre, las experiencias de vértigo están en la base de las diversas formas de violencia. De modo violento se reduce hoy a los hombres a meros clientes, meros votantes, meros consumidores de toda clase de productos. No se atiende a su bienestar y su plenitud personal. Se los utiliza como medios para los propios fines.

Los profesionales del poder -político, económico, cultural...-se glorían entonces de dominar al pueblo. Pero lo que tienen en sus manos no es ya un pueblo; es una masa, el residuo degenerativo que queda del pueblo cuando se lo ha privado de estructura. Este brutal reduccionismo suele practicarse sarcásticamente en nombre de la libertad. Pero es hora de poner las cartas boca arriba y debelar esta

estrategia de la manipulación. La violencia en las democracias se practica de forma dolosa, artera, soterrada, para no enfrentarse con el ansia popular de «libertad», concepto «talismán» hoy día. Los amigos de la libertad integral del hombre deben apresurarse a descubrir este juego envilecedor, por la grave razón de que un pueblo envilecido no puede constituir una democracia. Si se convierte al pueblo en una masa gregaria, se prepara el camino a un poder totalitario, pues el vértigo del gregarismo y el del totalitarismo se implican mutuamente; son el anverso y el reverso de un proceso despersonalizador.

Sólo una visión banal de la vida humana puede considerar el fomento, por ejemplo, del mero erotismo -entendido como «liberación» del instinto sexual respecto a toda creatividad auténticamente personal como una medida «progresista». Es un retorno a estadios de la personalidad demasiado elementales para poder ser considerados como cultos. La obsesión por el sexo, desvinculado de los modos más exigentes de amistad y compromiso personal, es un género de vértigo que se halla en los antípodas de la existencia creadora, creadora de formas elevadas de unidad, que constituyen la auténtica cultura.

La vinculación -abierta o solapada-del erotismo y la propaganda comercial es una forma de manipulación doble -la propia de los mercaderes y la de los ideólogos-que es movilizadora actualmente para dominar a los pueblos. Los ingentes medios de la civilización son utilizados a diario para anular la cultura, el cultivo de los modos elevados de creatividad que configuran la personalidad del hombre, la estructuran en grupos firmes y le otorgan amparo.

Ciertos movimientos liberalizadores conceden a los hombres libertad de maniobra para desatar las aguas de toda suerte de apetencias inmediatas. Esta ganancia, a primera vista espectacular, provoca una pérdida proporcional de capacidad creadora y, en definitiva, de independencia personal. La manera menos costosa y más eficaz de conquistar a los hombres es no atacarles desde fuera, sino conseguir de forma artera y habilidosa que las fuerzas elementales que bullen en su ser se alcen con la primacía y les hagan olvidar que las ganancias inmediatas y fáciles no los llevan a plenitud; más bien bloquean su desarrollo normal.

Cómo se manipula

Hombres y grupos afanosos de vencer sin necesidad de convencer, de tener al pueblo bajo control, de reducirlo a servidumbre y convertirlo en medio para sus propios fines inconfesables los hay tanto en las dictaduras como en las

democracias. En aquéllas, el tirano suele prometer más bien eficacia que libertad. Se halla, por tanto, más libre para recortar las libertades de los ciudadanos en aras de una mayor prosperidad material. Un pueblo que se halla bordeando el grado cero del bienestar es muy sensible a toda promesa de eficacia. Para conseguirla, se pueden restringir las libertades más y más sin que las gentes se alarmen y alteren.

En la democracia la máxima aspiración es la libertad, dosis nunca igualadas de libertad en todos los órdenes. ¿Cómo realizar este trueque fraudulento de estar garantizando al pueblo el disfrute de una vida libre y someterlo al peor de los vasallajes: el del espíritu? El medio por excelencia para realizar tamaño fraude es el lenguaje, en su doble faceta de palabra e imagen. El lenguaje constituye el mayor don que tiene el hombre. Sobrecoge por su grandeza, pero llena de temor por su ambivalencia: puede servir para investigar la verdad y difundirla, pero también es útil para propalar la mentira; puede construir una vida de convivencia, o bien desgarrarla.

Resulta penoso haber de aceptar que un privilegio tan alto como es el hecho de ser locuente pueda implicar para el hombre gravísimos riesgos. Pero hemos de hacerlo con serenidad, conscientes de que todo lo humano es bifronte: constructivo o destructivo, beneficioso o maléfico. Depende de la actitud con que se lo viva. El lenguaje, que es vehículo de la creatividad, presenta un aspecto sumamente constructivo, benéfico. Si es movilizadado con fines de dominio, se convierte en instrumento de posesión y envilecimiento.

Para asumir las ventajas del lenguaje y evitar sus peligros, nada más eficaz que conocer a fondo el uso estratégico que puede hacerse de él.

Uso estratégico del lenguaje

En las luchas ideológicas actuales se está poniendo en juego una nueva forma de estrategia: la estrategia del lenguaje. Pueden perderse o ganarse batallas decisivas en el campo aparentemente sereno e inofensivo de la comunicación a través del lenguaje.

Hay términos cuyo simple uso, al ser aceptado por el interlocutor, lleva ya consigo una cierta victoria. El término «independencia» es capaz de enardecer a las muchedumbres con su poder evocador, aunque en ciertos casos no signifique de hecho un logro de auténtica libertad. Por diversas razones, ciertos vocablos se cargan de prestigio en determinadas momentos de la historia y se convierten en términos «talismán». Pensemos en términos como razón, reforma, libertad, liberalidad, tolerancia, etc. Utilizarlos en

abierta o soterrada oposición a los términos contrapuestos -que, por serlo, ofrecen un carácter aversivo- es jugar con patente ventaja.

Estas contraposiciones intencionadas dan lugar a los «esquemas estratégicos». Los términos progreso y cambio suelen ser contrapuestos a los términos regreso y estancamiento. Con ello se forman los esquemas o binomios: progreso-regreso, cambio-estancamiento. Si, al correr del discurso, se superponen subrepticamente estos esquemas como si fueran sinónimos, el concepto de cambio queda proyectado sobre el de progreso y cobra un especial conjuro. Este conjuro puede fascinarnos y hacernos olvidar que en la historia se dan cambios que implican progreso -marcha hacia adelante, perfeccionamiento-y cambios que significan regreso -vuelta atrás, deterioro-.

Este valor estratégico de las contraposiciones funda la posibilidad de los «planteamientos estratégicos». Voy por la calle con un grabador y pregunto a los transeúntes a bocajarro: «¿Es usted partidario de la censura?» Tengo todo hecho para que la inmensa mayoría me conteste negativamente. Incluso alguno habrá que se moleste por la pregunta y me diga que por quién lo he tomado. Se trata de una encuesta manipuladora, porque su mismo planteamiento lleva ya la respuesta predeterminada. En efecto, hoy día se da por supuesto -el manipulador nunca demuestra nada; da por supuesto cuanto favorece sus intenciones-que toda forma de censura se opone diametralmente a toda forma de libertad. Como «libertad» es el término talismán por excelencia en nuestros días, y se halla por ello cubierto de dignidad y prestigio, el término censura se cubre de oprobio por el mero hecho de oponérsele. No se dan razones, no se va al fondo de las cosas, no se confrontan debidamente ambos términos y sus respectivos conceptos. Sencillamente, se coloca un término en frente del otro, se sugiere que el estar en frente implica un enfrentamiento, y se consigue que cuanto implique control sobre los alimentos espirituales que se ofrecen hoy día al pueblo quede absolutamente desprestigiado, fuera del juego de la vida social. ¿Quién se atreve actualmente a defender la censura? Se defiende el control de los alimentos, porque control no es entendido aquí como opuesto a libertad sino a fraude, y éste es contrario a la libertad de los ciudadanos para cuidar su salud corpórea. Este empleo precipitado, artero, de los términos es propio de la actividad manipuladora.

El valor expresivo y la movilidad interna del lenguaje hacen posible toda suerte de «procedimientos estratégicos». Uno de ellos es el de la mofa. Cuando no resulta fácil desentenderse en lucha abierta y leal de una persona, una institución o una corriente ideológica, se les aplica expeditivamente un término cargado de sentido negativo en

la bolsa popular de valores. Se consiguen de este modo destrozos en el prestigio del adversario sin poner en juego ninguna cualidad verdaderamente positiva; sólo cierta contundencia y arrojo en el uso del lenguaje.

Otro procedimiento estratégico bastante usado es el «deslizamiento de sentido». A menudo se pasa del singular al universal. Me han dicho algo dos personas y yo afirmo a una tercera que lo dice «la gente». Con ello le infundo no sólo «miedo» sino «angustia», que es la sensación de estar rodeado por todas partes de elementos agresivos y no tener salida.

Otra forma de deslizamiento de sentido consiste en subrayar determinadas vertientes de los hechos con el fin de hacer pasar otras vertientes inadvertidas. Un pueblo que defiende una determinada ideología invade a otro que ensaya una forma de gobierno diferente. Al estar desprestigiado el término invasión -por cuanto se opone a independencia y autonomía, conceptos que se hallan hoy en alza-, se realiza un astuto deslizamiento de sentido y se afirma que en realidad -tras el velo de una apariencia hostil-lo que se ha hecho es «liberar» a este pueblo de la caída en un callejón político sin salida. Con la mera movilización del prestigioso término «liberar», toda la operación bélica, siendo objetivamente idéntica, es vista a una nueva luz.

La flexibilidad del lenguaje permite poner en juego un procedimiento estratégico de gran eficacia: la valoración por contraste. El mero indicar que una obra literaria, teatral o cinematográfica ofrece aspectos de la realidad que hasta ahora estaban vedados por la censura no significa en sí un valor positivo. Pero, como censura se opone a libertad -palabra «talismán»-, al indicar que una obra fue liberada de la censura se la cubre automáticamente de prestigio.

El uso estratégico del lenguaje -en sus múltiples formas- entraña una falsificación de la verdadera condición de las cosas y acontecimientos, y tiene por fin un incremento del dominio sobre los demás hombres. Este dominio es fácil de adquirir dada la peculiar capacidad del lenguaje para disimular las verdaderas intenciones del que lo usa con afán manipulador.

La única defensa eficaz contra esta sutil arma -temible en una época de inflación publicitaria, no domeñada por una verdadera Ética de la comunicación-es la perspicacia analítica para delatar equívocos y tergiversaciones de todo género. A la astucia para confundir hay que oponer la clarividencia para ordenar. Sólo nos mantendremos en alguna medida libres si instauramos la verdad en ese medio tan vulnerable que es el lenguaje. Pero ¿es posible tal instauración en un medio social obsesionado, al modo de los viejos sofistas, por las ganancias inmediatas? ¿Tenemos los hombres actuales algún medio a

mano para defendernos de la avalancha de la manipulación y mantenernos en alguna medida libres?

Es ésta una pregunta dramática porque está en juego nuestra dignidad personal. Al cabo de tanta eufórica exaltación de nuestra condición de ciudadanos que viven libremente en democracia, nos vemos instados a preguntar si podemos salvar alguna medida de libertad en el naufragio general de la misma provocado por la práctica masiva de la manipulación demagógica.

A mi entender, la respuesta es positiva si cumplimos tres condiciones: 1ª) estar alerta, conocer de cerca los ardides de la manipulación; 2ª) pensar con extremo rigor y exigir a los demás que lo hagan; 3ª) fomentar al máximo la creatividad en todos los órdenes. Persona creativa es persona difícilmente manipulable porque, al desarrollar una actividad creadora, conoce por dentro, al trasluz, todo cuanto configura la vida humana. Si haces la experiencia creadora de la fidelidad, de guardar fidelidad a algo que has prometido, te das cuenta por ti mismo que ser fiel no es sólo tener aguante, sino crear todos los días aquello que prometiste crear un día. Yo prometo algo hoy para cumplirlo mañana, en un momento en el cual puedo tener sentimientos distintos a los que abrigo en la actualidad. Por eso prometer implica siempre riesgo. Pero este riesgo constituye la grandeza del que sabe prometer y cumplir lo prometido, porque esta fidelidad supone que uno está por encima de los avatares del tiempo y los sobrevuela con soberanía de espíritu. El hombre voluble no es creativo. Lo es el que cumple las promesas. Si lo haces, aunque sólo sea una vez en la vida, tienes luz suficiente para comprender que ser fiel no equivale a ser rígido, a esclerosarse en actitudes pacatas, obsoletas, como a veces se afirma demagógicamente; implica una buena dosis de libertad frente al afán que tenemos de procurarnos gratificaciones inmediatas y fáciles.

Contra este antídoto de la manipulación están movilizando los demagogos actuales un recurso sumamente eficaz: la confusión de los dos tipos de experiencias básicas del hombre: las experiencias de fascinación o vértigo y las experiencias de creatividad o éxtasis. Las experiencias de vértigo producen exaltación y euforia en un primer momento, pero inmediatamente causan decepción, tristeza, angustia y desesperación por cuanto empastan al que se deja seducir con la realidad seductora, no le dejan capacidad de entrar en juego creador con ella, tratarla, encontrarse. Pero hoy día la ciencia nos advierte que el hombre es un ser de encuentro, un ser que se constituye, desarrolla y perfecciona creando modos diversos de encuentro con las realidades que lo rodean. El que se deja fascinar por cuanto lo atrae, con vistas a satisfacer el ansia de ganancias inmediatas, destruye

poco a poco su creatividad personal, no se agrupa con otros en comunidades y se hace extremadamente vulnerable, muy fácil de dominar. En cambio, el que se relaciona con las realidades que lo rodean de forma creativa, no intentando en primer lugar sacar provecho para sí mismo, sino crear en común algo valioso, realiza experiencias de éxtasis -en el orden deportivo, estético, amoroso, ético, religioso...-, y desarrolla su creatividad, se perfecciona como persona, y siente alegría, entusiasmo, honda felicidad.

Hoy día los manipuladores ponen en juego todos sus trucos de ilusionistas del pensamiento para convencer a las gentes -sobre todo a la juventud, vista como grupo social- de que las experiencias de éxtasis y las de vértigo se confunden. Con ello, el prestigio secular de las experiencias de éxtasis -que dieron origen a todas las culturas auténticas de la Humanidad- recae sobre las experiencias de vértigo. Éstas pierden, con ello, su carácter envilecedor y resultan sumamente atractivas no sólo al apetito sino también a la inteligencia. Los hombres tendemos a satisfacer nuestras apetencias inmediatas, pero a la vez queremos evitar el sentirnos envilecidos. La confusión deliberada y demagógica de vértigo y éxtasis permite al hombre de hoy entregarse a velas desplegadas a cuanto lo fascina sin haber de reconocer que está iniciando el camino de la propia degeneración y destrucción.

He aquí una clave de interpretación para comprender mil circunstancias de la vida contemporánea, por ejemplo el fomento masivo, por parte de altas esferas, de las experiencias fascinantes: droga, erotismo, embriaguez, música electrizante, juegos de azar...

Debemos reaccionar contra este antídoto del antídoto ejercitando con nuestras mejores energías las experiencias de creatividad. En qué consiste la auténtica creatividad, qué exigencias plantea y qué frutos reporta son temas básicos en la formación de todo ser humano. Para llevarla a cabo hemos de esforzarnos en clarificar estos temas y otros afines, incrementar la capacidad creadora de las gentes y configurar, así, un Humanismo de la solidaridad y la unidad, años luz más fecundo para el hombre que el viejo Humanismo del dominio, que hizo quiebra una vez por todas en la primera guerra mundial. Esta fecunda tarea abre ante jóvenes y educadores un horizonte de trabajo solidario y de esperanza. Su buen éxito pende del entusiasmo que todos pongamos en sentar las bases de una nueva forma de entender la vida humana, una concepción inspirada en el ideal de la unidad. *La unidad, bien entendida, es en la existencia del hombre una meta, no sólo un medio para adquirir fuerza.*

II. DIVERSOS RECURSOS MANIPULADORES

El análisis filosófico empieza propiamente cuando se descubre la trabazón de las ideas y los acontecimientos. No basta tener un conocimiento amplio de diversos temas sueltos. Hay que penetrar en su núcleo y advertir su mutua conexión. La conexión significa un entreveramiento lúdico. Los diversos temas entran en juego entre sí, y el juego -como nos enseñan la actual «Estética de la creatividad» y la Hermenéutica es fuente de luz. Todo juego ha de ser entendido, en sentido riguroso, como actividad creadora de interrelaciones personales, de formas artísticas, de jugadas deportivas... Visto de esta forma, el juego se realiza a la luz que él mismo alumbra. Para entender con precisión un fenómeno o acontecimiento, debemos analizar el papel que desempeña en el juego de la vida humana.

Este análisis nos exige un planteamiento implacablemente serio de todas las cuestiones que de algún modo afecten al tema propuesto. Quienes creemos en los valores cristianos, que han impulsado y sostenido durante siglos la mejor cultura occidental, y deseamos seguir afirmando en ellos nuestra existencia, debemos exigirnos a nosotros mismos y exigir a los demás la máxima radicalidad en el estudio de los temas que deciden el sentido de la vida humana. Si adoptamos una actitud banal, superficial y frívola ante los problemas o aceptamos los planteamientos banales, superficiales y frívolos que otros realicen, tenemos la batalla perdida de antemano.

Para profundizar en el sentido de los acontecimientos humanos, la filosofía -bien entendida y cultivada- presta una ayuda decisiva. Ceteramente lo dio a entender un hombre tan avisado como Gabriel Marcel al escribir:

«Probablemente, de lo que el mundo actual tiene mayor necesidad es de educadores. Desde mi punto de vista, ese problema de los educadores es el más importante, y aquí es donde la reflexión filosófica debe ser puesta a contribución»¹².

La tarea fundamental del educador es ayudar a los hombres mayéuticamente a descubrir las leyes de la realidad y fomentar en ellos la inclinación a respetarlas. La realidad personal tiene una lógica interna que opera a modo de ley implacable. El hombre es libre para orientar su existencia de un modo o de otro, pero no lo es para evitar que una orientación lo conduzca a la plenitud personal y otra lo suma en el envilecimiento. Conocer de cerca y en pormenor, de forma bien

¹² Cf. *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*, Herder, Barcelona 1967, pp. 71-72.

articulada, estas diversas y opuestas formas de lógica es la base de una auténtica formación.

Si se desconocen estos modos de lógica, se corre riesgo de cometer errores básicos, errores que significan atentados contra las exigencias de la realidad -en este caso la realidad personal-. Y la realidad -insistamos en ello-acaba vengándose. La venganza de la realidad consiste en hacer inviable el desarrollo del hombre como persona. Para vivir la vida personal en plenitud y fundar, consiguientemente, auténticas formas de comunidad, se necesita ser realistas, hacer justicia a lo real en todas sus vertientes. No tiene valor alguno el hacer profesión de optimismo o de pesimismo. Lo único eficaz es ser realista: pensar y actuar conforme a los dictados de la realidad, integrando de modo creador la autonomía y la heteronomía, la actividad y la receptividad. Cuando asume de modo activo las posibilidades de juego creador que le ofrece la realidad, el hombre se desarrolla como persona, se estructura en modos estables de comunidad, gana solidez y riqueza, se convierte en un ser difícilmente dominable.

Para evitar este fortalecimiento de hombres y pueblos, los demagogos -ansiosos de vencer sin necesidad de convencer- cultivan por principio la superficialidad; no ahondan en los temas, no matizan los conceptos, utilizan los vocablos de modo opaco, ambiguo, elemental; fomentan de propósito los equívocos, para cometer a río revuelto toda suerte de tergiversaciones de la realidad. La gran arma del demagogo es actuar siempre por sorpresa, pillar desprevenido al que quiere dominar, para que no descubra las trampas que le tiende. El demagogo es un afanoso de poder, reduce a personas y pueblos a medio para sus fines, es decir, a meros objetos. Tratar a una persona o a un pueblo como si fuera un mero objeto se llama manipular, manejar arbitrariamente.

La manipulación implica una reducción violenta e injusta del plano personal al plano meramente objetivo. Esta reducción es la meta del sadismo. Hombre sádico es el que reduce a otro a mero objeto a través de la crueldad, o bien a través de la caricia erótica -la que concede primacía al cuerpo sobre la persona-o Personas y pueblos estamos hoy día sometidos, en todo el mundo, a una constante e inmisericorde manipulación. Los medios de comunicación social permiten a los demagogos montar campañas solapadas o abiertas -en todo caso, terriblemente eficaces- de orientación de las mentes y voluntades. Se nos manipula para adquirir poder. Al tratarnos como objetos, se nos envilece, porque no se respeta nuestra capacidad de iniciativa, nuestro poder creador, nuestra espontaneidad intelectual.

En vez de educar nuestra sensibilidad para los valores, se nos inculcan pseudovalores que favorecen los fines de los depredadores, los que intentan convertirnos en meros clientes de sus inconfesados negocio -económicos, políticos, morales, ideológicos...-. Las personas carentes de creatividad y sensibilidad para lo valioso no tienen poder para estructurarse en comunidades auténticas. La estructura es fuente de solidez, dinamismo y levedad, como destacan la ciencia y la metafísica actuales. Un conjunto -mayor o menor- de personas, si está falto de estructura, se convierte en un montón amorfo de meros individuos, en masa. La masificación no es un fenómeno cuantitativo, sino cualitativo. Dos personas, no estructuradas, constituyen una masa. Una multitud de personas, bien estructuradas, forman una comunidad, un pueblo. Un pueblo, una comunidad, merced a la cohesión, la energía y la flexibilidad internas que le confiere la estructura, resulta inexpugnable. Puede ser destruida por la violencia extrema, pero no conquistada mediante un asedio espiritual. Una masa es, por el contrario, perfectamente controlable y manejable por cualquier demagogo falto de escrúpulos, aunque esté desposeído de toda formación.

No por azar lo primero que hace un tirano, un hombre o grupo afanoso de poder a ultranza es amenguar o anular del todo la capacidad creadora de personas y pueblos. Pero ¿cómo lleva a cabo este propósito? Conviene sobremanera afinar aquí el análisis, pues una recta comprensión de este punto arroja luz sobre multitud de cuestiones de la máxima actualidad.

Además de los recursos que ofrece el lenguaje al manipulador para desorientar al pueblo y dominarlo espiritualmente¹³, los afanosos de poder a cualquier precio suelen movilizar astutamente ciertos trucos para hacer más fácil su tarea de ilusionistas. Todo manipulador es un ilusionista de conceptos y palabras. Con habilidad de prestidigitador, mueve las palabras de un lado a otro, las trueca, las confunde, y hace aparecer blanco lo negro cuando ello sirve a sus intereses egoístas. Entre tales ardidés figuran los siguientes, que debemos meditar cuidadosamente:

1. La manipulación a través del lenguaje está favorecida por el mito de la libertad de expresión. Se concede a todo el mundo libertad absoluta para expresar lo que desee. Se da por sabido y aceptado que todo ciudadano tiene en todo momento derecho a decir lo que se le ocurre, aunque no haya hecho ningún mérito para tener tal privilegio, porque es un privilegio poder expresar la propia opinión a

¹³ Pueden verse sobre esta cuestión mis obras *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid, 1988, 4ª ed., y *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2001.

través de medios tan poderosos como son la televisión, la radio y la prensa escrita. En realidad, sólo se concede este derecho a quienes disponen de medios de comunicación social. La mayoría de los ciudadanos no tenemos tal derecho sino en plan teórico.

Todo privilegio exige una gran responsabilidad a quien lo disfruta, pues, como dice Goethe, «no en vano se camina bajo palmas». Pero el manipulador rehúye toda responsabilidad por cuanto implica seriedad en el tratamiento de las cuestiones, rectitud de intención, solidaridad y espíritu de colaboración. Y estas condiciones se oponen al frenesí dominador del tirano. Por eso se cuida éste de difundir la idea de que «toda opinión es digna de respeto», a fin de tener al pueblo propicio a escuchar cuanto le venga dicho desde la atalaya de los grandes medios de comunicación social, aureolados de un inmenso prestigio ante las gentes menos preparadas.

Este recurso manipulador es neutralizado en buena medida cuando nos preguntamos qué significa «respetar una opinión». Si queremos indicar con ello que en las reuniones ha de permitirse hablar por igual a todos los participantes, sin discriminación alguna, decimos bien que toda opinión es muy digna de ser respetada. Pero es fácil pasar de este significado de tal expresión a otro muy distinto: el de que toda opinión es igualmente respetable que otra cualquiera, es decir, igualmente valiosa. Este tránsito es ilegítimo.

Una persona que expresa en privado su opinión sobre un tema importante sin conocer a fondo la materia de que habla puede desorientar a las personas con las que conversa. Tal desorientación supone un mal, pero, debido a sus dimensiones restringidas, no encierra demasiada gravedad.

Figurémonos, en cambio, que tal persona incompetente tiene acceso a los grandes medios de difusión de ideas, y propala sus convicciones infundadas a través de los mismos.

Contribuye, así, a modelar la opinión pública de una forma desajustada, contraria al verdadero ser de la realidad. Hace una labor profundamente negativa y peligrosa. El hecho de expresarse en público de esa forma no es en modo alguno respetable sino digno de reprobación. Se trata de un intruso en las materias sobre las que se manifiesta. El intrusismo está penalizado en medicina, farmacia, arquitectura..., debido a la peligrosidad que encierra para la salud y la vida de los ciudadanos. En otras vertientes de la vida -ética, religión, política...- es más difícil advertir los riesgos que provoca el intrusismo, pero no por ello son menos reales.

2. Otro recurso artero que suele ponerse en juego para hacer posible la manipulación y el dominio de las gentes es la escisión de la Ética y la Política, bajo pretexto de que la primera afecta a la vida privada del hombre y la segunda a la vida pública. Merced a tal

escisión, una persona puede tomar medidas políticas contrarias a sus convicciones personales sin perder su coherencia personal y contrariar su conciencia.

Aquí se impone observar que en la vida humana cabe distinguir lo interior y lo exterior pero no escindirlo, como si el hombre debiera escoger entre estar dentro o estar fuera, actuar en virtud de sus convicciones interiores o a impulsos de los estímulos e instancias que le vienen de fuera. El hombre, por ser personal, debe ser siempre comunitario, ha de actuar en virtud de sus convicciones propias, internas, y en función de las circunstancias que lo rodean. No se opone lo uno a lo otro. Por eso la vida política no es meramente exterior, así como la vida privada no es exclusivamente interior. Cuando un político se halla ante la obligación de votar una ley, no está actuando en un espacio exterior a su conciencia y a sus convicciones íntimas. Está inmerso en la trama de relaciones que constituyen la vida comunitaria, que es interior y exterior al mismo tiempo.

Considerar la esfera ética como algo privado y la esfera política como algo público significa aplicar los esquemas «privado-público», «dentro-fuera» a vertientes de la vida humana que los desbordan radicalmente. Tales esquemas son apropiados al estudio de meros objetos o cosas, no al de los seres personales. La naturaleza del hombre no es individualista sino comunitaria, como subrayan los mismos que defienden las tesis abortistas. La comunidad es un campo de juego creador donde lo interno y lo externo, lo privado y lo público se entreveran fecundamente. Lo jurídico, cuando se refiere a la configuración de las estructuras básicas de la vida comunitaria, afecta al dinamismo creador del hombre. Si no funda los cauces adecuados al pleno despliegue de tal dinamismo, lo jurídico no es «justo», no se ajusta a las exigencias naturales del ser humano. Las cuestiones éticas que no se refieran a la configuración de las estructuras comunitarias básicas no necesitan ser objeto de regulación jurídica. Pero, cuando se trata de poner las bases de una vida humana cabal, lo ético y lo jurídico recubren en buena medida sus áreas. No se olvide que vida ética significa vida creadora, y la creatividad humana es comunitaria. El desarrollo comunitario de la creatividad debe ser regulado por leyes que respeten la lógica de los procesos creadores, que es en el fondo la lógica de la realidad humana. Conocer esta lógica no es fácil. Su estudio es competencia por igual de quienes se ocupan de configurar la vida ética y la regulación jurídica. Las convicciones éticas relativas a cuestiones fundamentales de la existencia no se refieren sólo a la configuración de la vida individual sino de la vida comunitaria, en la cual despliegan su personalidad los seres humanos. La escisión entre lo ético y lo

jurídico sólo es posible sobre la base de una postura individualista, que siempre se ha revelado como agostadora de la persona humana.

3. Una vez instalados en el ámbito autónomo de lo jurídico, suelen recurrir los proabortistas al testimonio de las encuestas para buscar un refrendo «democrático» a la medida despenalizadora. Se considera abiertamente la opinión de la mayoría como motivo inspirador y justificador de una regulación jurídica. No parece repararse en los riesgos que encierra esta línea de positivismo jurídico, pues la opinión pública es muy vulnerable a través de los medios de comunicación social.

Mucho más acertado, aunque menos propicio a suscitar aplausos fáciles, es considerar que los legisladores no tienen por cometido ser notarios de lo que acontece en la sociedad, sino configuradores de modos de vida dignos. Y, como la dignidad humana pende de la creatividad (ya que el hombre tiene que configurar su vida, que no le viene dada hecha, y debe hacerlo conforme a una escala de valores), las leyes tienen por cometido encauzar la creatividad humana de modo justo. Pero la justicia radica básicamente en el ajuste a las condiciones de la realidad, no a las opiniones o deseos de las gentes. Cuáles son tales condiciones lo descubren pacientemente la ciencia y la filosofía a lo largo de los siglos. Cerrar los ojos a los dictámenes científicos y filosóficos para tomar la opinión pública -más o menos manipulada- como módulo de conducta y de configuración de la vida social significa una falta total de realismo que no puede sino acarrear consecuencias fatales a la misma sociedad a la que se pretende halagar. Porque la realidad reprueba cualquier atropello que se cometa contra ella. Esa reprobación se manifiesta en el hecho de que el hombre, al desbordar todo cauce, anula de raíz la auténtica libertad, que es siempre dialógica, y provoca la desvertebración de la sociedad.

La convicción de que, en cuestiones graves y complejas, un mero sondeo de la opinión pública no puede constituir la base de la legislación parecen compartirla los dirigentes políticos a juzgar por la decisión con que toman medidas drásticas respecto a ciertas cuestiones -precios, impuestos, incompatibilidades...- sin consulta previa al pueblo, sobre la base de lo que sus técnicos consideran más adecuado al bien común. Sólo cuando proyectan medidas de carácter ético que no pueden respaldar en razones sólidas y bien articuladas acuden los legisladores al subterfugio de las encuestas.

La fragilidad de ciertas «razones» aducidas para justificar el aborto en algunos casos es tan obvia que el pueblo tiene que sentirse burlado y humillado al oír las de labios de los responsables de la ley despenalizadora. No tiene sentido decir, por ejemplo, que con la promulgación de ésta se intenta evitar la necesidad de acudir a

clínicas extranjeras, acercar España a Europa, y evitar los abortos clandestinos, porque 1) si no se quebranta la ley, los viajes a Londres seguirán realizándose, pues la mayoría de quienes los llevan a cabo no cumplen las condiciones exigidas; 2) el Gobierno se está alejando de los países europeos occidentales en cuestiones decisivas; 3) consta que en los países con leyes abortistas el número de abortos clandestinos se ha visto incrementado notablemente.

No vale la pena refutar una a una las razones aducidas. La verdadera razón, a mi entender, radica en la voluntad de añadir una facilidad más a la realización de experiencias de vértigo, experiencias sugestivas que empiezan exaltando, pero acaban amenguando muy peligrosamente la capacidad creadora del hombre en todos los órdenes. La mengua de la creatividad implica decadencia para las sociedades y desvalimiento extremo para las personas.

Desde una perspectiva puramente humanística, la despenalización del aborto aparece como un regreso cultural que todo Gobierno debe evitar, en atención al bien común. Seguir considerando el aborto como un delito no significa una «represión de la libertad», sino la reducción de la «libertad de maniobra» a sus justos límites, con el fin de conservar el máximo bien de la sociedad: el respeto incondicional a la vida humana. Al exigir de todos los ciudadanos este respeto, no es el Gobierno quien se impone; es la realidad misma del hombre.

El estudio sincero de la realidad pone de manifiesto que la vida humana -en todos sus estadios- es algo tan valioso que no puede ser puesto en la balanza con ningún género de problemas, necesidades o apetencias de los individuos. Hacerlo, y decidir en contra de la vida humana, significa una alteración radical en las actitudes frente a la realidad. Se pasa de la actitud realista a la actitud subjetivista, que ya Goethe vinculó certeramente con los fenómenos de decadencia. Perder el respeto incondicional a la vida humana constituye para el hombre un mal incomparablemente más grave que aquellos que pretenden resolver las prácticas abortistas.

3. Un recurso manipulador temible por sus consecuencias es el siguiente. Para realizar una transformación total en las costumbres y en la mentalidad de los españoles se subrayó insistentemente 1) que urgía la reconciliación entre las dos Españas, 2) que ello implicaba restañar las heridas de la guerra civil y 3) que los creyentes debían, por tanto, abstenerse de defender con valentía y entusiasmo sus puntos de vista, no compartidos por los vencidos en tal guerra. Al amparo de estas metas ineludibles, a todo el que osó defender sus convicciones con decisión se lo atacó agriamente, tachándolo de fanático y «ultra», de antidemocrático y enemigo de la concordia. Al

adoptar esta conducta, se confundió de propósito el amor a la paz con el indiferentismo.

Merced a esta confusión, se logró inhibir a los creyentes, amenguar su poder de decisión, aminorar su capacidad de defensa de los propios valores, y se encontró motivo para ensalzar a quienes adoptaron una postura entreguista.

Al mismo tiempo que se lanzaba la campaña prodivorcista y proabortista, se insistía en la idea de que los creyentes no están autorizados a imponer sus puntos de vista -que se los supone privados- a toda la comunidad de ciudadanos, creyentes y no creyentes. La función normativa de la Iglesia fue así reducida al ámbito de los creyentes. Se confunde aquí normatividad con mandato coercitivo. No se ve que se trata de indicar cuál debe ser la configuración que necesita la sociedad para desarrollarse adecuadamente. Cuando se defiende la indisolubilidad matrimonial, por ejemplo, se indica algo muy positivo: la necesidad de conferir a la unión matrimonial una alta calidad. No se impone esta doctrina como se impone una ley.

4. Otro recurso muy utilizado en el proceso de revolución ética que se lleva a cabo actualmente es el de empobrecer lo más posible la vida espiritual de las gentes, reduciendo al máximo el valor de las realidades y acontecimientos.

a) Se reduce el valor del amor humano a mera unión placentera de tipo erótico. No se define claramente qué es el erotismo, para lograr que las gentes lo confundan con el auténtico amor, relación creadora de vínculos estables de alta calidad. Para dar plausibilidad a su opinión y conseguir que las gentes se confíen, los defensores del erotismo se apresuran a declarar que hablan del erotismo, no de la pornografía. Pero ocultan el hecho decisivo de que el erotismo se opone polarmente al auténtico amor, y dispone el camino a la pornografía, que es la exaltación abierta y banal de las pulsiones instintivas sexuales. El amor humano consta de cuatro elementos: sexualidad -con lo que implica de impulsivo y halagador-, amistad -ámbito estable de entrega mutua, comprensión, disponibilidad...-, proyección comunitaria del amor -expansión que se logra en el día de la boda-, y carácter enigmático y fecundo del amor conyugal -que se halla en extrema vecindad con las fuentes de la vida-. Desgajar el primer elemento -la sexualidad- por afán de obtener ganancias inmediatas es la función del erotismo. El eros busca aquello que le falta y que apetece. El amor, ágape, da aquello que posee; es desbordamiento. Al realizar dicho desgajamiento, se desmorona la estructura conjunta del amor personal. El erotismo es una forma de vértigo o fascinación que exalta, pero destruye.

b) Se reduce, asimismo, el concepto de libertad humana. Ser libres es estar en franquía, estar dispuestos para actuar de modo creador y dar origen a realidades valiosas. Esta apertura de espíritu requiere disponibilidad, generosidad, renuncia a la voluntad de poseer, de tomarlo todo -cosas, instrumentos, personas, valores...- como medio para los propios fines. La libertad de libre disposición es libertad de maniobra, libertad para hacer en todo momento lo que a uno le viene dictado por el propio apetito, el afán de satisfacer las propias apetencias. Confundir la libertad de maniobra con la libertad para la creatividad es un truco necesario para defender toda serie de libertades, sobre todo las que facilitan al hombre la entrega a las diversas formas de vértigo.

c) Se reducen las distintas formas de éxtasis a otras tantas formas de vértigo.

d) Esta reducción permite realizar otra: la de la comunidad a mera masa. La comunidad es un conjunto ordenado de personas que se unen entre sí mediante la participación en valores éticos, en convicciones religiosas' en toda suerte de valores comunes: deportivos, culturales, afectivos, económicos, morales, religiosos... La masa es un montón amorfo de individuos, es decir, de personas que permanecen encerradas en sí mismas y no se unen con las demás de forma profunda. Cuando se cultivan las experiencias de vértigo, se pierde la capacidad de fundar encuentros y, por tanto, vida de comunidad. Sin capacidad creadora de vínculos estables y valiosos, la convivencia comunitaria se reduce a mera vecindad física. Dos personas, por vecinas que sean, si no entreveran sus ámbitos de vida para realizar en común tareas creadoras, se hallan espiritualmente alejadas, como navíos que navegan cerca, en paralelo, pero sin tocarse.

e) La reducción de la comunidad a masa hace posible otra forma de reduccionismo: sustituir la colaboración creadora por el dominio expeditivo. Una comunidad ofrece mil posibilidades de trabajo en común, pero se resiste tenazmente a ser considerada como mero medio para algún fin impuesto coactivamente desde fuera. La masa no ofrece campos de posibilidades de acción solidaria. Se presenta como un todo incualificado y, como tal, fácilmente dominable. De ahí que la primera ocupación del tirano, el afanoso de poder, sea diluir las comunidades, reducirlas a masas.

Esta reducción la lleva a cabo promoviendo las experiencias de vértigo y exaltándolas como si fueran experiencias de éxtasis. Esta subversión de valores es la vía más eficaz para someter a la sociedad a vil servidumbre.

f) A fin de conseguir que este ejercicio ilícito de la voluntad de dominio ofrezca un aspecto positivo, no demasiado envilecido, ante

las mismas gentes que serán objeto de posesión, se concede dolosamente a todo lo que signifique poder y dominio un aura de prestigio. El hombre que ostenta poder es el hombre superior. El poder puede entenderse de muchas formas y en muchos planos diversos. Astutamente, se pasa de un plano a otro sin hacer las debidas distinciones y salvedades. Se confunde estratégicamente el poder que significa dominar la materia mediante el saber y la técnica con el poder ganar unas elecciones políticas o influir sobre las gentes mediante las técnicas de la publicidad o cambiar los criterios morales de la juventud. Al glorificar el poderío, toda actividad dominadora tiene buena prensa en principio, incluso entre quienes son objeto de dominación falaz.

Ciertos grupos de feministas subrayan con aire belicista que «la mujer tiene un cuerpo y puede disponer libremente de él y de cuanto en él acontezca». Parecen intentar con ello elevar la figura de la mujer a una alta cota de dignidad y liberarla de antiguas servidumbres. De hecho, sin embargo, están poniendo las bases para una manipulación servil de la mujer, porque, al admitir que ésta «tiene» un cuerpo, se afirma que el cuerpo humano es algo objetivo, disponible, y puede ser objeto de apetito por parte de cualquier depredador. Esto nos permite comprender la aparente paradoja de que unas mismas personas defiendan el derecho de la mujer al aborto y lamenten que ésta sea considerada como un mero objeto de contemplación estética en los concursos de belleza o como un reclamo en los anuncios publicitarios.

Cuando se exalta el poder, y se carece de una auténtica «ética del poder», todo vale con tal de adquirir dominio sobre alguna vertiente de la realidad; cualquier medio es considerado legítimo con la sola condición de incrementar el dominio. Veamos algunos de tales medios para adquirir poder:

- La mentira organizada que se halla en la base de todo proceso de manipulación a través del lenguaje es considerada como agilidad de espíritu, capacidad de maniobra, astucia política, saber hacer, tener mundo...
- Renunciar a la defensa de los valores en que uno cree cuando se estima necesario para ir a favor de corriente y conseguir las prebendas que van anejas al hombre cómodo que se adapta a las tendencias dominantes y no plantea problemas a los que disfrutan de triunfos difícilmente justificables es una actitud considerada como sana prudencia y equilibrio de espíritu.
- Aceptar «lo que está en la calle», los hechos que determinan la marcha de la vida social, como algo inevitable que debe ser considerado como normal con el fin de no ser tildado de intransigente y perder los votos que se adquieren fácilmente en

una sociedad hedonista -inclinada a lo fácil y halagüeño- cuando se adquiere la imagen de hombre «moderado», «liberal», comprensivo hacia todas las posturas es considerado como una flexible y serena posición de «centro».

- Para el que busca el poder, no la verdad, lo decisivo es la imagen, porque en las democracias la imagen decide la orientación del voto popular. La búsqueda de una imagen favorable lleva a incrementar el dominio de los medios de comunicación y a fomentar todo aquello que suscita el halago de las gentes, aunque sea el halago producido por la exaltación propia de los modos de fascinación que llevan al vértigo.
- Para facilitar la conquista del poder, se tiende a debilitar la fuerza de cuanto salvaguarde la dignidad de las personas y se oponga a su reducción envilecedora. De ahí los ataques, más o menos solapados, a la Iglesia católica, al Papa -no tanto en plan directo, personal, cuanto a través de las críticas al Vaticano, a sus finanzas, a su política-, a la moral católica, a las instituciones docentes que defienden una concepción religiosa de la vida. Si no se puede atacar abiertamente a las personas o instituciones, se silencia al menos su mensaje y se lo tergiversa. La información dada en ciertos medios de los viajes pastorales del Papa es un ejemplo de los esfuerzos que se realizan para neutralizar la influencia de tales acontecimientos, sin negarse a tratar el asunto y correr el riesgo de ser tachados de sectarios. Cierta vez el viaje del Papa a Estados Unidos fue considerado simplistamente, en algún periódico que se autoconsidera independiente, como un balón de oxígeno para el candidato católico a la Presidencia.

Estos ataques suelen realizarse de modo estratégico, en forma oblicua para evitar el rechazo del público creyente. Se finge estar defendiendo algún aspecto positivo de la vida humana, que se supone dejado de lado o abiertamente vulnerado por la institución aludida. Por ejemplo, para amenguar el prestigio de las escuelas privadas, se las tilda gratuitamente de clasistas, y se arroja sobre ellas todo el desprestigio que implica 1) el no atender a los más menesterosos y el avivar la llaga de la distinción de clases, 2) el conceder la exclusiva a una concepción del mundo y rechazar el pluralismo de opiniones que dé cabida a las diferentes personas y grupos, 3) el destinar fondos públicos a sostener empresas privadas, sostenidas al margen de quien vela por el bien de la sociedad. En este ataque 1) se oculta cuidadosamente el hecho de que los alumnos de las escuelas privadas son tan ciudadanos y tan contribuyentes como los que asisten a las escuelas estatales; 2) se pasa por alto el dato cierto de que buen número de alumnos de las escuelas privadas pertenecen a familias de

recursos económicos modestos, circunstancia que dejará de darse cuando el Gobierno les niegue la asignación que les corresponde como contribuyentes bajo pretexto de que pertenecen a una institución privada; 3) se confunde astutamente lo privado con lo no estatal, y se oculta que la enseñanza privada es tan pública como la estatal y está orientada en la misma medida que ésta al bien común; 4) no se tiene en cuenta el riesgo que implica para la formación de niños y jóvenes la introducción del pluralismo ideológico en la enseñanza. El cometido de una escuela no es ofrecer a los profesores un foro abierto para defender sus opiniones y propagarlas, sino hacer posible a los niños y jóvenes ajustarse a la realidad y desarrollar su ser personal del modo más pleno posible. Tal ajuste será imposible si el niño y el joven se hallan enfrentados a modos diversos e incluso opuestos de considerar la realidad en todas sus vertientes: la realidad inanimada, la animada, la personal, la cultural, la ética, la religiosa...

5. Lo dicho anteriormente acerca del afán de poder, de vencer al pueblo sin necesidad de convencerlo, explica un hecho digno de análisis: la coincidencia de ciertos partidos políticos en la defensa a ultranza, decidida y contundente, de todas las actitudes que implican libertad absoluta para entregarse a alguna forma de vértigo: juegos de azar, droga, embriaguez, ritmos electrizantes, espectáculos que exaltan el erotismo y la violencia, liberación de toda suerte de normas... Para guardar las formas, se proclama de vez en cuando la voluntad indeclinable de hacer frente a ciertos fenómenos sociales abiertamente dañinos, como la drogadicción, pero se fomentan al mismo tiempo las experiencias de vértigo, que minan en sus bases la configuración estable de la sociedad y hacen posible la transformación revolucionaria de la misma.

En lo que sí pone empeño el manipulador es en ofrecer salidas fáciles para la solución de algunas de las consecuencias que se derivan de las experiencias de vértigo. Si, al primar el erotismo sobre el auténtico amor, se fracasa en la vida matrimonial, se abre la vía al divorcio. Si las relaciones eróticas, pese a las facilidades ofrecidas para la utilización de medios anticonceptivos, dan lugar a embarazos indeseados, ahí está a la mano la salida del aborto, cada día más facilitado por leyes permisivas.

Cuando los gobiernos responsables de las leyes del divorcio y del aborto fueron preparando a la opinión pública para que las recibiese dócilmente, se cuidaron de no afrontar nunca directamente los problemas que las mismas implican. Los bordearon una y otra vez, y pusieron el acento en otras cuestiones que parecen hacer necesarias o plausibles tales leyes. Es muy útil recordar la estrategia seguida.

6. Si alguna persona o institución se esfuerza en centrar el tema y someterlo a revisión crítica es objeto de descalificaciones sumarias. Se intenta, por ejemplo, restar valor a los criterios antiabortistas de la Iglesia, basados en parte en los descubrimientos científicos, afirmando que la Iglesia nunca mostró hacia la ciencia más que recelo e incluso agresividad. Aunque tal acusación fuera justa, nadie podría negar a las jerarquías eclesiásticas el derecho a tener la sensatez de atenerse a los datos de la ciencia en cuestiones que son estricta competencia de ésta. Pero toda persona mínimamente culta sabe que dicha afirmación es insostenible. La Iglesia, en todos sus estamentos, mostró a lo largo de la historia una fina sensibilidad hacia la vida intelectual, en cuyo ámbito germina la ciencia. Se mostró excesivamente cautelosa en algunos casos de supuesta incompatibilidad entre la fe y ciertas afirmaciones científicas. Estos errores no fueron provocados por un sentimiento de aversión a la ciencia, sino por el desconocimiento de los límites precisos entre los ámbitos de la fe y la ciencia.

Errores que hoy nos hacen sonreír fueron cometidos, asimismo, por asociaciones tan beneméritas y poco sospechosas de oscurantismo como ciertas Academias de Ciencias. A través de fallos y de espléndidos logros, unos y otros -laicos y eclesiásticos- han logrado llevar la cultura al estado actual. Debemos tener sentido histórico, dar a cada episodio su justo valor, y no enfrentar grupos y esfuerzos, sino aunarlos. Escindir fuerzas que deben complementarse es una medida regresiva. Bastaría recordar algo tan elemental como la participación sobresaliente de los eclesiásticos en la vida de la universidad española en sus momentos de máximo esplendor, de los que arrancó el Siglo de Oro, para comprender que la escisión de laicos y eclesiásticos no nos traerá ni un día de gloria.

TERCERA PARTE

CONSECUENCIAS DEL DETERIORO MORAL

Al principio, el manipulador logra ocultar astutamente los destrozos que provoca en el espíritu de las gentes el afán de empobrecer su vida al máximo. Como opera siempre a favor de corriente y halaga las tendencias instintivas de las personas, el demagogo consigue durante algún tiempo ilusionar al pueblo con sus promesas de bienestar sin límite y progreso incesante. Mas pronto queda claro que se trata de una mera ilusión. La confusión manipuladora de las experiencias de vértigo y éxtasis y la concesión ilimitada de libertades para el vértigo no hace sino amenguar en los seres humanos la única forma de libertad plena: la libertad para ser creativos en todos los órdenes. ¿Cabe ser verdaderamente libre y creativo en una sociedad dominada por el afán posesivo y manipulador? ¿Es posible, por ejemplo, liberar a la juventud de la servidumbre letal que supone la adicción a la droga? ¿Se ayuda a las mujeres a conseguir una auténtica libertad interior al concederles libertad para disponer de la vida naciente? ¿Encamina a niños y jóvenes hacia una actitud creadora en la vida quien les insta a tomar la sexualidad como un medio para obtener sensaciones placenteras?

A continuación, intentamos contestar a estas azarosas preguntas.

I. LA MANIPULACIÓN Y EL MAL ESTILO

El que utiliza recursos estratégicos para vencer sin convencer muestra un mal estilo. Supongamos que a un gobernante se le hace ver que el estado de la educación en los centros estatales no se halla en el nivel de calidad y rendimiento que sería deseable y es exigible de quienes disponen para ello de los fondos facilitados por los contribuyentes. Tal gobernante puede reaccionar de dos maneras: 1) examinar a fondo el problema aludido y dar su parecer sobre el estado actual del asunto; 2) limitarse a advertir que tales reproches o críticas son realizadas por personas y grupos que sienten nostalgia de un pasado inconfesable y se oponen a todo ensayo de reforma «progresista». Esta segunda alternativa es una forma de manipulación bien tipificada. Por mi parte suelo denominarla «valoración por vía de rebote». Se pone en frente de uno a un enemigo fingido -el consabido «maniqueo»- y se lo cubre de oprobio aplicándole términos muy desprestigiados en la actualidad, por ejemplo «reaccionario».

El uso de este recurso manipulador denota muy mal estilo por varias razones: 1ª) El gobernante interpelado no se muestra dispuesto a abordar de frente la cuestión propuesta, como exige el respeto a los interpelantes; 2ª) No manifiesta el menor interés por la

cuestión en sí. Sólo intenta buscar una salida de urgencia que deje a salvo su imagen. La imagen, cuando se la entiende de forma desvirtuada, se reduce a mera apariencia. La mera apariencia es la capa más superficial de la propia personalidad. Pero, cuando el parecer de la mayoría tiene poder decisorio en las elecciones, el parecer y el aparecer presentan un interés práctico mayor que el auténtico ser; 3ª) Contribuye a difundir la costumbre de utilizar los recursos estratégicos del lenguaje como medio expeditivo para evadir la obligación de afrontar los problemas. Cuando un ciudadano plantea un problema o hace un reproche, puede estar equivocado, pero merece la atención de ser respondido sin agresividad.

La tendencia a recurrir a «la mala herencia recibida» responde a la voluntad de poner en juego el recurso de la «valoración por vía de rebote». Es hora de dejar bien claro que este recurso no resulta admisible. Cuando un grupo social obtiene la confianza de los ciudadanos para gobernar, adquiere el compromiso de superar a los gobernantes precedentes, sobre todo cuando la campaña electoral fue montada sobre la idea de «cambio». No vale como disculpa el aludir a situaciones anteriores que se antojan más deficientes que las actuales. Un político debe mirar sobre todo al presente y al futuro. El pasado es importante en cuanto ofrece ciertas posibilidades de acción que deben ser asumidas activamente a fin de proyectar en el presente un futuro mejor. Reducirse a confrontar la situación presente con las pasadas cuando se recibe alguna crítica supone una visión equivocada de lo que significa la acción política.

Todo el que sea responsable de la marcha de la cosa pública en cualquier aspecto debe tomar en serio su obligación de encarar los problemas con la decisión necesaria para darles una solución óptima. Lo óptimo se mide en relación a un criterio de calidad, no al propio provecho. Si se da a los problemas la solución que más conviene a la propia imagen y a los intereses electorales, no se toma como canon de la acción política el bien del pueblo sino otros intereses inconfesables. Cuando algún asunto marcha defectuosamente y, en vez de abordarlo con la debida decisión y competencia, se intenta desplazar la responsabilidad hacia los adversarios políticos, se altera gravemente el sentido del poder y se minan las bases de la vida democrática. Seguir afirmando entonces que uno milita en la política y acepta cargos con la sola intención de salvaguardar los intereses del pueblo -particularmente del más menesteroso- constituye una ofensa al buen sentido de las gentes, que ven burlada su actitud de confianza. En política no hay actitud más indigna e indignante que la que lleva a paliar la incompetencia con la mala fe.

Ese mal estilo del manipulador se muestra en su decisión de lograr el poder a cualquier precio, movilizándolo, entre otros, los recursos siguientes:

- Tratar de modo sesgado y tendencioso cuestiones muy delicadas para sembrar la confusión en el pueblo acerca de creencias básicas.
- Aplicar el boicot del silencio a los acontecimientos que, por razones egoístas, no conviene destacar.
- Introducir elementos provocativos para disimular la falta de talento.
- Cultivar la zafiedad, a fin de amenguar la capacidad creativa de las personas.
- Divulgar la pornografía, con objeto de orientar los impulsos sexuales de las gentes hacia formas de erotismo banalizado, no hacia el amor personal.
- Empobrecer la vida humana en todos los órdenes, para dejar a las personas desvalidas frente a los afanosos de poder.

Un caso de manipulación televisiva

Como ejemplo de manipulación puede servir un espacio dedicado por cierta televisión al tema de los milagros. Se puede afirmar de él lo que el Principito del relato de Saint-Exupéry decía indignado de las «personas mayores» -las que carecen de sensibilidad para lo verdaderamente importante-: «Lo mezclan todo, lo confunden todo...». Este programa mezcló apariciones, milagros, estigmas, revelaciones... y dentro de las apariciones unió indiscriminadamente las que están de algún modo reconocidas por la Iglesia y las que fueron abiertamente rechazadas por ella. Por lo que toca a la forma, unió el estilo propio de los reportajes con el de las tesis proclamadas de modo contundente y exabrupto.

Uno no acaba de creer que un programa de este género sea producto de la pura falta de inteligencia. Debe de haber alguna razón que lo explique y lo libere del absurdo. Ayuda bastante a encontrarla el hecho de que, tras hablar largamente de apariciones y milagros que la Iglesia no reconoce, al final del espacio se aludió a un proceso oficial de beatificación llevado a cabo por la Iglesia Católica, y se hizo todo lo posible para dejar en el aire la idea de que el único milagro exigido no presenta pruebas científicas. El programa no se limitó a mostrar que se requiere gran prudencia y poder de discernimiento en este asunto, y que el pueblo llano debe estar vigilante para no ser víctima de fraudes. Al final dio un paso adelante y levantó sospechas sobre la solidez de una de las bases en que se apoya la declaración

solemne por el Papa de la santidad de un cristiano. No hay pruebas, se vino a decir; todo es cuestión de credulidad. La intención que inspira esta afirmación vino rubricada por la estampa de la buena anciana entusiasmada con la imagen del P. Rubio, justamente el religioso de cuyo proceso se había hablado antes. Puede ser que no hayan encontrado, a causa de la ancianidad del postulador, quien les informara debidamente sobre este proceso. Pero hay otros procesos que son dirigidos por postuladores y fiscales jóvenes, con quienes es fácil conversar y enterarse...

La meta de los responsables de este programa fue sin duda una de las dos siguientes: o ilustrar al pueblo sobre el complejo tema tratado o confundirlo. Si lo primero, debían haber abordado el asunto de otra forma, deslindando cuestiones, demandando la opinión de especialistas en cada una de ellas, recurriendo a casos perfectamente dilucidados. Nada de esto ocurrió. Si intentaron lo segundo, hemos de preguntarnos cuál fue el propósito último que se persiguió con ello. Es posible que fuera el desacreditar la Religión Católica y conturbar la fe de los creyentes, sobre todo la de quienes no cuentan con una formación sólida. En caso de que esta suposición sea cierta, no me parece gallarda la postura de la televisión responsable. Una institución que se precie debe afrontar la vida de frente, y, si desea impugnar algo, puede hacerlo, pero a condición de que aporte razones sólidas, bien sopesadas, y se tome el trabajo de enterarse y hacer un guión que enhebre los temas, los delimite y separe, para poder hacer luz, como se explica en toda escuela a los principiantes de redacción.

Sea cualquiera la hipótesis que se considere más plausible para explicar lo sucedido, el programa hizo daño a todos, porque la falta de profesionalidad contribuye a encaminarnos, no a la increencia, sino al envilecimiento, lo cual afecta a creyentes y a no creyentes. Cuando se hacen las cosas con altura y el debido rigor, no hay peligro de caer en el sectarismo, porque el que es serio busca ante todo la verdad. Y esta búsqueda lo aparta del confusionismo, de las medias verdades, de los ardidés tácticos, de todo cuanto sirve para vencer a las multitudes sin necesidad de convencerlas.

No es buen camino el sembrar la confusión en cuestiones importantes para el pueblo. Porque con un pueblo desarticulado espiritualmente, empobrecido y confuso, no se puede sostener una democracia. Cabe conseguir ganancias inmediatas, pero se minan las bases de una convivencia estructurada de abajo arriba. Un pueblo reducido astutamente a rebaño acaba reclamando un «pastor», alguien que le «dicte» lo que debe hacer, es decir: un «dictador». No malgastemos el tiempo atacando el golpismo, y dediquémoslo a considerar que el manipulador de la opinión pública es el que golpea

a la democracia en su raíz, que es la dignidad del pueblo, su capacidad de pensar de forma bien aquilatada, de mantener firmes sus ideales religiosos y sus criterios éticos. Aplicar la segur a todo esto, creyendo que con ello se labra un futuro mejor, es caer en la genialidad del que se sentó en una rama altísima de un árbol y la cortó entre él y el tronco.

Una forma sutil de manipulación: el boicot del silencio

Todos recordamos el bullicio que suscitó la guerra del Vietnam. En todas partes se hacía oír oportuna o inoportunamente el grito de repulsa contra los norteamericanos. Un día y otro martilleaban nuestros oídos las proclamas de airada protesta. Y una nación entera llegó a sentir un sentimiento común de culpabilidad que todavía no se ha extinguido.

Durante años el pueblo de Afganistán fue víctima de un enfrentamiento que tuvo como saldo un millón de muertos y un inmenso dolor cotidiano en cientos de miles de familias.

¿Despertó esta tragedia un eco comparable al que provocó en su día el conflicto vietnamita? Casi reinó el mismo silencio que cubrió como una losa todo lo acontecido en Vietnam tras la caída del Sur en manos del Norte. Los miles de periodistas residentes allí fueron expulsados del país, y de repente parecieron haberse solucionado todos los problemas que suscitaban la indignación del mundo entero. Un día antes de la rendición todo era perverso y debía ser objeto de delación. Un día después, un aura de bienestar recorrió los valles desolados de ese castigado país. No importa que miles de vietnamitas busquen a través del mar la libertad que han perdido y se expongan a una muerte más que probable. Todo es en vano. El manto del silencio ha caído sobre este país y cuanto en él acontece.

No hace mucho, millones de trabajadores polacos se debatieron frente a un régimen que les negaba sus derechos fundamentales. Era de esperar que las organizaciones que estuvieron prontas a reclamar en la calle los derechos humanos conculcados en países tan lejanos como Chile o Guatemala vibraran con los obreros que jugaban una carta muy peligrosa en tierras tan cercanas como Polonia. ¡Vana ilusión! Apenas un comentario, ninguna protesta, ni rastro de manifestación alguna. Esos millones de trabajadores pertenecen a una galaxia que está -parece ser- fuera del mundo de los defensores de la justicia.

A la vista de estos silencios elocuentes, uno se ve forzado a pensar que tal vez no sean los derechos humanos lo que se intenta defender sino otros intereses menos altruistas, solapadamente

encubiertos. Tal encubrimiento no debiera quedar bajo un tupido velo de silencio.

Si defendemos de verdad los derechos del hombre, hemos de prescindir de las condiciones peculiares de los seres humanos sometidos al zarpazo de la injusticia. Cuando hacemos distinciones - por ejemplo, entre dictaduras de derechas y dictaduras de izquierdas- ponemos de manifiesto que no es al hombre a quien servimos sino al pequeño coto en que estamos instalados. Los derechos del hombre son, en tal caso, un bello pretexto para luchar nuestra batalla egoísta. Es una tergiversación bastarda.

La confusión manipuladora de socialismo y cristianismo

En los últimos tiempos se oye a veces la afirmación de que no hay incoherencia alguna entre ser socialista y ser católico o cristiano. Es ésta una de las cuestiones que desde la restauración democrática se halla más necesitada de clarificación. En las democracias, las cosas no le vienen dadas del todo hechas al pueblo sino que debe éste configurarlas. Para hacerlo con un mínimo de garantías de éxito, los ciudadanos necesitan analizar a fondo los temas más importantes a fin de saber en cada momento a qué atenerse. Si se realizan opciones decisivas en virtud de conceptos vagos, difusos, borrosos, se corren inevitablemente riesgos muy graves. No hay riesgo mayor que el de confundir términos que aluden a modos diversos de entender la existencia.

Que una persona del pueblo alejada de los puestos de responsabilidad no alcance a distinguir los matices que distinguen la posición ideológica de Bernstein de la de Rosa Luxemburgo la de Katusky, y conceda su voto al socialismo sencillamente porque le suena que esta orientación se caracteriza por su interés «social» en favor de la clase trabajadora es comprensible, aunque no sea del todo deseable porque una democracia sólo está bien asentada cuando sus miembros tienen un alto poder de discernimiento y una auténtica libertad de decisión. Pero una persona constituida en dignidad y dotada de poder decisorio dentro de un partido e incluso de un gobierno tiene obligación estricta de saber realizar en todo momento las debidas distinciones, marcar límites, todo lo severos que sea necesario, y evitar que alguien juegue la baza de la confusión.

Por lo que toca a la relación de socialismo y catolicismo o cristianismo, es fundamental hacer al menos las consideraciones que siguen. El término «socialismo», como todos los referentes a movimientos filosóficos que inspiran una actividad social y política, ha sufrido una evolución, y presenta, consiguientemente, sentidos

distintos. En el momento de optar políticamente, toda persona consciente de su responsabilidad debe analizar el sentido riguroso que este término presenta. Para ello, ha de considerar las metas que se propone el socialismo en su programa electoral y los medios que -según propio testimonio- está dispuesto a movilizar para alcanzar sus propósitos. Si alguno de estos medios o de aquellas metas se halla en oposición frontal a un punto básico de la fe cristiana, habremos de concluir en perfecta lógica que no es coherente ser a la vez socialista y cristiano.

Podría alguien pensar, con los ojos del espíritu un tanto entornados, 1) que ser «socialista» equivale a adoptar una actitud de preocupación por las cuestiones «sociales» referentes a la mejora de las clases menesterosas, y 2) que todo cristiano, en virtud del precepto del amor al prójimo, que le compromete con los más pobres, está obligado a ser socialista. Esta argumentación resulta demasiado simplista. Aun en el caso de que sea cierto que el socialismo se define por su dedicación a los más necesitados -lo cual debe ser demostrado con hechos, sin darlo por supuesto-, ello no indica que sea la única orientación política que realiza tal misión. Puede haber otras que lo hagan incluso de forma más perfecta, aunque su denominación no lo sugiera.

Si esto es así, y en el programa socialista figuran principios y propósitos contrarios a la fe que uno profesa, resulta incongruente concederle el voto. Lo pertinente será buscar un partido que esté dispuesto a realizar una auténtica labor «social», no sólo en cuanto a lo económico sino también en lo referente a los demás órdenes de la vida: el ético, el estético, el religioso... Si soy cristiano, para mí la labor social relativa a la vida del espíritu encierra un inmenso valor. ¿Qué tipo de labor social puede realizar un partido político que no acepta por principio lo que, a mi entender, es básico para el desarrollo cabal de la vida humana?

Figurémonos que el socialismo fuera capaz de resolver los grandes problemas relativos a las necesidades básicas del hombre: alimento, vestido, transporte... Aun en este caso, totalmente ficticio, quedarían muchas facetas de la labor social por realizar. Lamentablemente, la experiencia de los últimos años nos ha revelado que socialismo está muy lejos de identificarse con bienestar y prosperidad. Más bien al contrario. Los países donde la doctrina socialista fue aplicada con mayor rigor, las economías se han derrumbado, al tiempo que las personas bajaron al grado cero de ilusión y entusiasmo.

Estos hechos debemos constatarlos con toda serenidad y espíritu constructivo, sin la menor acritud ideológica, por simple afán

realista de atenernos a la realidad de los hechos y poder configurar sólidamente el futuro.

Actualmente, se tiende con frecuencia a diluir los límites de las realidades espirituales para hacerlas coherentes entre sí. Se viene hablando desde hace años de «reconciliación» -en un intento benemérito de unir voluntades y hacer posible la convivencia-, y se extiende la voluntad de concordia más allá de lo posible. Reconciliación significa acostumbrarse a dirimir las diferencias mediante el diálogo y no a través de la violencia, saber ganar y perder, hallar un punto de entendimiento que permita conciliar intereses encontrados..., pero no implica diluir el sentido propio de términos opuestos y afirmar que son perfectamente coordinables entre sí. Que un socialista y un cristiano deban cooperar democráticamente en tareas sociales y acentuar lo que hay de común en vez de subrayar las diferencias pertenece al arte elemental de la convivencia cívica. Pero ello no supone que sean dos orientaciones idénticas y puedan ser profesadas por una misma persona al mismo tiempo.

No se trata de ser intransigente, sino de cumplir un precepto platónico que está en la base de la vida europea: distinguir una cosa de otra, un concepto de otro, una actividad de otra, a fin de integrar lo que sea coordinable y mantener a la debida distancia lo que es irreductiblemente distinto. Conocer bien las esencias de las cosas y acontecimientos no significa atrincherarse en posiciones inconciliables, sino saber a qué atenerse para optar con auténtico conocimiento de lo que se hace. Puede uno ser claro en sus ideas, entusiasta en la defensa de sus propósitos, y al mismo tiempo ser flexible en el diálogo, abierto a la colaboración, pronto para instaurar la paz en todas las vertientes de la vida. Confundir por sistema las cosas no equivale a ser comprensivo, generoso, abierto. Significa, más bien, carecer de claridad de ideas y favorecer toda clase de estrategias. Aunar socialismo y cristianismo en un país tradicionalmente cristiano puede constituir un buen punto de partida para una estrategia electoral, pero a la larga este tipo de triunfos basados en la confusión no resultan beneficiosos para el bien del pueblo, al que todos debemos servir, pues sólo la verdad puede hacernos libres. Los errores se pagan a muy alto precio, porque son ataques a la realidad, y ésta acaba vengándose. Su venganza consiste en que el hombre, al no ajustar debidamente su comportamiento a lo que son cada una de las realidades y los acontecimientos de su entorno, no puede desarrollarse como persona, bloquea su dinamismo espiritual y provoca serios conflictos y frustraciones.

Las consideraciones anteriores no son una llamada a la discrepancia, al desgarramiento y la discordia. Son una invitación a la claridad, al estudio de las esencias, al cuidado de no tomar la parte por el todo y ver coincidencias básicas y globales donde no hay más que un campo parcial de juego en común.

El demagogo rehúye todo debate clarificador

Todos cuantos, cargados de razón, esperaban que al llegar la democracia se discutirían a fondo y en público los grandes problemas, se haría una labor crítica de la gestión pública y se evitaría así la corrupción están no poco decepcionados. Nunca se debatieron menos las cosas que ahora, y, cuando se hacen críticas serias de algún procedimiento, los responsables adoptan una de estas dos actitudes, a cada cual más estéril y cínica: o hacen oídos sordos, con gesto displicente, o se revuelven para sugerir al pueblo, a través de los grandes medios de comunicación, que los críticos son personas malévolas y falaces.

Es un hecho que en nuestra democracia no existen debates auténticos. Algunos programas radiofónicos y televisivos intentaron y siguen intentando montar algunos diálogos. En ciertos casos, se trata de pretextos para airear ciertas ideas, ofrecer ocasión propicia a unos personajes para mejorar su imagen ante el gran público y dejar a otros en situación desairada. A veces, puede observarse que algún coloquiante no atiende siquiera a lo que dicen los demás; se halla sólo pendiente de la imagen que está ofreciendo al oyente o al espectador. Actualmente, casi no existe espacio alguno dedicado a la confrontación seria de opiniones.

Da la impresión, a juzgar por declaraciones de ciertos políticos, que se considera suficiente haber obtenido los votos necesarios para poder gobernar. Una vez en el poder, el pueblo no es autor de la vida política, ni siquiera actor, sino mero espectador sufrido de cuanto los políticos elegidos decidan hacer y decir. Los representantes del pueblo se sienten eximidos de explicar a éste, en todo momento, las razones profundas por las cuales deciden llevar al país hacia una u otra meta. Actúan de modo autárquico, y muy de cuando en cuando comparecen en público para autofelicitarse por los éxitos obtenidos. Si alguien opina que, en vez de éxitos, deberían hablar más bien de fracasos, no se le muestra con la realidad en la mano que está equivocado y debería informarse mejor; se moviliza todo el poder de que se dispone para desfigurar su imagen y desvirtuar de ese modo sus afirmaciones. El pueblo se queda desconcertado, y llega a la convicción de que lo decisivo para los responsables de la cosa pública

no es tanto clarificar las cuestiones cuanto mantener incólume la propia imagen y afirmarse en el poder.

Parece que la meta a conseguir es el poder, y el poder se logra cuando se consigue presentar al pueblo una buena imagen. La imagen -entendida de esta forma casera- es, en buena medida, una apariencia. Es la opinión que el pueblo se forma de una persona. Lo importante no es el ser sino el aparecer, no lo que en verdad es un político sino la opinión que de él se tiene. De ahí la primacía que se concede hoy a la labor de maquillaje, que se confía a especialistas: los configuradores de imagen y formadores de líderes.

Para modelar una imagen y presentarla de forma sugestiva al pueblo, se echa mano con frecuencia de las diversas formas de manipulación del hombre a través del lenguaje. El lenguaje, arteramente manejado, permite ganar batallas decisivas sin entrar en combate. Resulta increíble observar con qué desparpajo se están utilizando los recursos estratégicos del lenguaje al tiempo que se subraya la necesidad de ser veraces y servir y respetar al pueblo. (Cada vez que se oye hablar de pueblo «soberano» son ya muchos los que están a punto de sufrir un ataque de risa nerviosa.)

La manipulación es tan eficaz como poco arriesgada. El demagogo es lo suficientemente astuto para vencer al pueblo, dominarlo y, a la vez, persuadirlo de que está promocionando su libertad y dignidad. El manipulador monta la batalla en el terreno escogido por él, que es el de la tergiversación de los hechos a través del abuso del lenguaje, y se mueve en solitario, recorre impávido su camino, seguro de su fácil victoria. No admite confrontaciones de ninguna clase, sobre todo con personas bien preparadas, que podrían poner sus trucos al descubierto. Un manipulador es un ilusionista de la inteligencia que opera con trucos: utiliza los términos de manera equívoca, proyecta unas imágenes sobre otras, pasa de un nivel del pensamiento a otro..., todo con el fin de practicar diversos escamoteos mentales. Por eso la primera ley del demagogo es no matizar los conceptos. Basta que un interlocutor un poco preparado le fuerce a precisar debidamente un concepto clave para que pierda su poder de fascinación sobre las gentes. ¿Cómo va a entrar en debate un demagogo si la manipulación realizada en solitario, como único y brillante protagonista, le pone en la mano todas las cartas para vencer sin riesgo?

Nadie que conozca la situación actual negará que desde hace algún tiempo se viene necesitando imperiosamente una serie de debates públicos -en el parlamento y en los medios de comunicación- que arrojen luz sobre las grandes cuestiones de la política y sobre algunos puntos oscuros que enturbian la convivencia ciudadana y no permiten proyectar el futuro de forma sólida. El pueblo asiste perplejo

a declaraciones aisladas, siempre en forma de monólogo, sobre un tema y otro, pero no tiene jamás ocasión de ver estas opiniones confrontadas de forma serena y concienzuda, propia de profesionales. Todo se reduce a propaganda, a una gran feria de vanidades e intereses, en la cual se ve el ciudadano asediado por quienes no tienen otro afán que imponerle la mercancía.

Ante este caso flagrante de inautenticidad, de falta de profesionalidad, uno se pregunta inquieto por las causas. No avenirse a realizar debates auténticos -como viene exigido por el bien común- tiene que estar determinado por alguna razón poderosa. No hay duda: En un clima propicio a la manipulación los debates son huéspedes indeseados e indeseables. Pueden convertirse en un dique frente al torrente que conduce inexorable, impetuoso y feliz hacia el triunfo. ¿Para qué arriesgarse en aras de la honradez? Sería un gesto «romántico» imperdonable en una época tan pragmática como la presente donde hasta el recurso a la ética juega un papel funcional, estratégico, puramente coyuntural.

II. LA ACEPTACIÓN DEL ABORTO DELATA UN PRIMITIVISMO INTELECTUAL y MORAL¹⁴

El tratamiento que suele darse al tema del aborto dista mucho de ser ejemplar. Los partidarios de la despenalización del aborto se expresan a menudo en términos de lucha, como si, al perseguir tal medida, se tratara de lograr una victoria sobre unos determinados adversarios. Dicho éxito es presentado de ordinario como un paso «progresista» hacia una situación de mayor libertad.

Este planteamiento es a todas luces inadecuado porque, cuando algo tan valioso como es la vida humana está en juego, lo único que procede es analizar cuáles son los derechos de esa realidad y hacerles justicia. En esta grave cuestión no podemos permitirnos la menor ligereza; debemos actuar sobre seguro. Para ello hemos de atenernos a lo que la ciencia actual afirma de la vida intrauterina.

En épocas antiguas pudo pensarse, por falta de conocimientos científicos, que al comienzo del proceso de gestación no hay sino una realidad vegetativa, que más tarde adquiere un carácter sensitivo y posteriormente se eleva a condición inteligente. Hoy día la ciencia

¹⁴ Trato seguidamente el tema del aborto desde perspectivas distintas y complementarias. A ello se debe que en diversos párrafos aparezcan ciertas ideas repetidas. El lector advertirá que son aducidas para clarificar un nuevo aspecto de la cuestión.

sabe que desde el instante de la concepción existe un ser nuevo -distinto de la madre- que dispone de todo lo necesario para desarrollarse plenamente. Este desarrollo implica cierto tiempo, pero conduce ininterrumpidamente a eso que llamamos realidad humana cabal, dotada de una forma de personalidad definida.

Ese ser humano en desarrollo posee desde el principio una condición rigurosamente humana; tiene «personidad» -en términos de X. Zubiri- aunque todavía no haya alcanzado «personalidad». Ello no permite, sin embargo, afirmar que el feto sea un ser humano «en potencia». ¿Qué significa esto exactamente? ¿Que todavía no puede ver, oír, hablar, pensar, comunicarse...? Estas actividades tampoco las puede realizar el niño pequeño y todo ser humano que sufra ciertas deficiencias patológicas. Pero no por ello carecen éstos de condición humana. Sería necesario que los partidarios del aborto aclarasen bien estos puntos, pues son ellos los que deben demostrar que no es una vida rigurosamente humana la que es eliminada.

La ciencia progresa hacia una concepción del ser humano como una realidad que presenta unos caracteres bien determinados en todos los momentos de su desarrollo temporal. Cada día, por tanto, se opondrá más firmemente a todo intento de considerar el feto como una forma de vida prehumana. La filosofía, por su parte, está consiguiendo en los últimos tiempos una comprensión más aquilatada de los diversos momentos de la vida humana y de la condición sistemática de los diferentes estratos de la misma, por ejemplo, el biológico y el psíquico, el sensible y el inteligente. Todo el que conozca un tanto la marcha del pensamiento actual y distinga, por consiguiente, entre «personidad» y «personalidad», tiene al menos que sentir serias dudas en el momento de negar que ese ser en período de gestación sea una realidad rigurosamente humana. Y, en caso de duda, toda persona responsable toma opción a favor del ser afectado. «In dubio, pro reo». En este caso: «In dubio, pro vita». No tiene sentido hoy día intentar desde la filosofía arrojar sombras de duda acerca de la condición personal del feto humano. Para destruirlo habría que contar con razones que justifiquen la anulación de la vida humana.

La razón que se esgrime a menudo como definitiva es el conflicto entre el derecho del nasciturus a la vida y el derecho de la madre a velar por alguno de sus intereses. Debiera aquí evitarse toda precipitación, inspirada por el deseo de resolver los problemas expeditivamente. El término «conflicto» es sumamente ambiguo. Para que el conflicto entre dos derechos pueda considerarse como insoluble, habrá que analizar aquilatadamente si no existe alguna posibilidad de resolver la situación y evitar la confrontación de derechos. La ambigüedad -y, por tanto, la peligrosidad en este

contexto- del término conflicto se agudiza al máximo si se habla de conflicto entre los derechos del nasciturus y el derecho de la madre a cuidar su salud mental o psíquica. Estos términos presentan una vaguedad tal que no permiten basar en ellos una acción tan cargada de consecuencias de todo orden como es un aborto. El estudio de la mente, de la psique, del cerebro, del espíritu humano en general se halla todavía en mantillas. Los mayores pensadores, cuando discuten sobre temas no sometibles a peso y medida, se expresan con poca precisión por tratarse de cuestiones extremadamente sutiles entre las que apenas resulta viable trazar límites estrictos. ¿Cómo es posible que quiera justificarse el ataque a la vida humana con el mero recurso a un posible conflicto de tipo «psíquico»? Se ve a simple vista que es una temeridad.

Por otra parte, proponer la existencia de un conflicto como base de justificación del aborto abre una vía muy peligrosa. Piénsese, por ejemplo, lo siguiente. Entre un asesino y la sociedad existe un evidente conflicto de intereses. ¿Será posible justificar la abolición de la pena de muerte si la existencia de un conflicto serio -aunque a veces sea soluble- es capaz de anular el derecho a la vida de una de las partes enfrentadas? Muchas personas -ciertos tipos de subnormales, enfermos crónicos, ancianos muy mermados de facultades- plantean, asimismo, serios conflictos a los familiares y representan una carga para la sociedad. Asusta prever a qué excesos contrarios a los derechos humanos puede llegarse por la vía de la consagración del conflicto como recurso legal para agredir a la vida en formación.

Por una vez, dejemos de defender posiciones preconcebidas y analicemos bien la realidad. Proponer esto no significa falta de sensibilidad para los problemas que plantea a menudo el embarazo. Nadie tiene derecho a suponer que los demás carecen de buen corazón. Lo que sucede es que algunos pensamos que el hombre actual, con los recursos que posee, podría, con sólo poner en juego la imaginación creadora, movilizar los medios suficientes para resolver muchos agobiantes conflictos sin agravarlos con medidas que parecen en principio las más eficaces -por su carácter contundente-, pero no son ni las únicas ni las más beneficiosas para todos ni, por supuesto, las más conformes a las exigencias de la realidad.

Tras siglos de errores, la Humanidad estaba últimamente configurando una actitud de respeto incondicional a la vida humana. Era un signo de madurez. Perder ese respeto, por mucho que conmuevan la fibra sentimental de las gentes las razones aducidas para ello, significa un regreso de consecuencias imprevisibles. Considerarlo como un acontecimiento «progresista» es un escarnio.

La entrega al vértigo, la ambición de poder y la despenalización del aborto

Vista en bloque la situación actual, se advierte -por un criterio de coherencia- que el fomento de las distintas formas de vértigo responde a un mismo afán de logro de poder. Se podrían aducir muchos datos que llevan a esta conclusión. Sólo por vía de ejemplo, recordaré dos:

1. Ciertos partidos incluyen siempre en sus programas toda suerte de medidas que favorecen el incremento de las experiencias de vértigo. Lo hacen, estratégicamente, bajo pretexto de «liberalización» de las costumbres, al amparo del equívoco que provoca el término «liberalizar», que está claramente emparejado con «liberar», pero no determina el tipo de libertad que posibilita.

2. Las razones que suelen darse -incluso desde instancias muy altas de gobierno- en orden a la legitimación de tales medidas liberalizadoras son extremadamente inconsistentes, y son presentadas de forma abiertamente estratégica, a veces descaradamente demagógica. Afirmar, por ejemplo -como se hizo en un documento oficial-, que «la mujer tiene un cuerpo y puede disponer de él y de cuanto en él acontece» es adherirse a una corriente antropológica que está pulverizada por la mejor investigación filosófica hace más de cincuenta años. Causa honda inquietud observar que se quiere configurar la sociedad sobre bases tan endebles, sobre un desconocimiento absoluto de lo que es e implica y exige la realidad personal humana. Este enfrentamiento a la realidad acaba pagándose, ineludiblemente, a muy alto precio.

Se han presentado razones y argumentos sólidos en contra de la medida despenalizadora del aborto y la droga blanda, y han sido desatendidos de forma displicente. Se ha rechazado una vez y otra la oferta de realizar debates serios ante la opinión pública para sopesar las ventajas y los inconvenientes de las reformas proyectadas. Los responsables se limitaron a movilizar el aparato publicístico prepotente de los medios estatales y progubernamentales de comunicación social, a fin de hacer plausible en alguna medida la decisión que se pensaba tomar a ultranza mediante la fuerza impositiva de los votos. No ha habido circunstancia alguna que pudiera autorizar a pensar que se intentaba clarificar la verdad y conseguir el mayor bien del pueblo. Asistimos sencillamente a un proceso de imposición de un programa prefijado, al margen de todo intercambio de pareceres y opiniones con los adversarios ideológicos. La confusión deliberada y estratégica de las experiencias de vértigo y

las de éxtasis reviste una insospechada gravedad por cuanto el hombre es un ser dialógico, que vive como persona, se desarrolla y perfecciona por vía de encuentro. La biología, la antropología, la psicología y la filosofía actuales andan a porfía en señalar que el hombre es un ser abierto, y troquela su ser personal en relación a las realidades del entorno. La categoría de relación está adquiriendo de día en día mayor relevancia, por cuanto se la entiende en plan relacional y no meramente relativista. «Lo importante no eres tú, lo importante no soy yo. Lo importante de verdad es lo que acontece entre tú y yo». Este es el pensamiento nuclear de un autor hebreo, Martin Buber, bien enraizado en la religión del diálogo y el encuentro. Ya al nacer, el ser humano tiene que fundar con la madre o quien haga sus veces un ámbito «diatrófico o tutelar» (Rof Carballo), que es el primer campo de creatividad. La vida del hombre se desarrolla y perfecciona en medida directamente proporcional a la cantidad y calidad de los encuentros que realice en su vida. Si el entorno -familiar, colegial, popular, cultural, paisajístico no favorece esa actividad interaccional, el ser humano puede perecer o quedar estancado en un estado de cretinismo.

El encuentro es un acontecimiento muy superior a la yuxtaposición y al mero choque. Constituye un entreveramiento de «ámbitos» de realidad. La filosofía actual -sobre todo la existencial y la dialógica-ha destacado, al lado de las realidades objetivas -asibles, mensurables, delimitables-las realidades superobjetivas, que no muestran estas características, pero son reales y efectivas. No son asibles, ni ponderables, ni delimitables, porque son fuentes de posibilidades y poseen cierta dosis de iniciativa. Más que «objetos» inertes, son realidades activas, llamadas a relacionarse con otras. Tienen una condición abierta, y se asemejan más a un «campo de realidad» que a una cosa. Por eso las denomino «ámbitos de realidad» o, sencillamente, «ámbitos»¹⁵. Son tipos de realidad que no tienden a cerrarse sobre sí mismos, sino a abrirse. A ello alude certeramente Martin Buber cuando afirma que «el tú no limita»¹⁶. Pero no sólo el hombre, también una realidad estética, una institución, una obra de arte, un instrumento, el mar, un barco, una

¹⁵ Sobre el concepto de ámbito pueden verse amplias precisiones en mis obras: *El triángulo hermenéutico. Hacia una filosofía de los ámbitos*, Publicaciones Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2015; *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid ³1998, páp.. 17, 18, 22-23, 121, 183-185, 257-263, 360-361; *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014.

¹⁶ Cf. *Ich un Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider Heidelberg, 1954, p. 8. Versión Española: *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1993.

ciudad, y otras muchas realidades presentan una condición «ambital».

Los «ámbitos», al entreverarse de modo armónico, dan lugar a ámbitos nuevos y fundan modos eminentes de unidad, acontecimientos de encuentro. Cuando hay encuentro, hay fiesta, y toda fiesta es fuente de luminosidad, de gozo y belleza. Desde antiguo se define la belleza como esplendor del orden, de la ordenación, del entreveramiento de realidades que son ámbitos, campos de posibilidades de juego creador. Las mejores virtualidades del ser humano sólo se actualizan en el acontecimiento del encuentro.

A la inversa, la imposibilidad del encuentro provoca la asfixia lúdica. Lo atestigua la antropología actual más lúcida, y lo ejemplifica de modo dramático la literatura de todos los tiempos. Ello permite calibrar la responsabilidad que tienen los mayores de ofrecer a niños y jóvenes un entorno de ámbitos adecuado al desarrollo cabal de la personalidad. La configuración de la vida social en todos sus aspectos es una tarea que compromete por igual a la política, la ética, la biología, la antropología y la filosofía, pues todas deben contribuir a elaborar un entorno humano que no sea un mero conglomerado de objetos a dominar y manipular, sino un mundo orgánico de ámbitos con los que «encontrarse» y fundar modos relevantes de unidad. Afirmar que la ética constituye un reducto privado del individuo y la política una esfera pública es uno de esos errores básicos que desgarran insalvablemente la vida social.

Una concepción rigurosa y cabal de lo que es y abarca el ser humano nos permite plantear de modo adecuado los temas relativos a la vida y a la calidad de vida. El ser humano necesita, al nacer, ser bien recibido, ser amado, no sólo tolerado. Pero ser amado implica más que recibir cuidados. Entraña encontrar un clima de amor, de comprensión y piedad. Lo que más necesitan los niños no es que les quieran a ellos los padres, sino que éstos se amen entre sí, porque este amor funda el ámbito del hogar, y éste es el protoámbito, el primero y primario, el campo de juego modélico para toda la vida, del que uno parte y en el que se asienta en todo momento. La falta de este ámbito acogedor es raíz de muchos fenómenos de violencia¹⁷.

Si esto es así, no basta exigir que se deje vivir a los seres no nacidos. Hay que dar un paso adelante, y reclamar todos los derechos de los nuevos seres humanos. Lo mismo que, a propósito de la campaña antidivorcista, hube de subrayar que lo fundamental no era atacar la facilidad que se daba para desunirse, sino destacar la importancia de la fundación de modos eminentes de unidad, hoy debo advertir que la actividad antiabortista ha de romper una lanza por

¹⁷ Cf. J. ROF CARBALLO, *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid, 1977.

todo cuanto requiere la vida humana para desarrollarse de modo cabal. La vida humana necesita, ante todo, un entorno propicio al ejercicio de la creatividad en todos los órdenes. Si las personas del entorno de un niño que nace se sienten dueñas del destino de los nuevos seres humanos y creen poseer un derecho ilimitado a disponer de su futuro, están instaurando un clima de violencia inadecuado al recto desarrollo del hombre. Al crecer en este clima, los niños que sean admitidos al festín de la vida se sentirán a su vez investidos del derecho inalienable a disponer de la vida de sus anfitriones cuando éstos se hallen en su declive final.

La vida humana es fruto de un encuentro; no es producto de una actividad artesanal que el hombre realice a modo de causa eficiente. Tal fruto merece respeto; no es disponible y poseíble. Constituye un centro de iniciativa, igual que sus progenitores, y pide ser considerado como tal. Este trato sólo es posible en un clima social configurado por un estilo de pensar ajustado a cada modo de realidad. Pensar la realidad humana naciente como si fuera un mero objeto disponible es una torsión violenta de la realidad, que responde a una orientación filosófica individualista que hoy día está absolutamente descalificada. Esta distorsión de la realidad inspira las prácticas abortivas que eliminan vidas humanas, y, al tiempo que hace esto, impone un estilo de pensar y de actuar que frena el dinamismo personal de los seres que consiguen nacer.

El tema del aborto debe ser visto en su auténtico contexto. Legitimar el aborto significa en primer término conceder libertad de maniobra para disponer del fruto de un encuentro. Puede parecer una medida liberalizadora, promotora de libertad. La verdad es todo lo contrario, porque, al consagrar como legítima y como normal, e incluso progresista, una actitud de dominio sobre la vida humana -que no es algo de lo que se pueda «disponer»-, se abre la vía a toda suerte de violencias. La cuestión del aborto no es sino un elemento más en el proceso de la subversión de valores que se intenta lograr a través de la promoción de las experiencias de vértigo. Aquí se trata del vértigo del poder, del dominio, del confort, de la facilidad en la solución de los problemas que plantea el libertinaje sexual. Pero hoy la antropología nos advierte que entre las diferentes formas de vértigo se da una gran afinidad, y un vértigo llama a otro, y todos se encabalgan entre sí. Al fomentar un tipo de vértigo, cualquiera que sea, se está asestando un golpe de muerte a la libertad humana para la creatividad, para configurar estructuras sólidas, y en definitiva para defender la propia dignidad. Todo vértigo, por exaltante que resulte, pone al hombre y a los pueblos a merced de los afanosos de poder fácil.

Disponer de un entorno que haga viable y fomente la libertad para la creatividad, para la realización de los valores, es el derecho nuclear de los seres humanos. Actualmente, se clama por algunos derechos humanos, pero se conculca abiertamente, institucionalmente, el derecho básico, el que hace posibles todos los demás, y les da sentido. Se piden libertades con la misma energía con que al mismo tiempo se quita la libertad, la forma auténtica y definitiva de libertad humana, que es la de estar en franquía para toda suerte de experiencias creadoras, extáticas, fundadoras de modos fecundos de unidad.

Por ser «libertad» un término «talismán» en la actualidad, la expresión «os hemos devuelto las libertades» le produce a la mayoría de las gentes una especie de sobrecogimiento que las intimida y cohíbe a la hora de reflexionar críticamente. Es hora de perder el miedo a los recursos demagógicos y someter a revisión el sentido más hondo de cuanto hoy se piensa, se dice y legisla. El criterio que debe orientarnos en esta labor de discernimiento crítico no viene dado por un programa político, por los intereses individuales, por la imagen que deseamos tener ante la opinión pública. El criterio único de autenticidad es la realidad, y sus leyes. Al defender la necesidad de ajustarnos a la realidad, no se coacciona a nadie, no se impone el propio criterio, no se intenta vencer al adversario ideológico. Se desea únicamente ponerse en verdad y hacer posible una vida humana auténtica.

Hoy se tiende a politizarlo todo, a ficharlo con etiquetas tomadas de la vertiente más superficial de la vida política. Da la impresión de que se considera en principio que toda opción, incluso la que se refiere a las cuestiones decisivas de la existencia, pende exclusivamente de una decisión subjetiva del individuo. Este alejamiento de lo real constituye la raíz de la crisis de la vida intelectual en nuestros días¹⁸. Para salir de esta crisis se requiere toda una «metanoia», una conversión o salto a un modo de pensar distinto, rigurosamente realista. En definitiva, la realidad es la que manda. ¿No era esto, en definitiva, lo que pensaba Platón cuando expresó su deseo de que gobernasen los «filósofos», es decir, los hombres que saben discernir lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo conveniente y lo nefasto?

¹⁸ La obra filosófica de X. ZUBIRI se inició al advertir esta crisis intelectual y llegó a su plena madurez merced al impulso que le imprimió la voluntad de hallar una vía eficaz de solución. Cf. «Nuestra situación intelectual», en *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza Editorial, Madrid ⁹1987, p. 27ss.

Hoy día disponemos de una investigación filosófica que nos permite conocer con mayor precisión que nunca las virtualidades que tiene el ser humano y las exigencias que plantea el desarrollo de las mismas. Tener en cuenta la iluminación que nos proporciona la filosofía e incluso incrementarla es condición indispensable para realizar una labor eficaz respecto a la salvaguardia de la vida y de la calidad que le corresponde.

En síntesis apretada, podríamos decir que, ante la situación actual de agresión a los valores, se impone tomar varias medidas urgentes:

1. Poner alerta a las gentes para que conozcan el riesgo constante de manipulación a que están sometidas.
2. Analizar cuidadosamente el uso estratégico del lenguaje que se viene haciendo.
3. Fomentar la creatividad de personas y pueblos, en la seguridad de que éstos son manipulables en medida directamente proporcional a su pasividad.
4. Oponer al fomento manipulador de las experiencias de vértigo el incremento de toda suerte de experiencias de éxtasis.

Es éste un amplio y sugestivo programa de acción que puede llevar, si se lo realiza bien, a la instauración de una nueva forma de Humanismo, un Humanismo no de manipulación de objetos, sino de creación de ámbitos. Todo cuanto favorezca la instauración de este género eminente de humanismo, aunque limite ciertas libertades que favorecen las experiencias de vértigo, no constituye una forma de represión sino de auténtica liberación, la liberación para la vida creadora.

El aborto y la regresión cultural 1

La legalización y, más todavía, la promoción de la práctica del aborto constituye un frenazo violento en el proceso del desarrollo humano. Durante siglos se luchó por dignificar a los seres humanos considerados en una u otra medida como indefensos: los niños, las mujeres, los ancianos, los peregrinos y refugiados, los enfermos y esclavos... Tras múltiples errores, a través de una larga cadena de experiencias penosas, la Humanidad consiguió clarificar un tanto sus ideas acerca de la dignidad de la vida humana. La opinión aristotélica de que unos hombres nacen para mandar y otros para obedecer fue poco a poco matizada y superada. La convicción de que la libertad y el poderío son privilegio de los más fuertes y mejor dotados para el

ataque y la defensa se vio relegada al desván de los recuerdos históricos inconfesables.

Estos avances fueron celebrados porque significaban en el fondo -más allá de las mejoras concretas que afectaban a ciertos grupos- un mayor aprecio de la vida y la dignidad del hombre en cuanto tal. Ello explica que la matanza en masa de millones de inocentes en la primera guerra mundial haya provocado en el hombre occidental una conmoción interior sin precedentes. El «mito del eterno progreso» hizo quiebra en las trincheras de Verdún. El afán de saber para dominar y disfrutar no llevó al hombre al grado supremo de felicidad, como se presumía, sino a simas de decepción en todos los contendientes y de amargura explosiva en el campo de los vencidos.

Esta hecatombe espiritual provocó diversos tipos de erupciones sociales, entre las que destaca el florecimiento del fascismo y el nacionalsocialismo o «Nazismo». En los últimos tiempos se fustigó acremente ambas corrientes por considerarlas como la negación absoluta de la libertad humana y raíz, por tanto, de buen número de los males de la sociedad actual. Tales ataques son realizados de modo unilateral, como si sólo tales movimientos pusieran en peligro la dignidad del hombre. No es justa esta parcialidad, pero la crítica de los sistemas abiertamente dictatoriales contribuye a mantener viva la llama de la preocupación por salvaguardar la libertad y mantener en los pueblos el afán de consolidar los sistemas democráticos de convivencia.

Mas he aquí que, cuando estimábamos haber alcanzado cierta cota de respeto absoluto a la vida humana, en el seno de ciertas democracias y al amparo de la fuerza que supone un número elevado de votos, se toman medidas contra una forma de vida humana en estado de extremo desvalimiento. Obviamente, con ello se rompe la línea de progreso hacia un respeto incondicional a la vida humana. Si, bajo ciertas condiciones, puede atentarse contra un ser humano -en cualquier fase de su desarrollo vital-, se anula el carácter «incondicional», «absoluto», del respeto a la vida.

Reflexionemos un instante sobre el espíritu que inspiró los movimientos contrarios a la pena capital. ¿En virtud de qué poderoso principio se llevó a cabo felizmente la campaña en contra de la aplicación de la pena de muerte? Hay muchas y sólidas razones para que la sociedad intente defenderse drásticamente de quienes minan sus bases. Sostener en vida a los peores delincuentes es un rasgo de generosidad sólo explicable si la opinión pública estima que ningún hombre ni sociedad alguna pueden quebrantar el respeto absoluto que en toda circunstancia y condición merece la vida del hombre. La cuestión de la pena de muerte sigue sometida a litigio. Pero la

convicción que impulsa a quienes la impugnan supone un indudable avance en madurez humana. ¿Cómo es posible que muchos de los detractores de la pena capital se muestren ahora tan prontos a lesionar el derecho básico a la vida que tienen las personas que se hallan en las fases más menesterosas del desarrollo vital? Actualmente, nadie que posea una mínima cultura pone en duda que el niño no nacido está lejos de ser un mero vegetal o un apéndice biológico de la madre. Todas las fases de la gestación son momentos del desarrollo de un ser humano. Cada día se aclara más esta idea en el plano científico. Se duda todavía de si se puede hablar de «personidad» (Zubiri) desde el momento de la concepción o si hay que esperar unos días hasta el instante de la anidación. Hasta que se produce la «anidación» a los catorce días del embarazo puede acontecer que el embrión se duplique y dé lugar a dos seres, los llamados gemelos univitelinos. Hasta tal fecha, por tanto, no se puede tener seguridad de que estamos ante un solo ser. Como, según la filosofía, para ser persona se requiere estar «individuado», separado de todo otro ser, algunos autores piensan que durante ese período de catorce días no hay seguridad de que lo que se está gestando en el seno materno constituya en rigor un ser personal. En consecuencia, quitar la vida a este ser mediante el aborto no ha de ser considerado -a su juicio-tan grave en el aspecto ético como hacerlo en un período posterior.

Recientemente, María Dolores Vila-Coro, bien asesorada por médicos y genetistas españoles y norteamericanos, mostró en una documentada tesis doctoral que tal opinión es insostenible. Respecto a quienes opinan que hasta el día 14 no puede considerarse el embrión como persona humana, escribe:

«Los partidarios de esta teoría sostienen que, si son características del hombre la individualidad y la unicidad, el embrión que luego puede desdoblarse en dos individuos por partenogénesis no tiene todavía unicidad e individualidad definidas, luego no puede considerarse humano».

«A esto se puede oponer que el hecho de que un individuo se vaya a dividir más adelante en otros dos individuos, que se vaya a duplicar, no obsta para que antes de dividirse sea un único individuo»¹⁹.

Sobre la cuestión de la «individualidad» en el embrión, Vila-Coro cita el trabajo de J. Gallagher: «Is the human embryo a Person?», del cual conviene meditar el siguiente párrafo:

¹⁹ Cf. El no nacido en el orden jurídico, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1990, pp. 24-25; «El comienzo de la vida humana», en Revista General de Derecho, 44 (1988) 5795-5806.

«Algunas teorías niegan que el embrión en los primeros estadios sea persona humana, porque no está todavía individualizado. Este término no tiene sentido con referencia al estado presente del embrión. Toda cosa existente está individualizada, es un algo definido e individualizado (...). El término todavía no individualizado puede tener sentido en relación con futuras posibilidades, pero en este caso se podría denominar más satisfactoriamente ser multipotencial. Un embrión puede ser de dos modos multi-potencial: 1º) aunque ahora es un embrión, no puede estar determinado si será uno o más embriones, 2º) algunas células, en particular en los primeros estadios del embrión, son capaces de desarrollarse en una o distintas direcciones»²⁰.

Cuando acontece la «anidación» del embrión en el útero materno, se comprueba si se trata de un embrión solo o si el embrión primero, fruto de la unión de la célula femenina (óvulo) y la masculina (espermatozoide), se desdobló en dos partes idénticas, que darán origen a dos seres humanos gemelos. De este hecho, algunos autores han deducido que es en la anidación cuando el cigoto logra su individualidad, no en el momento de la concepción. El catedrático de Medicina de la Universidad Complutense, Diego Gracia, hace suyos «los argumentos que aducen genetistas y biólogos para afirmar que la "unicidad" y la unidad (...) del cigoto no se logran más que con la anidación, es decir, en torno al día 14»²¹. Vila-Coro se enfrenta decididamente a esta orientación:

«Tampoco es cierto -escribe-que genetistas y biólogos afirmen que la "unicidad" y la unidad del cigoto se logren con la anidación, sino todo lo contrario. La "unicidad" y la "unidad" no se logran con la anidación. La anidación se produce cuando ha transcurrido ya el período apto para la escisión o fusión del embrión. Por eso, con la anidación se comprueba la existencia de uno o más embriones, sin que la anidación tenga nada que ver con el proceso de fusión o escisión del óvulo fecundado. También es falso que la anidación sea determinante de lo humano, como lo demuestra la fecundación "in vitro"»²².

A la vista de la investigación actual, Vila-Coro se adhiere a la posición de Gallagher respecto al punto de comienzo de la vida humana en cuanto humana:

²⁰ Cf. o. c., p. 26.

²¹ Cf. o. c., p. 26.

²² Cf. o. c., pp. 75-76.

«... Si en un proceso no hay evidencia de que un nuevo organismo empiece a existir y si el organismo al final del proceso es una persona humana, a menos de resultar más originales que razonables debemos concluir que el organismo del principio del proceso debe haber sido una persona humana»²³.

Por esta simple confrontación de textos, se observa que las tesis sobre las cuales se asienta la defensa del aborto o la mengua de su gravedad en el período inicial del desarrollo de la vida están muy lejos de ser aceptadas unánimemente por la investigación actual. Más bien al contrario. ¿Qué actitud debemos tomar ante esta situación si deseamos proceder con rigor? Obviamente, no precipitarnos a extraer conclusiones éticas de datos científicos no probados. Cuando está en juego el respeto a la vida del ser más desvalido del universo, el niño no nacido, la menor sombra de duda acerca de la posibilidad de que un embrión o un feto tengan una condición humana debe llevarnos en principio a evitar toda ingerencia hostil.

No lo entiende así el autor del texto siguiente:

«La investigación moderna parece haber demostrado la posibilidad de que un cigoto forme mellizos; asimismo, la posibilidad de que dos cigotos se unan entre sí para dar lugar a un solo individuo completo. Esta posibilidad doble puede ocurrir en los catorce primeros días de desarrollo después de la fecundación. Hasta después de esa fecha, por tanto, no cabe hablar de una indiscutible individualidad humana del cigoto. La figura moral del aborto no se realizaría plenamente, pues, sino después de este momento. La destrucción de la vida antes de haber llegado a este estadio tendría una significación y tratamiento moral diferentes»²⁴.

Comienza el texto con un verbo dubitativo («parece») y culmina con dos verbos en potencial («se realizaría», «tendría»). El autor no se expresa con seguridad, pero sugiere una idea muy arriesgada. Si ser individuo y ser persona van unidos, y en los primeros catorce días de gestación «no cabe hablar de una indiscutible individualidad humana del cigoto», destruir la vida del feto en ese período de tiempo no puede considerarse como la anulación de una vida personal.

Es cierto que una persona constituye un ser originario, distinto de los demás, capaz de desarrollarse a base de las virtualidades que alberga en sí. Esa capacidad y esa distinción son las características propias de los seres individuales. Toda persona es, por tanto,

²³ Cf. o. c., p. 38.

²⁴ Cf. Varios: *La manipulación del hombre*, Ed. San Esteban, Salamanca, 1982, pp. 117-118.

individuo. Pero la noción de individuo y la de persona están muy lejos de haber sido clarificadas debidamente por la filosofía y mucho menos por la Biología. Resulta demasiado temerario legitimar el aborto durante los primeros catorce días de gestación sobre la base de la suposición de que en ciertos casos muy raros parece no poder hablarse de individualidad en el cigoto hasta el momento de la anidación, que acontece a los catorce días. El autor sabe que esta idea se halla bastante difundida entre la opinión pública y debiera haberla tratado con el rigor que exige.

El proceso de gestación presenta todavía muchos enigmas. Pero hoy consta de forma inapelable que se trata de un proceso de configuración de un ser humano, que asombra a los biólogos y médicos por su contundencia, su rapidez, su flexibilidad, su seguridad, su increíble riqueza de recursos. Muy ciego hay que estar para no ver que un proceso de este género dista años luz de ser un episodio incidental que uno pueda alterar a su arbitrio. Aunque alguien piense que posiblemente antes de la anidación no pueda hablarse de un ser humano «individual» -debido a la posibilidad de que un mismo óvulo fecundado dé lugar a diversos seres humanos: los gemelos univitelinos-, no sería riguroso si concluyese que hasta dicho momento el plasma germinal puede ser objeto de manipulación arbitraria. Es el futuro de un ser humano -o de varios- lo que está en juego. De ahí la necesidad de ir siempre sobre seguro. En caso de duda, siquiera mínima, sobre la condición personal del feto en una u otra fase de su gestación, lo que procede es ponerse de parte del ser indefenso. De nuevo se impone la antigua norma del derecho: «In dubio pro reo». (En caso de duda, debe favorecerse al acusado.)

Hacer excepciones, bajo uno u otro pretexto, a la actitud de respeto incondicional a la vida humana supone un retroceso abismal en cuanto a la humanización de la sociedad. Pretextos o razones especiosas es fácil buscarlos, y ensanchar, así, la brecha que supone toda excepción. Si ésta se hace por el afán de obtener alguna ventaja partidista, puede reportar algún beneficio inmediato, pero éste se trocará bien pronto en una pérdida irreparable para todos.

Fomentar el aborto para enarbolar la bandera del progresismo constituye un escarnio, una burla al pueblo. Si un embarazo plantea en ciertas circunstancias determinados problemas, debe ponerse en juego la imaginación creadora para darles alcance y resolverlos. Tomar como solución única la más expeditiva y cruel no revela un grado elevado de creatividad sino un patente primitivismo en la manera de plantear los problemas básicos de la vida. Orientar al pueblo por esta vía de torquedad entraña una imprudencia política sumamente grave, que no puede menos que delatar, sea cual fuere su posición moral y religiosa, todo el que conozca un tanto la historia.

Estrategia movilizadora para la defensa del aborto

El procedimiento seguido para hacer plausible ante el pueblo la legalización del aborto en ciertos supuestos presentó cuatro fases. En la primera se planteó la cuestión de forma unilateral y melodramática. Se redujo la cuestión del aborto al problema de las jóvenes que sufren un embarazo no deseado. Para impresionar la fibra sentimental de las gentes, se propalaron cifras escalofriantes de abortos clandestinos realizados en condiciones higiénicas deplorables. Pese a la contradicción palmaria que implica el fijar exactamente la cifra de actos clandestinos, esta táctica de «la gran mentira» (Dr. Nathanson) tuvo un éxito clamoroso en diversos países, y los responsables celebraron jubilosos la ingenuidad del pueblo.

Seguidamente, se enardeció el afán revanchista de las capas populares menos favorecidas económicamente mediante el recurso fácil de subrayar el drama de las jóvenes que no pueden costear una operación abortista en el extranjero.

Este tipo de planteamiento exigía a gritos unas medidas que situasen a todas las mujeres del país en nivel de igualdad por lo que toca a la posibilidad de acudir al aborto para resolver los problemas derivados de embarazos no deseados.

La Segunda fase fue destinada a fundamentar la posición abortista sobre bases artificiosas. Para ello se declaró que «la mujer tiene un cuerpo y debe gozar de libertad para disponer de ese cuerpo y de cuanto en él acontezca».

Esta afirmación fue desautorizada desde hace más de medio siglo por la investigación filosófica y antropológica más lúcida. Ello no fue obstáculo para que altos dignatarios la hayan movilizado en la tribuna de la televisión y prensa con objeto de otorgar a su tesis abortista ciertos visos de fundamentación intelectual. Algún profesional de la filosofía alzó la voz para delatar la falsedad de tal planteamiento, pero fue puesto fuera de juego mediante la mezcla astuta del recurso de la mofa con el complot del silencio.

Esa reducción del cuerpo humano a objeto poseíble significa un envilecimiento del ser femenino muy peligroso porque abre la puerta a toda serie de abusos manipuladores de la figura de la mujer. De espaldas a todo ello, las feministas se han unido a la corriente proabortista al amparo de un concepto de libertad difuso y prepotente. Era curioso observar, en ciertos debates, con qué hostilidad reaccionaban frente a quienes esgrimían sólidas razones en contra del aborto. Daba la impresión de que se sentían amparadas por el desmadre de la opinión pública que se produce cuando los manipuladores manejan hábilmente los términos talismán.

Una vez expuesta y fundamentada su tesis abortista de esta forma banal y astuta, el manipulador procuró revestirla con expresiones amables que pudieran velar la violencia que encierra. Fue la tarea de la fase tercera.

El atropello cruento que es el aborto fue denominado dulcemente «interrupción voluntaria del embarazo». Interrupción es un término de la vida cotidiana que no tiene ningún sentido peyorativo. Es completamente neutro en cuanto a valores. Al pronunciarlo, no se alude ni levemente a la anulación definitiva de un proceso vital que en breve dará lugar a uno o más seres humanos. Se usa un verbo que sugiere una acción accidental y pasajera: interrumpir. Pero se va más allá en la tarea de edulcorar el trauma del aborto. La pequeña parte negativa que pueda implicar el verbo interrumpir queda neutralizada al añadir el adjetivo «voluntaria», que implica libertad.

Al emparejarse con un término talismán, el vocablo «interrupción» queda totalmente a salvo de cualquier reproche de tipo moral, ya que, para la mayoría, la ética toma como canon de autenticidad o patrón oro el valor incuestionable de los términos talismán de cada momento.

Este trastrueque del lenguaje tiene un poder increíble para trasmutar el sentido profundo de los actos humanos. Sólo así se comprende que ciertos países en los cuales se considera incivil a quien arroja un papel al suelo o asusta a una ardilla lanzándole de broma un cacahuete dediquen hospitales espléndidos a parar en seco vidas que bullen de virtualidades fantásticas, y no se sientan rebajados ni un ápice en su alta cota de civismo. ¿Cómo es posible esta incongruencia? Muy sencillo: poniendo en juego tácticas que empobrecen al hombre y lo rebajan de rango. Toda sociedad que se orienta hacia el ideal del dominio tiende a restar importancia a los seres indefensos y desvalidos. Si uno de ellos plantea algún problema, es reducido fácilmente a «mero obstáculo en el camino», obstáculo que la persona afectada puede legítimamente desplazar. En este nivel infrapersonal cabe considerar al aborto como una mera «interrupción» de un proceso.

Por si estos trastrueques ilusionistas de valores no resultan convincentes, suele reducirse la expresión «interrupción voluntaria del embarazo» a sus siglas I.V.E. para darle un frío carácter técnico. Según confesión del Dr. Nathanson, el testigo más cualificado que pueda haber a este respecto, los médicos abortistas norteamericanos, cuando extraen las diversas partes del feto, rehúyen llamar cabeza a la parte más noble. Le llaman la «number one», la número uno. Esta serie de reduccionismos deja franca la vía para realizar un acto violentísimo sin sentirse envilecidos.

Ocho mil jóvenes congresistas, al ver las primeras escenas de un aborto real, reproducido en vídeo, prorrumpieron en un «Oooh» estremecido que llenó de asombro y estupor la inmensa sala. Su comentario al final era unánime: «Nunca creímos que el aborto fuera eso». Pues «eso» es denominado limpiamente «interrupción voluntaria del embarazo», y es realizado en hospitales ultramodernos en nombre del progreso. Tan chirriante contradicción sólo es posible entre gentes civilizadas debido a la distorsión mental y lingüística que operan las tácticas manipuladoras.

Es temible la falta de precisión intelectual a que se llega cuando no se ha aprendido sistemáticamente a pensar con rigor y se está sometido al influjo de esos profesionales de la confusión que son los demagogos. En un diario de amplia difusión alguien ha llegado a proclamar que el feto no constituye un ser personal, ya que la persona se define por la capacidad de asumir responsabilidad, de abrirse al entorno y crear vínculos... Se confunde lo que Xavier Zubiri denomina «personalidad» y «personalidad». La personalidad se recibe en el momento de la concepción. La personalidad se adquiere a lo largo de la vida.

¿Cómo es posible que personas dedicadas al cultivo de la vida intelectual cometan estos errores y no se detengan ante el abismo que supone la aceptación del aborto? Digo abismo porque incluso los que lo defienden como una salida de urgencia a ciertos problemas deben reconocer, en virtud del sano juicio, que se trata de una medida extremadamente traumática. Tales errores son posibles debido a la confusión que produce sobre las mentes el planteamiento parcial y sentimental de este asunto. Se nos dice que debemos otorgar libertad a las mujeres respecto a los hijos no deseados y que tal concesión supone una actitud progresista. Estas palabras progreso y libertad se avalanzan hacia el primer plano de la atención, y dejan en la sombra todas las consideraciones que puedan y deban hacerse sobre el verdadero significado del aborto. Una palabra talismán produce un encandilamiento tal que rodea de un halo de prestigio un suceso que de por sí no causa sino horror. Es el trueque de la manipulación.

Otro recurso táctico para revestir de cierta dignidad el acto abortista es situar toda medida contraria a la creación de nueva vida bajo la capa protectora de algo tan difuso como es la llamada «planificación familiar». Existen a veces dificultades reales que hacen recomendable espaciar los nacimientos o incluso evitarlos. Pero no es menos cierto que el clima actual de hedonismo y ambición convierte, a menudo, en dificultad insalvable lo que en otros tiempos se consideraba como una simple invitación al sacrificio, la entrega y la dedicación.

Esta presentación unilateral, sentimentaloides, belicosa y edulcorada del problema abortista parece exigir una propuesta drástica de medidas y soluciones. Éstas son proclamadas como algo ineludible en la Cuarta fase, que se centra en esta afirmación: el espíritu de justicia exige situar a todas las mujeres en nivel de igualdad, y para ello es necesario poner a su alcance, en su país, los medios legales sanitarios adecuados para interrumpir los embarazos no deseados o problemáticos.

Mediante este razonamiento precipitado e impreciso se intentó justificar en diversos países la introducción de una ley despenalizadora del aborto, al menos en tres casos. (El mismo método de ilusionismo mental permitirá al demagogo más tarde ampliar a voluntad dichos casos.) Esta ley se promulgó en atención a los derechos de la madre. No se mencionaron apenas los derechos del hijo, principal protagonista, ni los del padre. Toda la compleja diversidad de problemas que implica el aborto quedó reducida a una cuestión jurídica: la mujer debe tener libertad para abortar, al menos en tres circunstancias.

La introducción de la palabra libertad permitió a los demagogos amparar la tesis abortista con el prestigio de diversos términos talismán. Conceder esta libertad es hoy día lo moderno, lo actual, lo progresista, lo avanzado, porque se trata de una conquista social lograda tras una ardua lucha.

En un debate televisivo sobre el aborto, una feminista, abogada, defensora a ultranza de la ley abortista, basó toda su argumentación en la fuerza fascinadora de tales palabras. Resultaba cómico a todo el que esté al corriente de las tácticas manipuladoras, pero su efecto era corrosivo para multitud de personas ajenas a este tipo de conocimientos.

Fieles a su táctica de precipitar las cosas, los demagogos no se ocuparon de buscar soluciones alternativas al aborto que no lesionen derecho alguno, sino que incluso puedan llevar la felicidad a muchos hogares, como es el procedimiento de la adopción. No repararon tampoco en la posibilidad de conseguir que las jóvenes afectadas por un embarazo no deseado afronten la situación y maduren de esa forma su personalidad. Para llevar adelante sus planes sin producir conmociones sociales, se apoyaron -una vez más- en una tendencia del pueblo: la de solucionar los problemas con remedios tajantes, rápidos y fácilmente manejables. Tales condiciones se dan en las técnicas del aborto. Claro está que, en la realización del aborto, surgen más dificultades de las previstas, pero, en principio, el aborto se presenta como un recurso que se tiene a mano en cualquier momento para solucionar drásticamente una situación embarazosa.

Todo el que analice sin prejuicios ni intereses partidistas la cuestión del aborto ve lúcidamente sin el menor esfuerzo que la práctica abortista debería ser aceptada por sus partidarios como último recurso, tras discutir largamente otras posibilidades. Este largo estudio no se ha realizado. Los partidarios de la ley despenalizadora del aborto se lanzaron desde el principio a una sola tarea: montar una táctica de desinformación que permita «desdramatizar» este asunto, evitar el envilecimiento que supone participar en un acto de violencia, y dar una justificación racional a dicha actividad.

Estos tres cometidos los han cumplido a través de las cuatro fases antedichas. En efecto, las gentes afectadas por la presentación sentimental del problema (fase 1ª), y serenadas al oír que el cuerpo humano es un objeto susceptible de dominio, posesión y libre disposición (fase 2ª) y que el aborto se reduce a la mera interrupción de un proceso que debe ser regido por las leyes de la planificación familiar (fase 3ª), están dispuestas a demoler sus barreras intelectuales y morales, retirar sus escrúpulos de conciencia y aceptar como un mal menor la solución del aborto (fase 4ª).

Si uno tiene cierta habilidad para pensar con rigor, descubre rápidamente 1) que el planteamiento sentimental-melodramático del tema del aborto fue puramente táctico, y 2) que el verdadero propósito de la ley abortista no consiste tanto en resolver problemas humanos perentorios cuanto en lograr a medio plazo una transformación radical de la actitud ética de las gentes. Esta interpretación se vio confirmada patentemente, tras la promulgación de la ley abortista, por la negativa de los partidarios de la misma a prestar ayuda a las jóvenes que sufren las consecuencias de un embarazo inoportuno y no aceptan el recurso extremo del aborto.

El tema del aborto y la seriedad intelectual

El aborto es una práctica que afecta a cuestiones radicales de la existencia humana, tanto en el aspecto biológico como en el espiritual. Radicales han de ser también su análisis y su valoración.

Para estudiar a fondo un tema tan complejo sólo hay una vía: dejar de lado las imposiciones de ideologías rígidas, los intereses partidistas, el apego a opiniones individuales predeterminadas por motivos sentimentales, y atenerse a los dictados de la realidad, que es la fuente primaria de toda norma y criterio de vida. Tratar esta cuestión en el clima agitado de oleadas propagandísticas puede servir para pescar en río revuelto, pero no para servir a la verdad y - consiguientemente- a la sociedad humana.

El estudio de lo real lo llevan a cabo diversas disciplinas. En el caso que nos ocupa destaca el papel de la ciencia biológica y de la

metodología y antropología filosóficas. La biología se halla hoy en condiciones de esclarecer varios puntos clave referentes al origen de la vida humana y al carácter continuo de su proceso evolutivo. Esta clarificación permite a la ética evitar ciertas indecisiones seculares y formular un juicio sólido acerca del aborto realizado en los primeros tiempos de la concepción. Los resultados de la investigación científica deben ser tenidos estrictamente en cuenta a la hora de proponer soluciones a los problemas básicos de la existencia. La realidad acaba vengando todo intento de reducirla violentamente a mero objeto de manipulación.

La ciencia biológica actual enseña, además, que el hombre se desarrolla y perfecciona por vía de encuentro, dialogando con la realidad en forma respetuosa, sin intentar imponer unilateralmente la propia voluntad. Este diálogo o ajuste a lo real presenta una gran complejidad. Su estudio exige un estilo de pensar maduro, una metodología filosófica que haga justicia a la riqueza de cada fenómeno, descubra la verdadera jerarquía de valores y no tolere el uso estratégico del lenguaje que todo lo embrolla con fines demagógicos. La metodología filosófica rechaza con energía las actitudes y conductas siguientes:

1. Precipitarse a tomar -de modo más o menos sentimentalista- cualquier inconveniente de la maternidad como razón suficiente para legitimar el aborto, sin tomar en consideración posibles alternativas mucho más humanitarias, pues no sólo no presentan inconvenientes sino ofrecen incluso ventajas (piénsese, por ejemplo, en la ya mencionada posibilidad de la adopción).

2. Confundir la realidad con ciertas lamentables situaciones de hecho. La verdadera realidad, el dato real que debemos tener en cuenta no es tanto la existencia de abortos cuanto el derecho de la vida humana a ser respetada y fomentada.

3. Movilizar el recurso estratégico de la valoración por contraste, para defender la tesis abortista mediante la simple descalificación de sus adversarios. Recuérdese el exabrupto lanzado un día en cierta emisora televisiva: «Los contrarios al aborto son los partidarios de la pena de muerte» (!). Se quiere ridiculizar al adversario para ahorrarse la molestia de dar razones.

4. Impresionar a las gentes -poco avezadas de ordinario a las cuestiones metodológicas- con tópicos y esloganes seleccionados conforme a las tácticas de la estrategia del lenguaje. No se olvide que «la corrupción de la política empieza por la corrupción del lenguaje» (Orwell). Se afirma a menudo con aire prepotente que «la mujer es dueña de su cuerpo y puede disponer a su arbitrio de cuanto en éste acaece». No se advierte, al proclamar este lema, que en vez de

exaltar a la mujer se la envilece con ello en no escasa medida, por cuanto se reduce a mero objeto de posesión una vertiente de su ser personal. Uno sólo es dueño de aquello que posee. Pero el hombre no posee un cuerpo; es un ser corpóreo.

Reducir a objeto una realidad personal es la meta del sadismo. El sadismo reduccionista opera en contra de las exigencias de la realidad, y se constituye por lo mismo en fuente de toda violencia. He ahí por qué la frivolidad intelectual --como actitud violentamente arbitrista, falta de auténtico realismo-, cuando se la lleva irresponsablemente más allá de ciertos límites, causa estragos irreparables en la vida de la sociedad.

La Antropología filosófica actual ha clarificado diversos puntos decisivos en el tratamiento del aborto:

1. La distinción de personeidad y personalidad (Zubiri). Para configurar su personalidad, el ser humano necesita la cooperación de las demás personas. No así para estar dotado de personeidad, de condición personal nuclear.

2. La vinculación fecunda que debe haber entre vida ética y legislación civil cuando se trata de cuestiones básicas que afectan a la estructura de la vida comunitaria.

3. La relación de *complementariedad* -no de *oposición*- que existe entre la libertad y la atencencia a normas (que vienen sugeridas por la estructura misma de lo real). Ciertas «liberalizaciones» fomentan la «libertad de maniobra», pero no la verdadera libertad humana, que es la «libertad creativa», la libertad para la creatividad. El aborto es un fenómeno típico de civilizaciones refinadas, pero poco cultas. Toda persona verdaderamente culta tiene sumo respeto a las realidades en las que participa de modo activo-receptivo. El poder creador propio de la cultura suele amenguarse al cobrar primacía el poder manipulador. El planteamiento individualista de la libertad humana es anticuado, y resulta hoy demasiado tosco para abordar los problemas más humanos. Por ser en la actualidad un término «talismán», el vocablo «libertad» -utilizado de modo borroso, sin matizar-se presta a toda suerte de abusos demagógicos.

A la luz de los hallazgos actuales de la ciencia y las investigaciones de la Metodología y Antropología filosóficas, se advierte que buen número de escritos proabortistas carecen del rigor debido y no ofrecen argumentos sólidos. Si quiere ser tomado en serio, todo abortista debe empezar analizando a fondo la cuestión de la existencia de vida humana auténtica en el ser vivo que es objeto

de destrucción. En caso de duda, toda práctica manipuladora queda descalificada.

La campaña proabortista es impulsada en nombre del «progreso», pero se enfrenta con la ciencia más avanzada. La antropología actual nos advierte con toda energía que la descapitalización ética y la bancarrota moral de la sociedad deja a las personas a merced de los afanosos de poder, pues una sociedad decadente es fácilmente dominable. El amor a la libertad debiera inspirarnos un respeto incondicional a los valores. Y un valor primario es la vida humana.

Las «razones» (i) del aborto

Los partidarios del aborto no quieren ser tachados de arbitrarios y se esfuerzan por mostrar que la despenalización de las prácticas abortivas está basada en diversas razones. Un análisis mínimamente riguroso de las mismas advierte que no están a la altura de la gravedad del tema tratado. No responden a un estudio serio de la realidad, sino a un afán estratégico de presentar como «razonable» un procedimiento violento que suprime de raíz una vida humana en desarrollo.

Los seres humanos solemos buscar con afán una justificación racional a todo cuanto hacemos, por injustificable que parezca en principio, a fin de no sentirnos demasiado envilecidos a nuestros propios ojos. Es comprensible esta tendencia. Pero, cuando se trata de cuestiones muy graves, no tenemos derecho a permitirnos forma alguna de consuelo que no vaya avalado por un criterio realista. Es la realidad, en definitiva, quien nos da o nos quita la razón.

Actualmente disponemos de medios suficientes para llevar a cabo un estudio realista de lo que significa el aborto, con independencia de toda ideología partidista.

La ciencia biológica determina con precisión cuándo empieza el proceso de la vida humana, proceso que sin ruptura cualitativa lleva a la plenitud de la vida personal.

La metodología filosófica nos enseña a descubrir los recursos que suelen movilizarse para manipular la opinión pública. Entre tales recursos estratégicos figura actualmente el «planteamiento sentimental». No se plantea el tema del aborto en toda su envergadura y de modo radical. Se intenta conmover la fibra sentimental de las gentes, subrayando el carácter penoso que reviste el embarazo en ciertas condiciones (por ejemplo, tras una violación). Se ocultan cuidadosamente los diversos modos posibles de resolver estas situaciones conflictivas, y se sugiere la conveniencia de recurrir a la salida más drástica y contundente, sin prestar atención a las

consecuencias de todo orden que puede acarrear a la persona a quien presuntamente se quiere ayudar.

La antropología descalifica ciertas afirmaciones que están en la base de las «argumentaciones» proabortistas. Afirmar, por ejemplo, que «la mujer tiene un cuerpo y puede decidir a voluntad los procesos que en el mismo tienen lugar» es situarse fuera de la realidad, porque el ser humano no tiene cuerpo; es corpóreo. Por fortuna, nuestro cuerpo no es un objeto que pueda ser poseído. Ya el famoso caballo del cuento de Tolstoi Historia de un caballo subrayaba con razón que los hombres se dejan llevar de su tendencia posesiva y reducen a meros objetos realidades que están muy por encima del nivel objetivista. Al decir «tengo mujer, tengo hijos, tengo cuerpo», en el mismo plano en que se afirma «tengo dinero, tengo tierras, tengo casa, tengo coche...», el lenguaje nos traiciona y nos delata.

A la luz de la antropología, la metodología y la biología, las razones que se están haciendo valer a favor del aborto a través de los sutiles medios de que dispone la propaganda son del todo insuficientes. Podría mostrarse fácilmente en pormenor. Pero lo verdaderamente grave no es esto sino el hecho de que se busquen razones para justificar la anulación de una vida humana. Tras cometer mil errores y atropellos, la humanidad había llegado en nuestra época a una situación de cierta madurez, en la cual se optaba por la vida aun en el caso de que parecieran existir razones en contra de la misma. Así, en la mayoría de los países a los asesinos no se les aplica la pena de muerte; se intenta recuperarlos para la vida de sociedad. Ahora, en cambio, ciertos grupos se enfrentan a esta línea de progreso humanístico y se lanzan a una búsqueda frenética de razones en contra de la vida naciente.

Un examen somero de este fenómeno descubre en él una extrema peligrosidad, pues todos los genocidios se han realizado siempre en virtud de ciertas razones que se suponía poderosas. Recuérdese cómo, en la película Holocausto, uno de los responsables directos del sacrificio masivo de millones de personas confesaba haber actuado con el convencimiento de hacer un bien a la humanidad. De hecho, tras las actitudes y actuaciones del nacionalsocialismo se hallaba latente y operante una corriente filosófica, suministradora, sin duda, de toda clase de «razones». La historia alberga un catálogo tan amplio como siniestro de razones para matar. A la altura histórica en que nos hallamos hoy, debiera ser impensable que alguien siguiera haciendo depender la vida humana de determinadas razones, pues ello constituye un regreso a estadios primitivos.

No busquemos razones en contra de la vida de los indefensos y a favor de la capacidad de maniobra de los mayores. El respeto a la

vida humana debe ser incondicional y absoluto. Razones para anular la vida no es difícil encontrarlas, porque el afán de dominio nos ciega para los valores, y consideramos como válida una razón que está lejos de serlo. Pero, una vez en esta vía, se encuentran razones para sacrificar la vida no sólo de quienes carecen todavía de voz y no pueden reclamar sus derechos, sino de todos aquellos que no se acomodan al modelo de «vida útil y justificable» que impongan los grupos más poderosos.

Es demasiado peligroso este «camino de las razones» para iniciarlo precisamente «por razones humanitarias», como a veces se dice sarcásticamente. Antes del recurso al aborto, existen muchas otras formas de resolver los problemas que pueda suscitar el advenimiento de una nueva vida. No aludir a ellas sólo puede responder a una falta total de imaginación creadora o a mala fe, a voluntad de imponer las medidas abortistas como única salida.

El hombre sólo progresa hacia cotas más elevadas de humanismo cuando se atiene fielmente a la realidad y no aplica su afán manipulador sino a los meros objetos. A las realidades superiores no se las puede tratar de forma manipuladora, sino creadora. Si la concepción constituye a veces un problema grave debido a las violaciones y a la libertad sexual, lo que procede es hacer un estudio realista, no demagógico, de estos fenómenos, e ir a la raíz de los hechos. Querer resolver el conflicto mediante el sacrificio de un inocente es un procedimiento primitivo, falto de calidad humana.

Para ponerse a salvo, algunos promotores del movimiento abortista se están apresurando a declarar que no son partidarios de este tipo de medidas extremas, pero se ven obligados por ciertas razones poderosas. Frente a esta astucia, debe subrayarse con toda energía que el mero buscar o aceptar razones es ya una renuncia injustificable a un logro de la humanidad que debiera ser definitivo y, por tanto, intocable: el respeto incondicional a la vida humana.

El respeto incondicional a la vida: un pilar básico de la sociedad

Nada hay más peligroso en una democracia que el abuso estratégico del lenguaje con fines de manipulación de la opinión pública. El lenguaje posee recursos suficientes para orientar a capricho la trayectoria intelectual de las gentes poco avezadas a cuestiones metodológicas. No es difícil, si se movilizan con cierta astucia demagógica los recursos estratégicos del lenguaje, dominar intelectualmente a un pueblo. Pero lo que se tiene en un puño tras la manipulación ya no es un pueblo, sino una masa, un montón amorfo de individuos carentes de estructura. La masa está a merced de los afanosos de poder. La masa es un pueblo en estado de extremo

desvalimiento. De ahí que constituya un contrasentido afirmar que se intenta favorecer a las gentes y movilizar para ello un lenguaje que utiliza la unilateralidad como arma estratégica.

Frente a los planteamientos unilaterales, se impone un análisis integral de la cuestión del aborto.

1. El que defienda cualquier tipo de despenalización del aborto está obligado a demostrar que éste no constituye un tipo de delito que deba ser sancionado por el Estado con el fin de velar por los bienes básicos del pueblo. No basta montar una campaña de desprestigio de los adversarios de tal medida. Algunas argumentaciones de éstos debieran, sin duda, estar articuladas con mayor precisión. Aunque esto sucediera con todas, ello no eximiría a los proabortistas de la obligación antedicha.

2. El Estado debe velar por la conservación de todo aquello que constituye un bien inalienable de la sociedad. Los bienes mayores son aquellos que hacen posible la existencia de los hombres porque constituyen los pilares en que se asienta la vida en común. Uno de estos pilares es el respeto incondicional a la vida humana.

3. Como sucedió en muchos otros aspectos de la existencia del hombre, también en éste se dio un proceso de maduración. Tras muchos errores y atropellos, que hoy lamenta, la humanidad ha ido depurando su concepto de lo que es la vida humana, el enigma impresionante de su origen y sus virtualidades de todo orden. Este ahondamiento se tradujo en un respeto absoluto a la vida y la consiguiente renuncia a disponer de ella, aun en el caso de personas que atentan contra la misma. La tentación de disponer de la vida humana, de ejercer sobre ella alguna forma de manipulación es tanto mayor cuanto más alto es el grado de conocimiento técnico.

Son numerosos y muy cualificados los pensadores que desde hace algunos años subrayan la necesidad de dotar a la humanidad de un antídoto contra la voluntad de manipulación. La gran barrera frente a este riesgo es la actitud de respeto incondicional, absolutamente inquebrantable, hacia la vida humana. Si se aceptan como válidas algunas razones para dispensar al hombre de tal actitud, se abre una brecha en dicha barrera, y el hombre queda inerme frente a la creciente ansia de manipulación.

Téngase muy en cuenta que la voluntad de seguridad, de dominio, de bienestar y goce va en aumento, y para ser saciada se requiere libertad de manipulación. Si no se marcan juiciosamente los límites de esta libertad, para hacer posible la auténtica libertad, que es la libertad para la creatividad, los hombres más débiles sucumbirán a lo que se ha dado en llamar el «estado de necesidad» de los más fuertes y ambiciosos.

Si la despenalización del aborto encierra este riesgo, lo lógico es poner en juego todos los recursos de que dispone hoy la humanidad para solucionar los problemas que plantea a veces la concepción. Resulta en extremo sorprendente que personas inteligentes, que no pueden ignorar los peligros abisales que entraña el afán de manipulación, propongan -por «razones humanitarias»- como única salida el aborto, sin aludir siquiera a la existencia de otras posibilidades de solución que no presentan riesgos y ofrecen inmensas ventajas.

4. Sopesadas las ventajas y los riesgos -a corto y, sobre todo, a medio plazo- queda de manifiesto que no cabe defender la despenalización del aborto como un «mal menor». No hay mal que sea superior al que implica la voladura de ese pilar de la vida social que es el respeto absoluto a la vida humana. Si en vez de amenguar esa actitud de respeto, se la incrementa, se hará más fuerte en personas y grupos el espíritu de lucha por la salvaguardia de los derechos humanos en todos los frentes.

5. Para que todo lo antedicho tenga verdadero valor probativo, debemos dejar en claro de una vez por todas que hoy día una persona medianamente informada no puede negar que, al hablar de embrión y de feto, estamos aludiendo a un proceso vital que, si no es interrumpido por alguna causa o agente, dará lugar -por autorregulación y en virtud de sus internas potencialidades- a un ser humano plenamente desarrollado. No constituye el feto un «homunculus», un ser humano de dimensiones diminutas. No queramos ridiculizar a nadie ni cubrirnos nosotros de ridículo, pues las teorías del «animalculismo» y del «ovismo» son del siglo XVII. Se trata de un proceso lleno de virtualidades creativas que al cabo de cierto tiempo florece en esa realidad que llamamos persona humana.

Se han elaborado diversas teorías acerca del momento de tal proceso en que puede hablarse con rigor de persona humana. Si confundimos toscamente «persona» con lo que caseramente llamamos «personalidad», podremos concluir que el feto no es una persona humana. Pero, en ese caso, cabría afirmar lo mismo del niño e incluso de individuos más desarrollados. (No olvidemos que el ser humano nace a medio gestar.) Si, en cambio, hacemos las distinciones que exige toda cuestión compleja, y distinguimos «personeidad» y «personalidad», como hace Xabier Zubiri, se puede defender, sobre la base de muy sólidas razones de diverso orden, que el ser concebido tiene «personeidad», aunque no «personalidad». La personalidad se va configurando. La personeidad es una característica básica del ser humano. El ser humano es siempre «el mismo» (personeidad) sin ser «lo mismo» (personalidad). Consiguientemente,

el embrión y el feto son seres «humanos», aunque necesiten mucho tiempo para desplegar todas sus virtualidades.

Hoy sabemos por la filosofía y la antropología que el necesitar largo tiempo para constituirse y adaptarse al medio no es característica propia de un ser defectuoso, sino de un ser sobremanera complejo, llamado a desarrollar su existencia en un «mundo», no sólo en un «entorno» –o «milieu» o «Umwelt»–. Para tener «mundo» hay que conjugar, en la relación con los seres circundantes, un modo de inmediatez con uno de distancia, a fin de fundar un campo de juego. El hombre tarda en constituirse y en adaptarse al medio porque es un ser lúdico, eminentemente creador en múltiples aspectos.

Debido al estado rudimentario de la investigación científica, en la Edad Media se pensaba que el ser humano estaba animado en principio por un alma vegetal, más tarde por un alma sensitiva y finalmente por un alma espiritual. La ciencia contemporánea ha descubierto con asombro que se trata, más bien, de un proceso unitario, autorregulado, que no puede entenderse rectamente si no se lo estudia como orientado hacia la figura cabal de la persona humana, como suele subrayar el biólogo Adolf Portmann.

La filosofía de la vida está todavía en mantillas. De momento no podemos precisar con el rigor que quisiéramos ciertas cuestiones básicas. Sabemos, sin embargo, más de lo que parece desprenderse de ciertos escritos y manifestaciones proabortistas. Nuestros conocimientos son suficientes para poder afirmar con toda decisión que un ser vivo de condición humana es, en todos los momentos de su decurso vital, una realidad alejada años luz de la condición de objeto, de medio para un fin, de mero fenómeno biológico infrahumano, y no debe ser objeto de manipulación.

El hombre puede disponer libremente de los productos de su esfuerzo artesanal, pero no de lo que es fruto de un diálogo creador. La manipulación de lo humano es una desmesura típica de países que, en ciertos aspectos de la vida, se dejan llevar de la tentación de conceder primacía a la civilización sobre la auténtica cultura. El espíritu de manipulación –que en algunos momentos irreflexivos y eufóricos parece promocionar los valores vitales– es, en definitiva, el que acaba inspirando los procedimientos de los campos de exterminio y demás formas de extrema violencia.

En un proceso vital –como el humano– tan lleno de enigmas para su interpretación filosófica como rebosante de poderes creadores que sobrecogen por su grandeza a los especialistas, debiera el hombre guardarse mucho de intervenir hostilmente. Hoy día nadie puede estar seguro de que en un determinado momento de la gestación no se trata de un ser humano, por muy a medio camino

que se halle de la configuración de su ser personal. La «personalidad» es la figura que va cobrando la «personidad», como realidad sustantiva personal, a través de los actos realizados por el «yo». Un ser dotado de «personidad» tiene «personalidad» en potencia -si se quiere utilizar esta vieja expresión-, pero tiene «personidad» en acto, y ésta no es «pura biología». Si lo fuera, el hombre no podría superar el «enclausamiento» del animal en el entorno e iniciar un proceso de aprendizaje en todos los órdenes.

La menesterosidad de nuestros conocimientos sobre la génesis del hombre debiera traducirse en actitudes de respetuosa prudencia. De ningún modo legitima una absoluta libertad de maniobra, sea cual fuere la moral que uno profese.

Carácter manipulador de ciertos planteamientos proabortistas

Vistas las cosas con serenidad y rigor, se advierte que los razonamientos proabortistas presentan demasiados fallos de tipo metodológico y filosófico para que puedan ser aceptados. Estos fallos proceden de una raíz común: la voluntad de defender la despenalización del aborto de modo indirecto, sin abordar de frente el núcleo de la cuestión. Para ello se movilizan diversos recursos estratégicos que ofrece el lenguaje cuando se lo utiliza como medio para vencer a ultranza.

1. *Planteamientos unilaterales.* Se presenta la despenalización del aborto como una medida que no afecta a la actitud básica del respeto a la vida, sino que viene a resolver algunos problemas graves planteados a ciertas personas por la concepción indeseada de un nuevo ser. Se confiere, así, a la medida proyectada un carácter positivo que la hace a primera vista plausible por su condición «humanitaria».

Esta unilateralidad de planteamiento produce un deslizamiento de sentido de gran eficacia estratégica porque desplaza la atención del hecho innegable de que se hace violencia a un proceso vital de condición humana para fijarla en la voluntad de tornar más llevadera la existencia de las personas adultas. Tal propósito suele conmovir fácilmente a personas que tienen buenos sentimientos pero poca preparación intelectual. Con esta torsión de la mirada se consigue que el tema del aborto sea analizado unilateralmente desde la perspectiva de las ganancias inmediatas, dejando de lado otros aspectos más radicales.

Tras esta delimitación estratégica del problema, es fácil dar otro giro a la atención y alterar la perspectiva en que debe ser considerado el asunto. En vez de sopesar -como sería lógico- las

exigencias que plantea al hombre un proceso vital de condición humana, se concede preferencia a la opinión de la mayoría. Si se empieza otorgando primacía al deseo de resolver ciertos problemas de los adultos, la actitud y la opinión de éstos cobra preeminencia sobre cualquier consideración de fondo que pueda y deba hacerse sobre la realidad de los seres no nacidos y la actitud que se ha de adoptar respecto a ellos. Dentro de esta óptica, las encuestas cobran un valor aparentemente decisivo. Para acrecentarlo y convertirlo en criterio orientador de las medidas legislativas sólo hace falta entender la ley -con unilateralidad positivista- como la regulación de «lo que está en la calle».

Esta supervaloración de la opinión de la mayoría aparece como algo innegable e intocable con sólo ponerla en relación con dos términos «talismán» de la actualidad: libertad y democracia. Los conceptos «talismán» aparecen aureolados de un prestigio tal que, incluso cuando son utilizados de forma tosca, unilateral, no matizada, apenas osa nadie someterlos a revisión. Se da por supuesto que los deseos de las gentes deben ser cumplidos para que éstas sean verdaderamente libres, y se identifica democracia con el imperio de la libertad de los individuos. Al no matizar el concepto de libertad, suele confundirse ésta de modo expeditivo con la mera «libertad de maniobra».

Esta glorificación de la libertad, entendida unilateralmente como liberación de todo cauce normativo, confiere su aparente fuerza y su contundencia polémica a la reivindicación hecha por algunas mujeres de poder hacer lo que quieran con su cuerpo y cuanto en él acontezca. Planteada la cuestión artificiosamente en el plano objetivista, como si el cuerpo fuera un objeto del que cabe disponer, tal reclamación parece ir aliada con el derecho humano a la libertad y oponerse frontalmente a toda ley represiva.

He aquí la razón estratégica que lleva a los proabortistas a afirmar como algo obvio que la ley penalizadora del aborto es «represiva», contraria a la libertad. Al ser «libertad» un concepto «talismán», estamos ante el poderoso recurso estratégico de la «valoración por contraste». Todo cuanto se opone o parece oponerse a una realidad o fenómeno «talismán» queda automáticamente desprestigiado.

2. *Modos de defensa mediante «valoración por contraste».* Se destacan ciertos problemas graves, relacionados -como el del aborto- con el respeto a la vida, y se deja entrever que los adversarios de la ley abortista no se preocupan por aportar soluciones a los mismos. Con esta acusación, que no debe de necesitar prueba alguna a juzgar por la contundencia con que suele hacerse, se califica implícitamente

de hipócritas a los adversarios del aborto, amenguando de esta forma su credibilidad en esta polémica.

Este ataque a la credibilidad de los antiabortistas se endurece y gana en eficacia si se identifica veladamente a éstos con los creyentes, o, todavía más, con los eclesiásticos, porque de esta forma se abren otras vías complementarias para poner en entredicho el fundamento de su actitud. Se hace posible, por ejemplo, movilizar una vez más el manido episodio de Galileo y sentenciar que la Iglesia -en bloque-nunca tuvo una voluntad promotora de la ciencia, ejerció más bien un influjo perturbador y no presenta ahora título alguno que la autorice a recoger las investigaciones últimas de los biólogos para superar ciertas indecisiones seculares acerca del origen de la vida humana y formular un juicio sólido sobre el aborto realizado en los primeros tiempos de la concepción.

Para contrarrestar en alguna medida la meridiana claridad con que la ciencia actual defiende que desde el primer instante de la concepción surge un nuevo ser, distinto de la madre, que de modo autorregulado alcanzará en su día un desarrollo cabal como persona humana, se destaca que no está nada clara la posición de los antiabortistas respecto a la determinación del momento en que comienza el ser vivo de condición humana a constituir una persona. Con sólo resaltar esta falta de claridad de un lado de la polémica, se sugiere que los adversarios disponen de libertad de maniobra para interrumpir el proceso vital humano. Con objeto de incrementar el efecto de tal valoración por contraste, se da a entender que, para ser humano, un feto debe tener «personalidad». Y, como «tener personalidad» es entendido a menudo superficialmente como sinónimo de gozar de una determinada «consideración social» y desempeñar cierto papel en la existencia, se saca a veces la conclusión de que el ser humano sólo llega a ser persona por «convención». Mediante esta interpretación reduccionista de la condición personal del ser humano, las prácticas abortistas parecen obtener un fundamento intelectual (filosófico y antropológico).

3. *Defensa en virtud de la autonomía de la actividad política.* La descalificación de los antiabortistas parece llegar a su meta si se moviliza el recurso doble de confinar sus opiniones al ámbito de lo ético y escindir éste del ámbito de lo político. Se declara profesar un gran respeto por las convicciones «éticas» de los adversarios ideológicos, pero se conmina a éstos a no defenderlas en público, bajo riesgo de ser tachados de seres intolerantes que intentan imponer antidemocráticamente sus opiniones privadas a los demás, injerirse ilegítimamente en la esfera política y coaccionar a los legisladores.

Estos recursos estratégicos y otros análogos se hallan en la base de los razonamientos proabortistas. Basta una mínima preparación metodológica para advertir que se trata de un uso indebido del lenguaje. Tergiversar de esta forma el lenguaje nos aleja años luz de la realidad y de la cultura.

No hay cultura sin respeto a la vida

Pueblo «culto» es el que cultiva su capacidad creadora en todos los órdenes. Pueblo «civilizado» es el que usufructúa los bienes y productos que se derivan de la creatividad. Un pueblo puede estar en disposición de manejar artefactos sumamente complejos sin poseer la cultura que los ha creado. De modo esquemático, podría decirse que la cultura implica poder creador, y la civilización, poder técnico de manejo y usufructo.

Ahondando más en esta idea, observamos que los pueblos cultos se caracterizan por tratar con absoluta seriedad las cuestiones absolutamente serias. Los pueblos civilizados, pero no cultos, manipulan los productos de la cultura -por ejemplo, los medios de comunicación-para tratar los temas serios de modo frívolo y someterlos a su arbitrio.

Por *frivolidad* se entiende no abordar el núcleo de los problemas ni intentar resolverlos de raíz, con total fidelidad a las exigencias de lo real, sino jugarles la vuelta, cercarlos como a un enemigo y dominarlos a traición.

En el caso del aborto, sólo hay una cuestión nuclear: si la eliminación del feto constituye un delito que el Estado deba penalizar en virtud de su obligación de velar por los bienes supremos de la sociedad. Uno de tales bienes es el respeto absoluto a la vida humana. En él, como en una roca, se asienta la posibilidad de la existencia en común. Perder tal respeto, aunque sea al amparo de ciertas razones y en casos determinados, significa un riesgo excesivamente grande para la sociedad actual, tan amenazada como las anteriores por diversos tipos de extremismos.

El feto constituye una etapa del proceso de desarrollo de la persona humana. La antropología filosófica actual no ha clarificado todavía de modo suficiente la relación entre la vertiente corpórea y la psíquica del ser humano, y el papel de ambas en la instauración de un ser personal. Esta menesterosidad de la investigación filosófica, ¿permite considerar el feto como una mera realidad vegetal o animal de la que el hombre pueda disponer según sus necesidades, proyectos o deseos? ¿Cabe convertir la ignorancia respecto a un proceso de poder sobrecogedor en patente de corso para atacar a los seres en gestación como si se tratara de elementos intrusos?

Éstas son las cuestiones que todo pueblo culto se plantea con rigor y apertura de espíritu, sin las anteojeras de prejuicios ideológicos esclerosados. Los pueblos civilizados pero incultos suelen rehuirlas por principio y movilizar sus recursos propagandísticos para justificar las leyes abortistas de modo oblicuo. Este procedimiento se lleva a cabo de ordinario en varios tiempos: 1) Se supervalora la existencia de ciertos problemas y se da por supuesto que sólo pueden ser resueltos mediante las prácticas abortistas. Con ello se corre un velo sobre la crueldad de éstas y se las rodea de un aura de «humanitarismo» que suele conmover la fibra sentimental de las gentes bienintencionadas, pero poco avezadas en cuestiones metodológicas. 2) Orientado el asunto desde la perspectiva del interés de los adultos, es fácil hacer plausible ante el pueblo la idea de que la ley abortista recibe su justificación de su ajuste a la opinión de la mayoría. 3) Para otorgar un valor contundente a dicha opinión se oculta el hecho de que las encuestas son fácilmente manipulables con sólo dominar algunos recursos estratégicos del lenguaje, y se da a entender que la dignidad de las personas pende de la libertad de maniobra que posean. Se sigue el precepto demagógico de no matizar los conceptos y se opera con un concepto tosco de libertad que hace posible confundir -a efectos estratégicos- la *libertad creativa* con la mera *libertad de maniobra*, libertad para disponer de todo tipo de realidades como si fueran objetos. 4) Tras este planteamiento unilateral, resulta fácil y efectista tachar de represiva y antidemocrática toda medida que tienda a reducir a sus justos límites la libertad de maniobra para hacer posible la libertad creativa. Queda abierta, de este modo, la vía para la descalificación expeditiva de los adversarios de la ley abortista.

Si éstos se apoyan en los avances científicos, se hace simplemente uso del recurso estratégico de la mofa y se afirma -de espaldas a la Historia- que nunca han desempeñado un papel positivo en el fomento de la cultura. Si recurren a los preceptos éticos, se practica una escisión injusta entre el ámbito de la ética y el de la política, dejando de lado el hecho básico de que la vida ética es vida creativa, y la creatividad humana tiene una ineludible proyección comunitaria, de modo que, cuando se trata de poner las bases de una vida humana auténticamente creadora (que, como tal, supere los límites entre lo individual-privado y lo comunitario-público), lo ético y lo jurídico deben potenciarse mutuamente.

Estos y otros modos semejantes de eludir la cuestión nuclear mediante una forma bien conocida de estrategia envolvente -que, al tiempo que soslaya los puntos decisivos, parece dominarlos por vía de cerco- no presentan un carácter serio y no son admisibles en un país culto.

Pero tampoco lo son los métodos seguidos por los proabortistas que tratan el tema de frente y lo hacen de un modo unilateral que permite toda suerte de simplificaciones y confusiones. Hay quienes se facilitan las cosas en extremo e identifican sin más «personal» y «personalidad», con lo cual allanan el camino para afirmar que el feto no puede considerarse como un ser «humano», antes es «pura biología», y que el hombre sólo llega a ser persona «por convención». Sin pararse a considerar -entre otras cuestiones fundamentales que sería necesario tener en cuenta- que uno de los logros de la antropología contemporánea consiste precisamente en haber superado las dicotomías «bios-psyché», «animalidad-humanidad», y haber descubierto la necesidad de distinguir «personidad» y «personalidad», sentencian que no cabe hablar de persona humana antes de que el nuevo ser pase por un proceso de inculturación. Esta posición es hoy día del todo insostenible, y por fortuna, pues sobrecoge prever las consecuencias que podrían sacarse de la misma en orden a disponer de la vida de los demás antes y después de nacer.

Otro recurso estratégico no menos temible e injustificable en el estado actual de la cultura es plantear la cuestión del aborto en un plano «objetivista», como si se tratara simplemente de decidir acerca de la posibilidad de manipular un objeto. Es temible este planteamiento porque la filosofía actual ha clarificado de forma inapelable que el reduccionismo constituye la fuente de toda violencia.

El «decálogo» presentado por el Ministro de Justicia de cierto país para legitimar la despenalización del aborto no ofrece otra razón de carácter ético que «el derecho inviolable inherente a la libertad de la persona de disponer libremente de su cuerpo y decidir o autodeterminarse libre y responsablemente a efectos de la procreación». En este breve escrito se destaca tres veces el presunto derecho a «disponer del propio cuerpo». Asusta ver que se vaya a tomar una medida tan grave como es la ley proabortista sobre la base de una orientación filosófica que -según ya vimos- hace más de medio siglo fue pulverizada y superada. ¡Qué dirían Karl Jaspers y tantos otros pensadores existenciales, fenomenólogos y personalistas si leyeran tal documento! Su decepción sería sin duda devastadora al observar que fueron vanos sus esfuerzos por superar el «objetivismo», la actitud de dominio y manipulación ante las realidades «inobjetivas», que, por su alto rango entitativo, exigen un tratamiento respetuoso, dialógico, creador.

Hoy día la distinción entre tener y ser, nivel objetivista y nivel lúdico-creador, actitud manipuladora y actitud dialógica es un bien común del pensamiento más lúcido. No se pueden ignorar o dejar de

lado las conquistas de la investigación humanista sin salirse del ámbito de la cultura y exponerse a graves riesgos.

Obviamente, en el nivel 1 –el de los meros objetos y el manejo de los mismos– el valor supremo es la posibilidad de libre disposición sobre las realidades del entorno. Pero, si uno se mueve en nivel creador, observa que tal género de libertad se opone frontalmente a la libertad para la creatividad, que es la auténtica libertad humana. El cuerpo del hombre, cuando es visto como una realidad «disponible», queda rebajado a condición de objeto, y entre objetos –por privilegiados que se los suponga– no es posible relación alguna creativa. Es un contrasentido atacar la discriminante reducción de la mujer a objeto de contemplación en concursos de belleza, anuncios publicitarios y espectáculos, y pretender exaltarla otorgándole poder de disposición sobre su cuerpo. Todas las formas de envilecimiento de la mujer parten de una radical: la consideración del cuerpo humano como algo de lo que cabe disponer. Este reduccionismo es un modo de injusticia radical que el Ministro de Justicia debiera, por razones de oficio, desautorizar con la mayor energía, ya que supone un retorno a estadios de convivencia primitivos.

Los errores filosóficos básicos se pagan a muy alto precio. Hoy subraya más que nunca la filosofía que para conseguir formas eminentes de libertad debemos renunciar a formas inferiores. De ahí que represar un tanto la libertad de maniobra para fomentar la libertad creadora no sea considerado por ninguna persona culta –conocedora de las leyes de la creatividad– como una «represión», sino como la única vía de auténtica liberación. Esta liberación es indispensable para instaurar un régimen de vida democrático.

Respetar la realidad es una exigencia básica de la vida democrática

En los últimos años se viene subrayando la urgencia de cultivar los modos democráticos de convivencia: respetar las opiniones ajenas, fomentar el diálogo sereno y constructivo, edificar entre todos una sociedad más perfecta y justa. Pero, cuando surge una cuestión polémica, los mismos que se consideran abanderados de tal espíritu democrático pierden a veces el temple ante la menor objeción que se haga a sus tesis y descalifican drásticamente a quienes se consideran en el derecho e incluso en el deber de formularla. Los ataques personales ejercen un efecto intimidatorio y amenguan o anulan del todo la libertad de expresión. Para que haya diálogo auténtico, se requiere un clima de distensión y mutuo respeto, clima no crispado por posiciones belicosas de ataque y defensa.

En una publicación reciente se recuerda a los lectores que los componentes básicos que nutren los hábitos de la convivencia

democrática en las naciones civilizadas son la tolerancia hacia los discrepantes, el gusto por la verdad y el respeto a la propia dignidad. Nada más difícilmente coordinable con la actitud agresiva que se adopta en el mismo escrito hacia quienes no aceptan la tesis abortista.

Obviamente, este comportamiento no ayuda a aclarar las cosas y a crear el clima de reconciliación que todos, al parecer, deseamos fundar. El recurso estratégico de la mofa permite rehuir el debate serio y adquirir una superioridad ficticia sobre el adversario ideológico, pero constituye un obstáculo grave en la búsqueda de la verdad. Los excesos verbales -que están menudeando en sectores que defienden ideas distintas- deben ceder el paso rápidamente al análisis imparcial y concienzudo de los temas tratados. Si uno disiente de una tesis, puede y debe expresar su opinión y articularla y fundamentarla de modo que aporte luz. Quienes, a su vez, disientan de tal crítica han de proceder a la defensa de sus ideas ahondando en las razones que las avalan, no atacando a la persona de sus adversarios. Esta confrontación razonada de opiniones crea un campo de iluminación e impulsa un proceso de búsqueda de la verdad, al final del cual no hay vencedores ni vencidos, sino personas respetuosas con la realidad. Ajustarse a las exigencias de lo real no supone nunca una derrota, sino una conquista: el *alumbramiento de la verdad*.

Si se tiene amor a la verdad, no sólo se respeta la libertad de expresión del adversario, sino que se está dispuesto a tomar en cuenta y sopesar las razones que ofrezca. Sin esta voluntad acogedora, el diálogo no avanza; se convierte en una guerra de desgaste mantenida desde posiciones inalterables.

En esta línea de investigación dialógica de la verdad, yo me complazco en asumir como propias algunas exigencias de ciertos proabortistas: luchar contra el hambre y el dispendio armamentístico, fomentar la calidad de vida en todos los órdenes, proclamar la ilicitud de toda represión de las auténticas libertades... Con la misma decisión y en virtud del mismo espíritu de atención a la realidad, debo tomar posición frente a la exigencia de despenalización del aborto y afirmar --con todo respeto para las personas- que los razonamientos que suelen hacer los proabortistas presentan demasiados fallos de tipo metodológico y filosófico para que puedan ser aceptados. Aunque fuera partidario del aborto, tendría que rechazar, como filósofo, las razones que se aducen para hacer plausible la despenalización del mismo. Esta afirmación, para que constituya un elemento de diálogo fructífero, debe ser debidamente fundamentada y articulada.

La fidelidad a lo real exige ir al «núcleo» de las cuestiones y estudiarlas de modo cabal, con afán de descubrir la verdad, no de vencer al adversario sin necesidad de convencerlo. La cuestión nuclear es sólo una, como hemos visto: si el aborto constituye o no un delito, por anular un proceso vital de carácter humano. La despenalización significa que el Gobierno interpreta que no lo es. Los proabortistas son los que deben tomar la iniciativa en demostrarlo con razones sólidas, no con ataques a quienes piensen de modo distinto. En tal demostración no deben jugar papel alguno los deseos, intereses y opiniones de las personas, por respetables que sean en sí mismas. Aquí se trata de un hecho -el aborto cuya significación y alcance deben ser precisados con todo rigor. Esta precisión es tarea, en primer lugar, de la ciencia biológica. En cuanto ésta descubre lo que es la realidad, debe apoyarse en ella el juicio ético. Afirmar, por tanto, que en lo tocante al aborto la ética debe mantenerse al margen de la ciencia, y la política al margen de la ética, es plantear la cuestión de espaldas a las exigencias de la realidad misma.

La obligación de aducir razones sólidas es tanto mayor cuanto más directamente afecta la medida tomada a las estructuras básicas de la vida humana. Todos reconocen hoy día que la cuestión del aborto compromete al hombre en lo más hondo de su ser personal porque lo obliga a tomar opción respecto a algo tan serio como es la transmisión de la vida humana. Si esto es así, nada debiera decirse que pudiera dar motivo fundado a sospechar que la cuestión del aborto no fue planteada para resolver ciertos problemas graves de la sociedad, sino para echar cortinas de humo sobre otros problemas no resueltos y lograr un tipo de compensación ante posibles seguidores defraudados.

La sociedad española tiene derecho a exigir que cuestiones tan significativas en sí mismas y tan grávidas de consecuencias como la del aborto sean tratadas por las autoridades y los configuradores de la opinión pública de forma auténticamente progresista, es decir, de raíz y sin provocar males mayores.

Si, a falta de razones convincentes, se convierte la simple fuerza de los votos en la suprema y única razón de gobierno, se ataca frontalmente la posibilidad de la democracia, pues la luz que brota en el diálogo es apagada violentamente y la sociedad pierde su fuente máxima de clarificación y orientación. Las consecuencias de esta pérdida son incalculables, porque la existencia de un campo común de búsqueda de la verdad marca la línea divisoria entre la democracia y la tiranía. La democracia tiene muchos enemigos. No el menor es la anulación de la posibilidad de un diálogo abierto y amistoso.

El pueblo español -cuya madurez espiritual tanto se ha ponderado- merece sin la menor duda que no se dedique a una

propaganda manipuladora el tiempo necesario para clarificar a fondo los problemas. La confianza en la solidez de la tesis que uno defiende da serenidad para afrontar un debate sereno y abierto. Animémonos a emprenderlo.

La democracia se asienta en la colaboración y el juego limpio

La búsqueda de soluciones a problemas hay que hacerla dentro de los límites del hombre. Buscar solución a los problemas planteados por el embarazo en la eliminación de la vida es una desmesura, o dicho en términos griegos, una «barbarie». Está fuera de nuestros límites, y hacerlo es una medida inspirada por la altanería (en griego, «hybris»).

Los hombres adivinaron de antiguo la gravedad de cuanto significa traspasar los límites puestos a su modo de ser. Piénsese en «El holandés errante». Ya en el lenguaje de las leyendas se plasma esta conciencia de los riesgos que implica tal desmesura. La humanidad, es cierto, ha progresado a golpes de audacia, traspasando fronteras que durante tiempo fueron consideradas como límites infranqueables. Ahora bien, la humanidad ha llegado a un consenso prácticamente unánime acerca de la condición inviolable de la vida humana, y esta convicción está conduciendo a la supresión gradual de la pena de muerte, incluso en los casos de delincuencia más graves. Ni siquiera al que atenta contra la vida de los demás se le quita la vida. Y la razón no es otra, en el fondo, sino ésta: *el hombre, incluso el representante de la sociedad, el que debe velar por su bien, no se siente autorizado a disponer de la vida de otro hombre, por mucho que éste haya mostrado no ser digno de vivir en sociedad. Se lo segrega de la vida social, pero a su vida no se la toca.*

Una humanidad que ha llegado a este consenso tiene que considerar como un límite infranqueable la vida ajena, aún la del no nacido. No puede esto compararse a surcar los mares -como en el caso de «*El holandés errante*»-, diseccionar cadáveres, vencer el ámbito de gravedad de la tierra. Estas formas de superar límites se hicieron arriesgadamente en aras del progreso de la humanidad. En virtud de este mismo progreso, la humanidad llegó a hacerse una conciencia clara del carácter sagrado de la vida, y se autoimpuso este límite a medida que creció en sabiduría. Sobrepasar este límite no es una medida progresiva, sino regresiva.

Al advertir que no se tienen en cuenta, ni se toman en consideración siquiera, algunas alternativas que resuelven el problema planteado por ciertos embarazos y no plantean problemas nuevos, uno se ve instado a sospechar que se toma la práctica del aborto como algo independiente del problema de las mujeres

gestantes. Se sirve a otros fines, y las razones que se alegan son pura estrategia.

En un espacio radiofónico de gran audiencia se dio cuenta del problema planteado por la solicitud de aborto realizada por una joven madre de familia en un centro de la seguridad social y se leyó una nota de un representante de la asociación ADEVIDA, que ofrecía una alternativa airosa a dicha señora. El locutor no tomó en cuenta este ofrecimiento, y por toda respuesta dio la palabra a un médico proabortista. Éste cantó las excelencias del aborto en virtud de la obligación que tienen los profesionales de la medicina de responder a la creciente demanda social de tal práctica. En su larga exposición no hizo la menor alusión a las vidas humanas que perecen a consecuencia de tales demandas. Dio por supuesto, increíblemente, que toda solicitud de este género ha de ser satisfecha de modo automático por quienes tienen como profesión la defensa de la vida.

Estamos ante un caso palmario de planteamiento unilateral de un problema complejo. En el caso del aborto hay varios valores que se disputan la primacía: por una parte, la libertad de maniobra de una mujer que no desea tener un hijo y quiere liberarse de él; por otra, el derecho de la vida naciente a desarrollarse de forma cabal. Atender sólo a uno de estos valores y otorgarle la primacía de modo implacable, afirmando ante millones de radioescuchas que actualmente todos los países civilizados han hecho ya su opción en este sentido y la humanidad no tiene otra salida más que ésta, es un ataque frontal a la realidad. Se puede influir con ello en la opinión pública y confundir a personas no demasiado versadas en estas sutiles cuestiones, pero a la realidad no se la engaña con sofismas y medias verdades, dichas con aplomo en la calma sugestiva de los espacios radiofónicos nocturnos. Cuando se ataca a la realidad, ésta se venga dejando a las sociedades en desamparo.

Una persona de alta significación social publicó un escrito muy matizado contra la ley abortista. Todo el que se manifiesta en público se expone a recibir severos correctivos críticos, pero tiene derecho a que se le preste la debida atención antes de ser censurado. En una emisión radiofónica se dio cuenta de la aparición de tal escrito, y a continuación se hizo constar que no se lo sometía a análisis porque -se dijo literalmente- «ya conocemos al personaje». Este procedimiento está tipificado en los estudios acerca de estrategia del lenguaje y manipulación del hombre como el «recurso estratégico de la mofa». Utilizarlo significa no hacer juego limpio. Si no se considera a un autor digno de ser sometido a estudio, lo adecuado es correr un tupido velo sobre sus escritos. El que considere que tal escrito es «noticia», debe prestarle la debida atención, y a las razones que aduce enfrentarle otras, y dejar que sea la confrontación puramente

intelectual la que decida acerca de la oportunidad del escrito, su calidad y su ajuste a lo real.

Este tipo de discusiones que no degeneran en disputas ni se reducen a simples descalificaciones sumarias enriquecen nuestra vida social y constituyen uno de los ejes de la vida democrática. En ésta nadie debe considerarse dotado de un carisma salvador, de una sabiduría absoluta, excluyente y prepotente. Todos necesitamos la luz que puedan aportar los demás en su deseo de contribuir a la clarificación de los grandes temas que plantea la vida diaria. Dejar fuera de juego a una persona o a un grupo por el simple hecho de que defienden posiciones distintas a las nuestras, sin someterlas a un mínimo examen riguroso, es una característica propia de los tiranos, de los que hablan para imponer su opinión particular, no para buscar en común la verdad. Esta actitud -actualmente tan extendida que parece constituir algo inevitable, algo casi connatural a la confrontación partidista- anula de raíz la esencia de la vida democrática. Ésta se configura de modo auténtico cuando se busca la verdad conjuntamente y se fundan campos de juego comunes.

La oclusión en las propias posiciones reduce los sistemas de pensamiento a meras ideologías, que son sistemas de pensamiento esclerosados, rígidos, incapaces de modularse y desarrollarse. Cuando los hombres bien dotados observan que en la confrontación política las posiciones están ya tomadas, y las fronteras no admiten corrimiento alguno, temen con razón que para buen número de los protagonistas de la vida pública lo decisivo no es tanto cultivar la inteligencia cuanto las artes de persuadir a cualquier precio para conquistar al pueblo y adquirir poder. Cuando esto sucede, la política vive para sí misma, de espaldas al pueblo a quien dice servir.

Si estimamos el régimen democrático de convivencia, ello responde sin duda -y así se dice constantemente en los medios de comunicación- al hecho de que es un régimen de libertades. Pues bien, la libertad sólo se conserva si todos hacen juego limpio, singularmente los que ostentan un mayor poder. Entre éstos se hallan los que un día y otro tienen el privilegio -compartido por muy pocos- de hablar a millones de personas a través de los medios de comunicación. Hacer juego limpio significa utilizar el lenguaje para unirse en la búsqueda de la verdad, no para imponer astutamente las propias convicciones y dominar a las gentes de forma manipuladora. El manipulador desvirtúa el lenguaje y el pensamiento. Tiene mal estilo.

Este estilo quedó penosamente de manifiesto en el empeño de cierta televisión estatal por ofrecer como opinión generalizada la idea minoritaria de que es necesario ampliar la ley abortista. Una vez más se siguió aquí la vieja táctica de dar por supuesto (el manipulador

nunca demuestra nada; da por hecho lo que favorece sus planes) que la ley en vigor resulta insuficiente y ha de ser suplida por otra más generosa. Se plantea el asunto como una cuestión de liberalidad y progresismo: dos vocablos bien tipificados en los manuales de manipulación de las gentes a través del lenguaje.

Este empeño nos lleva a recordar una máxima fundamental en la teoría de la comunicación: lo propio del periodista, su tarea básica y su timbre de gloria es informar. También el crear opinión entra en su cometido, pero en un segundo momento. Modelar la opinión pública sin informar previamente es una manipulación que corroe en su raíz la vida democrática.

La información televisiva ha de contar con la imagen. Sobre el aborto existen hoy vídeos muy autorizados que dan información cabal acerca de lo que significa de verdad la llamada estratégicamente «interrupción voluntaria del embarazo». El máximo promotor del aborto en Estados Unidos -el Dr. Bernhard Nathanson- confesó que su aversión a esta práctica comenzó al ver, por primera vez, en una película científica la reacción del feto ante el ataque que se le infiere desde el exterior. Aquí sí es verdad que una imagen vale más que cien palabras, aunque éstas tengan todo el poder que les confiere el arte de la manipulación.

Anímense los defensores de la libertad y los profesionales de la información a aportar luz y taquígrafos al debate sobre el aborto. Faciliten al pueblo las aportaciones visuales de los científicos; no entrevistas amañadas con quienes sólo ven los presuntos «derechos» de una de las partes implicadas.

III. EL CULTIVO DE LO ZAFIO

El recurso a lo provocativo y la falta de talento

Es bastante frecuente en nuestros días el recurso a elementos llamativos, provocativos o abiertamente escandalosos para suplir la falta de talento, del talento mínimo que cabe exigir a quien presenta un espacio televisivo de gran audiencia, exhibe una película en los cines comerciales, da a la publicidad una novela o sostiene una columna en un diario de amplia tirada. Para no sentirse demasiado envilecidos por este recurso vergonzante, suelen los responsables pasar a la ofensiva y afirmar con desparpajo que estas manifestaciones desgarradas son signo de progreso y modernidad, están ampliamente asumidas por el público sensato, y sólo causan turbación a la masa de pacatos retrógrados que no están a la altura de los tiempos y pretenden frenar la evolución del arte y el

pensamiento mediante un ataque antidemocrático a la libertad de expresión.

Frente a esta actitud, quisiera hacer unas observaciones tan breves como nucleares.

1. La libertad de expresión no es una facultad que todo ciudadano posea por el mero hecho de vivir en un régimen democrático. Como todo lo grande que hay en la vida humana, esa libertad debe el hombre merecerla, conquistarla mediante la puesta en forma de la capacidad de hacer las cosas con la calidad debida, con sentido de la responsabilidad, con voluntad de servicio al bien común. Somos nosotros, cada uno de nosotros, quienes debemos tener madurez suficiente para limitar nuestras libertades cuando venga exigido por realidades que tienen un valor más alto que el mero hecho de poderse expresar sin trabas en cada instante. El que se toma libertades injustificadas no puede considerarse en rigor como un hombre libre, si sabe distinguir entre libertad de maniobra -de hacer en todo momento lo que desea- y libertad para la creatividad -para realizar algo valioso-. La libertad es una tarea, un quehacer tan fecundo como exigente. No es una patente de corso.

2. El único progreso auténtico es el que viene dado por el logro de una mayor perfección en aquello que se lleva a cabo. Tirso de Molina -un religioso dotado de gran poder dramático- abordó un tema delicado, casi escabroso, de un modo radical, y creó un tipo literario -el Don Juan- de tal fuerza expresiva que se convirtió en cabeza de serie de una gama de brillantes interpretaciones de esa figura de hombre que se mueve en lo que Kierkegaard consideró como el «primer estadio en el camino de la vida». Una de tales recreaciones, la de José Zorrilla, fue representada durante años en un día tan seriamente impregnado de valores trascendentes como el de difuntos sin causar la menor conmoción en los creyentes. El talento redime a las actitudes humanas de lo que puedan tener de mezquino y rufianesco y les confiere un cierto halo de grandeza, al poner de manifiesto que se trata en definitiva de posibilidades básicas de ese ser enigmático y complejo que es el hombre. En esta línea de aciertos, cabe recordar la versión cinematográfica que el gran Losey hizo no hace mucho del Don Giovanni mozartiano. El tema ofrecía ocasión propicia para salpicar la obra de escenas fuertemente eróticas, pero el selecto gusto del libretista, el genio del compositor y el buen hacer del cineasta no necesitaron tan vulgar apoyatura para conseguir una obra valiosa e incluso atractiva. Nos ofrecieron una película bellísima, honda de contenido, sugestiva, limpia y veraz. Era el triunfo del talento, de la capacidad de conseguir grandes frutos yendo a lo esencial y tratando a fondo los temas y las situaciones.

Los autores antedichos abordaron temas delicados, muy comprometidos, y supieron hacerlo con altura. Sus obras constituyen un verdadero progreso.

3. Los temas religiosos afectan al sentido último de la vida humana. Presentan, por ello, una peculiar hondura que toda persona mínimamente formada debe aceptar, sea o no creyente, así como, en otro nivel, la creación de una nueva vida humana es un acontecimiento sobrecogedor en múltiples aspectos para toda persona, sea cualquiera su estado y condición. No hacer justicia a la hondura de estos temas es impropio de una persona culta. Querer suplir esta injusticia con la introducción de pormenores chocantes, que a no dudar producirán escándalo e indignación en buen número de espectadores, es un recurso facilón que merece un juicio muy duro. Todos los ciudadanos serios, no sólo los creyentes, deben rechazar este banal procedimiento, porque no se trata sólo de un atropello al respeto que merecen las creencias de nuestros semejantes, sino de un regreso cultural que envilece a la sociedad. Cuando se comete una grave injusticia contra alguien, no es a éste a quien más se daña; se perjudica sobre todo al mismo que comete tal desmán y a la sociedad que lo tolera y ampara.

En fecha reciente, una obra teatral ha estado «adornada» con expresiones blasfemas. Más que quejarse de ello como creyentes, convendría haber analizado como simples ciudadanos lo que significa culturalmente una blasfemia. La psicología profunda muestra que el uso de ciertos vocablos relacionados con el acto de la defecación supone que se ha quedado uno un tanto bloqueado en un estadio primitivo del desarrollo de la personalidad. Este estadio o fase tiene un nombre, y por cierto bien expresivo. Si alguien se atreve a unir despectivamente tales términos con el Ser Supremo, muestra una gran dosis de arrojo, pero un grado mínimo de cultura. Ante tales hechos, lo que procede no es tanto reclamar de las autoridades que prohíban la exhibición de las obras en gracia a los creyentes que se sienten heridos, sino sugerir a los autores que muestren menos celo en desprestigiarse y hagan menos esfuerzos por rebajar el nivel cultural del país. Que un arriero enfurecido desahogue su ira con expresiones tonantes, que, sin saber bien por qué, adivina que van cargadas de una fuerza expresiva especial, es hasta cierto punto comprensible, aunque no sea justificable. Pero que, en un acontecimiento cultural, auto considerado como de élite, se recurra al exabrupto de la blasfemia nos provoca, antes que irritación como creyentes, una honda pena como ciudadanos. Es la pena que a las personas normales produce lo insalvablemente ridículo, lo que, pretendiendo ser altanero, resulta minúsculo y malogrado.

El cultivo de lo burdo es un recurso manipulador que envilece a la sociedad

Cuando acontece algo muy bajo, extremadamente ruin, y no pasa nada, no se conmueve ningún fundamento, no se provoca ningún movimiento digno de mención, ello indica que el tono vital de la sociedad ha sufrido un colapso.

No todas las sociedades toleran ciertos sucesos, ni una misma sociedad los soporta en todos los momentos de su historia. De ahí que una de las estrategias de quienes desean modelar la sociedad a su antojo sea ir preparando a los pueblos astutamente para que acepten, aunque no lo asimilen, todo aquello que sirva a los intereses de los demagogos ansiosos de poder. Se hace campaña contra los «tabúes» sin saber a punto cierto qué significa esta extraña palabra; se anatematizan las actitudes poco «abiertas» sin pararse a matizar este término, cargado desde antiguo de lastre demagógico; se tacha de intransigente a quien se muestre fiel a sus bien afirmadas convicciones morales; se da por consabido que en todo país civilizado se han dejado ya de lado, como un traje inservible, las costumbres inspiradas en una concepción trascendente de la vida; se evita cuidadosamente cuanto signifique poner en relación el desarrollo cabal del hombre con el sometimiento a un cauce normativo. Mediante el poder sugestivo de los medios de comunicación, utilizados con habilidad, se va creando un clima de duda, de vacilación, de indiferencia respecto a los valores que constituían en otros tiempos la meta y el impulso del obrar de personas y grupos sociales.

Una vez instaurado este campo de desconcierto, en el cual lo único que parece merecer veneración es el respeto a la libertad -entendida superficialmente como la falta absoluta de toda traba, de todo cauce normativo y toda finalidad trascendente-, ya es posible dar un paso adelante y presentar a la sociedad, como algo natural, la forma de «nueva ética» que se intentaba imponer. Para ello se movilizan diversos recursos. Uno de los más espectaculares consiste en ofrecer, a través del medio de comunicación más poderoso, espectáculos que responden a una mentalidad «liberada», «abierta», «progresista», «europea»... Estos programas son ofrecidos sin la menor vacilación, de modo contundente, porque la firmeza del porte suele ser vista por los poco avezados a cuestiones de manipulación como señal de autenticidad.

Cuando una sociedad tolera que la lleven a un estado de zafiedad, al cultivo por sistema de lo burdo, lo meramente instintivo y pulsional, al tiempo que se le oculta la falta absoluta de originalidad, de poder creador, de inventiva, de gracia expositiva, en suma: de

talento, esa sociedad está bordeando una sima muy peligrosa, la sima del envilecimiento colectivo. Y lo grave es que, a medida que se progresa en ordinariez, se pierde el sentido de lo escogido y valioso, y se hace casi imposible un camino de retorno.

Desde hace algún tiempo se está cultivando por sistema lo banal y ordinario en la literatura y espectáculos. Ha habido incluso personas de renombre que tomaron como cosa de profesión dicho cultivo. Muchas personas sonreían diciendo: «Son cosas de fulano». Pero la ola de ordinariez se extendió como una marea, y ha llegado sin duda la hora de advertir que entregarse a la zafiedad encierra graves riesgos porque significa un alejamiento de los niveles de creatividad que son siempre niveles de gran exigencia. Muy a menudo se tiene la impresión de que se recurre a lo grueso, por lo que tiene de llamativo todavía en nuestra sociedad, como recurso desesperado ante la falta de talento verdadero. Bastaría analizar una obra premiada recientemente, que embosca bajo el manto raído de un rimero inacabable de obscenidades la falta total de capacidad de inventiva, de agudeza psicológica, de poder estructurador de situaciones y configurador de tramas novelescas.

Y no se nos diga que hay que luchar contra la «exquisitez burguesa» y contra el culto romántico de lo «bonito», porque sabemos distinguir con bastante aproximación entre lo meramente bonito y lo rigurosamente bello, entre lo plebeyamente cursi y lo exigentemente noble.

Recurrir a la zafiedad por principio es, desde el punto de vista artístico, signo de inmadurez y falta de calidad; desde el punto de vista social, una estratagema para amenguar la creatividad del pueblo y someterlo fácilmente; desde el punto de vista antropológico, un regreso a estadios primitivos del desarrollo de la personalidad; desde el punto de vista profesional, un signo de una falta humillante de recursos, una escapatoria, un truco facilón para fingir originalidad cuando se carece de toda originalidad, que es, como decía el gran arquitecto Antonio Gaudí, la auténtica cualidad de los creadores.

Por cualquier lado que se lo mire, el cultivo de la zafiedad constituye un bochorno, y, cuando este bochorno nos viene impuesto desde una televisión estatal, significa someter al pueblo a una vergüenza colectiva. Nadie negará que los responsables de la dirección de un medio de comunicación sostenido por los contribuyentes carecen de todo derecho para cometer tamaña injusticia.

La zafiedad amengua el poder creativo

La zafiedad no produce alegría auténtica sino pena; no es signo de que «la vida ha triunfado» (como decía espléndidamente Bergson), sino de que se ha quedado bloqueada en estadios primitivos del desarrollo humano.

Si alguien pretende hacer pasar lo burdo por «moderno» y «progresista», es digno de lástima porque ignora demasiadas cosas. El cultivo de lo procaz y zafio se ha dado en todas las épocas porque siempre han existido gentes incapaces de distinguir lo que es reservado y lo que es comunicable, lo que resulta chocarrero cuando se lo saca del recinto acotado al que pertenece y lo que produce gracia cuando se lo expresa.

Hoy tiende a glorificarse cuanto parece implicar ruptura de moldes y superación de tabúes. Se piensa que tal desgarró supone una dosis muy elevada de libertad, palabra «talismán» que prestigia a cuanto se empareja con ella. Esta convicción no resiste un mínimo análisis crítico. Exaltar lo que responde a necesidades o impulsos elementales del hombre no significa libertad interior ni superación alguna de servidumbres espirituales. Es, simplemente, signo de haberse estancado en una fase primitiva del desarrollo de la propia personalidad.

Situar un espectáculo en un nivel de pura grosería -que es muy distinta de la sal y pimienta de un bodevil de calidad-se halla bajos mínimos en el aspecto cultural. Si entendemos con rigor el término «cultural», hemos de convenir sin duda en que la actividad cultural tiene por meta primaria fundar modos valiosos de unidad con el entorno. La manera zafia de comportarse no instaura unidad auténtica porque sólo destaca aspectos de la vida que, como suele decir muy bien Luis Cencillo, no son «colonizables», y, tomados aisladamente, no pueden entrar en el campo del arte. La conducta zafia resulta chocante no porque haya en ella algo destacable sino porque desgaja del conjunto de la vida humana -que debe ser integradora- ciertos aspectos elementales que no tienen sentido a solas. Por eso da impresión de primitivismo y pobreza.

Este depauperamiento procede de la voluntad de reducir el valor de la vida humana, de subrayar sólo algunos de sus aspectos menos nobles y significativos. Esa tendencia reductora se cruza en perpendicular con la espontaneidad propia del auténtico artista. Se halla, por tanto, años luz alejada de un progresismo que merezca tal nombre. Ya Aristóteles, hace veinticuatro siglos, advirtió en su *Ética a Nicómaco* que la felicidad -y con ella, la verdadera alegría-no puede proceder de los estratos inferiores del hombre tomados aparte.

Alegría, belleza, gracia y elevación espiritual las hay a raudales en los conciertos de Año Nuevo de la televisión austriaca. Un año y otro se repiten las mismas melodías y parecidas danzas. Pero no es una repetición mecánica sino creativa, ya que en ellas late un gran talento artístico y la voluntad de vivir con plenitud, y éstas son las condiciones que elevan a los hombres de todas las generaciones a las cotas más altas.

Compárese este espectáculo regocijante con ciertas comedias de humor basto y rijoso, que intentan provocar la carcajada fácil con palabras gruesas y situaciones grotescas. Más que risa, estos subproductos culturales dan pena. No cumplen ni una sola de las condiciones que la estética señala para que se dé la gracia y la comicidad.

Conviene mucho poner al descubierto los motivos que llevan actualmente a cultivar profusamente la zafiedad. Entre ellos no figura el ansia de elevar la calidad de vida del pueblo, su capacidad creativa, su dignidad personal.

Una forma extrema de zafiedad es la pornografía

Hoy se cultiva ampliamente lo chabacano, lo tosco y grosero, lo pornográfico incluso. Para justificarlo en alguna medida, se afirma que ello responde a un afán noble de provocar, en el sentido positivo de rechazar el aburguesamiento y el «buen sentido» de quienes lo fomentan.

Esta táctica de responder a un reproche con un ataque resultó siempre impertinente, pero en la actualidad ya produce, por reiterada y banal, un insufrible tedio. Tomar al hombre «burgués» como un «maniqueo» propicio a la pulla fácil es un recurso tan manido que puede servir de ejemplo claro de pobreza imaginativa.

Los detractores de este género de subproductos culturales suelen destacar su falta de respeto a la sensibilidad de buen número de personas que todavía no tienen el gusto demasiado estragado. Ciertamente, se pueden aducir muchas razones por las cuales nadie debería permitirse en público tales exabruptos. Me resisto, sin embargo, a creer que sea muy eficaz el subrayarlas porque el recurso actual a lo zafio no responde a convicción alguna que deba ser discutida sino a un dato fundamental: la falta de verdadero talento.

Los autores de calidad tratan en sus obras los grandes temas humanos de modo abierto, a veces descarnado, pero lo hacen con talento. En sus manos, lo espontáneo no degenera en grosero, pues saben transfigurar lo vulgar e integrarlo en un mundo de sentido. Shakespeare pone sal, toneladas de sal en sus diálogos, pero no se precipita hacia la pura chocarrería. Oigan en inglés las conversaciones

de sus gentes de pueblo -los sepultureros, por ejemplo- y advertirán que es una sinfonía desbordante de gracia, de expresividad, de musicalidad, de arte en una palabra. Su decir tiene «ángel», y, por tanto, gracia.

En cambio, los actuales cultivadores de lo basto nos ofrecen productos elementales, primitivos en todos los aspectos, carentes de la menor inspiración. Nada extraño que éstos nos caigan encima como una losa, porque nada hay en ellos que los libere del peso de la ordinarietà. Una obra bien estructurada, aunque sea de gran envergadura, no pesa sobre el que la contempla porque la estructura es fuente de solidez, de dinamismo y levedad. Las obras mal construidas, faltas de impulso interior, se deshilachan y deshilvanan. Aisladas de un conjunto que les dé coherencia, sus diversas partes pierden todo sentido dramático y se vuelven opacas. Esta opacidad las torna pesadas y tediosas. Las obras de poco calado pero extravagantes en algún aspecto suelen llamar, en principio, la atención por ser chocantes. Ahora que empieza a abundar esta mercancía, tal efecto sorpresivo se pierde, y no queda sino el vacío, el desinterés y el tedio.

Durante largos años se proclamó que, a causa de la censura, multitud de obras valiosas yacían en el olvido. Cuando la libertad se hizo absoluta, empezó a declinar la calidad de las obras culturales. Actualmente, se echa muy de menos cierta censura, no la que se impone desde fuera sino la que cada uno ejerce sobre sí mismo en virtud del propio buen sentido. Esta conciencia de los límites lleva a seleccionar motivos y expresiones, a elegir los más adecuados en todos los aspectos. Y el que elige es elegante, como supieron ver los romanos. La opción a favor de lo esencial es propia de todo arte auténtico. Por eso la elipsis es un recurso indispensable en las obras que quieren alcanzar un nivel artístico. El artista que sabe sugerir la quintaesencia de un suceso con trazos escuetos aviva la imaginación y promueve la capacidad creadora de las gentes.

La falta de autocensura o contención expresiva arrastra a las actitudes facilonas, a la búsqueda de un éxito fácil y huero. Las carcajadas que provocan ciertos caricatos -mal llamados «humoristas»- con sus chistes y gracias barriobajeras en el público que arroja sus espectáculos aparecen vacías a quien tiene una idea, siquiera somera, de lo que es e implica la verdadera comicidad.

Por una serie de motivos interconexos, la creatividad vive hoy horas bajas. Este declive provoca la invasión de lo rastrero y mezquino. Sucede en todos los géneros. En una obra de teatro, por ejemplo, juega un papel esencial el ritmo, la marcha implacable hacia ciertos momentos especialmente densos en los cuales se concentra la emoción y produce el sobrecogimiento estético. Sin estos instantes

privilegiados en que toda la trama se anuda y concentra, la obra pierde empuje y trabazón, y corre el peor de los riesgos posibles: provocar el tedio en el espectador. Actualmente, se observa a menudo que, para evitar el desmoronamiento de las obras carentes de vis dramática o cómica, se echa mano de un recurso tan efectista como bastardo: introducir una exhibición erótica o un elemento provocativo cualquiera que, por razones éticas, patrióticas o religiosas, logre excitar los ánimos. Se confunde de propósito la mera excitación con el entusiasmo para imprimir cierto dinamismo a una obra en trance de hundimiento. Suele conseguirse en cierta medida esta meta, pero es a costa de alejarse del campo estético.

Este tipo de recursos espurios consiguen a veces un efecto secundario que premia injustamente la baja calidad del producto exhibido. Personas o grupos bien intencionados pero poco impuestos en cuestiones de estrategia hacen oír su protesta y provocan polémicas que constituyen una forma de propaganda gratuita sumamente eficaz para la obra denostada. De este modo se convirtieron en éxitos de taquilla ciertos espectáculos deleznable desde una perspectiva estrictamente estética.

Cuando la falta de talento es manifiesta y clamorosa, no debemos protestar por los dislates que cometan en materia de moral o religión. Hemos de pedir sencillamente que se nos ahorre tanta vergüenza, la vergüenza elemental que produce la incapacidad del que se mete en lo que no sabe.

No conocer el propio oficio, carecer de verdadero talento para el ejercicio de la propia profesión -por ejemplo, el teatro- es penoso. Pero hay un tipo de ignorancia mucho más grave: la referente a lo que es e implica la vida personal del hombre. Lamentablemente, esta carencia se halla actualmente muy extendida. Lo delata la forma banal en que suele hablarse del erotismo y la pornografía, el pudor y el sentido del exhibicionismo.

Pudor, erotismo y pornografía

Se da hoy por supuesto que el erotismo -entendido como exhibición corpórea- debe ser permitido porque se lo contrapone estratégicamente al tabú, no al pudor, con los posibles valores positivos que éste puede encerrar para la personalidad humana. Esta simple contraposición, si se la admite, significa una batalla ganada a favor de la exhibición erótica. El término «tabú» apenas indica nada preciso: se limita a sugerir veladamente un ámbito de realidades o acciones prohibidas, intocables. Su misma oscuridad le confiere poder estratégico, porque el término «prohibición» se contrapone a «permiso», «apertura», «libertad», vocablos que por diversas

razones están cargados de prestigio en la sociedad actual. Esta contraposición deja al término «tabú» -y al término «pudor», con él de algún modo relacionado- en una situación desairada.

El pudor tiene un valor funcional, relativo al sentido que el hombre confiere a su vida en cada momento a través del juego de las interrelaciones humanas. No se trata sólo ni en primer lugar de ocultar el cuerpo, sino de dar un sentido justo al dinamismo integral de la persona. El pudor oculta lo que en ciertas culturas se consideran partes «íntimas» del cuerpo por estar en relación con actos que no tienen sentido en la esfera pública, sino sólo en la esfera privada de la relación dual a la que está confiada la creatividad.

Pudor no indica gazmoñería, apego irracional a costumbres pacatas. Indica positivamente respeto a una vertiente muy significativa del hombre que pierde su más profundo sentido si se la expone a una mirada externa, objetivante. Hay en la vida del hombre relaciones y actos eminentemente creadores cuyo significado riguroso sólo puede ser comprendido en verdad desde dentro y, en consecuencia, por quienes los realizan. Ofrecerlos a la mirada de los que no pueden comprenderlos en lo que son íntimamente supone un desfloramiento, un envilecimiento. El pudor es un sentimiento y actitud propios del hombre capaz de advertir la importancia de la vida sexual. La gazmoñería es una actitud propia de personas que no tienen serenidad ante la vibración que produce la vecindad con las fuentes de la vida.

El pudor responde a la convicción de que las relaciones sexuales y los aspectos del cuerpo relacionados con las mismas tienen un valor que desborda con mucho el plano de la mera anatomía. El pudor no intenta ignorar lo sexual o dejarlo de lado o reprimirlo; quiere valorarlo cabalmente y darle su ordenación debida. El pudor no toma como meta ocultar un tanto por ciento de la superficie corpórea, sino salvaguardar al hombre del uso indiscriminado, irrespetuoso, manipulador, de las fuentes de la vida.

Practicar el exhibicionismo bajo la bandera de la «liberación» es un sarcasmo, porque en realidad significa someterse a un proceso de banalización de la vida humana que no puede llevar -a la corta o a la larga- sino a la esclavitud. Lo sexual ocupa un lugar destacado dentro del conjunto estructural que es el amor humano. Dentro de esta estructura adquiere un sentido personal. Desgajado de la misma, pierde sentido y se prostituye. Toda exhibición sugiere un acto de entrega. Como la entrega no se puede realizar de modo colectivo, la exhibición pública constituye un mero juego en nivel de estímulos, muy lejos de toda auténtica relación personal creadora. En la misma medida implica una degradación. Por ello, contemplar en una sala de

espectáculos una escena de alcoba fácilmente adquiere el mismo carácter envilecedor que el espiar por el ojo de una cerradura.

A una consideración seria del dinamismo de la personalidad humana no se le oculta que el simple erotismo -es decir, el juego superficial con el amor- es tan peligroso -si no más- como la pornografía violenta y desgarrada, porque lo decisivo es, en ambos, escindir la sexualidad humana del conjunto estructural en que debe darse, y tal escisión se produce en el erotismo de modo más sutil, menos fácilmente delatable, que en la pornografía.

La exhibición erótica es insensata

La exhibición de tipo sexual ha de ser controlada si se admite, por una parte, que los gobernantes deben tutelar el bien social y, por otra, que ciertos comportamientos constituyen un ataque a dicho bien. A mi entender, es un bien de la sociedad el mantener un cierto nivel de dignidad. Este nivel se consigue cuando se actúa con sentido. Realizar en público actos que sólo tienen sentido en la intimidad carece de justificación porque carece de sentido, resulta literalmente insensato.

Clarifiquemos algo más este punto. Todo acto realizado por seres humanos normales tiene de ordinario un significado para quienes lo realizan. Puede resultar, por ejemplo, para ellos gratificante, conmovedor, atractivo por una u otra razón. Cabe la posibilidad de que en casos, aun teniendo alguna *significación*, carezca de auténtico *sentido*, pues el sentido pende del contexto de la vida de quienes lo llevan a cabo. Si un acto resulta gratificante, tiene *significación*, significa mucho para uno, pero, si rompe la fidelidad debida a otra persona con la que uno está comprometido, carece de sentido. Un acto que compromete la sexualidad no tiene ni *significación* ni *sentido* para quienes son ajenos al mismo y lo contemplan desde fuera. Exponerlo a la mirada de los extraños, como un mero espectáculo, supone un envilecimiento del mismo totalmente injustificado. Es absurdo.

Esta insensatez explica el sonrojo que siente la persona que es sorprendida espiando por el ojo de la cerradura a quienes se hallan realizando un acto «íntimo» en una habitación. El ojo de la cerradura es sustituido por la cámara cinematográfica o televisiva en el caso de las películas pornográficas. Miles de personas miran, a la vez, por el mismo agujero. La condición bochornosa de dicho acto no queda eliminada por el hecho de que las personas espiadas hayan dado su consentimiento, pues en tal caso al envilecimiento se une la prostitución, es decir: la decisión de considerar un acto humano como medio para un fin ajeno, la consecución de un beneficio económico.

Con total independencia de toda moral religiosa, ha de juzgarse la exhibición sexual como un acto que sólo puede responder a un afán de convertir a las personas y sus relaciones íntimas en pasto de la curiosidad y la avidez erótica. Tal conversión significa un rebajamiento de nivel, una manipulación violenta. El exhibicionismo no encierra ternura; siembra violencia porque es reduccionista. El Estado debe procurar que se mantenga el recto orden de las cosas y evitar, así, que se pongan las bases de la conducta violenta, que tiene siempre su origen en modos de actuar faltos de sentido, insensatos.

Crear en la sociedad un ambiente espiritual de insensatez y darle carta de naturaleza es nefasto para la formación de niños y jóvenes. Debe evitarse, por tanto, la exhibición erótica ante todo porque se trata de actos «insensatos», actos que no tiene sentido realizar en público y no favorecen la formación de un clima propicio al desarrollo de la creatividad. El hecho de que tales actos estén en oposición a una determinada moral profesada por cierto número de ciudadanos que merecen respeto ha de tenerse en cuenta también, pero no es la causa primera y única de la necesidad de velar porque se mantenga una actitud pudorosa.

Hoy se considera a menudo el «pudor» como un resto de épocas arcaicas, definitivamente pasadas. Ello responde a un desconocimiento absoluto del sentido de tal actitud. El gran filósofo Max Scheler vería tal ignorancia como signo inequívoco de decadencia espiritual. El pleno sentido del pudor sólo se descubre cuando se tiene en cuenta 1) la relación estrecha de cuerpo y alma, 2) la condición expresiva del cuerpo, 3) el papel que juega cada parte del cuerpo en la vida humana. En el nivel biológico, todas las partes del cuerpo tienen igual valor. Son muy dignas, en cuanto desempeñan el papel que tienen asignado. No hay razón alguna para avergonzarse de ellas y ocultarlas. En el plano *lúdico*, es decir, en el juego que cada una realiza en el conjunto de la vida humana, tales partes adquieren un sentido peculiar. Las que intervienen en actos íntimos adquieren un sentido de «intimidad». Sólo tienen sentido pleno en la intimidad, en el espacio de libre juego que se funda entre dos personas que han establecido una relación íntima entre ellas. En tal espacio, el darse no significa perderse, sino ganar en madurez, pues el hombre se desarrolla en el encuentro personal. Si uno realiza acciones propias de la intimidad (entendida, al modo dicho, como un espacio de libre intercambio comprometido) ante personas extrañas a tal ámbito, envilece su actividad, la despoja de sentido, la torna insensata, absurda. y realizar actos absurdos no es digno de un ser racional.

De forma semejante, ofrecer las partes del cuerpo relacionadas con dicha actividad íntima a personas ajenas a la vida de uno

equivale a dejarse *poseer*, porque la vista es un *sentido de la posesión*, como el tacto. Ver es, en cierta medida, tocar a distancia, hacer un acto de posesión. Ser pudoroso significa defender la propia intimidad, no dejarse poseer por extraños, conservar la dignidad, la independencia propia de todo ser personal. Definirla como mera ñoñería no denota una actitud progresista; delata una mentalidad penosamente elemental, poco desarrollada.

El exhibicionismo erótico supone un regreso cultural

Es lástima que en un reciente espacio radiofónico consagrado al tema de la exhibición televisiva de películas eróticas lindantes con la pornografía no se haya ofrecido a los espectadores una clave para enjuiciar a fondo el asunto. Da la impresión de que los moderadores seleccionan determinados temas por su carácter llamativo y su posible tirón popular, pero, a la hora de desarrollarlos, no los plantean con el rigor necesario y los banalizan. Esta circunstancia, repetida una y otra vez, resulta demasiado grave para no ser objeto de fuerte censura, pues, cuando afecta a cuestiones básicas de la existencia, la superficialidad puede causar estragos irreparables en la vida social.

En primer lugar, el tema del desnudo no puede tratarse en bloque: ha de ser abordado en diversas vertientes, sobre todo en la estética y en la ética. El posible valor estético de una figura desnuda que juega un papel en un argumento dramático pende de diferentes factores. Uno de ellos es el poder expresivo que tiene la entrega de la intimidad personal. Pero esta ofrenda puede muy bien sugerirse mediante el recurso de la «elipsis», que suele albergar un valor estético muy superior al de la exhibición pormenorizada de actos íntimos.

En el plano ético es elemental distinguir dos niveles: el meramente biológico y el lúdico. Obviamente, en el aspecto biológico todas las partes del cuerpo poseen un valor éticamente neutro. Lo decisivo es sin duda el aspecto lúdico del desnudo. Quitarse la ropa para darse un baño en la intimidad o bien para exhibirse en público - o, lo que es análogo, ante las cámaras- son acciones físicamente idénticas pero lúdicamente distintas. El juego que aquí se realiza es muy diverso, y lo mismo el valor ético de las acciones llevadas a cabo. No se olvide que, conforme enseña la Estética de la creatividad, el juego es fuente de sentido.

Si no seguimos la costumbre trivial de depreciar el sentimiento de pudor con el pretexto de que se reduce a un mero «tabú», advertiremos fácilmente que el pudor presenta un valor funcional relativo al sentido que el hombre confiere en cada momento a su vida

a través del juego de las interrelaciones humanas. No se trata sólo ni en primer lugar de ocultar el cuerpo, sino de conferir un sentido justo al dinamismo integral de la persona.

La antropología filosófica actual destaca con razón que el cuerpo humano no es un objeto; es una vertiente de la persona humana y, como tal, expresa las actitudes profundas de ésta. En el juego de la vida, el cuerpo adquiere una capacidad expresiva y un valor que no tiene en su vertiente biológica. Cuando dos personas fundan un campo de juego común, se tornan «íntimas». Esta intimidad cobra cuerpo expresivo en la entrega -por así decir- de las partes del cuerpo que se consideran «íntimas» por estar en relación con actos que no tienen sentido en la esfera pública sino en la relación dual a la que está confiada la creatividad: la creatividad biológica y la espiritual. Bien sabemos que la amistad no se cultiva en masa, sino en la relación privada de persona a persona. Se dan en la vida del hombre actos eminentemente creativos cuyo alcance y sentido riguroso sólo pueden ser comprendidos en verdad desde dentro, y, en consecuencia, por quienes los realizan. Ofrecerlos a la mirada de quienes no pueden comprenderlos en lo que significan íntimamente supone una «alienación», un envilecimiento de los mismos.

Desnudarse ante una persona significa, en nuestra cultura, compartir la intimidad, fundar una relación de intercambio personal. Esta interrelación es fuente de sentido. Si tal gesto se realiza ante personas ajenas al juego de nuestra vida, no se alumbra sentido. Estamos ante una acción sin sentido, absurda. Una acción «íntima» puede en algunos casos, cuando es vista a la luz de ciertos códigos morales, no poseer sentido cabal. Pero encierra siempre una significación para quienes la realizan. Contemplada desde fuera, tal acción carece de significación y de sentido; queda reducido a mero incentivo erótico, es decir, a «medio para un fin», lo cual implica una degradación, ya que todo lo personal debe constituir «un fin en sí». Destinar a un fin extraño un acto humano que compromete una esfera íntima de la persona se expresa literalmente en castellano con el término «prostitución».

Recordemos que el erotismo implica desgajar la sexualidad de los otros tres ingredientes del amor humano conyugal: la amistad, la proyección comunitaria, la relevancia o fecundidad. Al tomar aparte el primer ingrediente del amor para obtener unas gratificaciones egoístas, se destruye la estructura del amor conyugal violentamente. Tal destrucción carece de sentido, porque empobrece al máximo el alcance de la relación amorosa íntima. Un efecto concomitante de tales relaciones se lo toma egoístamente como una meta y se bloquea el dinamismo propio de la tensión amorosa.

Actualmente, hay personas que consideran como un logro de la modernidad la separación de sexualidad y procreación. Dan por supuesto que tal escisión significa un enriquecimiento. Está a la vista que el lenguaje nos juega a veces malas pasadas.

El término escisión se carga de prestigio cuando se lo empareja con independencia, que hoy día tiene un carácter de término «talismán», por ir vinculado a *libertad*. Ahora bien, la independencia que se gana desvinculando algo del conjunto al que pertenece no implica en el hombre una mayor libertad creativa, sino sólo una mayor libertad de maniobra. La sexualidad autonomizada, tomada como algo aparte del amor personal, que florece en donación de vida, se convierte en presa fácil para los afanosos de ganancias inmediatas. Si deseamos manejar la sexualidad a nuestro arbitrio, tenemos a mano el drástico recurso de dividir para vencer. Pero, si queremos dotar del máximo sentido posible a nuestras potencialidades, debemos mantenerlas integradas con todos los recursos e impulsos creativos de nuestro ser personal.

Independientemente, pues, de tradiciones, tabúes, modos educativos, normatividades éticas y preceptos religiosos, el hombre que no renuncie a vivir con sentido debe conceder a cada vertiente de su realidad personal el alcance que tiene, su poder de entrar en vinculación con otras, de complementarse y enriquecerse. La sexualidad, considerada como una meta, presenta indudablemente una profunda significación, pero carece de sentido. *La sexualidad humana tiene sentido cabal cuando es asumida en un proceso de fundación de un ámbito de amor personal, oblativo, cuyo fruto natural es el hijo.*

El ejercicio de la sexualidad tiene sentido cuando va unido a un compromiso personal muy serio, no cuando se lo reduce a fuente de complacencias o pasto de la curiosidad morbosa.

Contemplar un espectáculo en el que se hace exhibición de la intimidad corpórea ante personas que, por no compartir la intimidad personal, se reducen a meros «espectadores» -que, etimológicamente, viene a significar «mirones»- tiene el mismo sentido degradante que espiar por el ojo de una cerradura. Espiar supone reducir a objeto la persona espiada. Reducir a objeto es la meta del *sadismo*. El sadismo es una actitud polarmente opuesta a las formas de creatividad que confieren al hombre una personalidad auténtica.

El exhibicionismo erótico y pornográfico es éticamente negativo, en principio, por carecer de creatividad y bloquear el desarrollo de la personalidad humana. Independientemente de las convicciones religiosas que podamos abrigar, la ética filosófica nos enseña que, para desarrollar nuestra personalidad, debemos instaurar ámbitos de

convivencia llenos de sentido. Esta creatividad tiene exigencias muy precisas. Sólo el que las cumple -dejando de lado apetencias inmediatas y elementales, poco o nada creativas- se eleva a lo que Sören Kierkegaard llama «estadio ético» y pone su personalidad en vías de plenitud.

Se intenta justificar a menudo la práctica de la exhibición de escenas íntimas presentándola como un avance en la conquista de libertades frente a las posiciones conservadoras de las morales de inspiración religiosa. Este planteamiento es sumamente defectuoso. Plantear algo en forma de lucha resulta incitante, pero desvirtúa el problema cuando se trata de una cuestión básica. Lo decisivo es mostrar que, vista en sí misma, la *libertad de maniobra* que se defiende implica un modo de *libertad para la creatividad*. En caso negativo, debe el hombre dejar de lado por propia cuenta tal forma de libertad, bien seguro de que con ello no realiza un acto *represivo* sino *liberador*.

Vista en el plano puramente humanista, la exhibición indiscriminada de la intimidad no significa un servicio a la dignidad humana y reduce en gran medida -aunque a primera vista parezca lo contrario- las posibilidades creativas del hombre. Constituye un regreso cultural lamentable.

Lo nefasto es empobrecer al hombre

A propósito de la publicación de ciertos folletos de supuesta «información sexual» y de la proyección en la pantalla televisiva de varias películas que intentan elevar la exhibición pornográfica al nivel del cine de calidad, se han dado razones en pro y en contra de la exhibición pública del erotismo.

Si queremos movernos en un plano cultural aceptable, un plano de reflexión que no esté bajo mínimos, hemos de cuidarnos de plantear bien la cuestión. No la planteamos con un mínimo de rigor si nos limitamos a sugerir que el desparpajo en el tratamiento de tales temas supone una liberación de viejos tabúes y un ascenso a cotas de libertad que suponen la instalación definitiva en un clima democrático plenamente logrado. Es muy fácil hablar de tabúes y de «libertad» sin hacer las debidas precisiones; pero no es legítimo en un contexto cultural que no renuncie a la precisión y, por tanto, a la autenticidad.

Tampoco es riguroso proponer esta cuestión como un litigio entre la Iglesia Católica y un Estado laico. Desde tal planteamiento es muy fácil indicar que la Iglesia sigue aferrándose a viejas orientaciones y que el Estado liberado de antiguas trabas lucha por conceder al pueblo la plenitud de su libertad. Como «libertad» es hoy

día un término «talismán», cargado de prestigio, ponerse a favor de un tipo absoluto de «liberalización» suscita automáticamente multitud de adhesiones y procura un éxito tan fácil como peligroso.

Peligroso, en principio, no porque provoque actitudes que contradigan una determinada moral, sino por una razón decisiva: no se basa en un estudio aquilatado de la realidad; se apoya en el mero abuso estratégico del lenguaje.

La cuestión que aquí tratamos no ha de ser propuesta en forma de lucha entre instituciones, sino de clarificación de cada persona ante sí misma acerca de cuáles son las vías que la conducen a su empobrecimiento y cuáles a su enriquecimiento. Pues lo que está en juego no es determinar si ha de prevalecer esta opinión sobre las otras, si el Gobierno ganará la batalla de imponer una determinada forma de adoctrinamiento, si la Iglesia logrará mantener la forma tradicional de enfocar la vida. Todo ello es secundario -aunque no irrelevante- en comparación con esta pregunta: «El sexo, practicado para saciar una pulsión instintiva, con independencia de toda atención a las demás vertientes del amor humano integral, ¿conduce al hombre a la plenitud de su personalidad, o bloquea, por el contrario, su dinamismo personal?».

Para contestar a esta pregunta decisiva deben tenerse ante la vista los diversos aspectos que implica el amor humano. Todo el que esté al tanto de cuanto la ética ha investigado acerca de esta cuestión en los últimos decenios sabe que el amor humano conyugal implica, además de la sexualidad, la amistad (relación interpersonal que hay que crear, no sólo echar a andar, como pasa con las tensiones sexuales), la proyección comunitaria (que concede al amor un papel relevante en la configuración de la vida social), la excelencia y fecundidad (condición propia de una actividad capaz de incrementar la unidad entre los esposos y dar vida a nuevos seres). El puro erotismo -como ya indicamos- consiste en desgajar arbitrariamente el primero de estos cuatro aspectos o vertientes con el fin de obtener una gratificación inmediata. El llamado *amor erótico* no es sino el canje de dos soledades. Nada extraño que incremente la incomunicación y, por tanto, la desolación y la tristeza. No se olvide que desolación es un término emparentado con soledad.

Se ha subrayado una vez y otra que la película *El último tango en París*, de Bernardo Bertoluzzi, intenta mostrar la incomunicación del hombre que pone en juego una forma de amor egoísta. Nada más cierto, pero conviene añadir, para ir a la raíz de las cosas, que la concepción egoísta de la vida sexual supone un empobrecimiento de la vida humana en uno de sus aspectos más hondos y comprometedores. Considerar este tipo de obras y su proyección ante

un público poco formado como un signo de progreso constituye un contrasentido.

Para una persona que, merced a su alta preparación, penetra en lo que ve y sabe prever las consecuencias de ciertas actitudes erróneas, la exhibición erótica puede servir de aldabonazo o señal de alerta ante los peligros que entrañan las experiencias de vértigo. El que carece de tal poder de discernimiento se queda preso fatalmente en las redes del halago erótico y se despeña por la pendiente seductora de la fascinación.

La proyección de películas como la antes citada y la edición de folletos semejantes a los distribuidos masivamente por algunas autoridades resultan desaconsejables porque, en múltiples casos, depauperan la vida humana, restringen el horizonte de posibilidades creativas del hombre, reducen las acciones humanas a una sola de sus vertientes y las privan, consiguientemente, de sentido. Estas vertientes, tomadas a solas, tienen un «significado». Pueden resultar, por ejemplo, placenteras para quien guste de este tipo de alimentos. Pero carecen de «sentido» en el conjunto de la vida humana, porque bloquean el dinamismo normal que lleva al pleno desarrollo de la personalidad del hombre, que no es un mero *ser de apetitos*, sino un *ser creador de vínculos personales*.

Razones morales o religiosas pueden ser aducidas también, pero en un segundo momento. En primera línea debe decirse, con la investigación filosófica actual a la vista, que la pornografía y el puro erotismo significan una amputación del modo cabal de interrelación humana. Resultan por ello violentos, y son fuente, a su vez, de nuevas formas de violencia. No es extraño que, en tantas películas y obras literarias, el juego banal con el sexo se alíe con modos abruptos de violencia. Las injurias verbales que dirige el protagonista de *El último tango en París* a su desdichada compañera de juego artístico responden a la misma causa que la entrega a formas de erotismo degradadas. Degradadas, es decir: rebajadas de nivel, empobrecidas.

Entregarse a lo pobre empobrece. He aquí el riesgo más temible del momento actual: sentir fruición en lo mezquino, solazarse con lo frívolo, rendir culto a lo plebeyo, rehuir lo egregio.

Por fortuna, no son pocos los jóvenes que empiezan a rebelarse contra semejante depauperación. Resulta escalofriante, a este respecto, la observación hecha en un ejercicio de clase por un alumno de quinto curso de una facultad universitaria de Filosofía: «Nos educan para el fango, y cuando el lodo nos llega hasta el cuello y nos asfixia, quieren convencernos de que nos estamos moviendo en nuestro elemento natural y somos plenamente libres...».

La banalidad en la propaganda sexual

Últimamente se habla mucho de «planificación familiar», como si fuera la panacea de todos los males que aquejan a nuestra sociedad. Da a veces la impresión de que nos hallamos en uno de esos países del llamado Tercer Mundo en los cuales debería, según algunos, ponerse coto al aumento de la población para resolver el problema de la miseria colectiva.

Hoy sabemos que estas cuestiones son muy complejas y reducir la población no es el único ni el mejor medio para sacar a los países atrasados económicamente de su ancestral postración.

Obsesionarse con el tema de la planificación familiar en un país, como el nuestro, que cuenta actualmente con una de las tasas más bajas de natalidad de Europa –lo que constituye un problema nada baladí– sólo puede responder a ignorancia o a ciertas razones inconfesadas que mucho nos convendría a todos poner al descubierto y discutir serenamente. Cuando personas y grupos que no han dado pruebas de subnormalidad profunda emprenden una campaña de este género nos dan derecho a pensar que persiguen unos propósitos bien definidos, cuya conexión con el bien común no resulta fácil descubrir por mucho empeño y buena voluntad que se ponga en ello.

Una y otra vez se nos adoctrina acerca de la necesidad ineludible y urgente de informar a niños y jóvenes sobre la cuestión sexual, pero tal información es reducida a un solo punto: los medios de evitar la concepción. De modo indirecto se da a entender que el único enemigo a batir es el niño indefenso que pugna por nacer.

Fue penoso observar cómo, en una emisión televisiva reciente, tres jóvenes estudiantes del último curso de Bachillerato manifestaban repetidamente que lo que más les interesaba era la «formación sexual», más allá de la mera «información biológica», y las tres personas mayores que presidían y orientaban la conversación se esforzaban –sobre todo la locutora– en mantener el diálogo en el terreno de la mera información acerca de los recursos de que hoy se dispone para evitar los riesgos de un embarazo indeseado. Los jóvenes, llevados de su poder intuitivo, aludían, sin saber precisarlo bien, a la necesidad que sienten de estar bien orientados en lo tocante al sentido pleno de la sexualidad; pero los mayores no quisieron decir una sola palabra acerca de ello, o al menos no acertaron a hacerlo. Se esforzaron por dejar bien claro que el ejercicio de la sexualidad es algo bueno, incluso necesario; que hay formas de sexualidad gratificantes que no encierran riesgos para los jóvenes que las ejercitan prematuramente, y que lo único de verdad necesario es estar bien informado. Por increíble que parezca tratándose de profesionales, no hicieron la menor matización acerca

de los distintos modos posibles de poner en juego las pulsiones sexuales y la relación de cada uno de ellos con el desarrollo cabal de la personalidad humana. Ni una sola palabra –ni siquiera de pasada o por vía de sugerencia– acerca de la vinculación de la creatividad personal y el ejercicio auténtico de la sexualidad.

Ante este tipo de coloquios, uno se ve forzado a reconocer que han trabajado en vano los eminentes pensadores que, desde una y otra vertiente de la investigación antropológica y filosófica, subrayan con la mayor energía que es del todo impropio escindir lo corpóreo y lo espiritual, porque, con tal separación, la vida humana integral pierde sentido y se empobrece.

Hoy cunde, de manera aparentemente fatalista, la voluntad de autonomizar la sensibilidad, la sensualidad y la sexualidad, como si fuera necesario incentivar en esta dirección a los hombres de esta época, bastante apegados ya a cuanto signifique gratificación individual, confort, satisfacciones placenteras, búsqueda a ultranza de libertad sin fronteras, desplazamiento de todo sacrificio y renuncia. El hecho de que hoy tienda a malentenderse todo género de renuncia como una represión indica hasta qué punto se están olvidando los rudimentos de la vida personal creativa.

Lástima, en verdad, de tiempo y recursos dedicados a una propaganda que no sólo es innecesaria, sino impropio por diversos conceptos. Cuando tantas instrucciones y sugerencias debieran ser hechas en orden a conseguir una mayor creatividad en todos los aspectos y una consiguiente mayor felicidad personal de las gentes, se inicia con toda decisión un proceso de adoctrinamiento polarmente opuesto al que están realizando las naciones más adelantadas de nuestro continente, alarmadas con razón por la caída en vertical del índice de natalidad, fenómeno que está empezando ya a provocar serios problemas sociales.

Los hombres pueden dominarse entre sí y modelar la opinión pública en una determinada dirección mediante los recursos de la estrategia del lenguaje. Si tal modelación infringe alguna de las leyes de la realidad –sobre todo, de la realidad personal–, la realidad acaba vengándose y obligando a rectificar. Es lo que está sucediendo en algunos países cercanos a nosotros. Pero aquí está visto que hay grupos empeñados en descubrir por sí mismos, a costa de todos, a qué peligros nos llevarán ciertas prácticas. La capacidad de aprovechar la experiencia ajena para hacer proyectos juiciosos de futuro es casi inexistente. Y ya sabemos que la falta de una mínima dosis de poder de previsión es signo inequívoco de incapacidad para gobernar.

Cuanto más avanza la ciencia, mejor sabemos que la vida del hombre presenta una increíble complejidad y riqueza. Una regla de

oro para no cometer errores de base, extremadamente peligrosos, que constituyan un atropello contra el ser humano es cuidarse de no empobrecer la imagen del hombre. Hacerlo es un acto de violencia, opuesto radicalmente al tan decantado pacifismo. La primera condición del auténtico pacifismo es hacer justicia a la dignidad del hombre. Para cumplir este deber, es indispensable empezar haciendo las paces con el niño.

IV. LA FALTA DE HONDURA EN EL PLANTEAMIENTO DE LAS CUESTIONES

La frivolidad resulta devastadora

Es ineludible poner al descubierto que los hombres actuales parecen encontrar una satisfacción especial en la entrega a la frivolidad: la frivolidad en el planteamiento de los problemas más serios de la vida, en el uso del lenguaje, en la emisión de juicios, en la toma de decisiones que comprometen la felicidad de las gentes... Este cultivo de la frivolidad se traduce inevitablemente en banalidad e incoherencia.

- Se lamenta el número alarmante de violaciones que abochornan las páginas de los diarios, pero se sigue fomentando el desenfreno sexual.
- Se delata con sobresalto la escalada creciente de la violencia, pero se incita a las gentes a satelizarlo todo en torno al propio yo.
- Se afirma que se está contra la droga, pero se enciende la llama del hedonismo, que inspira el afán de gratificaciones fáciles y de incitaciones cada vez más intensas. (El que ignore a estas alturas que los diferentes modos de vértigo espiritual se provocan unos a otros desconoce los rudimentos de la vida personal y no puede arrogarse el derecho de modelar la opinión pública.)
- Se descuida o anula la enseñanza de la ética, y se muestra extrañeza por la corrupción de la vida pública.
- Se ataca precipitadamente el buen nombre de las personas, y se muestra sorpresa ante el hecho de que la convivencia se torne agria y belicosa...

Lo grave es que este cúmulo de incoherencias, que desgarran el tejido de la vida social, no impide que la frivolidad siga gozando de buena prensa. Al frívolo se le celebra por gracioso. Al que toma en

serio las cosas decisivas se le rechaza por aguafiestas y se le deja fuera de juego con la mera aplicación de adjetivos descalificadores.

La exaltación de la frivolidad constituye uno de los males más graves del momento actual. Cuando supera ciertos límites, la frivolidad causa devastaciones espirituales y envilece la vida humana.

Este envilecimiento y esa devastación quedan dramáticamente de manifiesto en el incremento de la violencia. Observamos a diario con estupor que los actos de violencia se suceden sin apenas interrupción y en grado cada vez más elevado. Por razones psicológicas bien conocidas, la sensibilidad de las gentes se embota, y acaba convirtiéndose en algo cotidiano y normal lo que en principio causaba una conmoción espiritual intensa.

Lo decisivo frente a este riesgo es evitar la rutina tanto en la contemplación de los actos de violencia como en las lamentaciones frente a los mismos. Una persona y una sociedad cultas se caracterizan por el hecho de que saben tomar distancia frente a las situaciones y las someten a la debida reflexión para hacerse cargo de su sentido, adoptar medidas y tener en todo momento las riendas de los acontecimientos.

Ante el fenómeno inquietante de la violencia, ¿nos hemos molestado en reflexionar sobre sus causas para ver de atajar el mal de raíz, que es la única forma racional de encarar los problemas graves? A la vista está que no. Se advierte en la sociedad actual cierta tendencia a no tratar las cuestiones con absoluta radicalidad, a dar la impresión de que se tiene sensibilidad para las desgracias y evitar a la vez todo enfrentamiento sincero con las causas que las producen o los sucesos que con una u otra forma de inducción las provocan. Ser radical en la búsqueda de causas y motivos es visto a menudo como una forma de extremismo, una falta de comprensión y equilibrio, un exceso de espíritu dramático que no admite el claroscuro de la vida.

Al renunciar por principio a una labor de investigación profunda, se busca refugio en la superficialidad. Se aduce, por ejemplo, que la violencia es un precio que hay que pagar por la libertad democrática y que la cota de violencia que hemos alcanzado es todavía inferior a la de otros países del mundo civilizado y libre. E incluso se pasa al ataque -que es la mejor forma de defensa-, diciendo que la sociedad tiene buena parte de culpa de ciertos tipos de marginación social y delincuencia.

Naturalmente, todo fenómeno complejo es provocado por causas y motivos diversos. En el brote de la violencia influye también la sociedad. Pero, si tenemos verdadera voluntad de hacer frente al problema, hemos de tomar las aguas más arriba y analizar las leyes de la vida personal. La vida de las personas está regida por unas

leyes peculiares, lo mismo que sucede con la realidad física. Yo puedo explicar la ley de gravedad de modos diversos, siguiendo por ejemplo el modelo de Newton o el de Einstein. En esto soy libre. Pero dejo de serlo a la hora de admitir el hecho de la gravedad. Si lo ignoro o pretendo ignorarlo, y contravengo la ley natural de la gravedad, me expongo a sufrir daños irreparables. No de otra manera, salvadas las debidas distancias y peculiaridades, sucede en la vida personal, que es vida creadora, y la creatividad tiene unas leyes muy precisas, es decir, unas articulaciones o nexos internos entre los diversos fenómenos. Nada más importante para las personas y los pueblos que conocer en pormenor estas leyes de la vida personal y atenerse a ellas. De no hacerlo, la realidad acaba vengándose, y la venganza de la realidad consiste en que sobrevienen fenómenos destructivos que causan la devastación en la vida de las gentes.

Una de las leyes de la vida personal es la siguiente: Siempre que algo es reducido injustamente de valor se realiza un acto de violencia. Tratar a una persona como mero objeto es la raíz de la violencia propia del sadismo. Reducir el deporte a pura competición es una degradación injustificada y, como tal, implica violencia y engendra violencia. Despojar el auténtico amor de cuanto entraña de compromiso personal y reducirlo a puro erotismo -entendido como el canje de dos soledades y dos egoísmos- supone un envilecimiento y una torsión violenta.

Hoy día lo único que parece contar en el deporte son los triunfos. Se orientan las tácticas a conseguir puntos y clasificaciones, aunque se destruya la esencia del juego en lo que tiene de creador de jugadas hábiles encaminadas a conseguir la meta, que es, por ejemplo, el gol. El deporte requiere una viva imaginación creadora, una intuición potente y rápida, gran agilidad de ejecución y otras cualidades no menos eficaces en el desarrollo de la personalidad humana. La pura competición -el afán de ganar a ultranza- responde al vértigo de la ambición, es decir: al poder fascinador que ejerce el triunfo sobre un espíritu que se deja arrastrar por el instinto de poder. La pura competición responde a un acto reductor violento y engendra violencia, a su vez.

Actualmente, se exalta la pura competición y se lamenta el fruto natural de la misma que es la violencia. He aquí una de las manifestaciones del doble juego en el que parece complacerse con demasiada frecuencia la sociedad actual. Es un recurso astuto, brillante a veces, eficaz para conseguir éxitos pasajeros en un entorno poco exigente, pero a la postre resulta siniestro para todos, los manipulados y los manipuladores. Ejemplos del mismo abundan a rebosar en nuestra vida diaria.

Se pone en relación, movilizando los recursos sugestivos de la propaganda, el desarrollo de la personalidad y el consumo de bebidas alcohólicas; se fomenta el hedonismo -el afán de convertirlo todo en fuente de ganancias inmediatas para uno-; se hace pasar como de buen tono, merced al poder seductor de la pantalla cinematográfica, el unir visitas y bebida, conversación y alcoholismo, y más tarde se derraman lágrimas de cocodrilo al comprobar el alarmante incremento del número de alcohólicos que destruyen día a día su salud y anulan toda posibilidad de integración plena en la vida social. La entrega a la fascinación de la bebida es, de por sí, un acto reductor -reduce la bebida a medio para satisfacer un deseo de excitación y evasión-. Esta reducción ilegítima encierra violencia y engendra violencia.

Se lamenta el envejecimiento de la sociedad, con las dificultades consiguientes para la seguridad social, pero no por ello dejan de fomentarse los modos egoístas de planificación familiar y las distintas prácticas abortivas. Se minan primero las bases de la vida familiar, y se condena después la delincuencia.

Cuando se confunde la música con una serie de ritmos electrizantes, se está reduciendo una actividad plenamente creativa a un mero incentivo que sacude y excita, pero no invita a una participación plenamente libre y constructiva. Tal reduccionismo encierra violencia y da lugar a violencia. Con ocasión de un concierto que se celebró en Madrid y fue seguido de actos vandálicos, hubo quienes reprocharon a las autoridades no haber previsto que se iban a producir alteraciones del orden, pero no se preguntaron por qué ciertos tipos de música van unidos con el consumo de drogas, la destrucción de instalaciones, la embriaguez, la agresión a las fuerzas del orden, la histeria colectiva y otros fenómenos afines. Si se conocen las leyes de la vida personal, se descubre fácilmente la conexión ineludible que media entre tales fenómenos.

A la luz de este descubrimiento, queda de manifiesto que la sociedad actual practica a menudo el doble juego de fomentar lo que destruye y lamentar después la destrucción. Se complace en reducir la libertad humana a un conjunto de libertades de maniobra, libertades para entregarse a formas diversas de fascinación. Estas libertades anulan paulatinamente la única auténtica libertad humana, que es la libertad para la creatividad, para crear sobre todo formas auténticas de convivencia. Si falta la capacidad de convivir, la vida humana se puebla de conflictos. A la hora de los lamentos, más o menos protocolarios, habría que investigar en serio si no era el caos lo que se venía pretendiendo conseguir mediante la programada confusión de la experiencia humana de libertad y las experiencias de mera fascinación.

La sociedad debiera pararse a reflexionar, aclarar las ideas, y optar de una vez: o por la paz, la construcción de la personalidad y la plenitud de vida, o por la violencia, la destrucción de la personalidad y el desguace de la vida social. Si opta por lo primero, ha de encaminarse inequívocamente por el camino adecuado y dejar de hacer un doble juego. Si persiste en hacerlo, lo pertinente es que acepte impávida las consecuencias, sin perder el tiempo en gimoteos vanos. «El hombre absurdo -escribe Camus- acepta y ama aquello que lo aplasta». No hay nada más absurdo, más sin sentido que hacer un doble juego, procedimiento que es muy útil a efectos demagógicos, pero acaba provocando un estado de esquizofrenia suicida.

Pero, ¿cómo es posible tanta incoherencia frívola en personas responsables de la buena marcha de la vida social? La respuesta es doble: o por ignorancia, o por mala fe. O porque se desconoce lo que es la vida humana, cómo se desarrolla, bajo qué condiciones..., o porque se intenta rebajar el voltaje ético de las gentes, su capacidad creadora en diversos órdenes, a fin de hacerlas más vulnerables a la manipulación y más fáciles de dominar.

No lo olvidemos: empobrecer es una táctica para dominar. Se empobrece al pueblo

- cultivando por sistema la banalidad,
- dando carta de naturaleza al intrusismo ético, político y religioso,
- evitando los debates y todo cuanto pueda avivar el sentido crítico de las gentes.

La banalidad empobrece la vida y la priva de belleza

Si me preguntaran a quemarropa cuál es la actitud más peligrosa de la sociedad actual, diría sin vacilación: la frivolidad. Se están tratando los temas más serios de manera banal, tosca, a veces incluso chocarrera. Los pocos debates que se organizan suelen deslizarse por la superficie de los temas, para hacer así posibles e incluso plausibles los más diversos recursos manipuladores.

Este clima de frivolidad tiene un origen muy complejo y obedece a múltiples causas. Una de las principales es, sin duda, la pérdida del ideal que había impulsado la vida del hombre en Occidente durante cuatro siglos. Tras la hecatombe de 1918, el hombre europeo pudo haber cambiado el ideal del dominio por el ideal de la unidad, pero no realizó ese giro y preparó con ello el

segundo gran conflicto bélico. A partir de entonces sigue viviendo a impulsos de un ideal en el que ya no puede creer. De aquí arranca su desilusión, su desconcierto y apatía.

Un hombre apático por falta de un ideal ajustado a su vocación y misión personales sólo parece encontrar atractivo un programa de acción que produzca euforia e incitaciones fascinantes. He ahí por qué se cultivan hoy masivamente las experiencias de fascinación o vértigo, como si se tratara de la única salida posible hacia la realización humana. Nada más erróneo, porque la fascinación lo promete todo al principio, no exige nada y lo quita todo al final²⁵.

El hombre egoísta que lo polariza todo en torno a su yo y reduce los seres circundantes a medios para la obtención de gratificaciones fáciles suele dejarse llevar de la fascinación cuando tropieza con una realidad atractiva. Se trata de la seducción que ejerce la posibilidad de dominar lo que atrae para poseerlo y disfrutarlo. Tener entre las manos lo que encandila el apetito produce exaltación en un primer momento, pero bien pronto esta euforia primera se trueca en amarga decepción, porque el hombre no puede encontrarse con aquello que domina y reduce a objeto. El encuentro sólo es posible con los seres que uno respeta en lo que son y en lo que están llamados a ser. Al no encontrarse, no puede el hombre desarrollar cabalmente su personalidad, ya que es un «ser de encuentro», un ser que vive como persona, se desarrolla y perfecciona fundando encuentros con las realidades del entorno. Esta tristeza se convierte en angustia cuando es reiterada y acaba oprimiendo al hombre por todos lados. La angustia da lugar a la desesperación cuando se cierran todas las salidas a la realización del propio ser. La desesperación es una forma extrema de amargura interior que conduce a la destrucción, física o moral, de sí mismo y de otras personas.

El proceso de éxtasis sigue una vía opuesta. Una persona generosa no tiende a reducir las realidades del entorno a objetos, a medios para sus fines; desea unirse a ellas para crear, en colaboración, algo nuevo valioso, y las respeta en lo que son y abarcan. Al respetarlas, puede encontrarse con ellas y desarrollar su propio ser personal en medida correlativa a la riqueza de tal encuentro. La conciencia de estar en camino de plenitud produce un sentimiento de alegría, cuya medida máxima es el entusiasmo. El entusiasmo surge cuando alguien se abre a una realidad que le ofrece posibilidades de elevarse a lo mejor de sí mismo. Tal elevación suscita un sentimiento de felicidad y conduce a la edificación plena

²⁵ He tratado esta cuestión ampliamente en la obra *Vértigo y éxtasis. Una clave para superar las adicciones*, Rialp, Madrid 2006.

del propio ser personal. El proceso de creatividad o éxtasis empieza pidiéndolo todo al hombre, se lo promete todo y se lo concede al final. Exige en principio generosidad, disponibilidad, apertura de espíritu. No hay una sola acción creativa o extática en la vida humana que no lleve en la base cierta dosis de generosidad. Al final, el éxtasis concede al hombre amparo, paz, luz y talante festivo. Y todo ello se lo otorga en cuanto acrecienta en él la capacidad creadora, aviva su sensibilidad para los grandes valores y lo dispone para fundar modos relevantes de unidad con las realidades del entorno. La fundación de este género de unidad es la tarea de la auténtica cultura. El éxtasis es la raíz única de toda cultura que signifique verdadero cultivo de la vida personal.

Por el contrario, el proceso de vértigo o fascinación amengua al máximo el poder creativo del hombre, enceguece para los grandes valores y aleja de lo real. La verdadera unidad con lo real la consigue el hombre a través de la creación de vínculos sólidos y fecundos con los grandes valores. El vértigo, al amenguar la capacidad creativa del hombre y atrofiar su sensibilidad para los valores más altos, lo aleja de la realidad, lo desarraiga, lo sume en la soledad. Nada ilógico que el hombre «ser de encuentro», al estar escindido de la realidad, se sienta fuera de su verdad personal, des-ajustado, des-ordenado, y por tanto bloqueado en su marcha hacia su plena realización. Tal desajuste y desorden radical impiden al hombre toda forma de participación en los grandes valores de la vida humana, y lo alejan, en consecuencia, de las fuentes de la belleza. Todas las obras artísticas y literarias de calidad han surgido como fruto de un encuentro con lo real por parte de personas especialmente sensibles a los valores. Dichas obras no son un medio para comunicar algo ya sabido por el autor; son, más bien, el campo de luz en el que ciertas personas bien dotadas se abren a una vertiente determinada de la realidad. Si el encuentro es el núcleo de las experiencias extáticas, puede afirmarse con toda decisión que el fenómeno de lo bello surge espontáneamente a lo largo del proceso de éxtasis.

Una sociedad que vive al margen de las experiencias extáticas y se entrega a las experiencias fascinantes de vértigo puede cultivar las llamadas «formas bellas» y aplicarlas al diseño de objetos, utensilios o vehículos, y saciar la sed de imágenes con figuras y colores atractivos. Será difícil, no obstante, que sacie con ello su ansia profunda de belleza. Toda obra de arte auténtica está integrada por siete estratos o niveles. El sexto consiste en el mundo peculiar que encarna y expresa tal obra. El séptimo viene dado por el contexto vital de dicho mundo. Para dar cuerpo expresivo a un aspecto de la realidad que presenta un valor accesible a multitud de personas se requiere participar en la vida interna de la realidad que nos rodea.

Un maestro del románico escondido en una aldea asturiana o pirenaica realizó obras que hoy nos asombran por su hondura espiritual y su belleza. Este sencillo campesino pudo escalar tales cumbres por ser partícipe de un mundo espiritual muy denso y no haberse aislado en la torre de marfil de la autosuficiencia egoica.

Esta forma de participación se halla en la línea del éxtasis, en la cual se practica el recogimiento silencioso a fin de sobrecogerse ante lo profundamente valioso. La entrega al vértigo de la fascinación deja al hombre inmerso pasivamente en ríos de impresiones sensoriales no asumidas, no «ordenadas», no estructuradas y jerarquizadas. Esta cascada de estímulos se reduce a mero «ruido», fenómeno ajeno a toda vida cultural auténtica.

La banalización de la vida constituye uno de los recursos más poderosos para someter a los pueblos a servidumbre espiritual sin que se aperciban de ello. Esa banalización se lleva a cabo de múltiples formas, entre las que destaca por su siniestra eficacia la entrega a las experiencias fascinantes que fusionan al hombre con el entorno pero no lo integran en él. Sin integración o entreveramiento de ámbitos de vida no hay encuentro y, por tanto, eclosión de belleza. Banalizar la vida significa mantenerla unida tangencialmente con la realidad, meramente yuxtapuesta, no adentrada en ella. Es la unión propia del vértigo, la del seductor que arrastra pero no enamora. Estos tipos de unidad suponen un esbozo de encuentro y en la misma medida encierran cierta dosis de belleza, pero ésta es mínima y no puede colmar el corazón de un ser nacido para una vida de mayor voltaje y calidad.

La actitud de banalidad es fomentada a diario por la intervención de los «intrusos», los que hablan constantemente en público sin conocer a fondo los temas que abordan. La gravedad de este desequilibrio entre la facilidad para difundir las ideas y la falta de preparación adecuada a la responsabilidad que ese privilegio entraña no suele ser advertida por las gentes sencillas del pueblo, porque el intruso procura encubrir la incompetencia con la astucia. No sabe ahondar en los temas profundos, pero es hábil para persuadir al pueblo poco cualificado de que está siendo orientado hacia su plenitud.

Conviene insistir aquí en el tema del intrusismo, ya esbozado al comienzo del libro.

El intrusismo ético y religioso es demoledor

El «intrusismo profesional» está severamente castigado por la ley, en atención al bien común. Una persona no cualificada en cuestiones de medicina no puede ejercer la profesión de médico a no

ser exponiéndose a cometer graves errores. Algo semejante cabe decir de la profesión de arquitecto, abogado, farmacéutico... En profesiones que exigen una alta capacitación técnica y no tienen una aplicación práctica que pueda ser objeto de manipulación fácil y chapucera, el intrusismo suele ser inexistente. Pensemos en las Ciencias Matemáticas o en la Astronomía.

En ética y teología, sin embargo, se está dando a diario el intrusismo, incluso por parte de personas que, debido a su rango social o a su profesión, tienen poder decisivo en la vida de los pueblos. Esta intromisión implica una especial gravedad, ya que está en juego la vida espiritual de pueblos enteros, no sólo de personas aisladas. Asusta pensar que personas responsables en buena medida de la configuración de la opinión pública y de la marcha consiguiente de la sociedad se arroguen el derecho de imponer drásticamente su opinión en cuestiones que sobrepasan años luz el nivel de su preparación intelectual. En cuestiones éticas y religiosas no es posible demostrar la veracidad o la falsedad de una afirmación del modo contundente que se da en las ciencias de la naturaleza. Estimar que tal circunstancia significa que en este campo cada uno es libre de pensar y opinar a su arbitrio, sin haberse tomado la molestia de adquirir la debida formación y someter los problemas a riguroso estudio, es una frivolidad que nadie puede permitirse sin exponer a la comunidad a un sinfín de riesgos.

Es bien sabido que el psicoanálisis, como método terapéutico, sufrió un grave quebranto en su prestigio debido al hecho de que no pocos psicoanalistas se lanzaron de forma precipitada y curanderil a la arriesgada tarea de desmontar la vida ética de sus pacientes, sin cuidarse de ofrecerles una orientación más ajustada a su verdadero ser de personas.

Nunca debiera olvidarse que la Ética y la Teología son disciplinas de estructura muy compleja que exigen larga dedicación a quien desee moverse en ellas con cierta libertad de movimiento y un mínimo de seguridad. Cuando uno se molesta en analizar estas materias con rigor, con el ritmo lento que ellas requieren y el utillaje de conocimiento de lenguas que se necesita para estar un tanto al día de la producción contemporánea, siente una penosa sorpresa al observar la precipitación e incluso el desparpajo con que se aventuran a dictaminar sobre temas éticos y religiosos personas que, a juzgar por su modo de expresarse, no han sometido tales cuestiones a un estudio sistemático. Si dichas personas tienen amplias posibilidades de influir en la opinión pública, nuestra sorpresa se trueca en alarma y sobresalto.

De sobresalto en sobresalto está yendo últimamente quien lea los diarios y boletines oficiales. Si uno, por elemental deber de

ciudadanía, da la voz de alerta, no consigue de ordinario, por mucha discreción y serenidad que ponga en el empeño, suscitar un diálogo clarificador; provoca un silencio hosco, descalificador, o bien una airada respuesta, lindante con el insulto sumario y displicente. De ahí que en cuestiones éticas y religiosas apenas haya diálogos sino a lo sumo discusiones o disputas, en las cuales lo que en definitiva se intenta es acallar al adversario y presentar la tesis propia como la única plausible y «moderna» o «progresista». Durante las campañas montadas a favor de las leyes despenalizadoras del divorcio y el aborto se movilizaron a menudo ambos procedimientos que, si son eficaces en orden al logro de ciertas ganancias inmediatas de tipo político, resultan del todo perniciosos en lo tocante a la edificación de la vida común sobre bases sólidas.

Hoy día nadie ignora y deja de reconocer que la materia inanimada y sobre todo la viva encierran suma complejidad y su estudio requiere un gran esfuerzo de personas, grupos, pueblos y generaciones. No parece, en cambio, haber un consenso semejante cuando se trata de la vida personal humana. Urge hacerse a la idea de que este género de vida presenta una riqueza inédita en el universo, y su complejidad supera el nivel de lo asombroso para adentrarse en el campo de lo enigmático. A medida que se avanza en el conocimiento del ser humano, se aviva en uno la conciencia de la responsabilidad, y con ella se hace sentir una urgencia doble: la de incrementar el estudio y acentuar la cautela a la hora de hacer diagnósticos y tomar medidas. Toda precipitación en este ámbito de realidad es indicio inequívoco de ignorancia o de mala fe.

De lo antedicho se deduce que, para alterar las convicciones profundas del pueblo en cuestiones morales o religiosas, hay que haberse cubierto antes de razón, y ello implica un largo estudio, amplios diálogos, profunda comprensión de las diversas corrientes, un afán insobornable de buscar la verdad al margen de toda intención partidista. La más leve duda acerca de la solidez de la propia posición debiera frenar todo afán revolucionario en materias relativas a los fundamentos de la vida humana. No se olvide que la ética es una reflexión sistemática sobre el modo de realizarse cabalmente el hombre. Para llevar a cabo esta reflexión de modo riguroso, se requiere un conocimiento aquilatado de los diferentes modos de realidad que se dan en el mundo, los diversos tipos de relación que puede instaurar el hombre con tales modos de realidad, las exigencias que esas formas de relación plantean y otras cuestiones no menos sutiles que sólo a quien consagre tiempo y talento se revelan.

Todos podemos cometer errores en cuestiones decisivas de la existencia. Es lamentable, pero cabe el perdón cuando el error fue

involuntario. Cometer errores en cadena porque se los provoca con la decisión frívola de afrontar problemas éticos y religiosos sin una mínima preparación es difícilmente perdonable. La sociedad, si fuera lúcida respecto a lo que más le interesa, aplicaría un severo correctivo a quienes cometen tales atropellos.

Inmiscuirse en cuestiones éticas sin preparación constituye, obviamente, una grave falta de ética. La ética, bien vista, presenta una gran riqueza de matices. Los juicios simplistas, las generalizaciones confusas y nebulosas pueden servir a los fines inconfesados de los manipuladores, pero minan las bases de una comprensión cabal de la vida humana.

La Ética estudia los procesos creativos a través de los cuales se desarrolla el hombre como ser individual y comunitario. Tales procesos presentan una articulación de tal sutileza y complejidad que sólo es analizable rectamente por quien posea una metodología sumamente fina, que requiere años de práctica esforzada. Sería un milagro que no cometiera cuantiosos y graves errores el que se aventure a emitir juicios simplistas sobre cuestiones éticas básicas a impulsos de su mero parecer espontáneo, improvisado, falto de todo severo análisis crítico.

La frivolidad en este campo constituye una temeridad injustificable, pues el planteamiento banal y tosco de cuestiones muy ricas en matices hace imposible una comprensión auténtica de las mismas. El intrusismo en materias éticas y religiosas es una desmesura de la que se están derivando males sin cuento para la sociedad porque tergiversa radicalmente la imagen cabal del hombre. El bien de todos nos insta a difundir la convicción de que los grandes temas éticos y religiosos no son cosa de aficionados. Exigen, como todo lo complejo, profesionalidad y rigor.

En materias rigurosamente profesionales, el hombre de la calle -es decir, el no profesional- no puede nunca tener voz decisoria. Sin embargo, hoy se pretende que el conjunto de los hombres de la calle -que constituye lo que con expresión ambigua suele denominarse «opinión pública»- sirva de base para legislar en materia de costumbres. Ello revela una idea de la Ética totalmente devaluada, indigna de un país culto. Esta extralimitación de competencias no puede acarrear a la sociedad sino devastaciones.

Es lamentable, por ello, que con frecuencia personas que adquieren prestigio y popularidad en un ámbito de las ciencias, las artes, los espectáculos se valgan de su situación y de las facilidades de comunicación con el gran público que ésta les abre para pasarse a otros campos y sentar plaza de maestros en cuestiones que apenas conocen como aficionados. Es penoso encontrarse con grandes autores que en su especialidad han ganado un merecido renombre y,

al hacer incursiones temerarias a campos ajenos, hacen un papel deslucido, lindante a menudo con el ridículo. Si un histólogo afirma que en sus incisiones a cadáveres nunca encontró un alma, produce lógicamente sonrojo. Análogo sentimiento de vergüenza ajena despiertan ciertos investigadores que comenzaron su carrera atentos a un aspecto bien acotado del ser humano, y, no bien adquirieron una reputación, ampliaron su magisterio a todas las cuestiones decisivas de la existencia, no por un legítimo deseo de información sino por el comprometido afán de transformar las mentes y trastocar esquemas ideológicos. Naturalmente, es de celebrar que haya espíritus decididos que tengan el arrojo suficiente para abordar con talante creador los grandes temas de la cultura. Pero esta decisión ha de ir secundada por una preparación correlativa si no ha de convertirse en pura temeridad.

Resulta difícilmente comprensible que personas extremadamente rigurosas en su campo peculiar de investigación se muevan con alegre desenfado, casi diría con desparpajo frívolo, en áreas del conocimiento que están muy lejos de conocer en plan profesional. Ello les lleva a expresarse con falso aplomo, con estratégica contundencia, pero cualquier mediano conocedor de la materia tratada descubre en esta andadura prepotente una radical inseguridad. Cuando un científico, tras observar que ciertos agentes químicos desencadenan determinados procesos biológicos, se lanza seguidamente a sacar consecuencias morales, sociales y religiosas, es muy probable que no suscite sino una sonrisa benévola por parte de los profesionales de la Sociología, la Ética y la Teología.

La extralimitación de los profesionales entrañó siempre graves riesgos. Actualmente, éstos se hallan acrecentados debido al efecto seductor que ejercen los medios de comunicación sobre las multitudes poco cualificadas. De ahí la necesidad de someter este asunto a reflexión.

Pongamos el caso de un humorista que se hace popular imitando el modo de expresarse de ciertos personajes muy conocidos. No tiene mayor valor esta actividad, porque es relativamente fácil provocar la carcajada cuando se destacan los defectos o singularidades de personas relevantes. Podría, además, discutirse si es lícito ganar prestigio y dinero a base de insistir una y otra vez en la caricatura de personas que deben actuar en público y pueden sentirse dañadas en su imagen. Es conocido el caso de un profesional, aquejado de un defecto de dicción -debido a una malformación física-, que tuvo que abandonar un trabajo para él muy querido a causa de las imitaciones sarcásticas a que fue sometido por diversos caricatos. Éstos lograron redondear unos cuantos programas a costa de la felicidad de un trabajador que ejercía con solvencia su

profesión. Pero demos por supuesto -para no interrumpir el ritmo de nuestro razonamiento- que el arte de la imitación, aun siendo un tanto parasitario porque vive de aquello que ridiculiza, es legítimo y no carece de cierto interés estético. Lo que nadie osará negar es que resulta excesivo, por lo que supone de falta de sentido de los propios límites, que un humorista, enardecido por el aplauso fácil, pase de la carpa a la cátedra, y nos diga a millones de telespectadores con la mayor seguridad, incluso a veces con cierto aire de ironía y superioridad, que nuestros criterios morales están anticuados y que lo procedente es hacer tabla rasa de creencias, ideas y modos de pensamiento asentados en siglos de reflexión y experiencia.

Nunca como en estos casos se acuerda uno tanto de los sabios que eran los griegos cuando unían la belleza a la armonía y definían ésta como una sabia alianza de proporción y medida. Si no se miden las propias fuerzas y se actúa en proporción a la cultura que uno esforzadamente ha adquirido, es imposible elevarse a las cimas de la belleza, que es algo muy noble; se cae en un penoso ridículo, que se halla en el polo opuesto de la nobleza y dignidad personales.

En muchos aspectos de la vida se está sobrevalorando actualmente el valor de la popularidad, la imagen, el buen parecer. Es éste un camino peligroso porque puede llevar a montar la vida social sobre las apariencias y no sobre la realidad, sobre la mentira y no sobre la verdad. Cuando el gran Platón manifestaba su deseo de que gobernasen los filósofos, se refería, obviamente, a las personas que conocen las esencias de las cosas y acontecimientos, y saben distinguir lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo, lo bello de lo feo. Este poder de discernimiento implica sabiduría, y ésta es fruto de una vida recogida y reflexiva. Para que sea elegida como gobernante una persona, debe darse a conocer, hacerse popular. Esto no indica, sin embargo, que toda persona popular pueda ser elegida con una mínima garantía de éxito.

Para ser guía en un determinado aspecto de la vida, no basta ser conocido por aquellos a quienes se ha de guiar; se requiere una preparación adecuada. Arrogarse derechos de líder aun careciendo de títulos legítimos para ello es una desmesura que no provoca sino la barbarie. Para los griegos lo desmesurado era lo «bárbaro». En otro contexto, podemos decir que la desmesura, el desmadre de cuantos se valen de algún tipo de popularidad y fama para sacar partido a sus posibilidades de comunicación con el gran público en orden a difundir ideas que en ningún caso serían capaces de fundamentar no puede conducir a la sociedad sino al caos, el desconcierto intelectual y la mediocridad de espíritu.

Auténtico poder de comunicación sólo lo disfrutaban unos pocos. Éstos deben domeñar tal poder y mantenerse, como los verdaderos

sabios, dentro de sus límites. Esto es justamente lo que sucede cuando una persona pone su popularidad al servicio de una gran causa promovida por gentes especializadas; por ejemplo, una campaña contra la droga. Actualmente, todos los científicos -médicos, biólogos, pedagogos, psicólogos...- están de acuerdo en que el consumo de droga daña gravemente la salud física y psíquica de los seres humanos, y provoca estragos irreparables entre la juventud. Si personas o grupos muy cualificados organizan una campaña de disuasión entre los niños y jóvenes, hacen muy bien quienes gozan de popularidad y prestigio ante éstos en promover dicha tarea. No se arrojan, con ello, ningún derecho a ser guías en materias que desconocen profundamente; colaboran con gentes que, merced a sus conocimientos profesionales, están en condiciones de dar un juicio válido sobre la cuestión tratada.

El bien del pueblo nos insta a destacar que la práctica del intrusismo se apoya en la convicción nunca bien revisada de que la libertad de expresión es absoluta. Conviene detenerse a reflexionar sobre ello.

La libertad de expresión no es absoluta

Con motivo de la condena a muerte dictada por cierto gobernante contra un escritor, menudearon últimamente las proclamas de que la libertad de expresión no tiene límites. Sabemos que la palabra libertad posee actualmente categoría de «talismán». Por su prestigio, inhibe el poder crítico de las gentes y lleva a aceptar gregariamente las afirmaciones más discutibles.

La severidad de tal condena -absolutamente desmesurada para la mayoría de las personas- nos lleva en principio a ponernos sin reservas al lado de la víctima. Serenemos el ánimo y preguntémosnos si hay razones serias para sostener que la libertad de expresión no puede admitir el menor control.

Por la ley del péndulo, cuando se defiende la libertad frente a la mordaza dictatorial se tiende a considerar que la libertad del hombre para expresarse no debe tener traba alguna, pues el ser humano necesita tomar iniciativas en todo momento a la luz de sus propios criterios. Esta consideración es exacta. Nadie está legitimado para imponer a los demás los límites en que han de moverse. Pero admitir esto no equivale a reconocer que la libertad de expresión es absoluta.

Una vez que he obtenido plena libertad para expresarme sin coacción externa alguna, soy yo el que adquiere la obligación de medir el alcance de mi libertad y atenerme a él. Supongamos que he sido invitado a dar una conferencia. Me hallo ante el micrófono frente a un público expectante. Nadie me ha impuesto la conducta a seguir.

Soy libre para manifestarme a mi arbitrio. ¿Qué tipo de libertad es ésta? Obviamente, se trata sólo de una mera libertad de maniobra. Puedo maniobrar a mi gusto. Dispongo de medios y de ocasión propicia. Pero esta forma de libertad no es la única ni la suprema en mi vida de hombre. Debe supeditarse a un modo superior de libertad: la libertad para la creatividad. Mi libertad de maniobra en la charla ante este público determinado ha de dirigirse a expresar ideas que conozca bien y que puedan ser de interés para mis oyentes. La libertad de expresión debe ser comprada al precio de una esforzada preparación y ha de ejercitarse en función del bien de los demás. Si no cuidé a su tiempo mi preparación, no tengo hoy derecho a hablar en público y a modelar la mente y el sentir de las gentes. El que se arroga tal derecho es un intruso y hace mal uso de la libertad que se le concede.

Es un derecho de todos los hombres -sobre todo los más menesterosos, por menos formados- recibir una información justa acerca de las cuestiones básicas de la existencia. Las relativas a la salud corporal son objeto de especial atención, por el efecto contundente que tienen. Las que comprometen la salud del espíritu están dejadas al arbitrio de los improvisadores.

Esta falta de prudencia acarrea graves consecuencias a la sociedad, porque buena parte de los privilegiados que disponen de medios suficientes para configurar la opinión pública no siempre dominan los temas sobre los cuales dogmatizan a diario. No hace mucho, en un programa radiofónico de audiencia millonaria, se le preguntó a un conocido personaje qué pensaba de la eutanasia. Sin tomarse el menor tiempo para reflexionar, respondió que estaba totalmente a favor, porque el hombre debe ser libre para escoger la muerte que mejor se le acomode. A fin de otorgar plena garantía a su aserto citó el consabido verso de Rilke sobre la muerte de cada uno²⁶.

Resulta preocupante esta facilidad para expresarse en público acerca de temas cuya complejidad y riqueza de matices se desconoce.

No deshonra sino prestigia a una persona saber reconocer en un determinado momento que no se halla en disposición de pronunciarse acerca de un tema. Ello refleja una noble actitud de respeto ante la realidad tratada y ante los oyentes. Este respeto es el que promueve la investigación de las grandes cuestiones y concede al tratamiento de las mismas el debido rigor.

²⁶ «Señor, da a cada cual su propia muerte, el morir que de cada vida brota, del que tenía amor, exigencia y sentido; pues sólo somos la hoja y la corteza. La gran muerte que cada cual lleva en sí es el fruto alrededor del cual da vueltas todo» (Rainer M^a Rilke, *El libro de la pobreza y de la muerte*, en *Obras*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967, pp. 457-458).

Hacemos bien en exigir que se nos conceda una libertad de expresión total. Somos nosotros quienes debemos autocensurarnos, y controlar nuestras manifestaciones cuando éstas se dirigen a un público que no puede someter nuestras opiniones a un diálogo crítico. En casos como el del escritor aludido al principio, es claro que su libertad de expresión consiste en que nadie le impida escribir lo que juzgue conveniente. Pero en modo alguno implica que él no haya de mantenerse dentro de los límites que impone un respeto elemental a los derechos de los demás, sobre todo los relativos a las cuestiones que afectan a fibras muy hondas de la persona. La persecución a muerte de que es objeto deja patente a qué extremos de violencia puede llevar el concepto de libertad de expresión mal entendido. Además de rechazar dicha condena, bien haríamos en someter este asunto a una mínima reflexión crítica y extraer la lección pertinente.

La concesión de «libertades» y el despojo de «la libertad»

Asistimos en nuestro tiempo a una ampliación de las libertades. Se despenaliza el uso de drogas, se suprimen los límites de edad para la asistencia a espectáculos, se promulgan leyes despenalizadoras del aborto. Podría parecer a primera vista que con ello se incrementa ese bien humano tan apreciado que es la libertad. Pero es una ilusión falsa y, a la postre, nefasta.

Para no caer en las trampas que nos tiende a diario la propaganda demagógica que quiere vencer al pueblo sin necesidad de convencerlo, debemos distinguir los diversos matices que tienen los vocablos. Ya sabemos que los demagogos utilizan los vocablos decisivos de forma ambigua, opaca, indiferenciada, a fin de tomarlos en la acepción que más les conviene en cada momento.

Al hablar de libertad, podemos referirnos a la «libertad de maniobra» o a la «libertad creadora». Libertad de maniobra es libertad de disposición' libertad para manejarlo todo como si fuera un objeto. Al proclamar, por ejemplo, que «la mujer tiene un cuerpo y puede disponer de él y de cuanto en él acontezca», se está dando por supuesto subrepticamente que el cuerpo es una realidad susceptible de ser poseíble y manipulable. Pero, como manipulables y poseíbles son sólo los objetos, tal suposición implica una reducción del cuerpo a realidad cósmica, lo que supone una violenta desvalorización del mismo.

Algo semejante acontece cuando los dirigentes políticos amenazan con «movilizar las masas», refiriéndose a sus fieles seguidores. Si éstos supiesen que, en rigor, el vocablo «masa» tiene un sentido gravemente peyorativo porque significa lo que queda de un conjunto de personas cuando pierden la capacidad creadora y el

consiguiente poder de estructuración, advertirían hasta qué punto el lenguaje delata la actitud manipuladora de los demagogos.

Las masas -como bien delató Ortega- se caracterizan por tomar la libertad de maniobra como la única forma de libertad humana. Ser libre es, para ellas, poder disponer de todo a voluntad, sin límite alguno, sin sumisión a nada que suponga encauzamiento de la actividad, ajuste a normas, orientación hacia metas supraindividuales, renuncia a las ganancias inmediatas de tipo fascinante. La libertad de maniobra le deja a uno en franquía absoluta para entregarse a cuanto fascina y produce algún tipo de exaltación. Pero, si analizamos los procesos humanos con alguna atención, advertimos que lo fascinante seduce, y la seducción arrastra, empasta, amengua al máximo la libertad creadora, la capacidad de fundar con la realidad fascinante un campo de juego.

La teoría actual de la creatividad ha puesto definitivamente en claro que las actividades más valiosas del hombre son formas distintas de juego -el deportivo, el estético, el amoroso, el ético, el litúrgico²⁷, el religioso...-, y que para entrar en juego hay que acercarse a las realidades del entorno y mantener a la vez cierta distancia. Si me acerco demasiado a un cuadro, gano respecto a él una relación de inmediatez casi fusional, pero no puedo hacer juego con él. La experiencia estética sólo es posible cuando se integra una forma de inmediatez con una de distancia.

Esta articulación de la inmediatez y la distancia encierra la mayor importancia, porque la biología y antropología actuales destacan que el hombre es un «ser de encuentro», un ser que se desarrolla y perfecciona instaurando con los seres del entorno modos de encuentro, desde el ámbito «diatrófico» o tutelar que debe fundarse entre el bebé y la madre hasta las más altas realizaciones culturales del ser adulto. Y toda forma de encuentro es el fruto de un modo peculiar de juego. El hombre despliega su personalidad en medida directamente proporcional a la cantidad y calidad de tipos de juego que lleva a cabo y de los modos de encuentro que funda en diálogo con el entorno. El hombre que no hace juego se asfixia lúdicamente; achica su personalidad hasta la inanición. Al hacerse consciente de esta autodestrucción, siente tristeza, y la medida colmada de la tristeza es la angustia, modo de vértigo espiritual que afecta al hombre cuando se asoma al vacío de su propio ser, desmoronado por la entrega a la seducción de lo fascinante. Cuando es irreversible, la angustia aboca a la desesperación, «enfermedad de muerte» que, según Kierkegaard, no mata sino que permite asistir

²⁷ Recuérdese el espléndido libro de R. Guardini *El espíritu de la liturgia*, Araluca, Barcelona, 1933; Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2001. Versión original: *Vom Geist der Liturgie*, Herder, Friburgo de Brisgovia, 1918, ¹⁹1957.

indefinidamente al proceso de asfixia como persona. Las experiencias fascinantes exaltan, pero destruyen. La libertad de maniobra que permite dejarse arrastrar sin la menor traba por lo que seduce produce una sensación exaltante pero anula de raíz la libertad para la creatividad y hace imposible el desarrollo personal del hombre.

Los procesos creativos obedecen a una lógica polarmente opuesta a la lógica de la fascinación y del vértigo. Los legisladores pueden conceder a los pueblos libertad de maniobra para entregarse fácilmente a toda suerte de procesos de fascinación: erotismo banal, pornografía, droga, juegos de azar, etc., pero son incapaces de alterar en un ápice la articulación interna de los diversos procesos de vértigo que llevan al hombre de la exaltación primera a la desesperación final.

Cuando los «poetas malditos» afirmaban que «la carne es triste», se referían a la lógica implacable según la cual los procesos de vértigo erótico conducen a la tristeza, esa «tristeza asfixiante» de que habla tan profundamente G. Marcel. Es un hecho probado que la entrega fácil a lo fascinante deja al hombre con las raíces existenciales al aire. Es el drama del hombre del «primer estadio en el camino de la vida», el «hombre inmediato» cuya pobreza espiritual destacó magistralmente Sören Kierkegaard.

Plantean mal, por tanto, la cuestión los responsables que quieren justificar la despenalización de ciertas drogas mediante la afirmación de que no suponen un peligro para la salud. Aunque esto fuera cierto -cosa que todo ciudadano informado se guarda bien de admitir simplistamente-, quedaría sin tocar el punto más grave de la cuestión: los riesgos a que se exponen los hombres cuando se entregan a las experiencias de vértigo.

Hay tipos de experiencia que son en sí éticamente indiferentes. Pensemos en ciertos juegos de azar. Pero su cultivo desmadrado, si provoca la laxitud de la persona y amengua su capacidad creadora puede dejar al hombre indefenso y exponerlo a muy graves peligros, entre otras razones porque los que carecen de ímpetu creador pierden poder de cohesión, capacidad estructuradora, con lo cual se tornan fácilmente dominables por cualquiera que conozca las reglas de la estrategia demagógica. Los ciudadanos no debieran olvidar que tanto en las dictaduras como en las democracias pueden existir tiranos: hombres y grupos afanosos de poder y dominio. La única diferencia radica en que el tirano-dictador manipula sin necesidad de disimular, y el tirano-demócrata lo hace de modo doloso, movilizandolos recursos arteros que facilita el lenguaje.

Cuando se nos dice con triunfante tono paternalista que se nos están devolviendo las libertades, debemos tomar cierta distancia crítica y discernir si tales libertades no agostan de raíz la auténtica

libertad. Lo grave es que, cuando una persona o un pueblo entero se entrega a las experiencias de vértigo, pierde en gran medida la capacidad de tomar distancia, porque el vértigo es un tipo de succión que empasta, fusiona, impide re-flexionar, crear el campo de juego donde se alumbra el sentido de realidades y acontecimientos. De ahí su dificultad para advertir que toda forma de vértigo ataca la cultura en sus mismos fundamentos y, por esta profunda razón, limitar ciertas formas de libertad de maniobra no es una medida «represiva» sino promotora de la auténtica libertad.

La incoherencia de atacar y difundir la droga a la vez

El consumo de droga es una manifestación más de la tendencia a realizar actos que fascinan y arrastran como un vértigo espiritual. Fomentar, por una parte, una actitud general de hedonismo, de cultivo de las experiencias que producen ganancias inmediatas, egoístas, que sacian los instintos pero no implican la menor creatividad plenamente personal, y montar luego campañas contra la droga es como rebelarse contra las tempestades suscitadas por los vientos que uno mismo ha desencadenado.

Tómese, por favor, totalmente en serio lo que voy a decir. Entre la droga y «Carolina» -la bella joven de un conocido y reciente programa televisivo-, es preferible una y mil veces Carolina, obviamente. Pero, si el amor a «Carolina», es decir, a una realidad sumamente atractiva, se reduce a pura ansiedad instintiva, se halla en la misma línea de fascinación que la entrega a la seducción del viaje sin retorno de la droga. No tiene las mismas consecuencias, no produce una alienación espiritual del mismo tipo y está, por tanto, lejos de encerrar la misma gravedad, pero se halla en el mismo plano de apego a lo que produce exaltación.

Es lástima que personas generosas, que reaccionan muy positivamente cuando se convencen de que la juventud se pone en peligro al habituarse a ciertas prácticas, contribuyan ellas mismas a fomentar el clima que las hace posibles. Ello es debido, sin duda, al desconocimiento de ciertas leyes de la vida personal, en las que conviene insistir. El hombre se desarrolla realizando actos creativos de distinto orden, desde el encuentro «diatrófico o tutelar» con la madre hasta la creación de las obras cumbre de la cultura. Entre las manifestaciones de la creatividad figuran en sitio destacado los actos de amor que implican una entrega personal, generosa y esforzada, ansiosa de fundar un ámbito de convivencia estable y firme. No hay nada superior en creatividad a la madre que amamanta a un hijo, y el hecho de que en cada instante millones de seres humanos estén

realizando este acto no le resta un ápice de su inmenso valor y sentido.

Todo acto creativo funda una unión relevante del hombre con el entorno. Esta forma de unión -que el hombre debe instaurar porque no le viene dada naturalmente, como al animal- es el núcleo de la cultura. Ahora bien, la entrega a las diversas formas de fascinación no crea auténtica unidad y, por tanto, cultura. Fusiona, empasta, y este tipo de unión es muy intenso pero pobre, porque no permite hacer juego, ya que para hacer juego creador hay que estar cerca a cierta distancia. Entregarse a la fascinación, en cualquier aspecto que sea, puede tener consecuencias más o menos graves; en todo caso, lanza al hombre por una vía peligrosa porque lo acostumbra a dejarse llevar por el deseo de exaltación fácil. Al ser humano le produce una peculiar euforia el dejarse arrastrar, pero esta práctica no le permite desarrollar su personalidad. Unos tipos de fascinación provocan otros, y un acto de entrega a un tipo de seducción que en principio parece inofensivo acaba provocando, a veces, males irremediables.

Si creemos que «lo moderno», lo actual», lo digno de los tiempos que corren es el fomento de las distintas formas de fascinación -vértigo del poder, de la ambición, de los juegos de azar, de la velocidad, de la entrega a impresiones sensoriales, del erotismo banal que no es sino intercambio de dos egoísmos...- no somos coherentes al querer desterrar de nuestra sociedad la forma de embriaguez seductora que se persigue con el consumo de droga. A menudo, se exalta lo que destruye, y se condenan los actos de destrucción. Debíamos detenernos a reflexionar sobre esta grave incoherencia, porque sin duda no es buena voluntad lo que falta a la mayoría de las gentes sino un análisis mejor aquilatado de las cuestiones que están en juego.

La venta y consumo de drogas de todo género es una manifestación más de una tendencia generalizada en el mundo: el fomento de las experiencias excitantes, que diluyen la conciencia y procuran el bienestar fugaz de la disolución de límites. Valerse del poder subyugante de los medios de comunicación social para incitar a la juventud a cultivar las experiencias embriagadoras -en uno u otro aspecto-es contribuir, sin saberlo y sin quererlo en muchos casos, a crear un clima propicio al incremento de la drogadicción.

En momentos de distensión, cuando está uno muy lejos de enfrentarse a las grandes cuestiones del presente, es fácil romper una lanza en favor de las «actitudes de apertura», de «flexibilidad de espíritu», y atacar el «puritanismo» y los «tabúes»... Pero lo decisivo es dejarse de palabras y expresiones más o menos de moda, analizar las tendencias del ser humano y prever a dónde puede éste llegar y está llegando de hecho cuando se encamina por determinadas vías. El

sentido de cada opción y acción se alumbraba en el conjunto. De ordinario nos dejamos llevar de la superficialidad; vemos sólo lo que está ante los ojos. Cuando nos hace frente un problema angustioso, nos sobrecogemos y nos paramos a pensar. La tragedia de la droga es una de esas señales de alarma que emite la sociedad cuando se halla en extremo peligro. Algo va mal, algo está mal encauzado en el dinamismo de la vida contemporánea. Haremos bien en analizar esta cuestión si queremos en serio llevar a buen término una campaña eficaz contra la droga.

Los únicos planes que tienen garantía de éxito son aquellos que se elaboran sin prejuicios ni cortapisas, intentan atacar el problema en su raíz y afrontan los diversos flancos del mismo. Los proyectos parciales llevan el plomo en el ala, porque no consiguen entusiasmar ni a sus mismos promotores. En la actualidad es sumamente difícil lograr que quienes tienen poder para hacerlo se decidan a elaborar un plan integral contra la droga. Ello exigiría liberarse de ciertos prejuicios que el ambiente actual ha glorificado hasta convertirlos en una especie de «creencias» sobre las cuales, como algo consabido, aporoblemático y seguro, se monta la existencia.

Si no se clarifican las cuestiones básicas de la vida humana, resulta ingenuo y vano recomendar a los jóvenes, como alternativa al consumo de droga, el «vivir la vida», el disfrutar de una «existencia deportiva». Desde hace años se están utilizando estos términos -deporte, vida, existencia deportiva...- de modo ambiguo, difuso, sugestivamente impreciso. A una mirada superficial puede parecerle que no hace falta precisar más. Cuando se llega a una situación límite, como la marcada por el abuso actual de los estupefacientes, queda dramáticamente en claro la necesidad de precisar a fondo qué se entiende por vida humana en plenitud, qué tipo de deporte da sentido a la vida y produce sentimientos de gozo, qué escala de valores ha de orientar nuestras opciones, qué formas distintas hay de libertad y a cuál ha de concederse la primacía si se quiere lograr una figura de hombre cabal. Cuando se confunde deporte y mera competición, valores humanos y ganancias inmediatas de tipo sensorial, gozo y goce, no es extraño ni ilógico que multitud de personas inexperimentadas interpreten la pura evasión como una conquista y vean en el viaje de la droga una aventura plenificante.

Hace unos días preguntaba un drogadicto por las antenas de una radio de amplia audiencia quién está detrás del negocio de la droga. No me incumbe contestar a esta pregunta en su aspecto político y sociológico. Desde la perspectiva del análisis filosófico, quisiera anotar escuetamente, como pista para la formulación de una respuesta certera, que el fomento de la droga -y de toda suerte de

experiencias fascinantes amengua la creatividad y deja a los hombres a merced de los estrategas afanosos de poder.

No se olvide que la mitad de los seres humanos que pueblan actualmente la tierra nacieron después de la segunda guerra mundial, es decir, son jóvenes. Ser joven hoy día significa pertenecer a un grupo social poderoso en diversos aspectos. Quien domine a la juventud hace -si se me permite una expresión brutal-un buen negocio, tanto en el aspecto económico como en el ético y el político. El medio más eficaz para dominar a la juventud como grupo es privarla de creatividad, de la capacidad de crear lazos sólidos y unirse en estructuras firmes. Un grupo desvertebrado es fácilmente dominable. Por otra parte, la forma más directa y contundente de anular la creatividad es fomentar las experiencias de vértigo, de fascinación y seducción. Conceder a los jóvenes las libertades necesarias para entregarse a tales experiencias equivale, pues, a despojarlos de la única libertad auténtica del hombre: la libertad para la creatividad.

Hoy se repite hasta la saciedad que la democracia es un sistema de libertades. Habría que procurar en cada caso que estas libertades no sean una cadena de oro que instaure una nueva forma de esclavitud: la de la sumisión a experiencias exaltantes que anulan la condición creadora del hombre.

Detrás del infame negocio de la droga se mueve quien tiene interés en masificar a los pueblos para manipularlos fácilmente a su antojo. El tema de la droga, como tantas otras cuestiones afines e interrelacionadas, exige un tratamiento a fondo. Analizarlo desde perspectivas parciales es azotar el mar, cubrirse de ridículo y, a menudo, contribuir involuntariamente a engrosar la columna de humo que permite emboscar las verdaderas intenciones y las metas que se persiguen a medio plazo.

Cualquier error que se cometa respecto a los temas nucleares de la vida humana provoca funestas consecuencias. Una de ellas es el cultivo, venta y consumo de drogas. No basta, por consiguiente, rasgarse las vestiduras ante estos fenómenos para sentirse exonerado de toda culpa. La droga es la punta de un iceberg en buena medida oculto. Todos cuantos contribuyamos en alguna forma al mantenimiento de éste, a su reforzamiento o al menos a su ocultamiento somos responsables de las víctimas que causa a diario este cáncer de la humanidad contemporánea.

Para advertir esto hace falta reflexionar. La reflexión se da, sobre todo, en los espacios propicios al recogimiento, ámbitos en los que es posible dejarse sobrecoger por las cuestiones que afectan al núcleo de nuestra existencia.

Lamentablemente la sociedad manipuladora actual tiende a imposibilitar estos espacios de reflexión a fin de mantener al pueblo perdido en una niebla de confusión mental y espiritual.

CUARTA PARTE

**LA VÍA HACIA
LA RENOVACIÓN MORAL**

I. LO QUE PROCEDE NO ES DISCUTIR SINO ATENERSE A LA REALIDAD

Actualmente, se advierte en ciertos medios de comunicación social muy poderosos que se están tratando temas muy delicados con una sorprendente incompetencia y superficialidad. Bajo pretexto de que no debe haber temas «tabúes», que todo puede y debe ser tratado a la luz del día, se están desmochando cuestiones que exigen un trato respetuoso. Naturalmente, todo tema puede y debe ser clarificado, pero ha de serlo con la preparación necesaria para hacerle justicia. De lo contrario, es preferible dejarlo en la penumbra. También hay que limpiar y reparar las obras maestras de la pintura que sufren la erosión del tiempo, pero líbrenos Dios de que intente hacerlo el primer exaltado que quiera verlos en su pureza primitiva. Nos quedaríamos pronto privados de una riqueza insustituible. De igual forma, los temas más relevantes de la vida humana, si son analizados de forma inadecuada, pierden su valor interno, se banalizan, se convierten en algo despreciable.

Para no correr este riesgo, ha de evitarse el intrusismo ético, el afán de dogmatizar sobre aspectos de la creatividad humana que uno está lejos de conocer a fondo. Los grandes errores se pagan a muy alto precio, y cuando tales errores son cometidos por personas o grupos dotados de poder -poder, por ejemplo, de comunicación-, el precio lo paga caro la comunidad entera. Cuando uno ha estudiado detenidamente un tema relativo al hombre, y ve a diario con qué expeditivo simplismo se lo está planteando en encuestas radiofónicas, en pseudodebates televisivos, en comentarios periodísticos, no puede menos que echarse las manos a la cabeza y desearle suerte al pueblo que es el destinatario de tales desafueros.

Uso este término porque plantear de modo inadecuado una cuestión es un acto de violencia mucho más grave de lo que puede parecer al que no lograr advertir que los grandes cataclismos de la historia proceden siempre de tergiversaciones relativas al sentido radical de la vida humana. No vale autocalificarse de pacifista si se genera violencia con guante blanco reduciendo el valor de la existencia del hombre. Los mayores peligros le vienen a éste y a la sociedad de los procesos que, bajo pretexto de progreso, no hacen sino amenguar la capacidad creadora y rebajar la calidad ética de la vida humana.

Tampoco resulta aceptable argüir que todos tenemos derecho a la libre expresión de nuestras opiniones. Uno puede disponer únicamente de la libertad que merece, la que ha conquistado mediante un largo esfuerzo. Podemos exigir a los demás que nos den

libertad a condición de que sepamos adquirir el derecho a ejercerla. Saber hacerlo es lo propio de las personas responsables.

Persona responsable es la que sabe responder a la llamada de la realidad de modo activo y comprometido. El que lo hace es una persona realista, se atiene al dictado de la realidad (sobre todo la realidad humana) y no se aferra al deseo de imponer el propio criterio. Los que se atienen a la realidad buscan la verdad ante todo y aceptan de buen grado la luz que pueda proceder de personas mejor informadas. El que se encapsula en su propio parecer defiende sus posiciones a ultranza, como cosa de honor personal.

Hoy día se observa gran rigidez en las actitudes, poca apertura de espíritu frente a quien sostiene ideas distintas. En las discusiones y debates queda, a menudo, de manifiesto que las posiciones están ya tomadas de antemano, los puentes levantados, las barreras intelectuales inamoviblemente establecidas. Ello hace inútil toda discusión, entendida como una fuente de luz.

Pongamos un caso concreto. Actualmente, hay quienes proclaman que el amor y la relación sexual son fenómenos distintos, perfectamente dissociables. Figurémonos que yo les muestro que aquí se confunde la distinción con la escisión y se reduce injustamente el amor humano a mera liberación de un impulso instintivo. ¿Cuál será la reacción de los defensores del erotismo? Muy probablemente, no prestarán un minuto de atención a mi razonamiento, por bien fundado y articulado que esté. Intentarán desentenderse de mi aportación, arguyendo simplistamente que se trata de una concepción obsoleta de la moral, un encapsulamiento en posiciones retrógradas, una fijación represiva en ciertos tabúes ya superados, y otras ocurrencias no menos sobresalientes por su profundidad.

Ante esta opacidad del pensamiento, no tiene sentido iniciar una discusión, que no podrá significar una búsqueda en común de la verdad. Lo que procede es asentar la propia posición en la realidad que es objeto de estudio en cada caso. Tal asentamiento dará fuerza de convicción a nuestras ideas, y les permitirá ejercer una función clarificadora en la sociedad.

Si queremos hacernos una idea exacta de lo que somos y de la orientación que debemos dar a nuestra vida, hemos de atenernos a la realidad y no a ideologías esclerosadas. Lo que es la realidad, por ejemplo la realidad humana, nos lo descubre la investigación en sus diversas facetas: científica, filosófica, psicológica, antropológica, sociológica, teológica...

La investigación teológica sólo tiene plena vigencia para las personas creyentes. Si hemos de encontrar una base firme sobre la cual asentar nuestra conducta privada y social, necesitamos partir todos, creyentes y agnósticos, de unas convicciones comunes. Esas

convicciones compartibles nos vienen dadas por la investigación científica, no porque su método de búsqueda sea superior en calidad y rigor al de la teología, la filosofía, la psicología y sociología..., sino porque es verificable, sometible a comprobación por todo el que conozca el lenguaje científico.

La ciencia actual -por ejemplo, la Biología-nos enseña que el hombre es un «ser de encuentro», un ser que vive como persona, se desarrolla y perfecciona fundando relaciones de encuentro. Diversos experimentos y experiencias han llevado por vía científica a la misma tesis que desde la perspectiva filosófica y religiosa habían defendido los filósofos personalistas o dialógicos al afirmar, con Buber, que «toda vida verdadera es encuentro»²⁸.

El encuentro supone una forma relevante de unidad. El ideal que debe perseguir el hombre en su vida es fundar con los seres circundantes los modos más elevados de unidad que le sea posible. Tender hacia tal ideal constituye la verdadera libertad humana, la forma auténtica de libertad interior.

Ésta es la clave del rearme moral que estamos buscando: descubrir el ideal que se ajusta a nuestro ser de hombres y orientar nuestra vida hacia él. Esta doble tarea no es fácil. Exige mucha sinceridad y poder de decisión.

II. LA GRANDEZA DEL AMOR CONYUGAL VISTO COMO ENCUENTRO

Encontrarse de verdad no es fácil, pero es posible. Veámoslo de cerca, analizando lo que implica el verdadero amor conyugal y cómo se logra.

El escritor francés Jean Guitton compartió el horror y la soledad de un campo de concentración con varios miles de jóvenes. Esta experiencia le inspiró la observación siguiente: «Son raros los espíritus que poseen un conocimiento penetrante de las potencias de la vida y una incorruptible libertad frente a ellas»²⁹. ¿De verdad son pocas las personas que conocen el sentido y el alcance del amor humano conyugal?

Se cuenta que un niño pequeño se acercó a un amiguito y le dijo al oído: «Oye, ¿sabes lo que me han dicho mis padres? Que los niños vienen de París». Y el otro, muy seguro de sí, le contesta: «¡Ah, pues tú no les digas nada. Que lo sigan creyendo...!»». Sin duda, este crío daba por hecho que estaba en el secreto de todo. Tal vez

²⁸ Cf. *Ich und du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg 1954, p. 15.

²⁹ Cf. *L' amour humain*, Aubier, París 1948, p. 11.

conozca algún detalle biológico relativo a la procreación. Pero ¿sabe cuál es el sentido de la vida sexual? ¿Qué relación tiene con el amor? ¿Qué consecuencias acarrea cuando es separada del amor personal?

En la película de Truffaut *Jim et Jules*, una joven sostiene relaciones íntimas con dos chicos. Luego se casa con uno de ellos, pero mantiene la misma forma de vida. Todo parece transcurrir plácidamente, tan plácidamente como el agua del viejo molino que han arreglado y en el que ahora viven. Pero en un momento dado, cuando todo parecía sonreír a estos tres jóvenes, uno de ellos dice una frase inquietante: «Hemos jugado con las fuentes de la vida y hemos perdido». Poco después, sin que mediara ninguna reyerta, la joven invita a su amigo a dar un paseo en coche y pide al marido que abra bien los ojos. Se mete en el coche, arranca, y, al pasar por un puente, da un giro brusco y se precipita al río. La película termina con la estampa patética del marido, que contempla cómo dos pequeñas urnas de cenizas son depositadas en sendos nichos.

Me gustaría preguntar al niño del cuento, que parece saberlo todo, por qué acabó trágicamente esta historia en apariencia tan idílica. ¿Podía haberse previsto que el movilizar frívolamente las fuerzas de la vida llevaría a la destrucción?

Claro que sí. Podía verse desde el principio que los tres jóvenes eran unos ilusos, que ese tipo de «amor» no podía durar. Pero ¿cómo puede preverse eso? Vamos a verlo. Nos interesa sobremanera aclararlo debidamente porque en la actualidad parece cundir la sospecha de que «el amor duradero es imposible». En un libro reciente, la escritora norteamericana Maggie Gallagher indica que muchos jóvenes norteamericanos rehúyen casarse por miedo a que la unión no sea duradera³⁰. En el fondo, la cuestión es la siguiente: ¿Somos unos ilusos cuando ponemos ilusión en el amor?

La garantía de que el amor perdure

La verdad es que menudean los fracasos matrimoniales. Y entre los jóvenes se extiende el temor a comprometerse de por vida. Les parece una temeridad. Y lo es si no hay garantía alguna de que el amor pueda perdurar. ¿Existe esa garantía?

Sí existe, y ésta no consiste en conocerse en el aspecto sexual antes del matrimonio, como a veces se piensa ingenuamente, y en tener una información pormenorizada de todas las cuestiones relativas al ejercicio de la sexualidad. La única garantía de que el amor perdure es que sea auténtico, que tenga la debida calidad, que no sea una caricatura. Si doy por hecho que la vida de amor se

³⁰ Cf. *Enemies of Eros*, Bonus Books, Inc., Chicago 1989.

reduce a saciar apetencias instintivas, juzgaré imposible que el amor perdure. Pero no puedo contentarme con esta idea pobrísima del amor. Tengo que descubrir que el amor es algo mucho más rico y más difícil de lograr: consiste en una forma muy alta y valiosa de unidad.

Veámoslo en concreto, siguiendo de cerca una historia de amor³¹. Juan y María empiezan a tratarse. (Para simplificar, dediquemos nuestra atención a la actitud de uno solo de ellos, por ejemplo de Juan.) A Juan le encanta María, le gusta estar con ella, conversar, acompañarla. A este gusto le llama amor. Pero, ¿de verdad ama a María? Si lo que ama, en realidad, son las cualidades de María que le resultan agradables, se ama a sí mismo, ama el halago y el hechizo que le producen tales cualidades. Si éstas desaparecen, debido a una enfermedad o a los estragos que hace el tiempo, o dejan de resultarle placenteras por el embotamiento que produce en la sensibilidad la repetición de estímulos, Juan proclamará, sin duda, que «el amor ha desaparecido».. Pero se equivoca. Él nunca amó a María; apetecía su presencia, que es bien distinto. El mero apetecer no es todavía amar. Juan puede tener un deseo vehemente de unirse con María, y piensa tal vez que la unión sexual es la forma más intensa y valiosa de unirse. Y da por hecho que tal deseo significa amor. Vuelve a equivocarse de nuevo. La avidez erótica, de por sí, no implica más que el afán de satisfacer un impulso. Yo puedo tener tal avidez y no amar a la otra persona en cuanto persona sino su capacidad de saciar mi apetito. Este tipo de amor egoísta reduce la otra persona a medio para mis fines. No me saca de mi soledad. No crea unidad. No puede llamarse amor.

Es mal comienzo iniciar la relación amorosa de esta forma insincera, falsa, inauténtica. Juan se da cuenta de ello, y me pregunta qué debe hacer para orientar debidamente su relación amorosa con María. Mi respuesta es la siguiente:

«Escucha tu voz interior, la que te dice lo que debes hacer para vivir como persona, para dar a tu vida el sentido que ella misma exige. Mira: tú eres persona, y todo lo que hagas debe tener un carácter personal. En el caso de la relación amorosa, debes dirigir la atención hacia la persona de María, no hacia el provecho que puedas sacar de su amistad. Tú sientes atracción hacia ella. Es como una llamada que experimentas en tu interior. Te ves apelado gozosamente. ¿Has pensado hacia dónde te llama esa voz? ¿Te invita sencillamente a tomar a María como fuente de gratificaciones, o te insta, más bien, a ir creando con ella una relación de intimidad personal? Evidentemente

³¹ Estos temas los trato ampliamente en las obras *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid ⁴2017; *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid ²2004; *El descubrimiento del amor auténtico*, BAC, Madrid 2012.

es lo segundo. Si reduces a María a un mero medio para tener complacencias, la rebajas de rango, la envileces. Y tal envilecimiento es injusto respecto a toda persona y mucho más respecto a la persona a quien se dice amar. Esa atracción que sientes debe ser el comienzo de una vida de amistad íntima. La intimidad personal es una forma de unión altísima que no se adquiere con el mero estar cerca y tratarse e incluso complacerse mutuamente. La relación de intimidad hay que crearla, y para ello deben cumplirse las condiciones de la creatividad».

Las condiciones de la creatividad y del encuentro

La primera condición para ser creativo es abrirse a otras realidades, porque la creatividad es dual: nadie puede ser creativo a solas. Un pianista, para ser creativo, necesita un piano. Un deportista, para ser creativo, necesita compañeros de juego. De igual modo, en la vida ética, si quiero ser creativo necesito a las demás personas. Por eso debo abrirme a ellas, pero no para dominarlas y ponerlas a mi servicio sino para fundar con ellas relaciones de respeto y colaboración. ¡Ah!, pero esta colaboración y este respeto sólo son posibles si se adopta una actitud básica de generosidad.

Hemos llegado a un punto crucial en el análisis de la vida amorosa auténtica. Amigo Juan: tú quieres a María, deseas crear con ella una relación amorosa sólida, prometedora. Si de verdad lo quieres, tienes que tomar cuanto antes una opción, de forma lúcida, voluntaria y firme: elige el camino de la generosidad, no el del egoísmo. Toma la generosidad como un ideal en tu vida. Ya sabes que el ideal no es una mera idea, es una idea motriz, una idea que encarna un valor muy alto que tú asumes como una meta en tu existencia y decide tu modo de actuar. ¿Quieres saber cómo vas a actuar si eres generoso?

El que es generoso no intenta nunca reducir de valor a la otra persona; al contrario, la ayuda a perfeccionarse. Pero hoy sabemos por la ciencia que el hombre se desarrolla como persona a medida que se va encontrando con otras personas, con instituciones, con obras culturales, con paisajes y pueblos, con la tradición, con el Ser Supremo... Por eso el hombre generoso hace todo lo que exige el encuentro. ¿Dices que amas a María? No cejes hasta encontrarte de verdad con ella. Y no olvides que encontrarse no es yuxtaponerse, es entreverar todo el ámbito de la propia vida con el ámbito de la vida de la otra persona; es ofrecerse posibilidades, enriquecerse mutuamente.

Para entreverarse de esta manera, hace falta sinceridad. Si no eres sincero, sino mentiroso o falaz, despiertas la desconfianza en

María. Esta ve que tú te manifiestas como no eres, que reservas ciertas parcelas de tu ser, que no te entregas de verdad. Esa falta de confianza le impide abrirse, hacerte confidencias, fundar intimidad contigo. Al no haber apertura, es imposible el entreveramiento y, por tanto, el encuentro.

Además de sinceridad, el encuentro exige sencillez, humildad. Si eres altanero, tenderás a tratar a María como a un ser inferior, que no puede aportarte nada valioso. Esa posición orgullosa te impedirá compenetrarte con María para enriqueceros mutuamente. Te recluirá en tu soledad prepotente. Hará inviable el encuentro.

Pero no sólo se requiere la sencillez y la sinceridad. Para encontrarse hay que intentar comprender a la otra persona, vibrar con sus deseos y proyectos, simpatizar con ella. ¿Quieres a María? Esfuérzate en ser simpático con ella, en verla desde su mundo, no desde el tuyo. Debemos ser simpáticos con todas las personas que nos rodean, pero mucho más con aquella que queremos convertir en la compañera de la vida. Esta simpatía exige sacrificio, olvido de los propios intereses y atención a la vida ajena.

Esa atención, si ha de ser clarividente, si ha de penetrar en la intimidad de la otra persona, necesita el auxilio de la imaginación. Para comprender cómo es María, cuáles son sus anhelos más profundos, qué le pide a la vida, qué espera de ti, necesitas imaginártelo. No está sencillamente ante tu vista. Debes anticiparlo con la imaginación.

Esa anticipación implica, por una parte, despego de lo que tienes a mano, de ese cuerpo adorado que deseas tal vez poseer y disfrutar y, por otra, atención a lo más profundo de la persona de María. Esta atención a lo profundo y ese despego de lo superficial constituye la libertad interior. El que es libre no elige en cada momento aquello que más le apetece; elige lo que le ayuda a realizar el ideal que adoptó en la vida. Tu ideal, querido amigo, es amar a María, fundar con ella un modo muy elevado y valioso de unidad. Si eliges lo que te lleva a ello, eres libre. Si no te dejas arrastrar por los instintos que te instan a buscar ganancias inmediatas, muestras tener soberanía de espíritu, libertad. El hombre libre no se empasta con las sensaciones agradables de cada instante; sobrevuela la vida, y opta por aquello que, aun siendo difícil, le ayuda a realizar su vocación y su ideal.

Para ello debe discernir el valor que tiene cada acción y asumir el valor superior. Es una ley de vida que, para conseguir un valor superior, debemos renunciar a valores inferiores. Esta renuncia supone un sacrificio. Tal sacrificio no implica una represión, como se nos viene diciendo al oído desde hace al menos dos siglos. Yo me reprimo si renuncio a un valor y me quedo en vacío. Si lo hago para

conseguir un valor más alto, no me reprimo, no bloqueo el desarrollo de mi personalidad; lo llevo adelante.

Mirad. Lo agradable es un valor. Juan lo advierte cada día en su trato con María. Y siente la tentación de pensar que, aumentando la dosis de experiencias agradables, va a conseguir la medida colmada del amor. Por eso tal vez desee prolongar las caricias hasta la relación sexual plena. De conseguirlo, creerá seguramente que ya lo ha logrado todo de María, y que ambos han escalado la cima del amor. Sería un error fatal, porque confundiría la saciedad erótica con la plenitud personal, y empobrecería inmensamente su vida de amor. La convertiría en un despojo.

Esto es decisivo para orientar bien la vida amorosa. Lo agradable es un valor, ciertamente. Pero su valor consiste, ante todo, en ser detector de valores más altos. Tomo un pescado fresco, y me gusta. Este gusto es un valor. Y lo es no sólo porque me agrada sino principalmente porque me asegura que tal alimento será provechoso para mi salud, que es un valor relevante en mi vida, mucho mayor que un gusto pasajero. Querido Juan: no te quedes nunca en el primer valor que encuentres. Vete más allá., busca aquello a lo que tal valor te remite. La relación cordial con la persona hacia la que sientes atracción te produce agrado y te conmueve el ánimo. Esta conmoción agradable te está revelando lo grande que es la meta del proceso amoroso; meta que es la persona amada, en cuanto persona, no sólo en cuanto haz de cualidades apetitosas. Cuando se atiende a las cualidades de una persona y no a la persona que las ostenta, se corre riesgo de abandonarla si nos defrauda en alguna medida debido a algún defecto. El principito, en el conocido relato de Saint-Exupéry, abandonó a su flor porque era vanidosa. A medida que ganó madurez y comprendió lo que era de verdad el encuentro personal, se dio cuenta del error que había cometido. Este error no lo alejó definitivamente de la flor porque su ideal era la amistad. Y, una vez que logró encontrarse con el piloto, retornó a su asteroide para encontrarse de verdad con su flor. *Los errores y los fallos son subsanables si nuestra actitud básica no es de cerrazón egoísta sino de apertura generosa*³².

Esa apertura requiere libertad interior. Hay que ser libre interiormente para poder amar con autenticidad. El que se deja arrastrar por sus fuerzas instintivas y no las ordena a la realización del gran ideal de crear una profunda unidad personal convierte los instintos en pasiones, es decir, en fuerzas indómitas que no le

³² Cf. *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York, 1943. Versión española: *El principito*, Alianza Editorial, Madrid ²1972. Un amplio comentario puede verse en mi obra *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid ³2008, pp. 197-229.

permiten adaptarse respetuosamente a lo que es y quiere ser la otra persona y a lo que es y debe llegar a ser él mismo. La sumisión a los instintos hace al hombre impaciente.

La paciencia consiste en saber esperar, adaptarse a los ritmos naturales de crecimiento de cada realidad. La intimidad corpórea puede conseguirse rápidamente; tiene un ritmo que cabe acelerar a voluntad. En un minuto es posible conseguir tal intimidad. Si Juan toma como ideal de la vida acumular sensaciones agradables y excitantes, sin duda querrá lograr cuanto antes este tipo de intimidad, que será para él conmovedora. Pero entonces su voz interior le dirá más o menos esto: no seas insensato, porque la intimidad corpórea no sólo debe tener un significado sino también un sentido. Para ti significa mucho porque te encanta. Este es el significado de tal acción. Pero su sentido consiste en ser expresión viva de la intimidad personal. Nadie necesita decírtelo. Es tu misma vertiente corpórea la que te advierte que no puede ser reducida a mero medio para el logro de unas gratificaciones pasajeras y superficiales, por halagadoras que sean. El valor que encierra este halago remite a un valor más alto: la intimidad personal. Y esta intimidad sólo se logra a través de un ritmo lento de maduración. Todo lo vivo requiere tiempo para madurar. Piensa en un grano de trigo, por ejemplo. Nadie puede llevar a sazón un grano de trigo en una tarde. Mucho más sucede esto con una relación personal. Figúrate que acabo de conocer a una persona y le digo: «De ahora en adelante seremos amigos íntimos». Ella podría contestarme con toda razón: «No tengo inconveniente en tratarle, pero la intimidad personal no se improvisa, requiere tiempo y todo un proceso». Nada más cierto. Por eso, si te dejas llevar de tu impulso instintivo y fuerzas la intimidad corpórea de María sin tener todavía intimidad personal con ella, desajustas los ritmos de vuestros seres personales, los enfrentas entre sí y agotas en agraz una amistad prometedor. En cambio, si tienes paciencia, sabes esperar a que madure la intimidad personal, a que llegue el momento en el cual ya no amas solamente el agrado que te producen las cualidades atractivas de María, sino que amas a María como persona, de tal forma que, aunque tales cualidades vayan amenguándose o incluso desaparezcan, no dejas de amarla, antes, al contrario, sigues haciéndolo con un amor más depurado, menos impulsivo y egoísta. En el seno de este amor personal, la intimidad corpórea propia del ejercicio de la sexualidad adquiere todo su sentido y su dignidad. Se pone en verdad.

Cuando se ama a una persona como persona, hay encuentro, y el encuentro hace surgir nuevos motivos para amarse. Por eso el amor perdura. El encuentro abre muchas posibilidades de unión distintas de la sexual e independientes del impulso pasional, que por

ley de vida es efímero. Al ir creando tales modos de unión, se renueva el vínculo amoroso, se lo mantiene lozano aunque vayan desapareciendo paulatinamente los motivos que suscitaron la atracción primera. Esa renovación constante es la virtud de la fidelidad, que concede al hombre soberanía sobre sus actos y lo libera de la volubilidad frívola.

Nos habíamos preguntado si hay una garantía de que el amor va a perdurar. Ya empezamos a vislumbrar la respuesta. El amor puede durar e incluso incentivarse si el que ama adopta una actitud de generosidad que conduce al encuentro. La gran riqueza de los que se aman radica en el hecho de encontrarse. De ahí que la formación para el amor sea formación para el encuentro.

Lo decisivo es, por tanto, la actitud que adoptamos respecto a la persona amada. El joven que inicia la vida amorosa debe preguntarse seriamente qué intenta él con ese amor, qué objetivo pretende alcanzar, qué ideal persigue al iniciar esa relación tan encandilante. ¿Es sólo obtener sensaciones placenteras, o es más bien crear todo un vínculo de amistad profunda?

En el congreso realizado por IUVE sobre las relaciones prematrimoniales (Madrid, 4-4-1987) un joven preguntó a los ponentes de una mesa redonda hasta dónde se puede llegar en el trato amoroso con la persona amada. Yo le hubiera contestado de esta forma: lo decisivo en este asunto no es hasta dónde se puede llegar sino de dónde hay que partir, es decir: qué actitud se debe adoptar desde el principio. Si comienzas tu vida de amor con una actitud posesiva y hedonista, si lo que deseas expresa o tácitamente es dominar y disfrutar, cualquier gesto amoroso que realices, por parco que sea, carecerá de sentido, será literalmente insensato. En cambio, si tu actitud respecto a la persona amada es de colaboración respetuosa, si tu meta no es tanto servirte a ti mismo cuanto colaborar al desarrollo personal del ser amado, te encontrarás con él, en sentido riguroso, y este encuentro te dará luz para discernir en cada momento qué acciones tienen pleno sentido para ambos y no resultan, por tanto, mezquinas sino nobles. Es noble toda acción que posibilita el encuentro porque cumple las exigencias del mismo.

Estas exigencias -veracidad, sencillez, libertad interior, paciencia, imaginación creadora, fidelidad...- son las «virtudes». Las «virtudes» eran para los latinos fuerzas, capacidades en orden al logro de la perfección personal. Cultivar las virtudes es indispensable para desarrollarse como persona. No es tarea exclusiva de quienes se consagran al cultivo de la vida espiritual. Es obligación estricta de todo ser humano, por cuanto tiene el privilegio de poder configurar su vida.

La generosidad y la adquisición de las virtudes

En este momento, Juan me preguntará, sin duda, cómo puede adquirir esas virtudes y llegar, mediante ellas, al verdadero encuentro amoroso. La respuesta es obvia: fomentando la generosidad. Este es un punto clave para nuestro tema. Todo el que quiera unirse a otra persona de forma íntima, sólida, perdurable, debe realizar acciones que incentiven la generosidad, y evitar cuanto encrespa el egoísmo. Juan desea unirse a María, y piensa posiblemente que la relación sexual le va a procurar una unión muy intensa. Intensa en el sentido de excitante y halagadora, muy posiblemente; pero esa unión conmovedora ¿es de por sí fecunda? ¿Da lugar a un modo de unidad robusto, generoso, perdurable? Los seductores lo afirman, juran amor eterno cuando desean saciar su avidez erótica, pero, una vez logrado su propósito, no dudan en alejarse y afirmar lo mismo a la próxima amante. Para el que tiene como ideal en la vida acumular sensaciones agradables la palabra «amor» no significa más que apetito, y el objeto apetecido no tiene otra función y otro valor que el de colmar un deseo. *Considerar un mero deseo y una mera apetencia como auténtico amor es un espejismo siniestro.*

Quiero recordar un caso real. Tras un largo noviazgo, dos jóvenes se casan. Parecen estar muy unidos y todo marcha bien. Pero un mal día el marido le dice a la mujer: «Me voy, porque en realidad a quien amo es a una compañera del trabajo». ¿De verdad la ama? ¿O está fascinado por su juventud y por la mayor rentabilidad que obtiene egoístamente de la relación sexual con ella? Si entiende el «amor» como un medio para procurarse sensaciones placenteras, puede afirmar que «ama» a esa persona. Pero, al hacerlo, empobrece la idea de amor hasta límites ridículos, porque pierde de vista lo que el amor tiene de más grande: su condición generosa y creativa. El que comete ese atropello ¿puede esperar que el amor sea perdurable?

Para evitar estos graves errores, no debemos confundir la intensidad de una unión con su fecundidad. La unión sexual tiene un carácter embriagante y, por tanto, empastante; te saca de tus casillas y parece unirte de modo muy profundo. Pero es posible que con quien te unes de verdad es con tu afán de concederte la máxima dosis de halago. El instinto siempre pide más y más. Pide para uno mismo. Por eso, cuando se toma como una meta el saciar las pulsiones instintivas, acaba uno obsesionándose con los propios intereses y encerrándose en la soledad del propio yo. Todo tipo de placer biológico es individualista, cerrado. No es comunicable. Puede darse simultáneamente en dos personas, pero cada una lo vive a solas.

De ahí que, en la vida amorosa, buscar lo agradable de forma exclusiva encierra al hombre en su soledad y, consiguientemente, amengua la generosidad y aviva el egoísmo. Este egoísmo nos hace crueles, implacables en la búsqueda de más goces. Si estoy plegado sobre mí y sólo busco saciar mis apetencias, estaré a tu lado en cuanto satisfagas mi avidez. Cuando dejes de realizar esa función, te abandonaré incompasivamente. Seré muy complaciente mientras me sirvas para mis fines. No tendré el menor miramiento en cuanto necesite buscar otros recursos para conseguir mis metas. Esta actitud raquílica, elemental y ruin es inspirada por el egoísmo. El egoísta se mueve por intereses. Se repliega avaramente sobre sí mismo. Rehúye el darse porque teme perderse si se entrega a alguien que está fuera de él. Y lo está cuando todavía no hay encuentro.

En cambio, el hombre generoso no teme descortezarse confiadamente para injertarse en otra persona y enriquecerse con su savia, como sucede con las plantas. Por eso vibra con la vida de la persona amada, con sus problemas y sus cuitas. Esta vibración implica ternura y simpatía.

Esta actitud abierta y simpática concede al hombre generoso una gran amplitud de miras. El que es generoso da importancia a las tendencias instintivas y al agrado que le puedan reportar, pero no las autonomiza, no las toma como una meta; las conjuga con las energías que proceden de los ideales, sobre todo del gran ideal de la unidad. Sabe que los instintos humanos no se cierran sobre sí mismos. Por eso los engarza en la gran tarea de fundar modos verdaderos de encuentro.

Todo lo dicho nos permite prever que Juan y María, si son generosos, se tratarán con ternura personal, no con mera efusividad erótica. La efusividad erótica reduce la otra persona a cuerpo halagador. La ternura personal toma los gestos corpóreos como expresión viva del afecto a la persona. En consecuencia, el que se muestra tierno de esa manera nunca realiza nada que pueda dañar al ser amado. Y no hay nada que produzca más daño espiritual y más desagrado que observar que una acción íntima carece de sentido personal por ser reducida a medio para lograr una satisfacción pasajera. No olvidemos nunca que cada forma de relación corpórea que establezcan dos personas debe expresar el grado de intimidad que han logrado entre ellas. Dar la mano, abrazar, besar, tener relación sexual... son gestos expresivos que deben responder, por este orden, a modos cada vez más profundos de intimidad. Si no existe tal grado de intimidad, carecen de sentido. Es insensato realizarlos.

Cómo incrementar la generosidad

Pero entonces -me preguntará Juan- ¿qué debo hacer para intensificar mi unión personal con María de modo que pueda haber garantía de que nuestro amor perdure? Mi respuesta es clara: realizar todo aquello que te haga más generoso para con ella, menos cerrado en tus intereses, menos polarizado en torno a tu yo. No olvides nunca que, si quieres poseer a María como una propiedad, o la consideras como un medio para tus fines, no puedes crear una relación de encuentro con ella. El encuentro es posible entre personas, no entre una persona y un objeto, porque el encuentro pide colaboración, enriquecimiento mutuo. Al no ser creativo, no puedes ser fiel, porque ser fiel no significa aguantar, significa estar creando en todo momento lo que uno prometió crear un día. Para ser fiel hay que ser creativo, y para ser creativo se debe adoptar una actitud básica de generosidad.

Por eso, los que realizan ciertas campañas de «información sexual» debieran pensarlo mil veces antes de reducir la vida sexual -- como se está haciendo-- a mera fuente de gratificaciones individuales egoístas. Porque orientar a un niño y a un joven hacia un ideal de egoísmo es cegar en él toda posibilidad de cumplir las exigencias de la actividad creativa, exigencias que se condensan en una básica: la actitud de generosidad.

Esta actitud generosa debemos mostrarla en cada momento de la vida cotidiana. Imagínate que una tarde de domingo te apetece ir al cine con María, o al campo, o incluso a algún lugar donde puedas disfrutar de su compañía a solas. Piensas que, al hacerlo, le pruebas tu amor y lo avivas todavía más. Pero, a última hora, María te dice que tiene un familiar enfermo y le agradecería ir a visitarlo. En principio, te contraría el cambiar de plan. Pero sé generoso, no pienses en ti sino en ella, y en la buena obra que podéis realizar juntos. Acompáñala de buen grado, haz la visita con ternura y simpatía, sin mostrar mal humor por el sacrificio que estás llevando a cabo, y al final verás que vuestra unión ha salido inmensamente fortalecida. Comprobarás por ti mismo con gozo que amarse no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en una misma dirección valiosa³³. Grabemos bien esta idea, que es una clave para toda la vida de amor: Nada une tanto a dos personas como hacer el bien en común.

Cuando dos novios se acostumbran a unirse a través de algo valioso en que ambos participan, se hacen muy comprensivos mutuamente,

³³ Añado este adjetivo a la conocida frase de Saint-Exupéry para otorgarle su sentido pleno.

pues se despegan de sus apetencias particulares, de sus planes e intereses; aprenden a no imponerse gratuitamente, a saber ceder si es necesario, a respetar la personalidad del otro; se esfuerzan en estimar y asumir los valores que la persona amada considera como la fuente de su obrar y el sentido de su vida. Esta actitud une muchísimo.

La decisión de casarse

Éste es el auténtico noviazgo: el que se consagra a elevar la atracción del principio al rango de verdadero amor, de amor personal. Una vez que Juan ama a María como persona, advierte que su amor ha madurado y presenta una condición sobresaliente: es incondicional y desinteresado, no depende ya de las cualidades que prendieron la atención en un primer momento.

Cuando esto sucede, llega el gran momento de la decisión, porque Juan no teme ya comprometerse. Y lo hace con la seguridad de quien ha sabido y querido optar por lo más valioso: «Yo te quiero a ti, María, en toda circunstancia, favorable o adversa, y estoy decidido a desarrollar mi vida a una contigo, y configurarla mediante un proyecto común».

Esta decisión lleva consigo todos los sentimientos que suscita el encuentro: alegría, entusiasmo, paz, amparo, júbilo festivo... Pero ella, la decisión, es un acto de la voluntad. En él se compromete la persona entera. Tal compromiso confiere al joven una gran madurez porque lo hace responsable. Juan responde a la oferta de amistad que le brinda María y se hace responsable de lo que tal respuesta implica: la formación de un hogar.

Esta madurez les permite a ambos, María y Juan, acceder a la boda con garantía de éxito, tanto si la realizan en el juzgado como en la iglesia. Pero hay una diferencia entre ambas formas de casarse. En el juzgado se promete cumplir las leyes que regulan la vida matrimonial, mas no se alude a la calidad de la forma de unión que se va a crear. En el matrimonio religioso, en concreto el cristiano, los novios prometen que van a esforzarse en fundar un modo de unidad cada día más valiosa, de suerte que vaya asemejándose lo más posible a la unidad que tenía Jesús con el Padre y con los hombres; una unidad de condición tan alta que le llevó a dar la vida por amigos y enemigos. Al unirse dos jóvenes de esta manera, se convierten en portavoces de todo el universo. El mundo fue creado por amor, y debe volver a su origen, que es Amor. Toda realidad, al existir conforme a su naturaleza, está inmersa en este círculo amoroso. El astro, al recorrer su órbita, da testimonio del amor del Creador, pero no lo sabe. Y lo mismo la flor, al expandir su perfume. Quien lo sabe

es el hombre. El hombre sabe que la gran meta de su vida, su ideal, su vocación más honda como hombre es crear las formas más valiosas de unidad y retornar así, consciente y libremente, al Creador, que se define como Amor. Al prometer que van a instaurar entre ellos ese modo altísimo de unión que es un hogar, los novios dan voz a todas las realidades del universo y cierran el circuito de amor iniciado en la creación. En cambio, el que rompe la unidad entre los seres humanos y con la naturaleza provoca un cortocircuito en el universo, y esto es muy grave.

El matrimonio, escuela de amor auténtico

Pero Juan y María han apostado por el verdadero amor y ya son esposos. Ya están en la gran escuela del buen amar que es la vida de matrimonio. Para adquirir la alta sabiduría que supone el amar bien, Juan y María deben orientarse conjuntamente hacia el ideal de la unidad y la entrega generosa, no hacia el ideal de la posesión. Al hacerlo, renuncian a la libertad de maniobra. En adelante, no podrán maniobrar a su antojo, configurar su vida por su cuenta. Deberán acompasar su ritmo, vivir dualmente. Hay quien dice que con ello pierden toda su libertad. ¡Qué error! Imagínate a un pianista y a un violinista que se ponen a tocar, por ejemplo, la Sonata a Kreisler del gran Beethoven. No pueden tocar a su aire, deben ajustar el tempo, empastar el sonido, estar pendientes en todo momento el uno del otro. Parecería que han perdido la libertad de tocar a su gusto. Ciertamente, tienen que renunciar a alguna parte de su individualidad. Pero, al oír esa obra prodigiosa, fruto de tal renuncia, ¿quién será tan ciego que entienda ese sacrificio como una pérdida de libertad?

De modo análogo, los casados renuncian a una forma de libertad elemental -la «libertad de maniobra»- para ganar la forma suprema: la libertad para ser creativos, para crear en común un hogar y realizar el milagro de dar vida en él a nuevos seres. ¿Hay algo más grande en la vida que un hogar, un «focus», un lugar donde arde el fuego del amor oblativo? Para crear algo tan valioso, hay que tener una libertad interior que sea capaz de superar el apego a los propios intereses. Esa libertad supone una gran elevación de espíritu. Esa elevación la conseguimos cuando nos dejamos inspirar por un gran ideal. Si nos dejamos arrastrar por los instintos, ahogamos la libertad, perdemos nobleza de ánimo, nos hacemos mezquinos. Tender al ideal del encuentro nos da ilusión. Tomar como ideal la satisfacción erótica nos hace ilusos.

Pero alguien puede decirme: «¡Quédate tú con esa fecundidad y grandeza del amor personal. Yo quiero las sensaciones vivas, puras,

independientes de toda labor creativa. Me basta con lo que tiene el amor de placentero, de excitante, de aventurero... ». Amigo, las cosas no son tan fáciles. Tú no puedes renunciar a crecer. Crecer, desarrollarse es ley de todo ser vivo. Todos los seres dan de sí lo que les exige su realidad. Las plantas y los animales lo hacen automáticamente. Sólo el hombre tiene el privilegio de hacerlo conscientemente y libremente. Tu realidad misma te pide que crezcas, que desarrolles debidamente todas las posibilidades que ella te brinda. No es opcional el crecer o no crecer, el tener madurez, el amar de verdad, el hacer el bien. Tú y yo tenemos derecho a optar por unas posibilidades u otras, pero no para empobrecer nuestra personalidad y achicarla y hacerla mezquina. No hace falta que nadie te mande ser auténticamente libre y darle a tu vida de amor el carácter de encuentro que le corresponde. Tu voz interior te lo ordena, porque es una exigencia de tu misma realidad personal.

Cuando ciertas personas y grupos sociales nos invitan a entregarnos a las gratificaciones inmediatas, sin preocuparnos de crear formas elevadas de unidad, puede parecer que nos brindan una felicidad fácil, a la medida de quienes no tienen vocación de héroes. De hecho, nos tienden una trampa mortal, porque el hombre sólo tiene equilibrio y felicidad si integra las diversas energías de que dispone: las que proceden de los instintos y las que vienen de los ideales. El que deja rienda suelta a las primeras y no moviliza las segundas queda expuesto a toda suerte de extremismos destructores porque la sensibilidad es insaciable.

Las tres grandes tareas del noviazgo

Como clave de bóveda que aúne todo lo antedicho, yo me permitiría hacerles a Juan y María una última recomendación cordial. Estáis comenzando ilusionados a descubrir el mundo del amor y queréis tener una garantía de que éste va a perdurar. Hay una forma segura de conseguirlo. Pensad a qué tipo de amor estáis llamados. No os quedéis cortos. Tomad como ideal una forma de amor muy valiosa, y entregaos a ella. No os contentéis con simulacros. Los deseos no son el canon de nuestra conducta, y resultan perturbadores si se desligan de nuestro ideal. Vivid con ilusión el ideal del encuentro. No toleréis que nadie empobrezca vuestra vida futura al reducir el amor a mero erotismo. El amor está destinado a ejercer una función importante en vuestra vida. Si entendéis bien el amor, vuestra vida tendrá pleno sentido. Y tener sentido es decisivo para ser feliz.

Si queréis ser felices en vuestra vida de relación, no perdáis el tiempo del noviazgo en bagatelas. Consagradlo a realizar estas tres tareas:

1. Ejercitar la inteligencia, y hacerse una idea cabal de lo que es el amor humano.

2. Fortalecer la voluntad, y aprender a ser libres y optar en cada momento no por lo que más nos apetezca sino por lo que mejor nos conduzca a la realización del ideal. Esta libertad debemos conquistarla día a día. Nadie puede dárnosla.

3. Afinar la sensibilidad para los grandes valores y cultivar los sentimientos más nobles.

Una vez avivada la sensibilidad, fortalecida la voluntad y clarificada la inteligencia, veréis con suma claridad que la sexualidad adquiere toda su expresividad, su sentido y su valor cuando va unida a una amistad sólida y fecunda. Tomada aparte, se convierte en una energía seductora que amengua al máximo la propia libertad para ser creativo. Queda patente que la investigación ética no tiene por fin aguar la fiesta de la vida mediante prohibiciones y normas; intenta hacer posible la única forma de fiesta auténtica, que es la que procede del encuentro, el modo más valioso de unidad que puede fundarse entre personas.

A la luz de tal investigación, se comprende que la tarea esencial del noviazgo no es adelantar las prácticas sexuales del matrimonio sino dejarse atraer por el inmenso valor que encierra el amor verdadero, el oblativo, el generoso, el que gusta más de dar que de recibir.

Este tipo de amor es capaz de entusiasmaros al máximo porque nos eleva a un nivel muy alto de bondad, de belleza y creatividad. En ese nivel no existe otro lema de acción que éste: «Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor». Si seguimos este consejo de San Juan de la Cruz, tendremos una garantía de que nuestro amor va a perdurar y a ser inmensamente alegre. Porque, como decía el gran Bergson, «la alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado». Y no hay mayor triunfo que amar de verdad. Vivir un amor de gran calidad, un amor incondicional y duradero, es posible, es necesario, es ilusionante, es bellísimo.

Esta honda belleza resplandece en la institución familiar, como lugar nato de creación y despliegue de la vida humana.

El futuro de la familia y el ideal de la unidad

La confusión de lo que exalta y lo que exulta, lo que seduce y lo que enamora, lo que despeña en el vértigo y lo que eleva al éxtasis supone la mayor trampa que se tiende actualmente al hombre contemporáneo. Si se cae en ella, la familia no tiene futuro, porque el hombre pierde la sensibilidad para los valores, sobre todo el de la unidad. Las experiencias de vértigo no unen al hombre con la realidad en torno. La relación amorosa no es sino un «canje de soledades» cuando se reduce a relación erótica por responder a un mero intercambio de intereses. Tú estás en tu soledad, yo en la mía; tú en la ciudadela de tu egoísmo, yo en la del mío. Nos tratamos en tanto en cuanto tenemos algo que ofrecer y nos regimos por el lema «tanto vales cuanto tienes».

El futuro de la familia pende de que sepamos distinguir con toda precisión los procesos de vértigo y los de éxtasis, y comprendamos que el vértigo satisface de momento nuestro afán de dominio pero nos deja desvalidos, y en cambio el éxtasis exige de nosotros desprendimiento y generosidad y al final nos otorga el definitivo amparo. ¿Hacia dónde encaminaremos nuestra vida: hacia la exaltación del vértigo o hacia la exultación del éxtasis? Depende de la meta que persigamos en la vida, del ideal que oriente nuestra existencia. Durante toda la Edad Moderna, el hombre occidental orientó su vida hacia la meta de dominar para poseer y poseer para disfrutar. Este ideal le reportó grandes éxitos, pero le condujo a la hecatombe física y moral de la primera guerra mundial. Este hundimiento provocó en su ánimo una insufrible inseguridad. En esta situación de desvalimiento, el hombre pudo tomar dos vías: 1) cambiar de ideal y buscar amparo en la creación generosa de modos relevantes de unidad con los demás; 2) no cambiar de ideal y hacerse la ilusión de que el aumento del dominio sobre cosas y personas concede al hombre la seguridad perdida. Esta falsa ilusión condujo a la segunda guerra mundial.

A más de medio siglo de distancia de la primera gran guerra, nos encontramos hoy en la misma situación anímica de crisis. Estamos en una encrucijada: Podemos seguir proyectando la vida a impulsos del viejo ideal del dominio y encaminarnos hacia la destrucción, etapa final de todo vértigo; podemos adoptar como norte en la vida el ideal de la creatividad y la unidad. Si nos decidimos a realizar este giro espiritual, cambiaremos nuestras actitudes ante las realidades del entorno: no tenderemos tanto a dominar para poseer cuanto a crear en común algo valioso. Tú no serás para mí un objeto, por admirable que lo suponga, sino un posible compañero de juego. Al cambiar las actitudes, se altera la idea que tenemos de la realidad.

Una persona no será vista como simple objeto sino como centro de iniciativa, fuente de posibilidades, ser dotado de una vocación y una misión que debe cumplir. El pan ya no será considerado como el producto de un proceso de fabricación sino como el fruto de un múltiple encuentro. Al configurar esta idea relacional de realidad, se alumbran los símbolos, y se carga de sentido el lenguaje bíblico y litúrgico. Con ello, se hace posible pensar con rigor, y se agudiza el poder de la mente para descubrir las diferentes posibilidades creativas que tiene el hombre en su vida. De esta forma nos inmunizamos contra la manipulación, sobre todo contra el empeño demagógico de lanzarnos a las experiencias fascinantes de vértigo, y nos disponemos para vivir una vida en plenitud.

Esta preparación nos dispone para colaborar en la edificación de un Nuevo Humanismo, de una época que asuma los mejores logros de la Edad Moderna y evite sus abisales riesgos. En esta época inspirada en el ideal de la unidad, las formas genuinas de comunidad humana se hallarán en su elemento. El futuro de la familia viene condicionado por la instauración de este nuevo Humanismo de la creatividad y la unidad.

La defensa de la institución familiar tiene que hacerse hoy día por vía de elevación. No basta tomar medidas coyunturales, como son el protestar por las cargas de fondo que se le dirigen desde uno u otro ángulo de la sociedad y por las dificultades que se ponen en el camino de su realización cabal. Hay que operar toda una renovación personal y social, y ésta debe acometerse radicalmente, mediante el cambio del ideal que orienta nuestra vida. El ideal más fecundo es el de la unidad, de los modos más altos de unidad. Vista en sus formas más relevantes, la unidad no es un medio, es una meta en la vida. Jesús puso toda su vida a la sola carta de fundar unidad, la más alta y generosa, con el Padre y con los hombres, los amigos y los enemigos. El Cristianismo es el intento renovado de realizar este género de unidad. Por eso respeta y fomenta la vida de familia, que es el hito primero y primario de la marcha del hombre hacia los modos de unidad que estructuran su vida y la colman de sentido.

III. CÓMO DESCUBRIR LA GRANDEZA DEL AMOR AUTÉNTICO³⁴

Actualmente se está realizando en diversos países una intensa propaganda en favor del puro erotismo, la búsqueda de sensaciones

³⁴ Este breve trabajo fue escrito para presentar a los lectores mi obra *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid ⁴2017. Lo incluyo aquí por estimar que su interés no es meramente circunstancial.

placenteras, con total indiferencia hacia el amor personal y cuanto implica de compromiso, entrega y fecundidad. En general, los espectáculos suelen cantar loas a este género de «amor». Pero incluso se lo defiende a menudo en el plano teórico a través de escritos y espacios radiofónicos y televisivos bajo pretexto de impartir «información sexual». De ordinario, no se trata de tal información sino de simple incitación a una forma depauperada de sexualidad. Aunque fuera verdadera «información sexual», se cometería un grave error al no vincularla con una verdadera «formación para el amor». Grandes profesionales de la psicología y la psiquiatría, como Rudolf Affemann y Viktor Frankl, subrayan con energía que tal información, ofrecida a solas, resulta contraproducente incluso para la misma sexualidad que se quiere exaltar.

La vía adecuada para acertar en el estudio de un tema tan delicado como éste es acudir a la investigación científica y filosófica más cualificada del momento actual. En los últimos decenios, la biología, la antropología filosófica y la ética han progresado de forma espectacular en el estudio de lo que es el ser humano, cómo se constituye y desarrolla, cuáles son las leyes o constantes que rigen tal desarrollo... Si nos atenemos a los resultados de esta investigación, y no a las «ocurrencias» de uno u otro autor de moda, nos encaminamos por la senda debida.

La primera medida que hemos de tomar al iniciar el estudio de esta cuestión es superar el pesimismo y el desánimo. Ciertamente que el poder de los manipuladores que hacen pasar el erotismo -que es un «vértigo»- por auténtico amor -que es «éxtasis»- parece avasallador³⁵. Es como un alud que se nos echa encima y frente al cual sólo podemos huir. Por fortuna, no es del todo exacta esta impresión. La fuerza seductora de los manipuladores es inmensa cuando el pueblo se halla desvalido, desprovisto de claves certeras de interpretación de la vida. Se amengua muy notablemente si el nivel cultural de la gente se eleva. Tal elevación se consigue rápidamente si se tratan los grandes temas de la existencia con hondura y claridad, de forma que todas las personas, incluso las no preparadas académicamente, puedan comprenderlos por dentro, por cuenta propia, y ganar poder de discernimiento.

Prueben a hacer lo siguiente. Ábranle los ojos a los jóvenes, explicándoles que el manipulador es un ilusionista de conceptos que promete cotas nunca igualadas de libertad a las gentes y les quita dolosamente la única auténtica libertad humana, que es la libertad para ser creativos. Háganles ver con claridad lo que es el proceso de

³⁵ El tema de los procesos de «vértigo» y «éxtasis» lo trato con mucha amplitud en las obras *Inteligencia creativa*, o. c., y *Vértigo y éxtasis*, o. c.

vértigo y el de éxtasis, y verán cómo advierten por sí mismos que los manipuladores, al lanzarlos hacia el vértigo del erotismo, no intentan hacerlos felices sino amenguar al máximo su poder creador, y tornarlos de esa forma tan débiles espiritualmente que sean presa fácil de los afanosos de poder.

El método de exposición

Una vez que se pone alerta al joven ante el riesgo de la manipulación, hay que ayudarlo a liberarse de ciertos prejuicios que le impiden descubrir la riqueza del amor personal. Entre ellos se cuenta, por ejemplo, la tendencia a considerar muchos esquemas como «dilemas» y no como «contrastes». Este malentendido destruye toda posibilidad creadora en el hombre y, por tanto, la capacidad de fundar vínculos de amor auténticos. Para ser creativo tengo que abrirme a las realidades del entorno. A solas no puedo fecundarme ni en el aspecto biológico ni en el espiritual. Es ley de vida. La creatividad es dual, exige dos o más realidades que se entreveren fecundamente. Ahora bien, si doy por hecho que el esquema «dentro-fuera» es un dilema, y estimo que las realidades que me rodean se hallan «fuera» de mí, y me son no sólo distintas sino también distantes, externas, extrañas y ajenas, no puedo unirme a ellas con una unidad de encuentro, que es la única que crea algo valioso³⁶.

Si queremos salvar el poder creativo del joven e incrementarlo, debemos hacerle ver tempranamente que el esquema «dentro-fuera» es un dilema cuando entre el hombre y las realidades circundantes no media una relación creativa. Tú eres distinto de mí, y distante, externo y extraño, porque nuestras vidas discurren por caminos distintos. Pero ¿lo será siempre? Aquí está lo decisivo. Hubo pensadores que lo han estimado así. Pero, afortunadamente, no es exacto. Adoptemos una actitud creativa entre nosotros, entremos en relación de trato amistoso, y llegará un momento tal vez en el cual, sin dejar de ser distintos, dejemos de ser distantes, externos, extraños y ajenos para tornarnos íntimos. La intimidad brota entre dos personas cuando crean un campo de juego común. En este campo de juego, el dentro y el fuera, el aquí y el allí pierden su carácter distanciador para constituir un espacio de intercambio muy fecundo.

Al entender el esquema «dentro-fuera» no como un «dilema» -cuyos términos se oponen-, sino como un «contraste» -cuyos términos se complementan-, nos liberamos del error de pensar que toda norma o precepto que nos haya sido sugerido «de fuera» se

³⁶ Véase el capítulo 3 de mi obra *El amor humano*, o. c., pp. 55-67.

impone a nuestra voluntad coactivamente. Esta idea resulta extremadamente perturbadora sobre todo para los jóvenes, que por ley de vida tienden a afirmar su libertad y su independencia frente al entorno. Es ineludible, por ello, advertirles que toda norma -o precepto-tiene por meta última desarrollar plenamente la vida personal de quien la asume como algo propio. Lo decisivo es comprender adecuadamente qué significa asumir una norma como una voz interior. Los jóvenes deben afinar su sensibilidad para advertir que los preceptos y normas vienen a ser en realidad exigencias del propio ser³⁷.

Además de este prejuicio y otros semejantes que debemos delatar, existe hoy en muchos jóvenes un malentendido grave que puede tornar imposible el ascenso al verdadero amor. Se da por supuesto que entender el amor como una entrega generosa, comprometida de por vida, abierta a la creación responsable de nuevas vidas personales, constituye una meta utópica, bella sin duda pero irrealizable. Lo único posible en el mundo actual -se piensa-es atenerse al pájaro en mano de las sensaciones placenteras, huidizas, ajenas a todo compromiso y responsabilidad. A esta entrega «irresponsable» a las ganancias inmediatas se la considera como una «actitud lúdica», olvidando cuanto la investigación actual nos enseña acerca del carácter creador del juego, rectamente entendido.

Para salvar este obstáculo, urge hacerle ver a los jóvenes que la atención a las gratificaciones inmediatas carece de toda fecundidad, no funda encuentro, no desarrolla al hombre, más bien lo bloquea. Le produce euforia, pero lo sume en la decepción y tristeza. Conviene invitar a los jóvenes a ejercitar la capacidad de distanciarse alguna vez de sus intereses inmediatos con vistas a realizar alguna acción valiosa. Ello les permitirá descubrir la verdadera libertad interior, es decir, la capacidad de elegir en cada momento no en virtud de las apetencias particulares sino del ideal que uno se ha propuesto en la vida³⁸.

El ideal no es una mera idea; es una idea motriz, porque encarna un valor que para nosotros se ha convertido en meta. Todo en la vida pende de nuestro ideal. Si acertamos con el ideal que responde a nuestra condición de seres humanos, tendremos una energía insospechada para cumplir las exigencias que nos plantea. Esas exigencias vienen a ser las «virtudes»: la veracidad, la apertura de espíritu, la magnanimidad, la fidelidad...³⁹

El hombre atendido a sus solas fuerzas no puede realizar en la vida el amor auténtico. El hombre, unido al ideal adecuado a su

³⁷ Cf. o. c., cap. 6, pp. 105-127.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ Cf. o. c., cap. 5, pp. 85-105.

dignidad -a saber: el ideal de crear en la vida las formas más altas de unidad, que vienen dadas por el encuentro- posee una fuerza asombrosa, que se traduce en tenacidad, fidelidad, imaginación creadora..., todas las condiciones necesarias para conservar el amor e incrementarlo. No debemos olvidar esto: si se adopta en la vida matrimonial una actitud creativa, surgen al hilo de la vida conyugal mil motivos nuevos para amarse. Esos motivos suplen con creces los motivos iniciales -tal vez demasiado impulsivos, poco maduros- y hacen perenne el amor. Amar con condiciones destruye el amor en su raíz. El amor verdadero vence el espacio y el tiempo. Es incondicional.

Lo decisivo es descubrir la riqueza del amor personal

Cuando una persona se libera de prejuicios y malentendidos, y se abre al gran valor de la unidad, y se deja imantar por él, adquiere una gran luz, descubre el esplendor que irradia todo acto creador de vínculos valiosos. Cuando dos personas se unen en matrimonio, algo grande acontece en el universo, porque, bien entendida, la unidad que prometen crear presenta una altísima calidad. No prometen sólo vivir juntos, sino fundar un encuentro cada día más perfecto. Esto sucede ya en el matrimonio civil. En el religioso se agudiza al máximo esa tensión hacia lo alto.

Como ya hemos sugerido, Dios creó el mundo por amor, hizo a los hombres libres para que puedan volver voluntariamente a su origen y darle gloria. El astro da gloria a Dios al recorrer su órbita, la flor al expandir buen olor, el animal al crecer y propagarse... Dan gloria al creador, pero no lo saben. Quien lo sabe es el hombre, tú y yo. Nosotros sabemos que damos gloria al Creador al ser fieles a nuestro destino, que es fundar modos valiosos de unidad. Al unirnos de verdad unos a otros y a Dios, nos insertamos activamente en el gran circuito del amor creador.

Al hacerlo, retornamos a nuestro origen, nos ponemos en verdad, alcanzamos pleno desarrollo y autenticidad, y con nosotros el universo entero, al que damos voz. Las flores que la novia lleva en sus brazos y que adornan el templo, los cirios que iluminan y dan calor, los metales que ofrecen al acto litúrgico su expresiva reciedumbre, el mismo espacio arquitectónico, con sus estructuras y su capacidad acogedora, todo queda ensamblado en una corriente de regreso al Creador, y adquiere de esa forma su pleno sentido y su belleza.

Vivir el amor personal no es fácil, requiere aprendizaje y esfuerzo. Pero vale la pena. Nos llena de gozo y de luz.

Claves de interpretación de la vida humana

Para lograr que la liberación de prejuicios y malentendidos y el descubrimiento de la grandeza del amor personal adquieran solidez en el espíritu del joven es necesario facilitarle claves certeras de interpretación de la vida humana. En la obra *El amor humano* se ofrecen muy diversas claves. He aquí algunas:

- Para alcanzar un valor superior hay que renunciar a otro inferior. Tal renuncia no significa una represión sino una jerarquización de valores⁴⁰.
- Lo agradable y placentero encierra un valor. Este remite a otro valor más alto. Quedarse en el inferior va contra una exigencia de su mismo ser. Es como saludar a una persona y retener la atención en las condiciones sensibles de su mano: calor o frío, suavidad o aspereza... Destruye el sentido de tal gesto⁴¹.
- Confundir la euforia del vértigo con el entusiasmo del éxtasis supone identificar un proceso espiritual que destruye con otro que construye. Es un error de graves consecuencias⁴².
- El pudor no indica gazmoñería sino voluntad de no dejarse poseer como un objeto. Es la salvaguarda de la dignidad personal. La pornografía se halla bajo mínimos en el aspecto cultural, pues reduce algo valioso a mero pasto de la curiosidad erótica. El erotismo es violento -aunque parezca tierno-porque desgaja la sexualidad de los otros tres elementos que integran el amor conyugal y la reduce a medio para procurarse gratificaciones pasajeras⁴³.
- No hay nada que una tanto a las personas como hacer el bien en común. Es falso pensar que la unión sexual es indispensable para manifestarse el amor en el noviazgo. Hay muchas formas de incrementar el amor sin necesidad de saciar la avidez sexual⁴⁴.
- -La ética no frena nuestro dinamismo personal; lo encauza para que tenga la mayor eficacia posible⁴⁵.

Éstas y otras claves permiten clarificar a fondo el proceso amoroso. ¿Cree usted que hoy se está depauperando el amor, y

⁴⁰ Cf. o. c., cap. 8, pp. 147-165.

⁴¹ Cf. o. c., cap. 10, pp. 185-205.

⁴² Cf. o. c., cap. 4, pp. 67-85.

⁴³ Cf. o. c., cap. 9, pp. 165-185.

⁴⁴ Cf. o. c., cap. 11, pp. 205-229.

⁴⁵ Cf. o. c., cap. 5, pp. 85-105.

quiere hacer algo para recuperar su grandeza y dignidad? ¿Es usted padre de familia o profesor o catequista y siente dificultad en abordar con precisión el tema de la formación para el amor? ¿Es usted joven y tiende a pensar que los mayores intentan imponerle unos criterios de acción que no le afectan por ser propios de generaciones pasadas? Asimilen las claves que se ofrecen en la obra citada, y verán cómo adquieren una capacidad sorprendente para comprender lo que es el amor humano y transmitirlo a los demás. Con ello, su vida y su actividad se enriquecerán y experimentarán uno de los gozos mayores de la vida: el de saber dar cuenta cumplida de los grandes valores en que asentamos nuestra existencia.

La formación en la creatividad y en los valores

La formación para el amor implica poner en forma la capacidad de crear vínculos personales. Si queremos formar a los jóvenes para el amor, hemos de cultivar su creatividad. No puede dejarse al azar el crecimiento de los jóvenes en poder creador. Éste ha de ser cultivado cuidadosamente.

Este cultivo comienza cuando se afina la sensibilidad de los jóvenes para captar los distintos valores, precisar el rango de cada uno y jerarquizarlos, es decir, conceder la primacía a los más altos sobre los más bajos. Conceder la primacía a un valor supone asumirlo activamente en la propia vida, responder a su apelación. El valor no sólo existe; se hace valer, pide ser realizado. Cuando uno responde positivamente a esa petición, se hace responsable. Ser responsable presenta dos aspectos: ser capaz de responder a la llamada de los valores, y responder del fruto de tal respuesta.

Este doble tipo de responsabilidad decide la madurez de la persona, porque otorga al hombre libertad interior. Es decisivo que los jóvenes adviertan la profunda conexión que se da entre los valores, la creatividad, la prontitud para responder a lo valioso, la madurez personal, la libertad interior. Esa visión sinóptica descubre al joven un aspecto decisivo de su vida, a saber: que para desarrollarse cabalmente como ser personal debe «encontrarse» con diversas realidades, no recluirse egoístamente en la soledad de su yo. A solas no podemos ser creativos. Hemos de comprobarlo en la actividad artística y literaria, en la vida de trato personal, en el ejercicio de nuestra profesión... La capacidad creadora se ejercita siempre por vía de encuentro.

El descubrimiento de lo que es e implica la creatividad nos dispone para comprender a fondo la articulación interna de nuestras experiencias. Con ello estamos dispuestos a profundizar en el sentido auténtico de la experiencia de amor personal.

Objetivos a conseguir en la formación para el amor

1. Si hemos de formarnos sólidamente, debemos liberarnos de la seducción de los manipuladores y acostumbrarnos a pensar por propia cuenta, con poder de discernimiento.

2. Para poder conocer a fondo lo que es la experiencia humana de creatividad en todos los órdenes, y muy en concreto en el del amor personal, se requiere superar una serie de prejuicios y malentendidos.

3. Los valores no se enseñan, se sugiere su existencia; se orienta a las personas hacia su área de irradiación para que se sientan apeladas por ellos y experimenten su grandeza.

4. El hombre debe asumir los grandes valores. Pero ese deber no le viene impuesto por preceptos y normas extraños a su ser, sino por su ser mismo. En mi obra no impongo normas a los jóvenes, no aduzco argumentos de autoridad, no me baso en moral alguna. Una moral puede tener para mí un inmenso valor. Eso sucede con la moral cristiana. Pero, si hablo a un público heterogéneo, prefiero comenzar viendo por dentro lo que es la vida humana y sus exigencias más íntimas, y decir a los jóvenes: si queréis desarrollaros como personas, debéis realizar experiencias de creatividad o éxtasis, no ceder a la seducción del vértigo. Sois libres, podéis escoger lo que más os guste, pero no seréis de verdad libres si no cumplís las exigencias de vuestra vocación de hombres, que es crear los modos más altos de unidad. El que se entrega a las meras gratificaciones inmediatas no funda unidad. El que crea vínculos sólidos mediante una actitud generosa crea vínculos extraordinariamente fecundos.

Si se sigue el método que late en los puntos anteriores, los jóvenes no sólo «aprenden ética», configuran una vida ética, y lo hacen con entusiasmo, interiorizando el deber de vivir éticamente.

IV. LA GRAN TAREA DE EUROPA: FUNDAR LA CULTURA DE LA UNIDAD

El ideal de la unidad y solidaridad no está llamado a orientar solamente la vida de cada una de las personas sino también la actividad de los pueblos y los continentes. Veámoslo por lo que toca a la vieja Europa.

En su gran libro premonitorio *La rebelión de las masas*, Ortega indicó con acento dramático hace más de medio siglo que Europa necesita encontrar una gran tarea común y entregarse a ella si no

quiere sucumbir⁴⁶. Otro vigía de Europa, un latino incardinado en Alemania, Romano Guardini, advirtió -al recibir el Premio Erasmo al mejor humanista europeo- que «Europa puede perder su hora», la hora de edificar un humanismo nuevo, basado en una idea del poder como servicio. Si pierde esta ocasión, se encaminará hacia la unidad en la servidumbre, no en la libertad⁴⁷.

He aquí, sin duda, la gran tarea actual de Europa frente a los abisales riesgos que la acosan en todos los terrenos: *crear un humanismo de la unidad*, no de la manipulación de objetos o de hombres tomados como objetos. Pero la única forma de unidad auténtica entre el hombre y las realidades de su entorno es la unidad que se funda en las experiencias creadoras, en las que el ser humano compromete esforzadamente lo mejor de sí mismo. Esta unidad no se alcanza a través de las experiencias de fascinación que el hombre realiza cuando se deja arrastrar por la seducción del halago inmediato.

Una de las formas de fascinación que el hombre debe evitar es la del poder. Con intención de largo alcance destacó Guardini en dicha circunstancia que, si Europa fue la máxima creadora de poder en las diferentes dimensiones humanas, debe hoy apresurarse a configurar una *Ética del poder* que otorgue al hombre dominio suficiente sobre el poder de que dispone. Su larga experiencia le permite hoy a Europa darse cuenta de que ha creado mucho saber, ha puesto un inmenso poder en manos del hombre, y ha provocado un tremendo desequilibrio en el espíritu humano y entre los pueblos por no haber compensado tal poderío con una madurez ética correlativa. Las revoluciones atacaron una y otra vez el poder entendido como simple forma de dominio humillante, pero no supieron encontrar la vía de una auténtica solución, porque al poder le enfrentaban el caos, o una forma de igualdad impuesta desde fuera y no configurada por una auténtica vida espiritual, creadora de diálogo y convivencia.

La existencia de corrientes filosóficas como el pensamiento fenomenológico, el existencial, el dialógico, el personalista y otros que Europa cuenta con energía suficiente para salir de la crisis. Si se afines indica decide a hacerlo, debe configurar sin tardanza un modo de pensar adecuado a los fenómenos y realidades espirituales, a fin de no confundir la vida intelectual y la auténtica «vida en el espíritu».

En un lugar tan sensible para el hombre europeo como es Santiago de Compostela, Juan Pablo II invitó enérgicamente a Europa a volver a ser ella misma. Ello implica conocer cuál es su esencia, su modo radical de ser. Este modo no está prefijado de una vez para

⁴⁶ Cf. *Obras completas IV*, Revista de Occidente, Madrid 1947, p. 222.

⁴⁷ Cf. «Europa: realidad y tarea», en *Obras I*, Cristiandad, Madrid 1981, p. 27.

siempre; se va configurando paulatinamente, y en tal configuración puede darse progreso o bien regreso.

A la altura actual, Europa está en disposición de ver que la plasmación histórica de su figura peculiar adolecía de graves defectos y necesitaba profundos retoques. Las dos últimas guerras constituyeron el aldabonazo decisivo para comprender que el principal retoque consiste en dejar de entender la cultura como puro incremento del poder, y pasar a considerarla como un modo de encuentro. «Sé tú misma» equivale a decir: pon tus inmensos recursos, los que asombraron al mundo, al servicio de la fundación de modos auténticos de unidad; esfuérate en convertir el caos en cosmos, crear estructuras inteligibles, ahondar en el enigma del universo y descubrir su racionalidad. Pero cuídate de no precipitarte a considerar el conocimiento científico que se traduce fácilmente en poder como la forma modélica de racionalidad, lo que induce a tachar de irracionales otros géneros de conocimiento, como el artística, el filosófico, el religioso...

Uno de los mayores peligros que acechan hoy a Europa es el de entregarse al cansancio intelectual y rehuir el tratamiento a fondo de los problemas. Esta frivolidad contradice el modo de ser esencial de Europa. En su último libro, *El hombre y Dios*⁴⁸, Xavier Zubiri afirma que los grupos sociales experimentan de cuando en cuando la «fatiga del absoluto», rehúyen ir al fondo último de las cosas, no tienen coraje para preguntarse por las implicaciones más hondas de su propio ser, y se quedan flotando en la superficie de la realidad. Este cansancio es provocado en buena medida por la práctica de la sofística, el arte de manejar los medios culturales para vencer sin necesidad de convencer, y así adquirir prestigio y dominar.

Europa se fraguó cuando se enfrentó a la eterna tentación de vivir sofisticadamente, de querer poseer verdades para triunfar y no dejarse poseer por la verdad para vivir en la verdad y de la verdad. Grecia enseñó a Europa el arte de ir a lo hondo de las cosas y acontecimientos, y vivir racionalmente. Roma le transmitió el amor a las estructuras. El Cristianismo le descubrió el nexo que existe entre la plenitud personal y la creación de modos relevantes de unidad mediante la vinculación a lo trascendente. Estas tres enseñanzas, bien asimiladas, llevaron a Europa a sus mejores momentos históricos.

Cualquier reflexión sobre Europa, sobre su identidad y sus tareas ante el futuro, tiene que ser necesariamente muy compleja. Europa, como acontecimiento cultural en cierta medida unitario, implica una trama muy diversificada de formas de vida,

⁴⁸ Alianza Editorial, Madrid 1984, ⁴1988.

organizaciones, corrientes de pensamiento, logros políticos y culturales, tensiones de todo orden, progresos y retrocesos... Sobrevolando el impresionante elenco de realidades y acontecimientos que constituye esa realidad indelimitable que llamamos Europa, encontramos un aire de familia que funda cierta unidad. Ese aire de familia es una orientación espiritual peculiar. Lo que fundó a Europa y le confirió solidez y efectividad fue su tendencia al cultivo de la racionalidad, su afán tenaz de buscar la razón profunda de cosas y acontecimientos, de poner en forma un modo de experiencia más radical que el cotidiano, de evitar lo desmesurado, incontrolado y caótico, lo bárbaro e irracional.

Esta tendencia «apolínea» no ahogó nunca en el hombre europeo su capacidad para adivinar la existencia de zonas misteriosas de la realidad que se evaden al control absoluto de la razón. La tarea constante del hombre europeo fue buscar la forma de integrar lo racionalmente delimitable y lo misterioso, lo que se ofrece al entendimiento y lo que se ilumina solamente a la luz del «corazón», es decir, a la luz que se alumbra en el juego de la vida cuando el hombre compromete todo su ser.

En esta tensa confrontación entre dos vertientes aparentemente antagónicas de la realidad, Europa no escogió nunca dilemáticamente entre una y otra, aceptó las dos, y concedió la primacía al elemento ordenador, configurador, equilibrante. Esta actitud integradora y jerárquica llevó a Europa a sus mejores logros en política, ciencia, filosofía, invención técnica, expansión económica...

Los espectaculares éxitos obtenidos llevaron al hombre europeo a configurar el mito del eterno progreso y a orientar su existencia conforme al mismo. Si un poco de saber teórico produce una medida correlativa de saber técnico, dominio de la realidad, confort y felicidad, un saber teórico ilimitado tendrá por consecuencia lógica una medida ilimitada de saber técnico, dominio de la realidad, confort y felicidad. Este «mito» -entendido aquí como «ilusión falsa»- impulsó durante siglos al afán de búsqueda del hombre europeo y le confirió incluso un cierto sentido ético. Pero he aquí que en un momento de espléndida floración del conocimiento científico y técnico, estalla la Primera Guerra Mundial, y queda al descubierto que el progreso del saber que se traduce en poder ha servido para racionalizar la matanza en masa de millones de inocentes. *El mito del eterno progreso hizo quiebra y dio lugar a un vacío de ideales.*

Tal conmoción provocó un grave desgarramiento espiritual en el hombre europeo. Ante la hecatombe, hubo quienes pensaron que el responsable era en definitiva el espíritu, porque de él procede el poder que tiene el hombre de distanciarse de lo real y fundar una vida intelectual. Otros, por el contrario, estimaron que esta distancia

no tiene por qué degenerar necesariamente en alejamiento, y, por tanto, en dominio y violencia. Tal poder de distanciarse es el origen de la creatividad y la cultura humanas; y éstas entrañan el riesgo de que el hombre se aleje de lo real e intente dominarlo e incluso destruirlo, pero también implican la posibilidad de que el hombre se eleve a formas de unidad con lo real superiores a las que tiene el animal de modo automático.

He aquí las dos grandes corrientes que deciden en gran medida toda la marcha del siglo XX en Europa: el *vitalismo* y el *personalismo* o *filosofía dialógica*. El vitalismo tiende a considerar al espíritu como enemigo de la vida, y a exaltar y fomentar los modos de vida infraespirituales, la vida de inmediatez instintiva, de exaltación sensorial, de inconsciencia y espontaneidad irreflexiva. A esta tendencia responde el cultivo de las distintas formas de vértigo o fascinación⁴⁹.

La corriente dialógica piensa que la grandeza de Europa no fue debida a la entrega a las fuerzas inconscientes, incontroladas y caóticas, sino al cultivo de las experiencias de éxtasis, que unen por igual el análisis reflexivo y el entusiasmo por los valores. En cuanto Europa unió en su actividad el espíritu analítico y la entrega a valores sobresalientes, fecundos, consiguió logros excelsos. Estos valores le vinieron dados en buena medida por el ideal de unidad y de trascendencia aportado por el Cristianismo. En cuanto aplicó la capacidad reflexiva a la realización de metas que sólo aparecen como valores auténticos a la luz de una interpretación egoístamente cerrada de la vida humana, Europa cometió errores y atropellos que afean notablemente su historia. El poder que engendra el saber fue entendido como dominio, y la superioridad de Europa adquirió un matiz sombrío, a veces trágico.

Este fracaso no debe, sin embargo, llevarnos a los europeos de esta hora a fomentar el temor frente al espíritu y al poder racional de él derivado. Debe inspirarnos, más bien, una pregunta decisiva: ¿se entendió en Europa la vida racional como vida espiritual, o fue más bien un mero soñar con el espíritu?⁵⁰ Hay clases de vida interior que no constituyen en rigor una forma de vida espiritual. Esta implica creación de vínculos entre el hombre y la realidad, sobre todo la realidad humana y la realidad trascendente. Si la vida interior se

⁴⁹ Sobre estos temas pueden verse mis obras *Metodología de lo suprasensible*, Publicaciones universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2015, pp. 142-156; *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998, pp. 334-353 y en Biblioteca Digital, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2019.

⁵⁰ Esta última frase es de F. Ebner. Véase, sobre ello, mi obra: *El poder del diálogo y el encuentro*, BAC, Madrid ²1997, 115-283.

desvincula de la vida espiritual, puede llevar fácilmente a convertir el poder en un principio de destrucción, polarmente opuesto al progreso indefinido en orden al logro de una felicidad humana plena.

Ahora bien, la vida infracreadora, infrarreflexiva, tampoco es vida espiritual, y no puede garantizar un recto orden humano, solidaridad y paz. La solución a la crisis abierta en 1918 no puede radicar en una lucha vitalista contra el espíritu y cuanto él implica: la vida racional, reflexiva, regulada por los criterios de proporción, medida y equilibrio. Si queremos hacer un proyecto adecuado de futuro, debemos recoger la inspiración inicial de racionalidad y cuidarnos, a la vez, de entender la vida intelectual como una forma de espiritualidad. La filosofía más lúcida del siglo XX ha polarizado sus esfuerzos en torno a esta grave tarea.

El filósofo más influyente del siglo XX, Edmund Husserl, sintió en sus últimos años honda preocupación por el porvenir de Europa. Expresó bella y profundamente este sentimiento en su conferencia «La crisis de la humanidad europea y la Fenomenología»⁵¹. En ella advierte que el gran peligro de Europa es actualmente el cansancio, el alejamiento del pensamiento riguroso que la llevó a su más alta cota de madurez.

El «rearme moral» que hoy se propugna implica superar el cansancio espiritual, la «fatiga del absoluto» (X. Zubiri), no contentarse con medias verdades y dar a la vida el voltaje necesario para crear las formas más altas de unidad, es decir, de encuentro. Ello nos elevará a un nivel de máxima dignidad y autenticidad.

V. LA CLAVE DE LA RENOVACIÓN

La clave de la renovación moral que hoy se postula consiste en orientar la vida hacia un ideal que se ajuste a nuestro verdadero ser. Del ideal pende todo en nuestra existencia: la realización de unos valores u otros, la adopción de una actitud u otra... Si mi ideal en la vida es satisfacer mi apetito de poder y de goce, tenderé a considerar cuanto me rodea como medio para mis fines, y esta tendencia reductora me hará ser implacable en mi trato con los demás seres: objetos, personas e instituciones. Si consagro mi vida al ideal de crear las formas más altas de unidad con las realidades de mi entorno, pondré sumo cuidado en atenderme a las condiciones de los mismos, a fin de poder entrar con ellos en relación de encuentro,

⁵¹ Cf. *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Philosophie*, M. Nijhoff, La Haya, 1954, pp. 314-348.

rigurosamente entendido. Esta actitud realista, no arbitraria o interesada, me lleva a ajustar mis actitudes y mis actos a las exigencias de cada una de las realidades con las que deseo unirme. Ese ajuste «justifica» las actitudes y las acciones, les confiere pleno sentido y valor ético.

Para descubrir cuál es el ideal auténtico de la vida humana, se requiere pensar con rigor, de modo muy preciso, y distinguir cuidadosamente las experiencias de creatividad o éxtasis y las experiencias de fascinación o vértigo. *La creatividad en el obrar y el rigor en el pensar se exigen mutuamente y se enriquecen*⁵². Este enriquecimiento nos permite descubrir que el ideal verdadero del hombre no consiste en dominar y manejar los seres circundantes sino fundar con ellos modos valiosos de unidad. A la luz de tal descubrimiento, es fácil discernir el rango de las distintas formas de libertad y establecer la debida jerarquía entre los diferentes modos de relación humana, por ejemplo la relación erótica y la relación de amor personal.

Esta clarividencia nos pone en disposición de prever las consecuencias de las actitudes que adoptamos y las actividades que llevamos a cabo. Saber prever es indispensable para moverse en la vida con seguridad. Actualmente se advierte con frecuencia que se toman medidas de gran alcance sin prever a dónde nos van a llevar. Esa falta de previsión la paga el pueblo a precio muy alto.

Todos cuantos se ven dotados de algún poder de decisión -en la familia, en centros educativos y culturales, en medios de comunicación, en cargos de gobierno...- tienen una responsabilidad correlativa a la nobleza de la tarea que les incumbe. Tal responsabilidad debe llevarlos a incrementar su formación lo suficiente para dar alcance a los grandes problemas que acosan actualmente a personas y sociedades.

Esa formación es muy difícil de adquirir si no se cuenta con guías expertos, verdaderos maestros en el arte del buen pensar. Esos maestros no pueden improvisarse. Deben ser preparados con sumo cuidado y esfuerzo. Es la tarea que se ha propuesto la Escuela de Pensamiento y Creatividad que estoy promoviendo desde hace algún tiempo, con el fin de dotar a la pedagogía de toda la fuerza que irradia el pensamiento filosófico cuando es penetrante y fiel a los dictados de la realidad.

Gabriel Marcel, pensador preocupado ejemplarmente por salvaguardar y promover la dignidad del hombre, lo expresó con las siguientes palabras, que constituyen todo un lema de acción:

⁵² Esta idea es expuesta con amplitud en mi obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid ⁴2003, Madrid.

«... Todavía es necesario que surjan educadores. Probablemente, de lo que el mundo actual tiene mayor necesidad es de educadores. Desde mi punto de vista, ese problema de los educadores es el más importante, y aquí es donde la reflexión filosófica debe ser puesta a contribución. Se trata de saber dónde encontrarán esos mismos educadores los alimentos sin los que todo entusiasmo resultaría completamente vano»⁵³.

⁵³ Cf. *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*, Herder, Barcelona 1967, pp. 71-72.